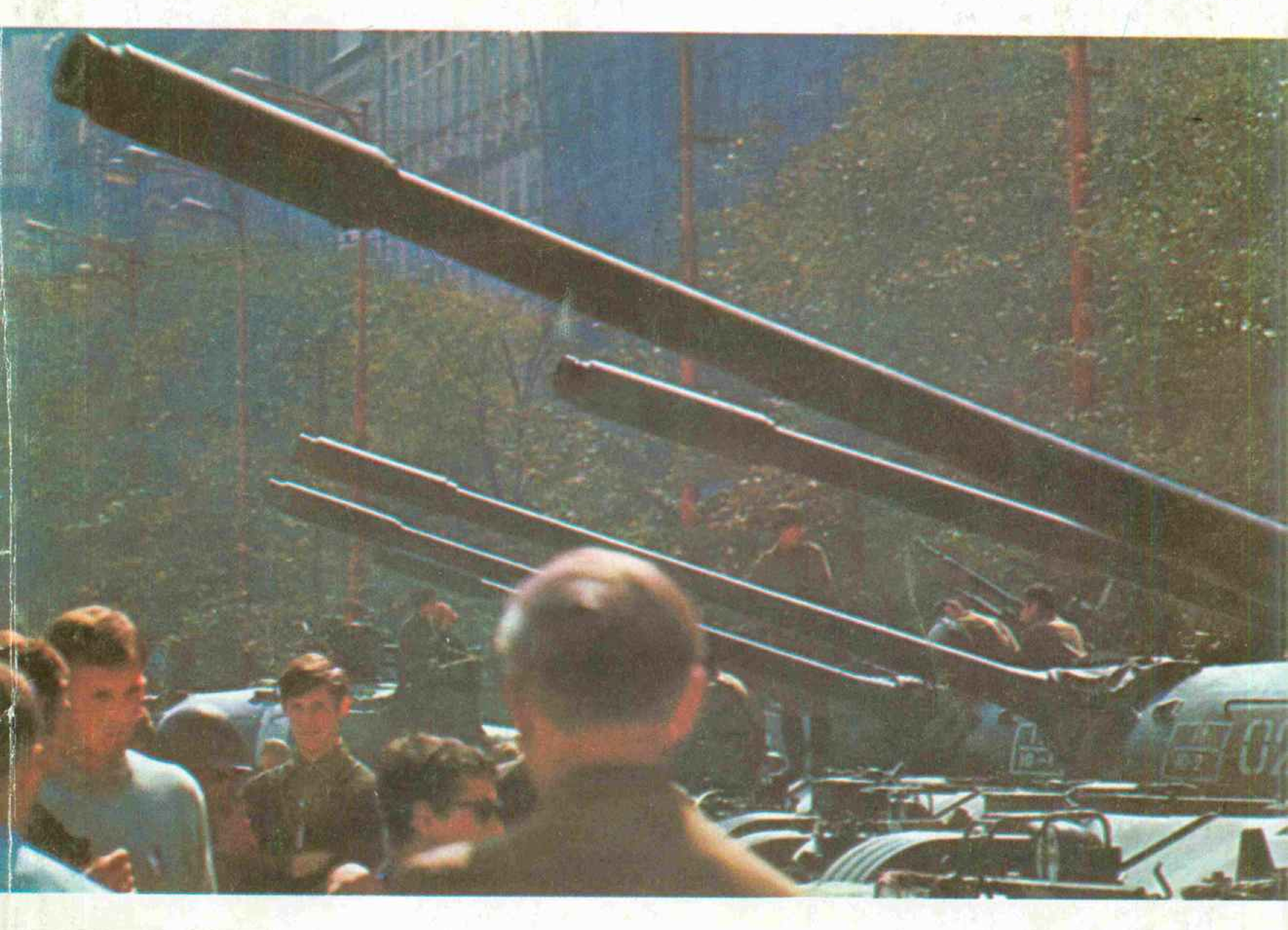
TIEMPO de HISTORIA

AÑO VIII • NUM. 89 • 150 PESETAS



EL GOLPE

HISTORIA, SOCIOLOGIA Y ESPIRITU DEL ASALTO AL PODER

Así nació el Fascismo:

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Rafaél Asín y Eudaldo Casanova

DUCE E POPOLO

Ilustración del artista fascista Lanfranco Felín. "DUCE E POPOLO"

LANFRANCO FELIN VI°

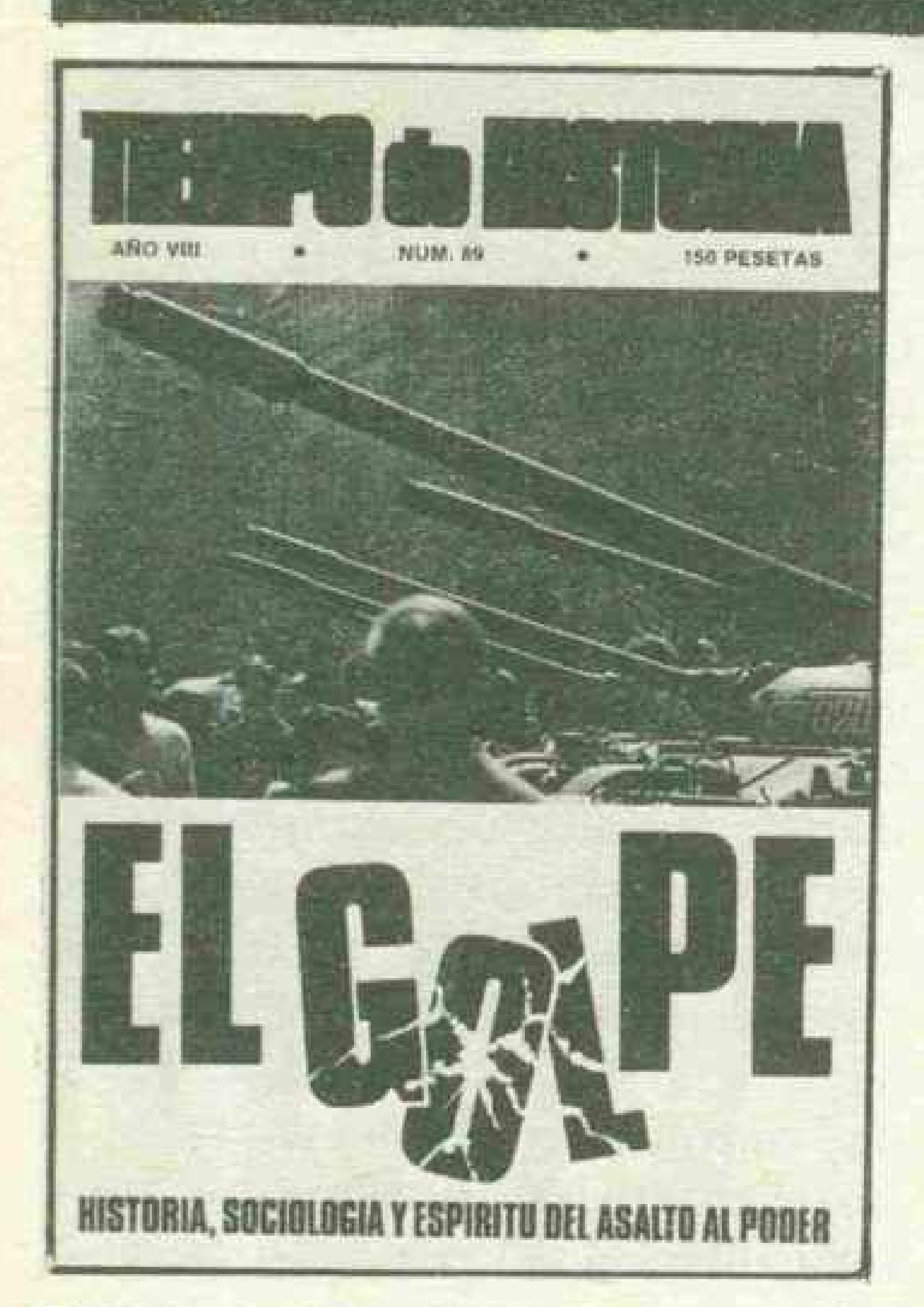
Italia tras la Gran Guerra, la ocupación de las fábricas

"Politica di Amore"

SUMARIO



AÑO VIII • NUM. 89 • ABRIL 1982 • 150 PTAS.



EL GOLPE; Historia, sociología y espíritu del asalto al poder: Análisis de las circunstancias socio-políticas que propiciaron los golpes de Estado en los últimos decenios, tanto en Europa como en América y el mundo Afroasiático. Un estudio de la actuación del Ejército español en nuestra Edad Contemporánea y una amplia reflexión sobre el libro de Leguineche, «El Estado del Golpe».



LA IMPRESIONANTE TRAGEDIA DE VILLARTE DE LOS MONTES: Un nuevo horror producto de nuestra guerra civil. En la foto, los restos de las víctimas de Villarte de los Montes (Badajoz), recogidos por sus familiares, cuarenta años después de la matanza...

Págs.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfonos 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.º A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 29. MADRID-16, Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, kilómetro 13,350. MADRID-34. **COMPOSICION:** Andueza, S. A. San Romualdo, 26. MADRID-17. **IMPRIME:** Gráficas Aragón, S. A. Polígono Industrial «Los Angeles», Getafe (Madrid). Depósito Legal: 350 M. 36.133-1974. **ISSN** 9210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 pesetas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.

ari

«TIEMPO DE HISTORIA» es miembro de la Asociación de Revistas de Información, ARI, asociada a la Federación Internacional of Periodical Press, FIPP.

La era del «golpe»

Eduardo Haro Tecglen

La separación de poderes entre militares y civiles es un hecho muy reciente en la historia de la sociedad mundial; la supeditación del poder militar al civil es más reciente todavía. Esta separación parece, sobre todo, fruto de una idea nueva, que no llega casi al siglo de existencia: la del pacifismo o la aceptación general de que la guerra no es un bien y, por tanto, la política, la negociación, la diplomacia, el acuerdo, el entendimiento sí son bienes que hay que cultivar y ayudar. Las ideas generales, tomadas en un contexto muy amplio como puede ser el mundo europeo y los que han derivado de él, no progresan de una sola vez, sino que van sufriendo alternativas, retrocesos o revisiones. En este mismo siglo, mientras el pacifismo progresaba velozmente, algunas doctrinas la defendían. El Kronprinz, en la Alemania de 1913, aun hablaba de la guerra «fresca y alegre», mientras el italiano Marinetti, futurista y fascista, la consideraba «sola igiene del mondo»; para von Moltke «sin la guerra el mundo se hundiría en el materialismo», y para Mussolini «la guerra imprime el sello de nobleza en todos aquellos que tienen el valor de aceptarla». No son sólo alemanes e italianos —los últimos defensores de la guerra como ideología— los que la han defendido. Lenin, pacifista, ensalzaba las guerras revolucionarias como la Iglesia hablaba de las «guerras justas». Hoy todo el vocabulario ha cambiado. Hay un profundo giro semántico, porque la idea de negación de la guerra está definitivamente admitida y es dominante: cuando los políticos que consideran la posibilidad de la guerra, o la esgrimen como «última ratio», lo hacen como con pena y con resignación. Los Ministerios de la Guerra han cambiado su nombre por el de «defensa»; asistimos a operaciones de guerra que se llaman «despacificación» —se ha utilizado en expediciones militares en Argelia o en el Vietnam— y hasta ejércitos enteros se ponen bajo el lema de la paz: «Peace is our task» es el mote del Ejército de los EE.UU.

Tenemos una tradición de milenios en los cuales la guerra, las armas y la violencia forman parte intrínseca de la vida de las naciones, y esta tradición está profundamente asentada en lo que llamaríamos inconsciente colectivo y, desde luego, en numerosos residuos de las estructuras sociales: la idea de pacifismo y de poder civil es tan reciente y todavía tan poco admitida que no han tenido tiempo de sustituir a la anterior. Es una idea coincidente con la democracia y puede hacerse una relación histórica perfectamente coherente: la autocracia está ligada al militarismo, a la sociedad en armas, la disciplina y el sentido de servicio y sacrificio en la vida, mientras la democracia concuerda con el pacifismo, la supresión de las violencias interiores y exteriores. El «nuevo régimen» —por contraposición con el «ancien régime»— elige un cierto camino, y es el de la separación de poderes. El antiguo está basado en los reyes de espada en mano, y la clase guerrera está ligada a la aristocracia. La frecuencia de las guerras exige que la dirección de las sociedades esté ejercida por la clase guerrera: mientras hay eternamente un pueblo renuente a la guerra, escapando de las levas y de la conscripción, y con una sabiduría propia de que gane quien gane en una guerra, el que pierde es el pueblo. Idea no siempre aceptada por las instituciones mismas del pueblo cuando se las pudo dar. Puede recordarse que uno de los grandes motivos de escisión entre comunistas y socialistas fue cuando, en los albores de la primera guerra mundial, los comunistas trataron de evitar la guerra mediante un movimiento popular internacional (en el que participaban codo a codo, fraternalmente, alemanes y franceses) y los socialistas optaron por participar en los gobiernos de guerra, colocando los valores patrióticos y nacionales por encima de lo que se llamaba «internacionalismo obrero».

La separación entre el poder civil y el militar puede considerarse, por el momento, como una etapa provisional. El ideal —y en España tienden a ello tanto militares como políticos, en muchas ocasiones— es que no exista tal separación, sino un solo conjunto. Por el momento —y no sólo, naturalmente, en España, sino en el mundo prácticamente entero, con muchas diferencias de matices— esta transformación de las antiguas sociedades militares en sociedades de predominio civil no está totalmente conseguida. Hay supervivencias considerables. Los fueros de los militares, la peculiaridad de un «sentido del honor» que parecería menos desarrollado en el civil —una supervivencia de su condición de «paisano» o campesino; una calificación de «villano», que en nuestro Siglo de Oro ya empieza a aparecer como positiva —«que no hubiera capitán si no hubiera labrador»—, el ejercicio propio de una justicia, su concentración social —desde el cuartel a las «casas de los militares»—, su formación o sus lecturas, su sistema de cooptación para el mando, hasta su endogamia y su tendencia a transmitir por herencia la profesión son factores que se ven —unos más destacados que otros; todos con más o menos fuerza— en prácticamente todas las sociedades que conviven en el planeta. Las sociedades aceptan lo que aún consideran privilegios de los militares —y en muchos casos no son tales privilegios— como un tributo que hay que rendir a quienes tienen como profesión elegida, vocacional, la defensa del todo social, con el riesgo de sus vidas. A medida que las guerras se hacen más raras, menos frecuentes en algunas sociedades, se tiende a reducir esta especialización o, por lo menos, su sacralización.

Pero caben pocas dudas de que el estamento militar se presenta como una ideología. Esta ideología, a la que hay que considerar como básicamente igual en todas partes, independiente de la superestructura ideológica del estado que defienden, está generada por todo el comportamiento arcaico de las sociedades de guerra que se extienden, como queda dicho, durante milenios, y por una peculiar

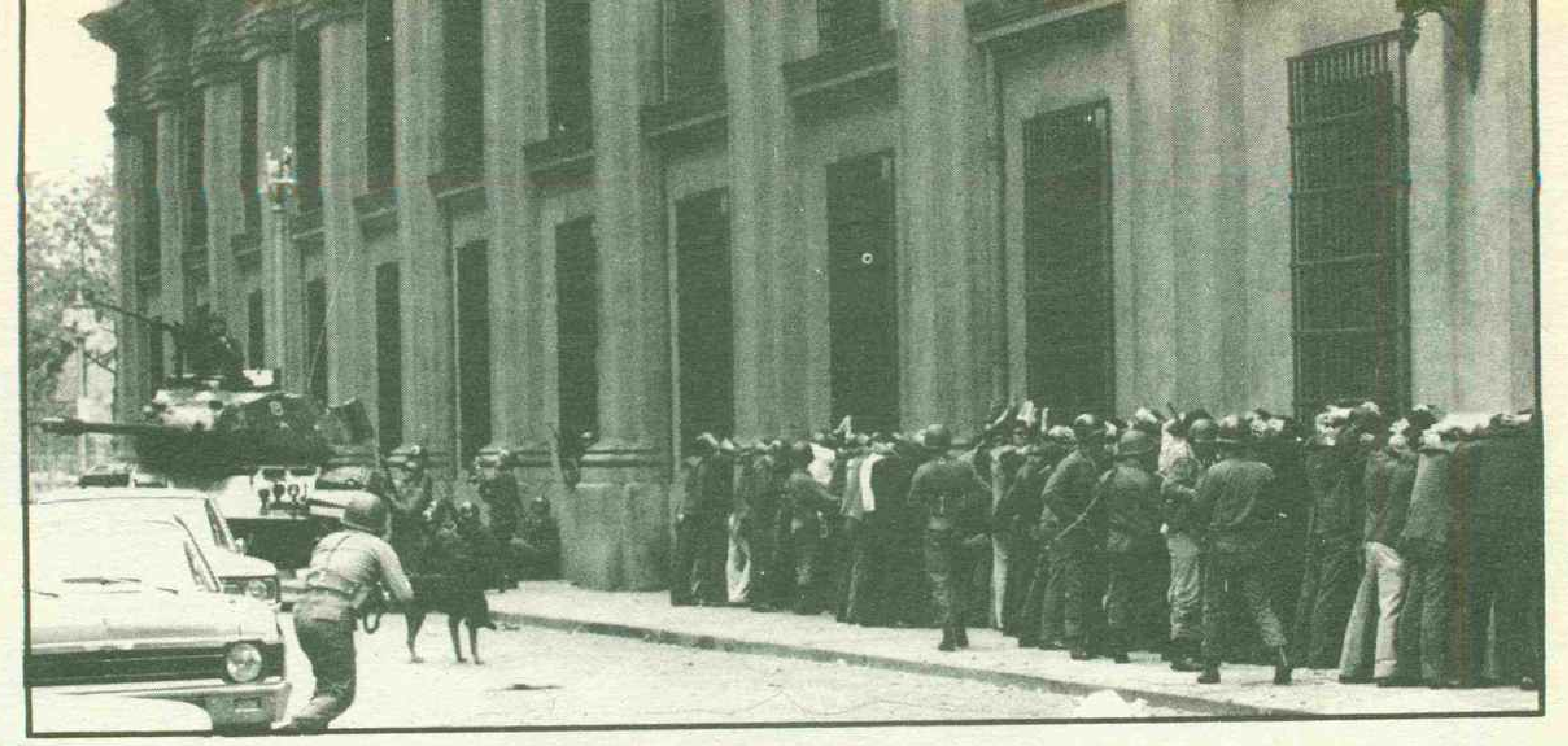
percepción del riesgo. Es evidente que una clase formada y adiestrada, sobre su propia vocación, para algo tan poco lógico, tan poco positivo a la luz de la filosofía de nuestro tiempo como morir o matar, no puede tener los mismos basamentos ideológicos que una sociedad civil que considera la paz como el valor esencial. También es evidente que el militar de hoy, en el mundo generado por Europa, no considera la guerra como imprescindible, y menos aún como «fresca y alegre* o como «higiene del mundo», y por lo que se sabe del pensamiento general de los militares en el mundo que consideramos civilizado —y aún aparte de su dirección política—, es la de preservar la paz. Pero en líneas muy amplias puede decirse que el militar desconfía del político y, en ciertas circunstancias, que el político desconfía del militar. Hay algunos ejemplos en nuestro tiempo. Por citar un par de ellos, puede recordarse la tesis de la «puñalada por la espalda» que proclamó el ejército alemán a raíz de su derrota de 1918 sobre la tesis de que los militares podrían aún haber cambiado el sentido de la guerra si los civiles no hubieran capitulado (históricamente no parece cierta esa idea: la postración de Alemania en 1918 era tal que de haber continuado la guerra sus males hubieran sido aún peores, como sucedió en la segunda guerra mundial, cuando Hitler intentó la resistencia y el cambio de sentido de la guerra hasta que los tanques soviéticos penetraban ya en las calles de Berlín). Esa ideología produjo una militarización de Alemania, hizo naufragar la política de la República de Weimar, produjo el nacismo y trajo aparejada —como queda dicho en las líneas anteriores— una derrota total de Alemania. Existe la tentación de imaginar cómo habría evolucionado Europa si los militares —y los civiles emparentados a ellos— no hubiesen hundido la República de Weimar y hubieran colaborado con las democracias, como en esta posguerra ha hecho Alemania Federal.

Otro ejemplo sería el del general MacArthur cuando, ante la imposibilidad de ganar la guerra de Corea por razones que achacaba a los políticos —y que efectivamente procedían de la seguridad de que la extensión de aquella guerra hubiera podido precipitar una conflagración atómica mundial— pedía públicamente que se le autorizase a lanzar bombas atómicas sobre China. MacArthur fue destituido, pero no hay que excluir que aquella frustación, sumada a la que se produjo con la pérdida de la guerra del Vietnam, haya producido el tipo de reacción que ha llevado a Reagan a la presidencia: una presidencia en la que refuerza el poder militar, el armamentismo, al mismo tiempo que se cortan las negociaciones —como ha sucedido en la Conferencia de Madrid— y se esgrime la posibilidad de guerra —aun de una guerra tan insegura para los vencedores como para los vencidos como es la guerra nuclear— para restablecer la situación de dominio de su país. Es un clásico conflicto entre el miedo a perderlo todo por la debilidad y la necesidad de negociar.

A veces el estamento militar percibe de tal modo esa sensación de riesgo provocado —supone él— por los políticos que trata de actuar por sí mismo, y si no tiene suficiente influencia sobre el poder civil, si no se hace temer de él con la simple exhibición de su doctrina y de su concepto de la situación, toma el poder: es el golpe de estado. Los españoles, que tenemos una gran tendencia a suponer que todos los males son genuinos de nuestro país, solemos creer que la permanente amenaza del golpe de estado es algo que está en el carácter nacional y en la sociología de nuestro gran grupo. Por eso hemos dado la palabra «pronunciamiento», desde el siglo XIX, a este tipo de sucesos en cualquier parte del mundo. No es así. Francia tuvo no hace mucho tiempo su golpe de estado, y aún podría decirse que dos golpes de estado casi simultáneos: uno del general De Gaulle —disimulado, civilizado, culto—,



Atenas.



Santiago de Chile.

que no solamente llegó al poder por medios irregulares en una situación de angustia —la guerra de Argelia—, y otro el del «putsch» de Argel, y la creación del «Ejército secreto» que practicó desde la sublevación militar el terrorismo directo y el intento de asesinato del general De Gaulle. No hay que ir demasiado lejos: el Ejército polaco acaba de dar su golpe de estado. La exhibición de motivos, algunos de los cuales deja implícitos, no son distintos a los que esgrimen los generales que dan sus golpes en otros países y bajo otro signo —en Turquía, en Argentina, en Chile...— y consisten en demostrar que el país estaba hundiéndose en el caos y la anarquía —palabras favoritas del golpista—, que las huelgas habían destruido la productividad del país, que se veía venir una guerra civil... Las razones implícitas, pero que los militares polacos dejan entender como su máxima justificación, son las de que sólo esa salida ha podido impedir la invasión soviética, que hubiera destrozado para siempre el país.

No hay que dudar de lo que dicen Jaruzelski, Evrem o Pinochet. El sentido del orden es siempre un artificio. El orden es algo que se pacta o se conviene, que se codifica o se constitucionaliza, según una situación determinada; ese orden hay que sustituirlo por otro cuando la situación de la sociedad ha cambiado y necesita una nueva codificación. Los militares, en Polonia o en Guatemala, tienen el sentido del orden que les da su propia ideología, y que está muchas veces nutrido por el sector social del que nacen y en el que viven, y de la suma de una parte de la sociedad civil. Puede decirse que tanto en Polonia como en Argentina el ejército se forma a partir de unos determinados valores aceptados y dominantes: en Polonia, por una selección a partir de unas organizaciones comunistas paramilitares y por unas academias en las que se forma rígidamente un determinado sentido del orden establecido; en Argentina —por citar un país al azar— nace de unas clases sociales de élite, de unas determinadas oligarquías. En uno u otro lugar, la contemplación de unas renovaciones produce un sentido de inquietud: el sentido de la destrucción de un orden aceptado. Y la dificultad de entrar en el nuevo artificio de un orden cambiante. Los «coroneles» griegos, claramente oligárquicos y ligados a una aristocracia —con arreglo a la tradición milenaria de identificación de la clase guerrera con la dirección política— sintieron el neutralismo que proponía Papandreu y el progreso de ese ideario como una destrucción del orden y como una penetración del comunismo, al que habían combatido años atrás —la yugulación de la resistencia griega con ayuda de Gran Bretaña y de Estados Unidos y con apartamiento de la URSS, en cumplimiento de los acuerdos de Yalta— y produjeron el golpe de estado.

Se hace evidente en todas las situaciones históricas, como en las que están en estos momentos en el poder en numerosos países, principalmente del tercer mundo —países que no han resuelto todavía sus conflictos entre la oligarquía y la sociedad civil— que el golpe de estado tiende a convertirse en permanente y que no resuelve los problemas planteados al país. El proceso de progreso de la sociedad civil y la tendencia a integrar las clases militares en un sentido unánime de esas sociedades ha podido predominar en Francia, en Grecia, y está predominando ya en Portugal; es también un problema de vasos comunicantes con respecto al mundo entorno, y un mayor nivel de democracia en los países con los que se está en relación directa influye directamente en el país golpista, que tiende a reducir su autocracia. Cuando eso no sucede, la tendencia a lo que se llama el «desorden» se multiplica bajo el poder del golpista: es el caso de El Salvador, el caso de Guatemala. En esos casos se produce una respuesta dialéctica que está en consonancia con la ideología militar y la razón final de su existencia: la agresión exterior. Polonia no tiene duda en acusar —es decir, sus golpistas— a una presión exterior, de Occidente, de los desórdenes de su país, y aún realiza el doble juego de acusar también a la Unión Soviética de intervencionismo y, por consiguiente, de atenuar su golpe con unas razones de defensa frente al extranjero; como Chile o Argentina hablan de Cuba, de la URSS y de un comunismo extranjerizante. No hay que creer que esa creencia es sólo un enmascaramiento: es la seguridad con que lo ven aquellos que no están dotados de otra óptica más amplia.

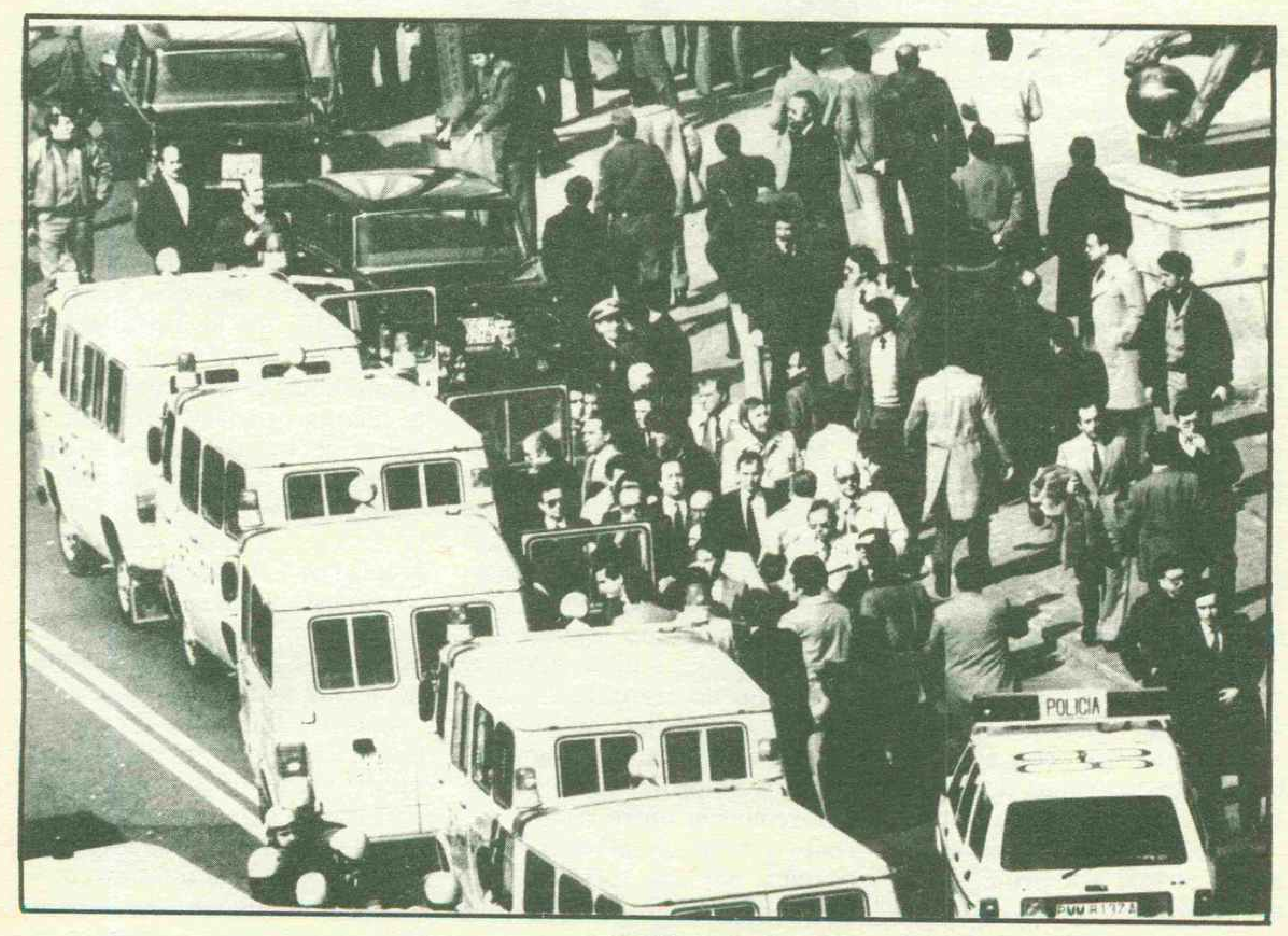
Lo que sí hay, y cada vez más —y parece un factor positivo— es la necesidad de enmascarar el golpe como tal. Es una palabra desprestigiada. Los militares guatemaltecos, que se vienen sucediendo en el uso y abuso del poder por lo menos desde 1970 —por no acumular referencias históricas anteriores— se fuerzan a las elecciones y a los períodos legislativos establecidos por una constitución que no respetan para disfrazar el golpismo. En el proceso de Madrid se

ha oído a algunos procesados explicar que su acción iba destinada a prevenir un golpe más duro y más sangriento, y explicar que sus movimientos estaban hechos por un respeto a la Constitución y a la Corona, que creían violados por otros.

Hay una identificación del «golpe» con el «tercer mundo», y otra, paralela, que lo considera fuera de la civilización, o de la corriente predominante de la civilización. Muchas veces para justificar ese golpe se trata de magnificar la producción de desorden. El menor problema parlamentario, el aumento de índices de criminalidad o la exposición de ideologías avanzadas pueden convertirse, en la dialéctica golpista, en graves amenazas que explican su intervención, que la llevan al estado de máxima necesidad. Las primeras proclamas anuncian siempre que de lo que se trata es de restablecer el orden amenazado, y que las fuerzas movilizadas volverán a sus cuarteles y devolverán el poder a los civiles en el momento oportuno. Nunca se encuentra, después, el momento oportuno: entre otras cosas porque el poder de los civiles y su estructura —los partidos políticos, el sistema parlamentario, la libertad de prensa y hasta los derechos humanos— son destruidos con tal dureza por los golpistas que ya no encuentran más a quien entregárselo, y, además, porque sólo están decididos a entregárselo a quienes sigan teniendo el sentido del «orden antiguo» en cuya defensa han salido.

Estamos atravesando una época en la que el golpismo se multiplica al mismo tiempo que la tendencia mayoritaria del pensamiento le condena y le convierte en vergonzoso. Son circunstancias mundiales. Habría que hacer un examen largo y profundo de ellas. Probablemente se encontraría en la misma superficie que la crisis mundial por la carestía y la escasez de petróleo está movilizando a las clases perdedoras —los sin trabajo, los que antes se llamaban proletarios—, y que estas clases son las mismas con una envoltura católica y nacionalista como en Polonia, que con una envoltura neutralista como en Turquía; que esa crisis ha producido personajes como Reagan, como Leh Walesa, como Jomeini y que con un poco más de audacia en la interpretación podría extenderse hasta a Wojtyla. A los movimientos de revuelta por defensa de un nivel de vida —y una vez más se puede comprender en todo ese movimiento desde los mineros polacos hasta los mineros bolivianos— corresponde un movimiento de presión: las democracias tienden a hacerse «fuertes», y donde no lo consiguen brota el golpe militar.

No hay indicios de que esta situación vaya a terminar por ahora. Es un fragmento de la historia de la humanidad. Lo importante es que la situación de «amenaza» de «caos» o de «desorden» sea asimilada por todos por igual. El sentido que debe tomar la defensa de una sociedad amenazada es precisamente el de reforzar las instituciones de esa sociedad con sus propias premisas: en una democracia es el sentido mismo de la democracia y de sus libertades lo que se trata de impulsar, en lugar de coartar. Por ahí parece ir la filosofía política de nuestro tiempo. Es una esperanza. Pero hay que repetir que esta estructura de las sociedades es todavía demasiado joven, demasiado nueva, para prevalecer sobre milenios de sociedad autocrática y de jerarquía piramidal. ■ **E.H.T.**



Madrid.

Un libro de Manuel Leguineche:

El espíritu del «golpe»

Juan Cruz Ruiz

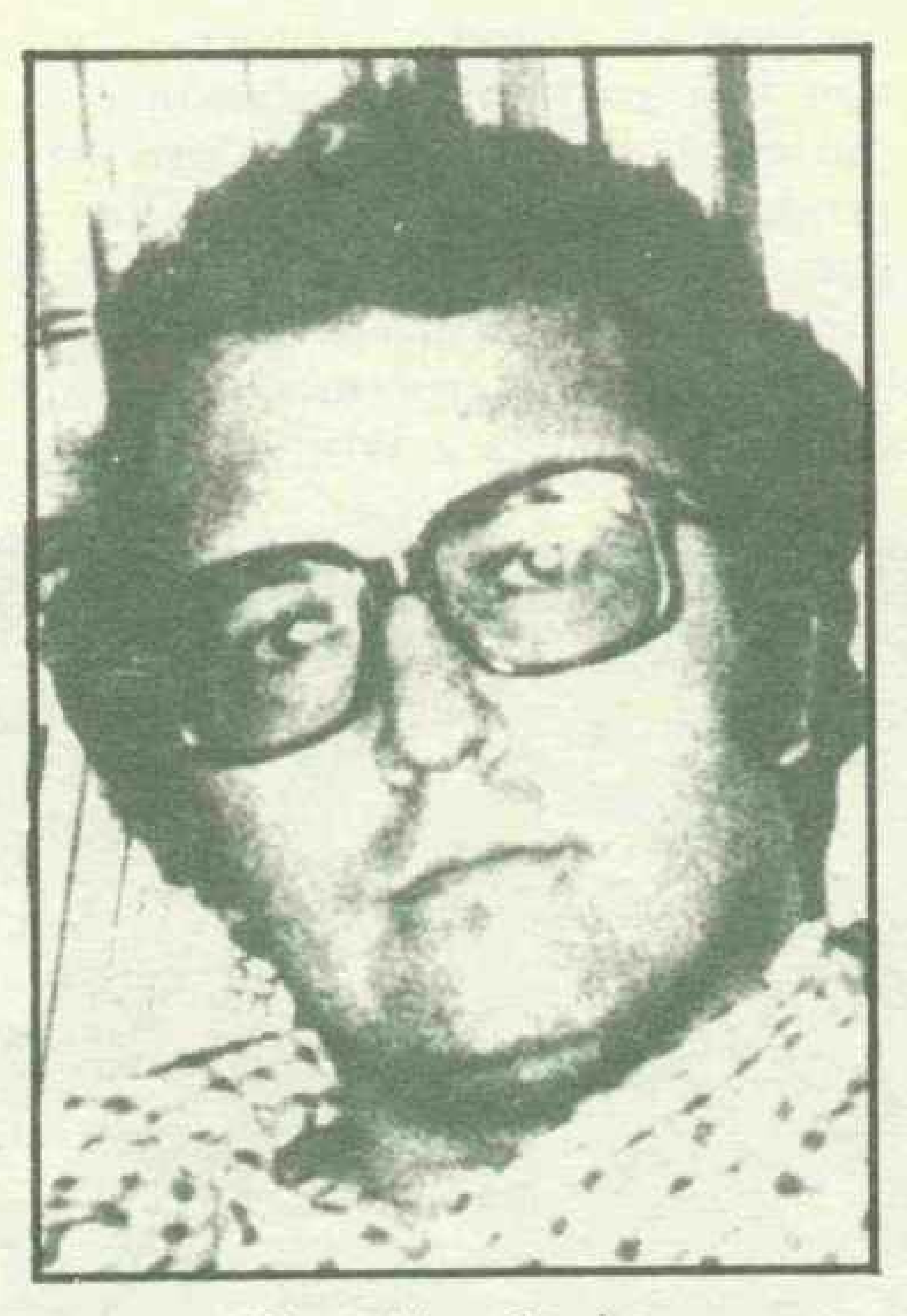
UN periodista de la radio me preguntó, el día en que se puso a la venta el último libro de Manuel Leguineche (*El estado del golpe,* Argos Vergara, 1982, 318 páginas), si podía decirse que la obra de este periodista vasco, de 40 años, gafas de concha y humanidad considerable, era un ensayo oportunista.

Tales preguntas están abonadas por la actualidad. El libro de Leguineche aparecía cuando en el Servicio Geográfico del Ejército español (en unos antiguos almacenes de papel, justamente) comenzaba el juicio por el frustrado golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. En el ambiente flotaba el espíritu del golpe como el espíritu envolvente de la colmena se advertía en toda la atmósfera estética de la famosa película de Víctor Erice.

La pregunta, pues, tenía su razón de ser: cualquier cosa que se refiriera a los golpes de Estado resultaría, en la época del inicio de ese juicio, inmediatamente digerible por la masa lectora.

Un excelente periodista, como Leguineche, no puede escribir un ensayo que no parezca oportunista, simplemente porque su trabajo siempre será oportuno. María Moliner añade un matiz a la peyorativa definición de *oportunismo* que cuadra muy bien con el carácter del trabajo que desarrolla Leguineche: «Oportunismo», escribe la que nunca fue académica, es una «doctrina, particularmente política y económica, que recomienda acomodarse a las circunstancias, sacando de ellas el mejor partido posible, aunque se prescinda ocasionalmente de los principios».

Varias cosas habrá que decir sobre la génesis de este libro para atribuir luego a Leguineche lo que de esa definición se le adecúa de manera más justa.



Manuel Leguineche.

Manuel Leguineche ha vivido todos los acontecimientos que se cuentan en *El estado del golpe,* y aquellos que no vivió él personalmente, como periodista (como la reunión de lord Mountbatten con militares y civiles ingleses para derrocar el Gobierno de Harold Wilson e implantar una dictadura militar en la Corte de San Jaime o los intentos golpistas italianos), se desarrollaron entre cuatro paredes y fueron conocidos años después por una sociedad perpleja: los senderos del golpismo son inextricables.

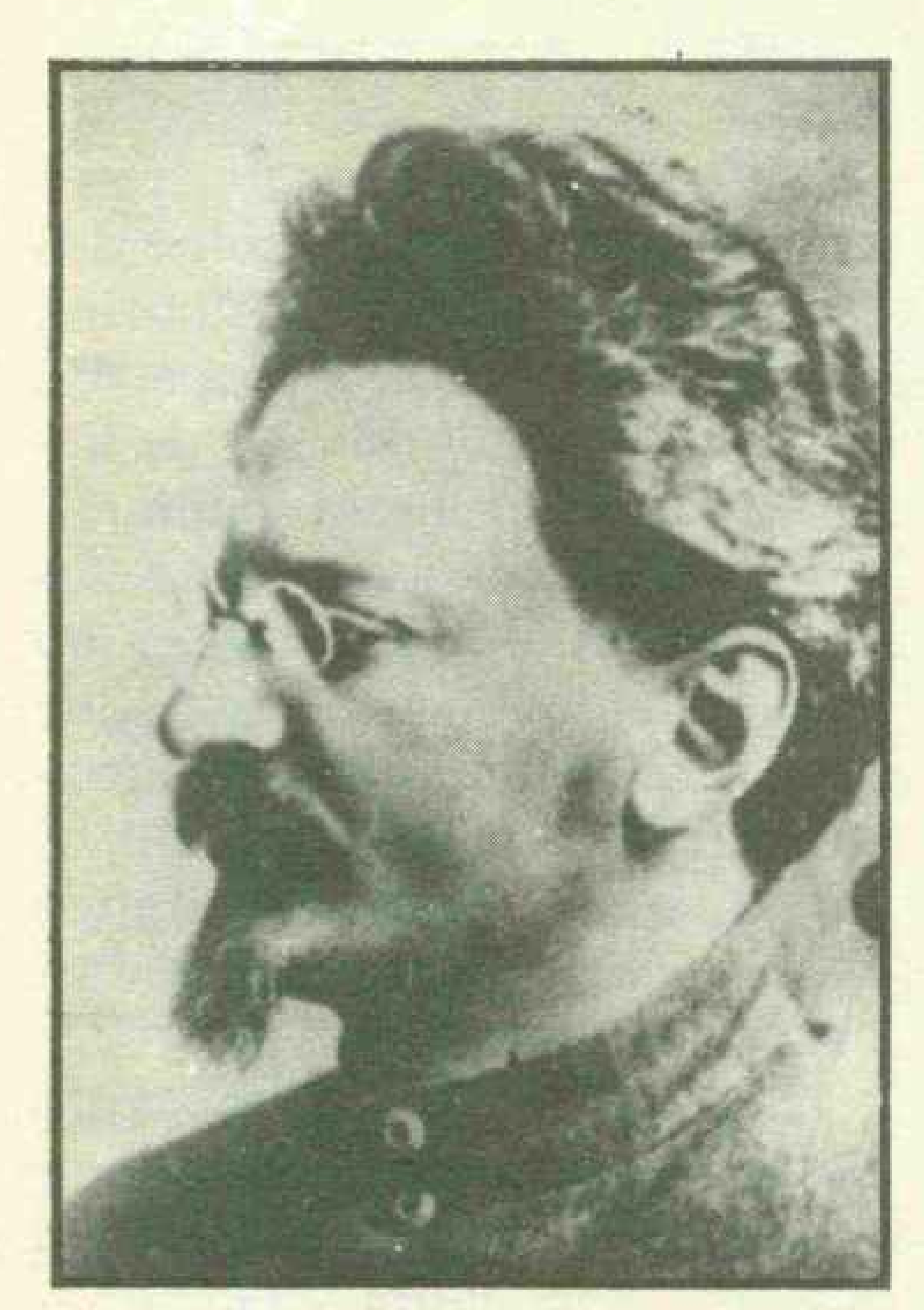
El estado del golpe nació como un proyecto de novela, antes de que en España se alzara el teniente coronel Tejero con una pistola amenazante en el palacio de las Cortes. Cuando Tejero irrumpió en el hemiciclo, por la rabadilla de Leguineche subió un sudor frío que por un momento se le asemejó a la duermevela más lúcida del sueño.

Manuel Leguineche, periodista acostumbrado a convertir en papel, o en palabra dictada, todo aquello que ha ocurrido hace un segundo, no escribió una sola línea sobre aquel acontecimiento. No desdeñó el tema ni arrinconó su proyecto de novela. El tema le preocupaba demasiado hondamente como para convertirlo en papel, o en palabra dictada, de la noche a la mañana.

Y entonces sufrió un espejismo real, que así es la naturaleza del espejismo que sufre el periodista. En la moviola que todo observador tiene, Leguineche situó una historia, la de la Grecia previa y posterior al golpe de los coroneles, y con ese aparato de medir las consecuencias del pasado se recorrió la Europa que ha sufrido el golpismo. España, por supuesto, no estaba sola en la amarga experiencia de ver secuestrada la libertad por la fuerza insólita de las armas.

Italia, Turquía, Francia, Gran Bretaña y Polonia —ésta más recientemente— han sufrido la apetencia inenarrable de la bota militar y todos esos países presentan paralelismos que a Leguineche le resultaron atractivos para ofrecer una

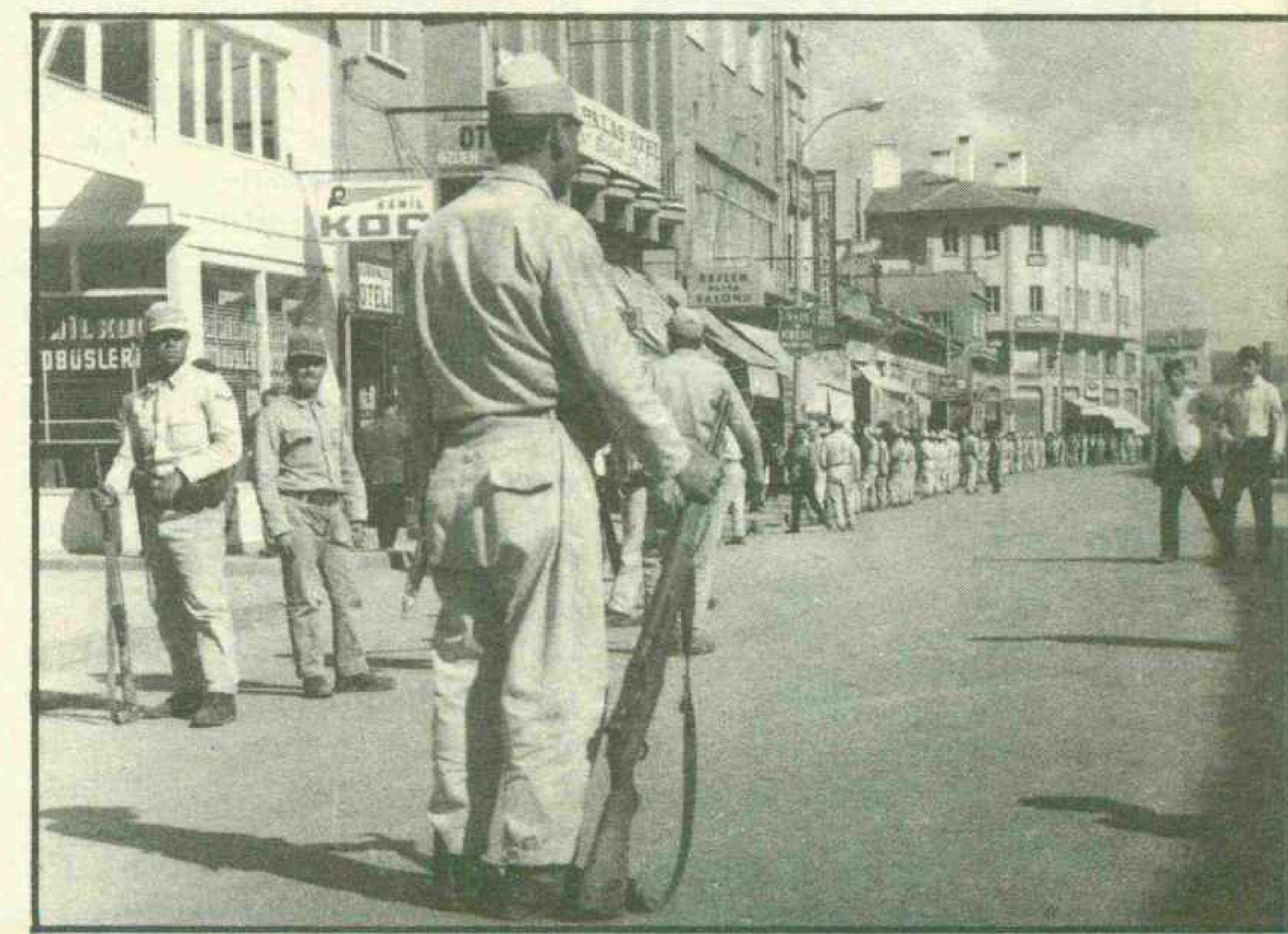

Las calles de Atenas durante el golpe de estado de «Los Coroneles» (1967).


Leon Trotsky (1879-1940).

lectura en profundidad de lo que se llamaría «el caso español». Aunque su libro no es una hermenéutica del golpe del 23 de febrero.

Leguineche presume, con razón, de tener el archivo privado más nutrido de España. No es una presunción vana: yo lo he visto, y he observado cómo se le amontonan los papeles que ahora ordena, de veinte años de trabajo en todas las áreas conflictivas del mundo. Su sed de papel —de datos, de hechos, de aventura— es insaciable; su aparente desorden es proverbial: luego todo está, en realidad, ordenado por la prodigiosa mente de una hormiga insociable, que es lo que es un periodista apasionado por la historia inmediata, allí donde se produzca.

En ninguno de los libros principales de Leguineche se inicia un capítulo o se hace una información sin que la opinión de los otros haya sido contrastada y los datos propicios pasados por el cedazo de las comprobaciones ajenas. Cuando Leguineche oyó que los hombres de Tejero se rendían y los tanques de Milans del Bosch dejaban quietas las ramas de los naranjos se dirigió a Correos e hizo un pedido de Foyles, su librería de Londres. Quería todo lo que se hubiera publicado en el mundo sobre el golpe de Estado ganado por los coroneles griegos el 21 de abril de 1967. Hoy Manuel Leguineche tiene en su casa más documentación sobre ese hecho que toda la que logró recopilar en su casa de Madraz la madre de la Reina Sofía de España, la ya fallecida Federica de Grecia.

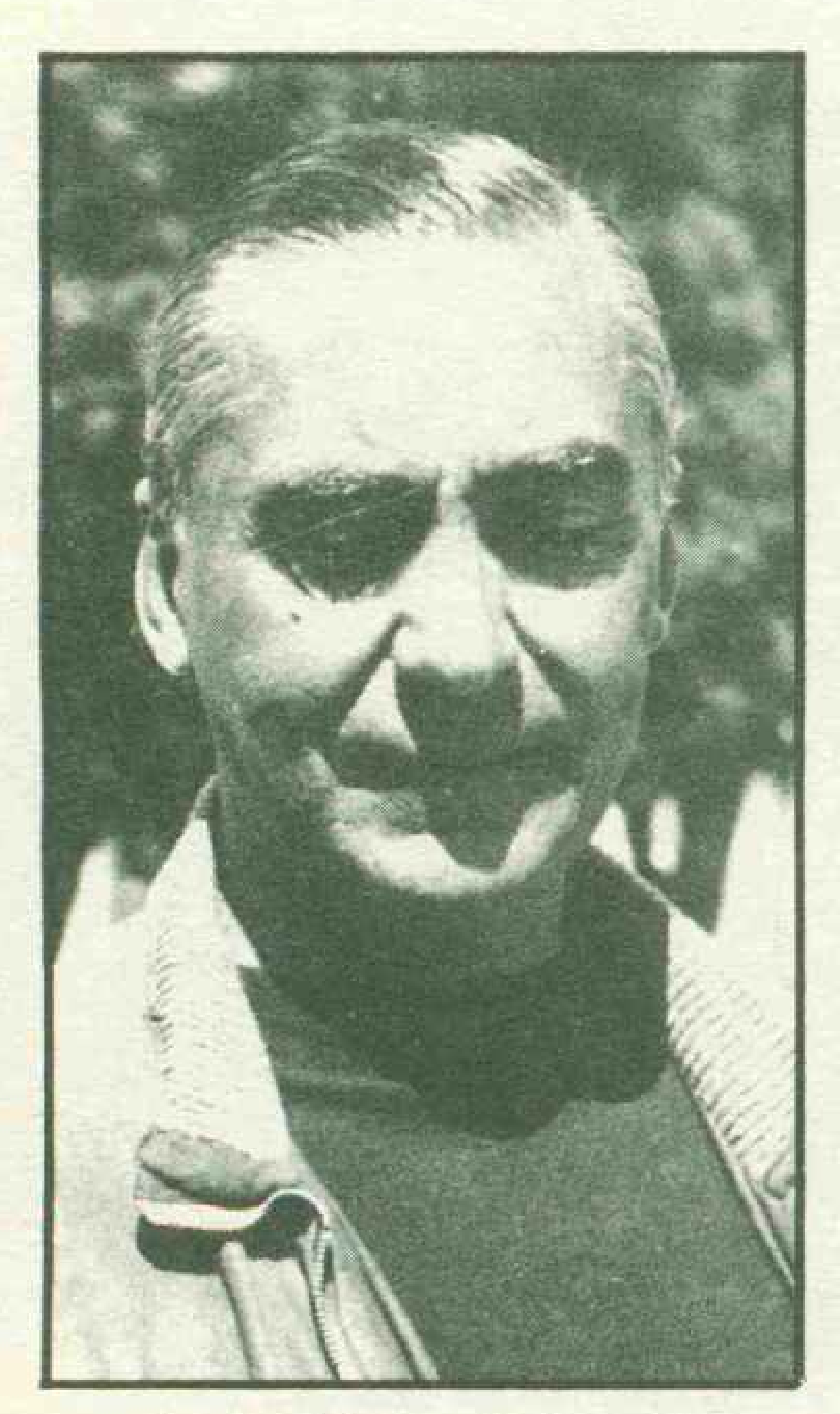

Tropas del ejército turco tras el golpe de estado de Evren, en las calles de Ankara (septiembre de 1980).



Pinochet instaura una dictadura militar, tras el golpe militar que derribó al Gobierno legítimo de Allende, en Chile (1973).

En el estilo de Manuel Leguineche —en el estilo personal y en el periodístico— el dato no basta; la opinión ajena, la brillantez de que la experiencia dota a los relatos, no son suficientes. A él le importa la metáfora, y el caso griego es la gran metáfora —la metáfora simpre surge de lo que nos enseña el pasado— de la actualidad española.

Pero la metáfora no se queda, en el mundo de Leguineche, en el área de los apólogos, sino que se apodera de su estilo hasta convertirse en la sustancia misma del relato. Este libro comienza hablando del golpe de los coroneles griegos, pero desde la primera estrofa de este largo trabajo Leguineche revela cuáles son sus intenciones: «Los almendros florecieron en Grecia a lo largo de la noche del 20 a 21 de abril de 1967», escribe Leguineche al inicio del libro, que es también el comienzo de un capítulo cuyo título —*Una tragedia griega*— traduce la gran carga literaria de su, por otra parte, ajustado periodismo.



Curzio Malaparte (1898-1957).

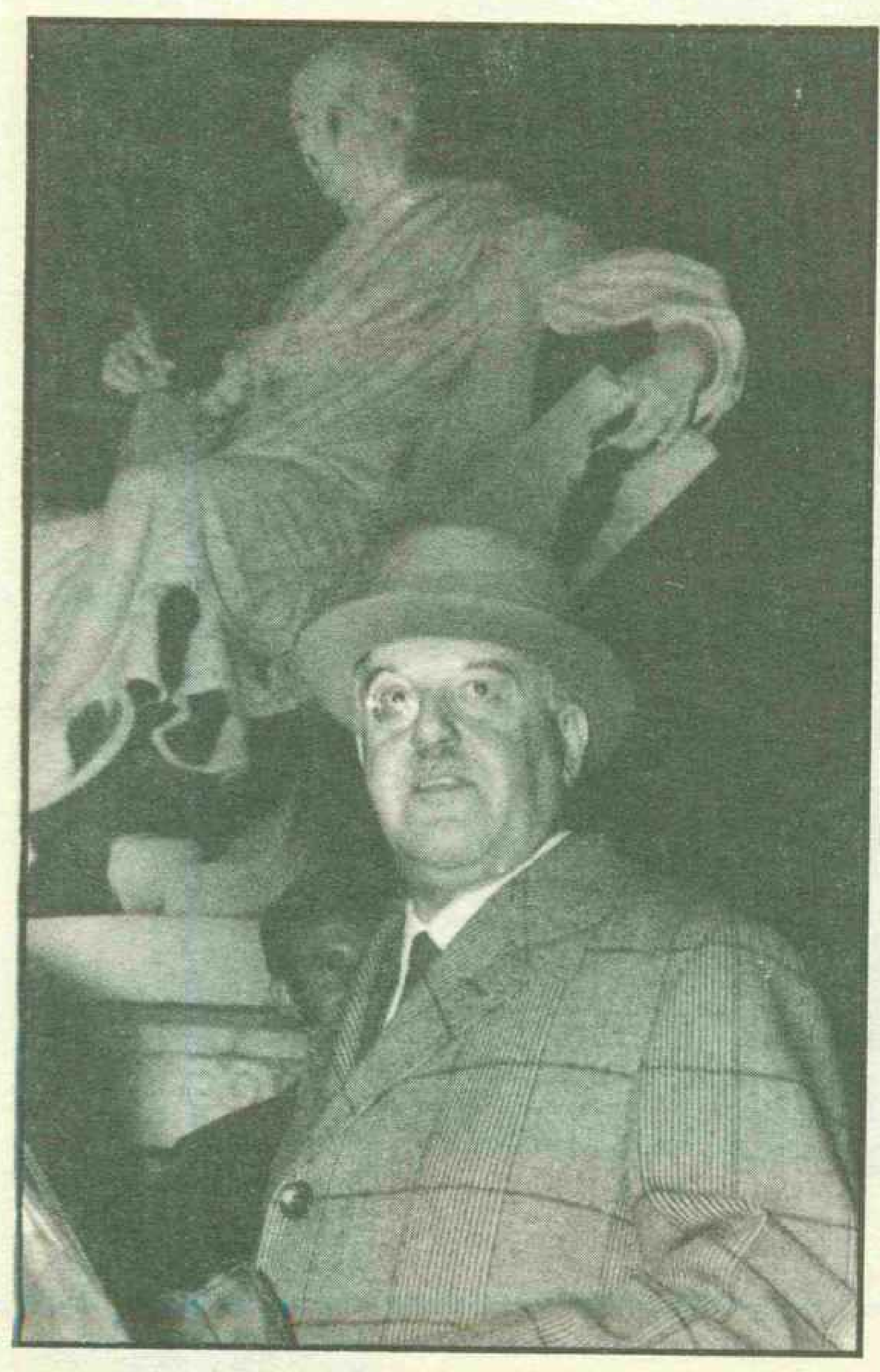
Ese primer capítulo contiene todas las claves del libro de Leguineche. Concebido como un análisis de lo que ocurrió en Europa se nos aparece, sobre todo, como un apólogo sobre España, y así los almendros surgen como la sombra recurrente que gravitó sobre la actualidad de nuestro país en los veinticuatro últimos meses, a raíz de la publicación de una serie de artículos *pregolpistas* —y, finalmente, abiertamente golpistas— que se publicaron en el diario *El Alcázar*. En Grecia los almendros florecieron de igual manera. Leguineche los vio crecer y consolidarse. En España los vio crecer decrépitos y morir, como los laureles cortados de Dujardin, el maestro de James Joyce. En ese primer capítulo —y, de hecho, en la primera página— Leguineche advierte sobre sus intenciones: no va a hacer un recuento de hechos, sino que va a ofrecer un análisis profundo del que la filosofía no es ajena. Así, recurre a Linneo para explicar la naturaleza física de los almendros, a Aristóteles para hablar del concepto de la grandeza que querían imponer los coroneles griegos y a Kavafis para definir el carácter bárbaro de aquel golpe dado, como quieren hacer aparecer el fracasado *pustch* de Tejero y Milans, «en nombre del Rey».

Todos los golpistas son los mismos golpistas, se deduce a continuación, porque la historia enseña que eso es así. Los golpistas griegos son grecocéntricos, como los falsos patriotas españoles son hispanocéntricos, como si este país no fuera un foco en el que se concentran otras culturas. Los coroneles griegos ven a Grecia como una, grande y libre, y sus portavoces describen al país como «hermoso en sus tierras, fecundo en sus gentes y divino en su lengua. La belleza de sus islas, el bullicio de sus ciuda-

des, el sosiego de sus pueblos, el sabor de sus vinos y el gusto de sus guisos» son los valores que parecen defender los tanques armados para acabar con la libertad. Tejero lo diría en *ABC* desde su encarcelamiento en el castillo de La Palma, en Galicia: la España que él quería rescatar de las manos de la democracia y de la libertad era la habitada por «Una raza bravía cuyos machos han llegado a ser dioses y ejemplo de heroínas sus hembras».

Leguineche ha construido su libro con la sabiduría del escéptico. El dice que es un escéptico que ha recorrido el mundo en busca de la pasión de la historia. Lo que se advierte en este ensayo es que su pasión no es la historia por sí misma: su norte es la libertad. De modo que no es, como tienden a serlo los periodistas modernos, que suelen ver la vida por el visor del vídeo, un simple espectador: en Nicaragua trabajó para los sandinistas, cuando creyó que era oportuno cambiar el bolígrafo por la acción de apoyo al guerrillero, y en Portugal enarboló algún clavel cuando creyó que aquello no iba a ser, como luego él narró, «una revolución rota». En Teherán compartió caramelos y dátiles con un pueblo que aquellos días de la marcha del sha de Irán aparecía como la comunidad más generosa y alegre de la tierra. En el recorrido por los golpes de Estado que en Europa han sido Leguineche muestra la misma vocación de militante por los hechos que contradicen a la tiranía, y usa todas las armas de la ironía —la ironía es la enemiga del fascismo, porque procede de la cultura, dijo de otra manera José María Pemán— para desarmar la razón grandiosamente equivocada-- de los que portan las armas.

Los golpistas ingleses tratan de desbancar al laborista Harold Wilson para sustituir el caos democrático por el orden de las metralletas sin tener en cuenta, como comenta Anthony Bailey, y recoge Leguineche, que es imposible una rebelión militar en el Reino Unido. «El Ejército británico», escribía Bailey, «está mandado por hombres preocupados por asuntos extramilitares. Son arqueólogos, historiadores de la parroquia local, expertos en las corrientes del Canal o en las migraciones de las mariposas. El asunto militar que más les preocupa está relacionado con la elección del joven oficial que haga el inventario anual de los cubiertos de plata en la cantina de los oficiales. Pero, por si estos argumentos no convencieran al lector, déjenme que les señale dos barreras formidables y adicionales a la posibilidad de que se



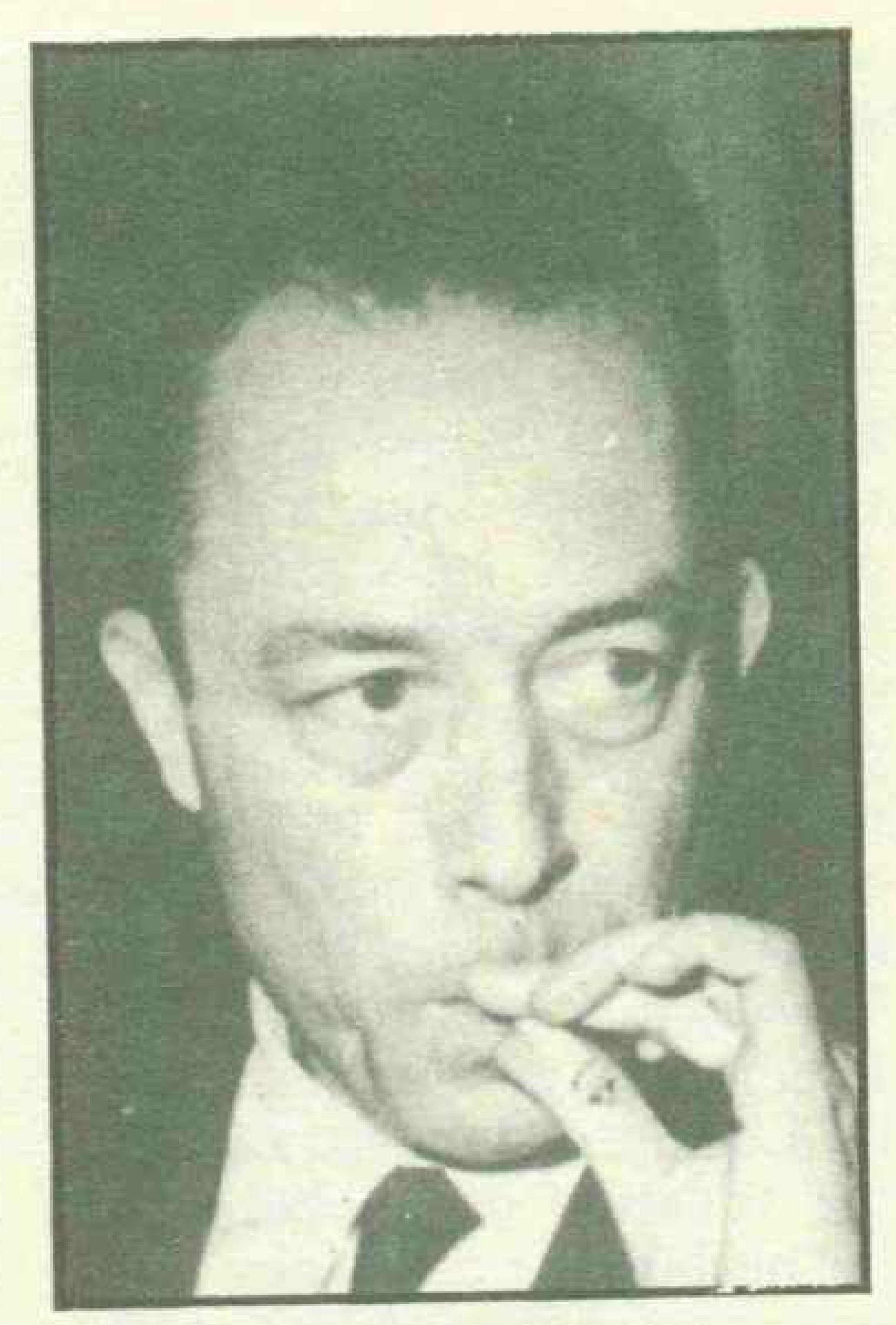
El general De Lorenzo, cabeza visible de un intento de golpe de estado en Italia, en 1964.



El príncipe Junio Valerio Borghese, implicado en el fallido golpe de 1964, en Italia.

diera con éxito un golpe militar en Gran Bretaña: las carreteras están estos días tan congestionadas de tráfico que dificultarían hasta hacer imposible el movimiento de tropas. Más en serio, la banda de la BBC está tan cubierta de buenos programas que sería imposible ceder al Ejército un tiempo de antena para anunciar la toma del poder».

La sutil ironía que usa el escritor británico para resumir la imposibilidad de la vía británica al golpe ilustra, por otra parte, la obsesión golpista por decir cuanto antes que tras su triunfo viene la calma, es decir, la nada. En España los golpistas de Tejero fueron a la radio y a la televisión para decir cuanto antes, por medio de la música militar, que un nuevo orden se iba a establecer. Pero habían pasado cinco años desde la muerte del dictador y era muy difícil encontrar en aquellos archivos de Prado del Rey música militar suficientemente conveniente. La gente se había acostumbrado a otros programas y no es que las bandas radiofónicas fueran las de la BBC, que está nutrida por gentes que cuidan la progra-



Albert Camus (1913-1960).

mación como los militares entomólogos cuidan sus colecciones de mariposas, pero se había conseguido tal grado de independencia informativa que el simple sonido de la música militar que se halló espantó tanto a la población que el rechazo de lo que se cocía en el Congreso de los Diputados fue instantáneo. Nuestras bandas no podía llenarse de nuevo de aquella música. En Grecia pudieron hacerlo; en España les resultó imposible imponer otra melodía en la *radio abierta*.

¿Por qué? Hay que rastrear en todo el libro para hallar la conclusión básica a la que llega Manuel Leguineche. De Gaulle convenció a los militares golpistas —en dos ocasiones— de que la democracia es el mejor sistema para hacer que un ejército parezca respetable; la carnavalada del príncipe Borghese en Italia —intentó hacerse con el poder acompañado por unos soldados cuya experiencia no era la de los guardias forestales— fracasó desde su inicio porque, como decía Mussolini, «la guerra es bella pero incómoda; en Gran Bretaña los militares tienen cosas mejores que hacer que subvertir un orden que ya parece de granito; y en España se dieron casi todas las circunstancias que concurrían en Grecia —una democracia parlamentaria apoyada en un régimen monárquico, un joven rey, un país con una guerra civil de tres años a las espaldas— con una notable diferencia: la actitud del monarca. Mientras en Grecia Constantino, que el 21 de abril de 1967 tenía 27 años, aceptaba en un primer mo-



El general Raoul Salan, artífice del fallido «Putsch» de Argel, del 22 de abril de 1961, contra De Gaulle.

mento a los coroneles, bendecía el golpe y daba así un refrendo incontrovertible a los hombres de Papadópulos —refrendo del que, cuenta Leguineche, citando al general Juste, se excluyó terminantemente la entonces princesa Sofía—, en España el Rey Don Juan Carlos se mantenía en su sitio, controlaba la situación y aseguraba al país que los personajes que habían enarbolado las pistolas en el Congreso y habían sacado los tanques en Valencia no tenían nada que ver con el sistema de libertades que quería la democracia coronada española. Así, aquí se difuminó la sombra griega. Pero no del todo.

La amenaza, tanto en Grecia como en España como en tantos otros países de Europa, no cesa con la vuelta a la democracia en Grecia y con la consolidación (¿cuándo no habrá que decir más esa palabra?) de la democracia en España. Leguineche tiene tan abundantes —y tan bien traídas— citas en su libro que ninguna de sus afirmaciones queda sin el corolario ajeno. Decía Curzio Malaparte en *La técnica del golpe de Estado* «que entre los peligros a los cuales está expuesta la democracia uno de los más grandes es la vulnerabilidad de los Parlamentos», resume Leguineche. Todos los Parlamentos, sin excepción, son más o menos vulnerables. «El error de las democracias parlamentarias», señala Malaparte, «está en su excesiva confianza en las conquistas de la libertad cuando nada es más frágil en la España moderna. Es una ilusión peligrosa creer que el Parlamento es la mejor defensa del Estado contra una intentona bonapartista y que se puede defender la libertad con la práctica de la libertad misma mediante medidas policíacas. Esto es lo que pensaban los diputados de las Cortes españolas y de la Dieta polaca hasta la víspera de los golpes de Estado de Primo de Rivera y de Pilsudski». Malaparte escribía esto en 1931. Hoy parece una ironía traída por Leguineche para hacernos temblar de candidez e ignorancia.


Antonio de Spínola, que encabezó el golpe de estado portugués de abril de 1975.


Lord Mountbatten, primo de la reina de Inglaterra, siendo jefe del Estado Mayor de la Defensa, en 1965, pudo tener veleidades golpistas, aunque su actitud nunca quedó esclarecida.


Jaime Milans del Bosch, siendo Capitán General de la IIIª Región Militar (Valencia), participó activamente en el frustrado golpe de estado del 23 de febrero de 1981.

Secuestrado el Parlamento griego, cautiva la libertad, el rey Constantino II, que creyó ganar terreno aceptando el golpe de Estado militar, se vio maniatado, despojado paulatinamente de su poder y, finalmente, abocado al exilio. Las canciones de Theodorakis se prohibieron y fueron torturados miles de presos de los coroneles. Zorba —recuerda Leguineche— dejó de bailar. Y el Rey también. Fue el pago de su error y de su debilidad. Había permitido que se usara su nombre para dar un golpe contra la democracia; cuando, meses más tarde, viaja al norte con su familia y usa una emisora de ondas cortas de las Fuerzas Armadas para denunciar a quienes habían usurpado el poder «en nombre del Rey» ya es demasiado tarde y la soledad es tan tremenda en su propio país que prefiere vivir en la misma situación, sólo, abandonado, en el exilio inglés. «Un contragolpe», recuerda Leguineche, «no se puede dar por onda corta». «Desde la radio de Atenas en onda media», sigue el autor, «y con alcance nacional, el Rey, como Juan Carlos la noche del 23 de febrero, hubiera logrado el efecto multiplicador, el colapso rápido del dispositivo de los coroneles en la capital, las comunicaciones, el aeropuerto, los ministerios. Pero mientras Constantino toma el té en el hotel Astir» (en Kavala, donde espera noticias) «desconoce el fracaso de su retransmisión».

tender la voz de la autoridad, la declaración de Constantino tomó la forma de una débil petición de ayuda. Nunca deberemos cometer ese error.

El golpe de los generales franceses en Argelia en 1961 fracasó, recuerda Leguineche, «porque París mantuvo el control de los medios de comunicación y los transportes. De Gaulle habla por televisión y moviliza a todas las fuerzas de la resistencia civil. "Prohibo a todos los soldados", dijo, "que obedezcan a los rebeldes. En el nombre de Francia ordeno que se utilicen todos los medios, repito, todos los medios para cerrar el paso a esos hombres. ¡Francesas! ¡Franceses! ¡Ayudadme!"». Don Juan Carlos I fue más retórico, pero igualmente efectivo. El hablaba como el jefe de Estado de una democracia coronada el 23 de febrero. De Gaulle hablaba desde Inglaterra durante la segunda guerra mundial, con París ocupado. Mientras un discurso similar se producía en España el 23 de febrero los que ocupaban por la fuerza el Parlamento no sabían utilizar las ondas para otra cosa que para transmitir una música militar devaluada; encima les tricionaban las transmisiones que tenían en el propio hemiciclo y dejaban que se escuchase la que ha sido mejor metáfora de su pobre filosofía de la vida: «¡Se sienten, coño!».



Guardias Civiles salen del interior del Congreso de los Diputados, tras el fallido golpe de estado del 23 de febrero de 1981.

En España los golpistas del 23 de febrero llegaron a las emisoras de radio mal dirigidos y peor pertrechados. No distinguían una zarzuela de una marcha militar, pero se hicieron fuertes en los controles centrales y durante unas horas fueron dueños de la poderosa señal de Radiotelevisión Española. No la usaron porque mientras duraba la ocupación en otras zonas de la milicia había un desconcierto que luego se ha ilustrado en el juicio seguido contra los protagonistas del *pronunciamiento*. Pero los que dirigieron sus carros de combate hacia los medios de comunicación sabían lo que había que hacer mejor que el defenestrado Constantino. Quizá aquellos habían leído a Edward Lutwak, como refiere Leguineche: «Lutwak», escribe el autor de *El estado del golpe*, «advierte que el control del flujo de informaciones que emana del centro de decisión política será el arma más importante para restablecer nuestra autoridad después del golpe». El control de los medios de comunicación de masas se convierte así en una necesidad. Según Lutwak, en lugar de ex-

Los medios de comunicación. En Polonia, hasta donde llega el libro de Leguineche, Jaruzelski despierta un domingo —cuando todo el mundo se dispone a oír la misa— con una *homilía* que deja estupefactos a los polacos: el estado de guerra se acaba de declarar para desviar el curso de los acontecimientos provocados por Solidaridad. La noche del 12 de diciembre Rakowski, el segundo de Jaruzelski, no había dormido pensando en lo que iba a ocurrir al día siguiente —se lo acaba de contar—. Desde el 13 de diciembre el

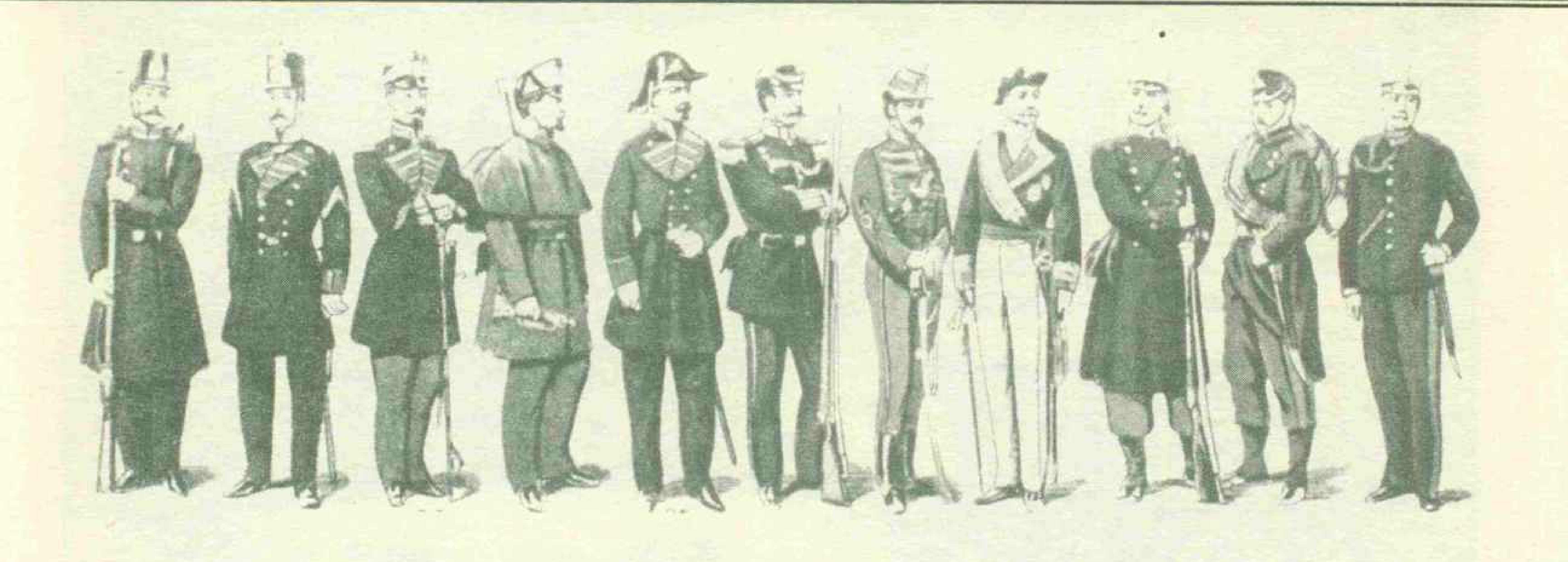
Tanques en las calles de Varsovia, tras ser proclamado el estado de excepción por el general Jarucelski (23 de diciembre de 1980).

sueño ha sido más difícil en Polonia. Los analistas —y eso lo recoge Leguineche al final de *El estado del golpe*— han visto clara una cosa: la técnica se va depurando, la amenaza persiste y ya se ha demostrado que la torpeza vil de Tejero, el cinismo milimétrico de Papadópulos, el hombre que no usa reloj, la lunática visión de Mountbatten no son hechos aislados, congelados en la historia. Son ejemplos que Leguineche, con una técnica en la que la metáfora literaria se conjuga con la precisión del lenguaje, convierte en apólogos que nos dejan atónitos sobre lo que pudo haber sido y no fue. Vuelven los almendros



en esa zona final del libro: «El 13 de diciembre de 1981, cuando en el duro, largo y frío invierno polaco florecieron los almendros a quince grados bajo cero, el golpe de Estado se dio por ordenador electrónico y vía satélite.»

María Moliner decía que oportunismo es la doctrina que recomienda acomodarse a las circunstancias, sacando de ellas el mejor partido posible. Leguineche ha hecho buena esa parte de la definición de la que nunca fue académica. Pero su libro, por supuesto, no es oportunista. Y aunque es oportuno, el adjetivo que mejor le va es el de esencial. ■ **J.C.R.**



La actuación del

Josep M.ª Morreres i Boix

La actuación del ejército en España

La necesidad de un ejército para la defensa del territorio y la salvaguarda de la independencia nacional no es cuestionada en la actualidad ni por partidos de derechas ni de izquierdas. Parece evidente que toda sociedad precisa de un cuerpo armado para defenderse de cualquier injerencia externa.

Desde donde abarca nuestro conocimiento todas las sociedades han recurrido al uso de las armas para mantener su visión del orden social, originando distintos tipos de organización militar. El ejército nacional, con oficialidad profesionalizada y servicio militar obligatorio es la organización típica de la sociedad industrializada.

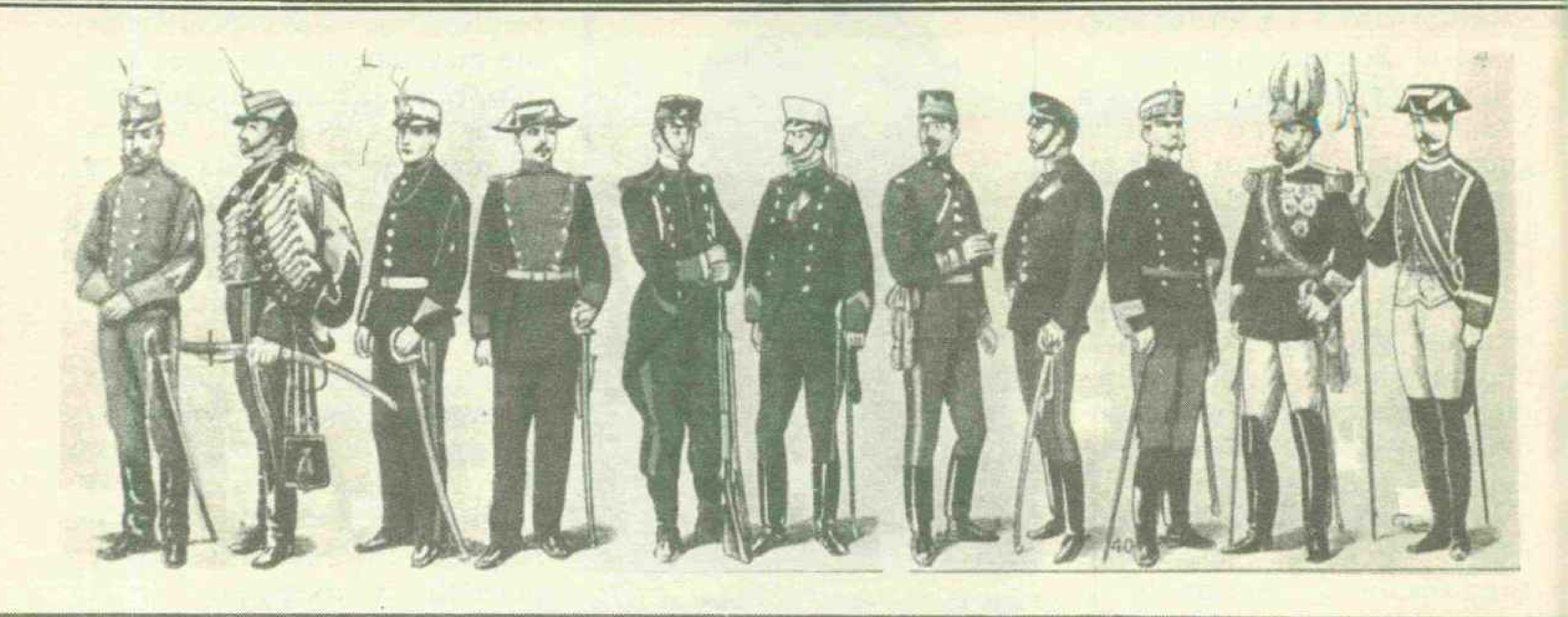
¿Cumple el ejército la misión que le ha sido encomendada por la sociedad? Vamos a intentar ver en este trabajo una visión global de la actuación del ejército, desde inicios del pasado siglo hasta la guerra civil.

La defensa del territorio

El ejército nacional español surge a principios del siglo XIX con la guerra de la Independencia. Este ejército no tenía nada que ver con el ejército real del Antiguo Régimen que había permitido la invasión francesa sin oponer resistencia, y que incluso había colaborado con el invasor para reprimir los primeros brotes insurreccionales.

En el ejército que se forja en la guerra contra el francés la oficialidad, de extracción noble proveniente del antiguo ejército real, debe coexistir con los líderes civiles, surgidos del pueblo, que alcanzan sus galones por su valentía y su audacia. El hecho de no plantearse una guerra tradicional, con dos fuertes ejércitos enfrentados el uno al otro, sino de establecerse la guerra de guerrillas con una dirección totalmente descentralizada —juntas de defensa— y una táctica que permitía atacar al enemigo cuando éste se encontraba en inferioridad de condiciones, para dispersarse acto seguido, facilitó este fenómeno.

El ejército real se desmoronó con la invasión francesa como el resto de las instituciones del Antiguo Régimen. Al no defender el ejército la integridad del territorio y de sus instituciones esta defensa pasó a milicias voluntarias de carácter popular, de base municipal y regional. Sólo una minoría de la oficialidad abrazó la causa patriota, y al hacerlo, debió renunciar, si no de forma explícita sí tácita, a sus privilegios de casta. El nuevo ejército se es-



Ejército en España (1808-1939)

tructuró a base de un reclutamiento mayoritariamente campesino, local y voluntario, y sus dirigentes, salvo en el caso de los antiguos oficiales, surgieron espontáneamente; fueron hombres que asumieron la jefatura por su personalidad carismática o su acción audaz, no por su procedencia. En muchos casos se trataba de antiguos bandoleros o contrabandistas.

Las Cortes de Cádiz ratificaron este hecho al abolir la obligatoriedad de las pruebas de nobleza para acceder a la oficialidad; al mismo tiempo que establecían el ejército permanente frente a las milicias y la dependencia de éste del poder legislativo.

Pero tampoco este ejército nacional —tras el primer período absolutista de Fernando VII— supo defender efectivamente el territorio. En 1823 la Santa Alianza intervenía militarmente en España en apoyo a la insurrección realista que había establecido la regencia de Urgel. No hubo un intento serio por parte de los militares para contener la invasión de los «Cien mil Hijos de San Luis», tanto por su debilidad orgánica como su desidia. Tampoco prosperó esta vez el llamamiento a la formación de un ejército voluntario.

El resultado fue el triunfo de la insurrección realista, con el restablecimiento del absolutismo, lo que llevó a una drástica depuración del ejército, que no se había mostrado reacio al liberalismo.

Las campañas dentro del país

Si el ejército no supo prever la defensa de las fronteras, sí que colaboró en resolver, de forma sangrienta, las diferencias políticas de los españoles. En los dos últimos siglos España se ha visto ensangrentada por seis guerras civiles: La insurrección realista (1821-1823); las tres guerras carlistas (1833-1840, 1846-1849 y 1869-1876) la insurrección cantonalista (1873-1874) y la última guerra civil (1936-1939). A estas guerras, que tuvieron un carácter generalizado, habría que sumar multitud de intentos insurreccionales que, o no prosperaron, o fueron reprimidos de forma drástica por el ejército. Por su proximidad cabría destacar los intentos insurreccionales anarquistas en la comarca de Berga, en 1933, y la Revolución de Asturias, junto al conato de revuelta de Companys, en octubre de 1934.

No puede fijarse una única orientación política en la actuación del ejército en estos conflictos.

Durante la insurrección realista, que se inicia en 1821, la mayor parte del ejército permanece fiel a la Constitución. Tras el fracaso de la rebelión de la Guardia Real el absolu-

tismo se desarraigó de las ciudades y pasó a ser un fenómeno rural. Se crearon Juntas absolutistas en Navarra, Aragón y Galicia. Se retornó a la lucha guerrillera y el clero jugó un importante papel de agitación. Los absolutistas actuaron por partidas de voluntarios que, una vez restaurado el rey con el poder absoluto e iniciada la depuración del ejército de elementos liberales, se institucionalizaron como milicias provinciales, con el nombre de «Voluntarios Reales». La insurrección no hubiera tenido ninguna opción de victoria de no haber sido por la intervención extranjera. Por su lealtad a la Constitución el ejército permanente estuvo a punto de ser suprimido y reemplazado por las milicias. Incluso los militares de tendencia absolutista mostraron su desagrado por la institucionalización de las milicias reales.

A la muerte de Fernando VII se inicia la primera de las guerras carlistas. Aunque el ejército como tal defendió la sucesión de la Infanta Isabel algunos oficiales se sumaron a las milicias carlistas. Estos dominaban el País Vasco, Navarra y el norte de Aragón y Cataluña. Su táctica guerrillera hacía difícil la actuación del ejército regular, al que la inhospitalidad de la región y la carencia de medios minaban la moral. Los carlistas mantenían la hegemonía en la zona rural y montañosa, mientras que las ciudades constituían focos liberales en plena zona carlista. El peligro carlista llevó a permitir la creación de milicias urbanas, de carácter liberal, como respuesta a las milicias tradicionalistas, de formación campesina.


Pablo Morillo, conde de Cartagena (1778-1837).

Las tropas carlistas intentaron romper el localismo de la guerra, organizando expediciones al resto de la península. El resultado de estas expediciones fue más espectacular que efectivo, pues si bien consiguieron llegar hasta Andalucía y a las mismas puertas de Madrid, la necesidad de vivir sobre el terreno confirmó la idea que de ellos se había formado la población: bandidos.

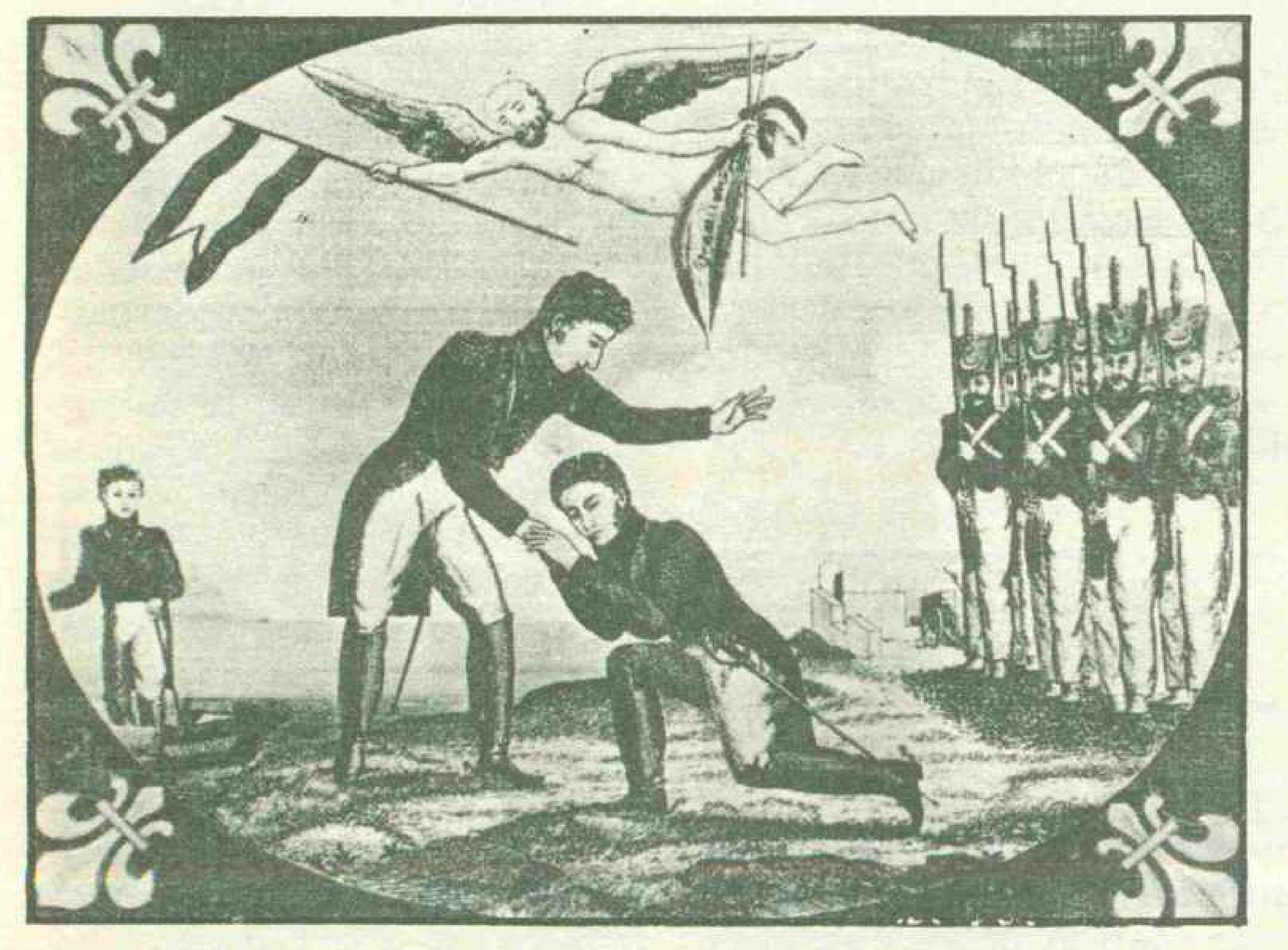
La primera guerra carlista no pudo saldarse en el campo de batalla, y por ello fue necesario llegar a un compromiso. En el acuerdo de Vergara el general Espartero prometió respetar los fueros vascos y permitir la integración de la oficialidad carlista en el ejército regular. El general Maroto, que firmó el acuerdo por parte de los carlistas, fue considerado como un traidor por el ala más radical de tradicionalismo.

El alcance de las guerras carlistas escapa al problema de la mera sucesión dinástica. Está conectado, por una parte, al enfrentamiento del tradicionalismo rural y los avances de la revolución burguesa, y, por otra, a la defensa de la identidad regional frente al centralismo jacobino. Se comprende así por qué surge una y otra vez la rebelión carlista en las mismas regiones.

En 1846, localizada esta vez únicamente en Cataluña, se reinicia la guerra, con un nuevo pretendiente: Montemolín. El veterano general de la primera guerra, Cabrera, comprendía la imposibilidad del triunfo ante la negativa de Navarra y el País Vasco, pero la fidelidad a los líderes locales se impuso, y la guerra se convirtió en la práctica de un bandolerismo a gran escala.

A partir de la Revolución de 1868 el carlismo volvió a reaparecer en la política española. En un principio intentó la vía legalista —que suponía el abandono de sus principios—, pero, ante el fracaso de ésta, se decidió por la insurrección armada.

El poco efecto que sentían los militares por la república y la desorganización militar que


Grabado que representa al duque de Angulema rindiendo pleitesía al rey Fernando VII, tras la decisiva actuación de los «Cien mil hijos de San Luis», en favor de la restauración del absolutismo en España en 1823.



Rafael del Riego (1785-1823).

supuso ésta dio a las fuerzas carlistas las máximas facilidades. En el norte llegó a existir una organización estatal completa. Las facilidades terminaron con la República unitaria de Serrano, que restableció la disciplina militar, y, finalmente, con la restauración alfonsina.

La causa carlista volvería a surgir el 19 de julio secundando la rebelión del general Mola en Navarra. Las fuerzas de requetés, disciplinadas y adiestradas, jugaron un importante papel en la guerra civil.

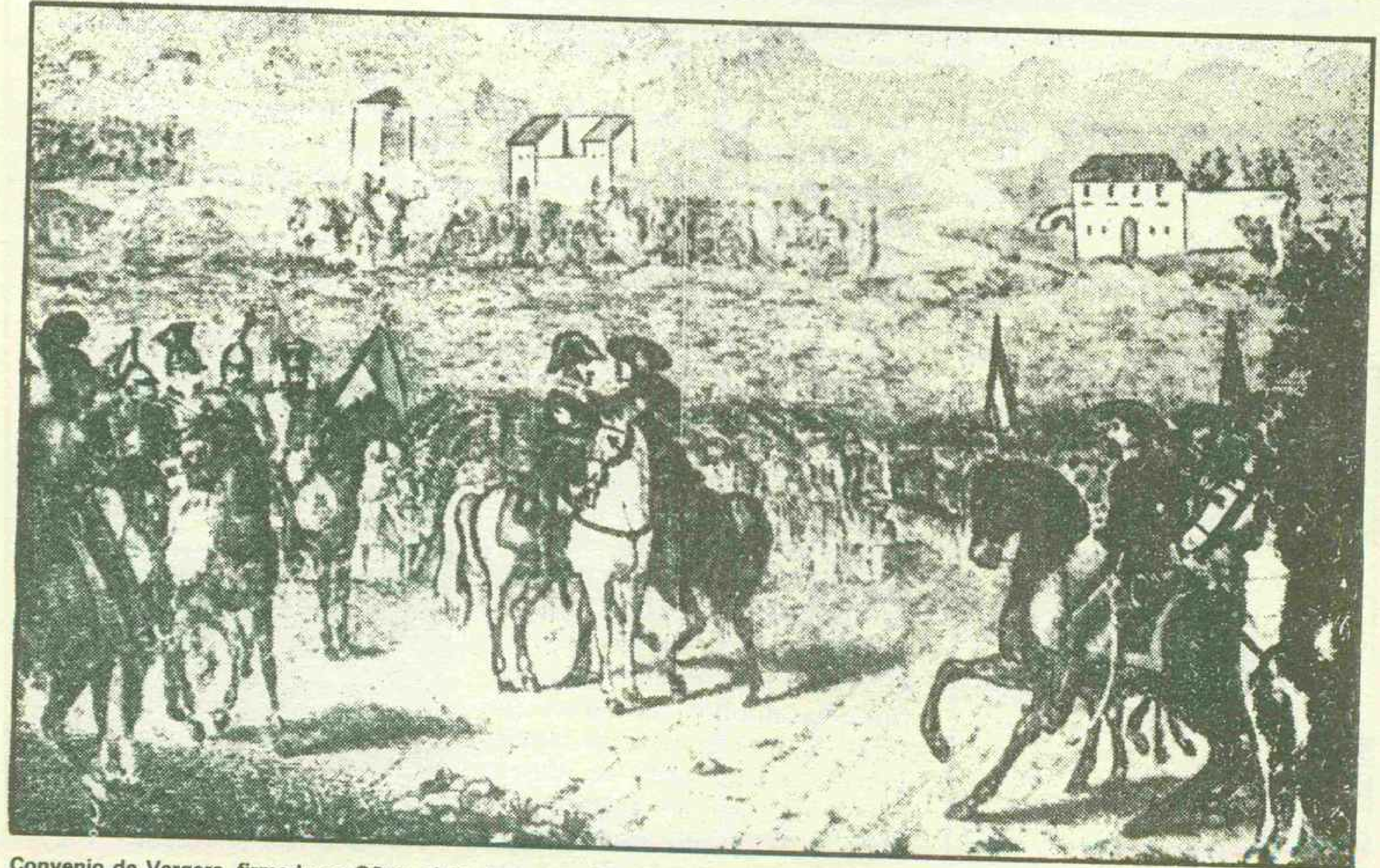
Con la proclamación de la república federal, y ante la indecisión del gobierno para abordar de forma efectiva la desmantelación del centralismo borbónico, se produce la insurrección cantonal. Una vez iniciada la insurrección los objetivos de ésta no se limitaron a conseguir la autonomía municipal, sino que se inició una revolución social de carácter anarquista, como en Alcoy y Cartagena. Ello fue posible por la acción ideológica y organizativa que desarrolló la I Internacional desde la visita de Fannelli.

El ejército, bajo bandera republicana, reprimió con igual dureza la insurrección. Salvo excepciones la oficialidad no comulgaba con las ideas federalistas, y la resistencia que pudieron ofrecer los cantonalistas fue mínima. El general Pavía restableció el orden en Andalucía con un ejército de 2.000 hombres en el verano de 1873, y Martínez Campos ocupó Valencia, tras una cruenta batalla, el 8 de agosto. El último bastión cantonalista fue Cartagena, que fue ocupada por el general López Domínguez en enero de 1874.



Francisco Javier Elío (1767-1822).

La represión de la insurrección cantonalista acarreó el descrédito de la república federal. El gobierno se vio abandonado tanto por la derecha —por no haber sabido mantener el orden— como por la izquierda —que le acusaba de



Convenio de Vergara, firmado en Oñate el 29 de agosto de 1839, y ratificado en Vergara mediante el abrazo simbólico que recoge el grabado entre los generales Espartero (por la Reina) y Maroto (por los carlistas), que dio término a la primera guerra carlista.

publicano se aglutinaron las fuerzas obreras y de la pequeña burguesía, fueron ayudados por la URSS y por México.

Buen número de oficiales permanecieron fieles a la República, pero la revolución antiautoritaria que se llevó a cabo, junto a la desconfianza de que eran objeto, les colocó en una difícil situación. Los que probaron su lealtad fueron admitidos en las milicias como consejeros.

En la guerra civil intervinieron, junto a los soldados españoles, mercenarios moros y soldados italianos y la aviación alemana en el bando nacionalista, y junto a los milicianos las «brigadas internacionales» y algunos tanquistas rusos. Esta «guerra civil» tuvo, pues, un marcado carácter internacional. Fue al mismo tiempo escenario de la primera revolución libertaria y banco de pruebas de los ejércitos de Hitler. El patriotismo fue la escusa para arrasar la patria una vez más.

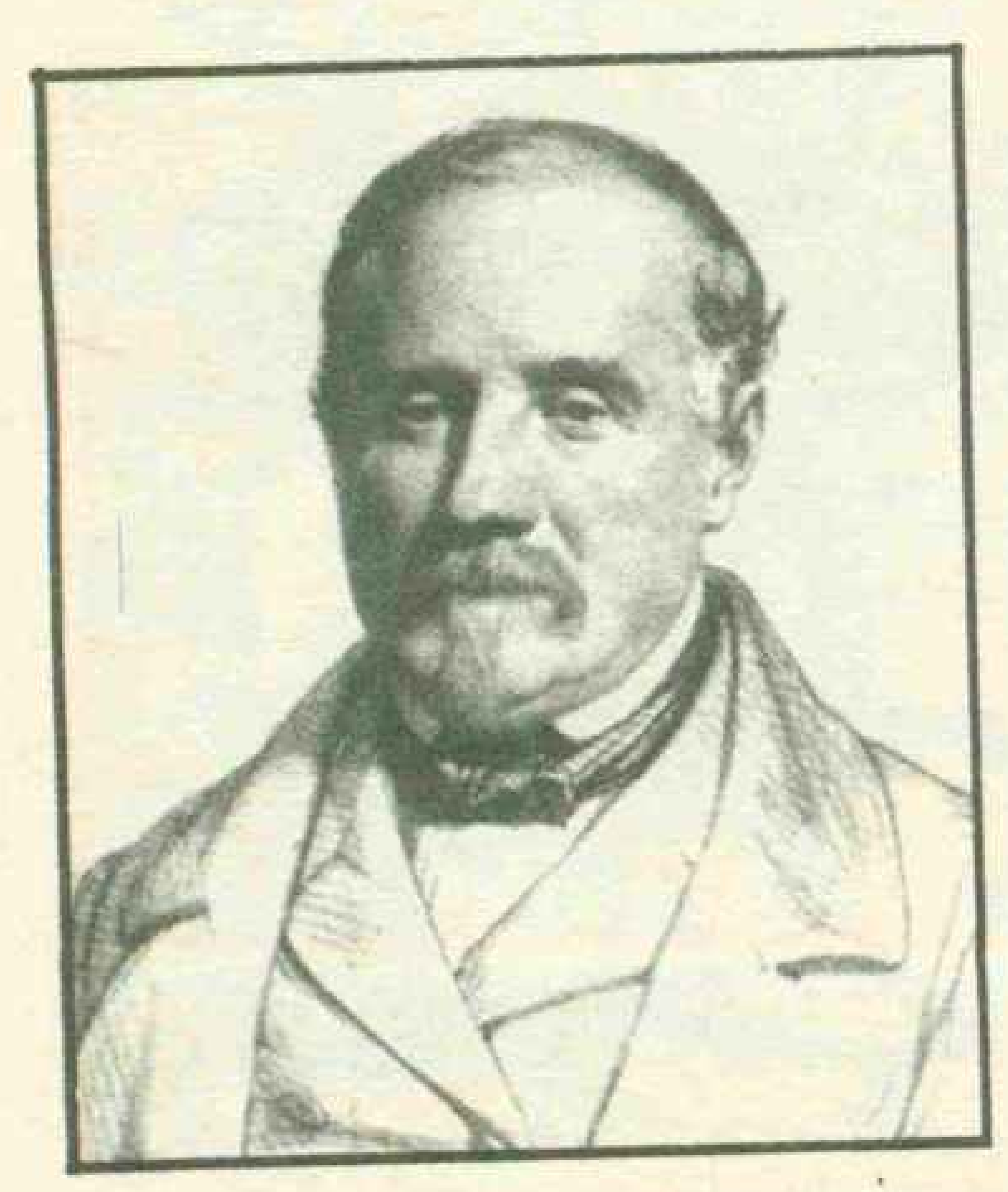


Baldomero Fernández Alvarez Espartero, duque de la Victoria y de Morella, conde de Luchana, príncipe de Vergara. Regente de la Nación de 1840 a 1843 (1793-1879).

haber reprimido a los cantonalistas mientras dejaba el campo libre a los carlistas—. La primera República estaba ya condenada.

La guerra de 1936 se inicia con la rebelión de parte del ejército contra el legítimo gobierno de la república. Lo que debería haber sido un pronunciamiento, al estilo decimonónico, se convirtió en una guerra fraticida que arrasó España y causó más de un millón de muertos.

El golpe militar fracasó en la mayor parte de la península gracias a la decidida reacción popular, dirigida principalmente por los sindicatos obreros, que derrotó a los militares conjurados o impidió que se rebelaran. La guerra que siguió al levantamiento adquirió inmediatamente las características de una guerra de clases. Del lado franquista se alinearon la Iglesia, los terratenientes y la oligarquía financiera, y recibieron la ayuda de las potencias fascistas. En el lado re-



Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena y duque de Tetuán (1809-1867).

Las guerras coloniales

El imperio español en América había iniciado su proceso de emancipación durante el vacío político que supuso la invasión francesa y la posterior guerra. Al restaurarse la monarquía absoluta Fernando VII



Juan Prim, conde de Reus y marqués de los Castillejos (1814-1870).

se propuso restablecer también en el continente americano la anterior situación. La primera expedición fue la del general Morillo, que, con 10.000 hombres, ocupó la zona de Venezuela. La precaria situación económica en que se encontraba España después de la guerra no permitiría la continuidad de este esfuerzo. Victoria tras victoria los líderes independentistas, José de San Martín y Simón Bolivar, iban configurando la imagen de la actual Sudamérica.

Las derrotas en ultramar provocaban el descontento en el ejército, haciendo responsable al sistema absolutista de la poca efectividad y de la carencia de medios.

Con la vuelta al liberalismo de 1820 la recuperación de América se da prácticamente como perdida. Salvo aisladas e infortunadas aventuras, como el intento de ocupación de Santo Domingo (1861-1865) y la intervención militar, junto a Napoleón III, en México (1861-1862) para proteger los bienes españoles de la revolución.

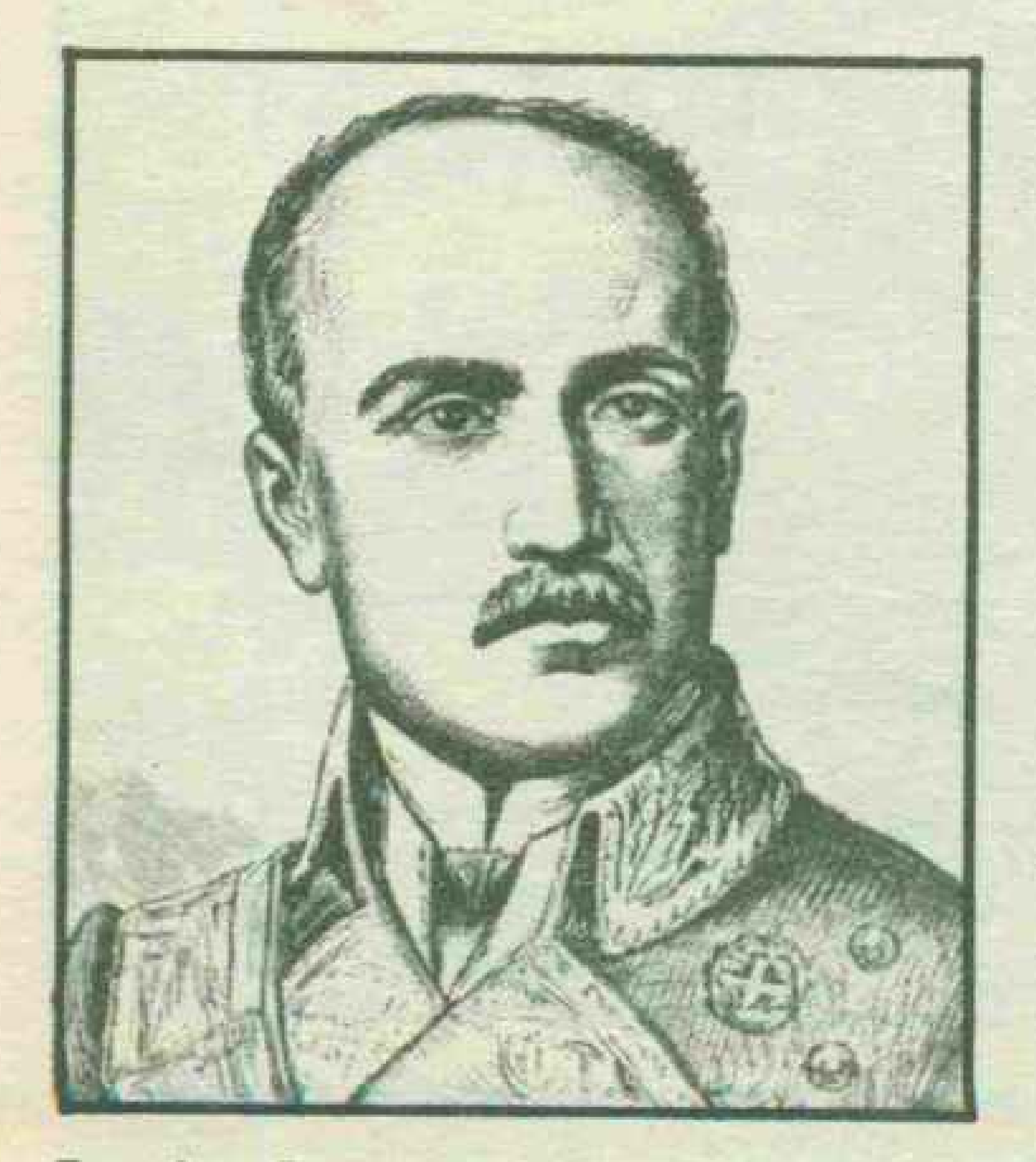
Del vasto imperio americano sólo le quedaron a España las islas de Cuba, Puerto Rico y parte de la de Santo Domingo. Cuba sería el nuevo foco insurreccional, donde se forjarían generales y se perderían ejércitos.

La primera guerra cubana, llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878), fue provocada por la anacrónica administración española a que estaba sometida la rica isla del Caribe. Las tímidas aspiraciones reformistas de los hacendados fueron superadas en breve por el movimiento secesionista que despertaron. Este fue capitaneado por Céspedes, que, rebelando a los esclavos, organizó la guerra de guerrillas en el sector oriental de la isla. El capitán general de la isla, Dulce, intentó una política conciliadora que fracasó ante la intransigencia de los sectores más reaccionarios. La guerra de Cuba comprometió la promesa de los dirigentes de la Revolución de 1868 de abolir las quintas, al tener que mandar nuevos refuerzos a la isla, donde el peor enemigo era la enfermedad. La paz de Zanjón, firmada en febrero de 1878, no consiguió solucionar el problema.

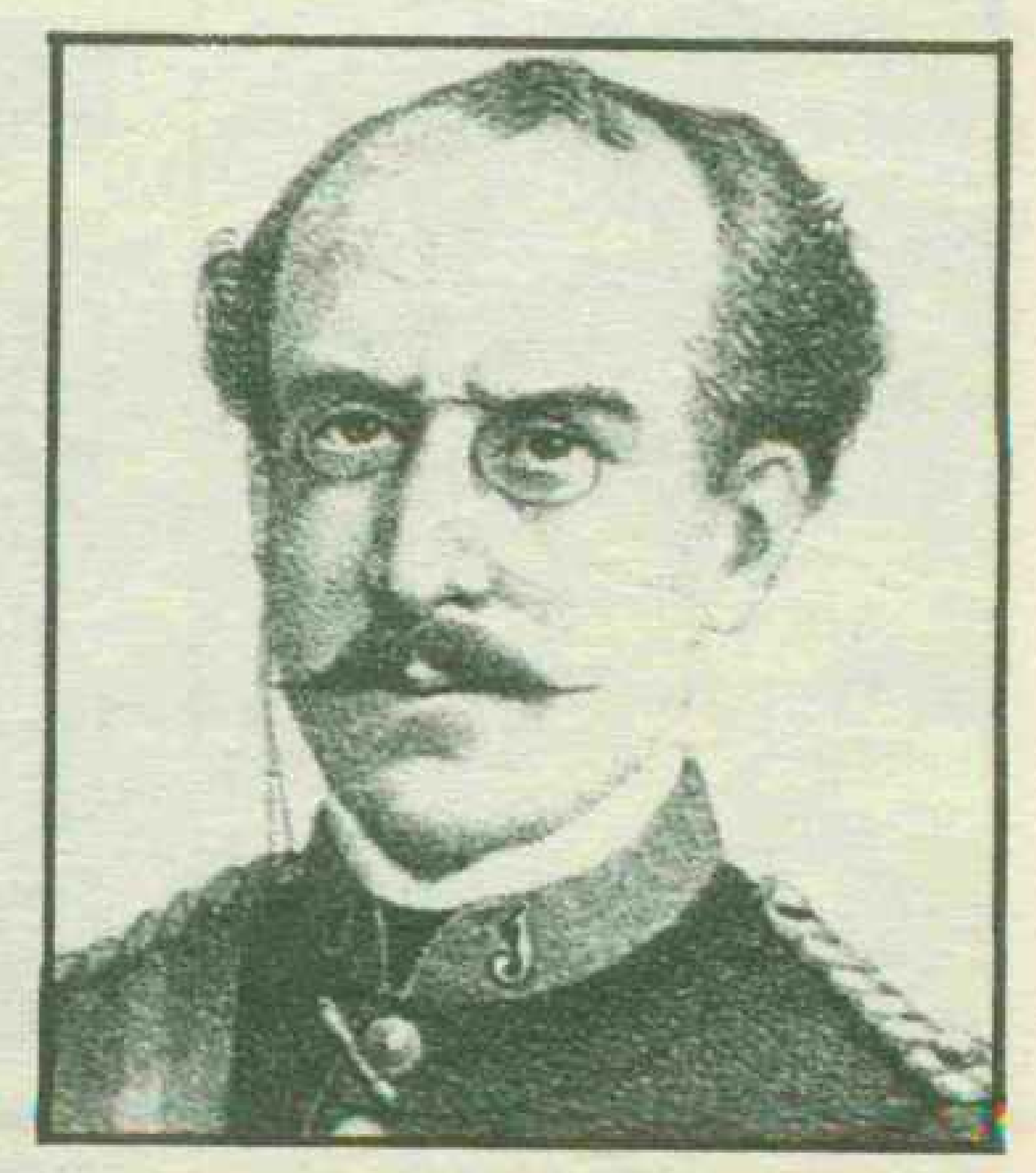
La guerra volvió a reaparecer en 1895, y en esta ocasión



Ramón María Narváez, duque de Valencia (1800-1868).



Francisco Serrano, conde de San Antonio y duque de la Torre. Regente de la Nación de 1869 a 1870. (1810-1885).



Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque. Disolvió las Cortes, en un golpe de Estado, el 3 de enero de 1874 (1827-1895).

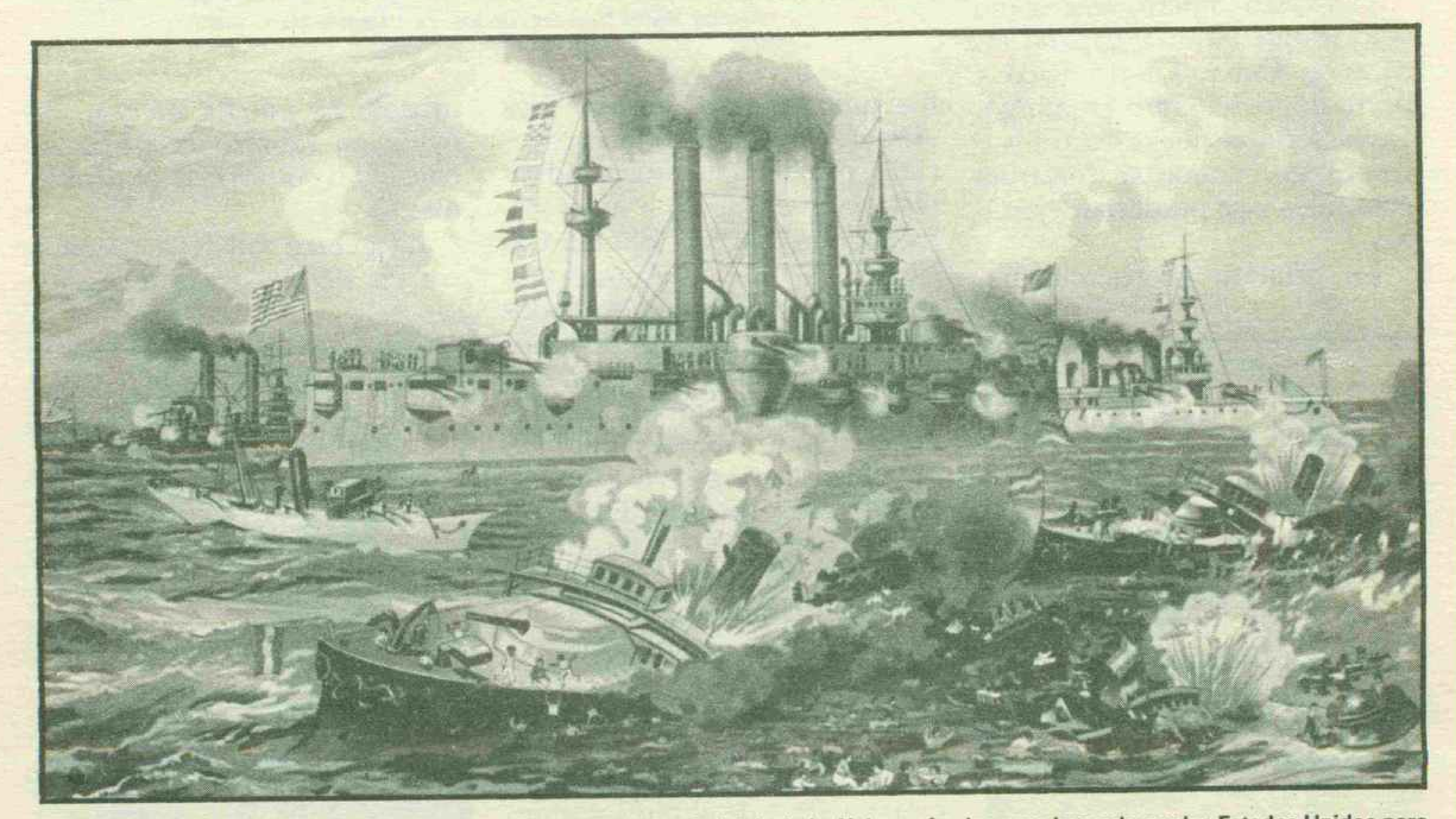
la ayuda a los secesionistas cubanos de los Estados Unidos fue decisiva. Las flotas españolas, la del Pacífico y la del Atlántico, fueron destruidas por la armada americana en una lucha desigual.

El ejército no podía vencer en Cuba porque la solución debía de ser política y no militar. Martínez Campos, partidario de la reforma administrativa, no quiso emplear medidas drásticas contra las guerrillas y fue sustituido por el general Weiler. La campaña de terror desatada por Weiler, con la reclusión de la población civil en campos de concentración para impedir su ayuda a la guerrilla, pese a restablecer una aparente normalidad y aislar a los insurrectos, no consiguió vencerlos. El hundimiento de la flota obligó a la capitaulación de España. La derrota de Cuba marcaría a toda una generación.

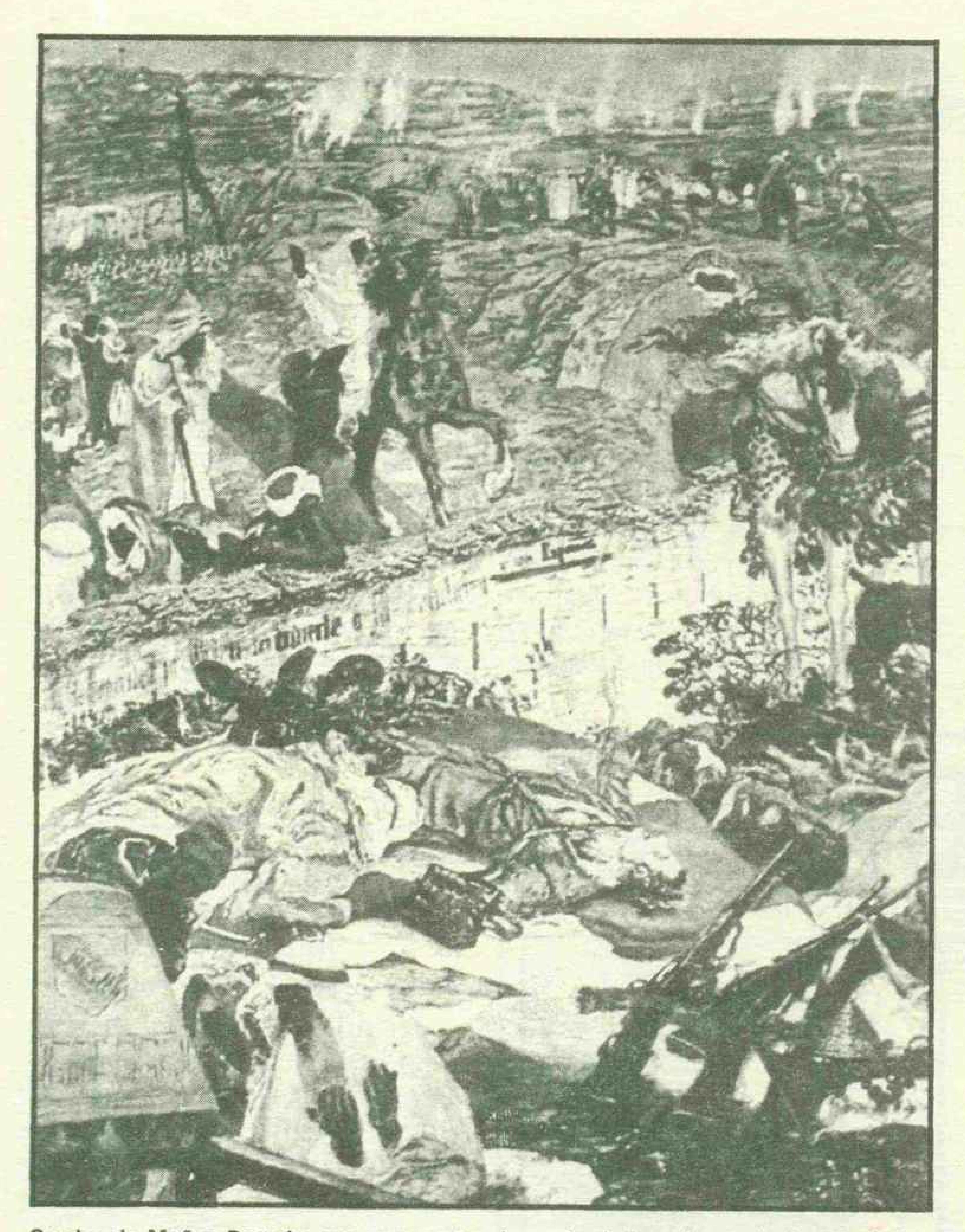
Las intervenciones militares en Marruecos no fueron en conjunto más afortunadas. La primera intervención (1859-60) culminó con la victoria de Wad-Ras, con la que España aumentó su territorio en Afri-



Arsenio Martínez de Campos. El 29 de diciembre de 1874 proclamó a Alfonso XII, al frente de la brigada Dabán, en Sagunto (1831-1900).



La voladura del acorazado «Maine», el 15 de febrero de 1898 en la bahía de La Habana, fue la causa buscada por los Estados Unidos para declarar la guerra a España. El 9 de junio del mismo año la escuadra española, mandada por el almirante Cervera, siguiendo instrucciones del Gobierno, salió a mar abierto, siendo destruida por la norteamericana. El 10 de diciembre de 1898 el tratado de París ponía fin a la guerra hispano-norteamericana. Y el 1 de enero de 1899 la bandera de los Estados Unidos sustituía a la de España en Cuba, Puerto Rico y Filipinas.



Cuadro de Muñoz Degrain, que representa el puesto de Igueriben a la llegada de los moros. El asedio duró seis días (del 15 al 21 de julio de 1921), fecha en que Fernández Silvestre ordenó el repliegue. Sólo 25 de los 300 hombres de la guarnición llegaron a Annual.



Manuel Fernández Silvestre (1871-1921).

ca. Entre 1893-1894 fue necesaria una nueva intervención militar por un conflicto fronterizo. La guerra continua contra las tribus rebeldes fue creando un clima adverso a la guerra, que en 1909 cristalizó en Barcelona en «la Semana Trágica», en la que la población se sublevó ante el continuo embarque de nuevos contingentes para Africa. La burguesía supo desviar la revuelta hacia la quema de iglesias y conventos. Después de la represión fue fusilado, como presunto dirigente de la rebelión, el pedagogo Francisco Ferrer y Guardia.

En 1921, tras el aventurismo del general Silvestre, animado por el propio rey Alfonso XIII, se produjo el desastre de Annual, en el que perecieron más de 8.000 soldados. El general Silvestre prefirió el suicidio antes que hacer frente a sus responsabilidades. El conocimiento de la derrota produjo un gran escándalo en todo el país, y el gobierno dimitió. La negligente administración de Marruecos fue el tema de apertura de las Cortes. A iniciativa del ministro Eza fue creada una comisión, presidida por el general Picasso, para establecer las responsabilidades. No obstante, los más directos implicados no iban a poder responder ante esta comisión, Silvestre se había suicidado, y Berenguer fue confirmado en su puesto de Alto Comisario del Protectorado, tras presentar su dimisión, con la promesa de inmunidad ante la comisión Picasso —aunque más tarde, al ser citado por la comisión, renunció voluntariamente a la inmunidad—.



Juan Picasso González, teniente general perteneciente al cuerpo de Estado Mayor. A raíz del desastre de Annual tomó a su cargo la instrucción del expediente de responsabilidades que lleva su nombre. (El expediente Picasso se refería a las causas de la derrota sufrida por el ejército en Annual y tras el golpe de Estado de Primo de Rivera, en 1923, desapareció.)

La conflictividad siguió en Marruecos después de la tímida contraofensiva que salvó la crítica situación de Melilla.

Fue Primo de Rivera, después de su golpe de Estado, el que adoptó una enérgica política militar en el Protectorado, que culminó con una parcial pacificación.

La larga e intermitente campaña de Marruecos no sólo influyó en la moral de la población, que veía como se diezmaban los reemplazos y se dilapidaban los impuestos, sino que produjo una profunda división entre los propios militares; se produjo la división entre los oficiales de carrera, que se agruparon mayoritariamente en torno a las «juntas», y los oficiales ascendidos en campaña, «los africanistas». Al mismo tiempo, la moral militar se veía desprestigiada, tanto por su ineficacia en el campo de batalla como por el aireamiento de los frecuentes casos de corrupción que se dieron en la campaña de Marruecos.

Aparte de las campañas coloniales mencionadas España se enzarzó, a mediados del siglo XIX en una serie de aventuras militares que reportaron un nulo beneficio por la impericia política de la Corona. Tales fueron la intervención en Portugal (1834-1847); el destacamento enviado a Roma (1849), y la expedición a la Conchinchina, junto a los franceses (1859-1863).

Salvo parciales victorias, en las que el tiempo actuaría inexorablemente en su contra, las intervenciones militares en el extranjero se vieron siempre sumidas en la impotencia y coronadas por el fracaso. Ello apartó a la población del patriotismo militarista del que gozaban otras naciones, al tiempo que creaba en el estamento militar un sentimiento de marginación, que se transformaría en un desprecio por los políticos civiles —a los que hacían responsables de sus fracasos— y que les llevaría a sentirse como los redimidores de la patria.


MADRID DIA 14 DE SEPBRE. DE 1923 NUMERO SUELTO 10 CENTS.

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO DECIMONOVENO. N.º 6.457 10 CENTS.

MADRID: [illegible] LAS PROVINCIAS TRES MESES, 9. EXTRANJERO: SEIS MESES, 38 PESETAS
REDACCION Y ADMINISTRACION: SERRANO, 55. MADRID. APARTADO NUM. 43


LOS JEFES DEL MOVIMIENTO MILITAR

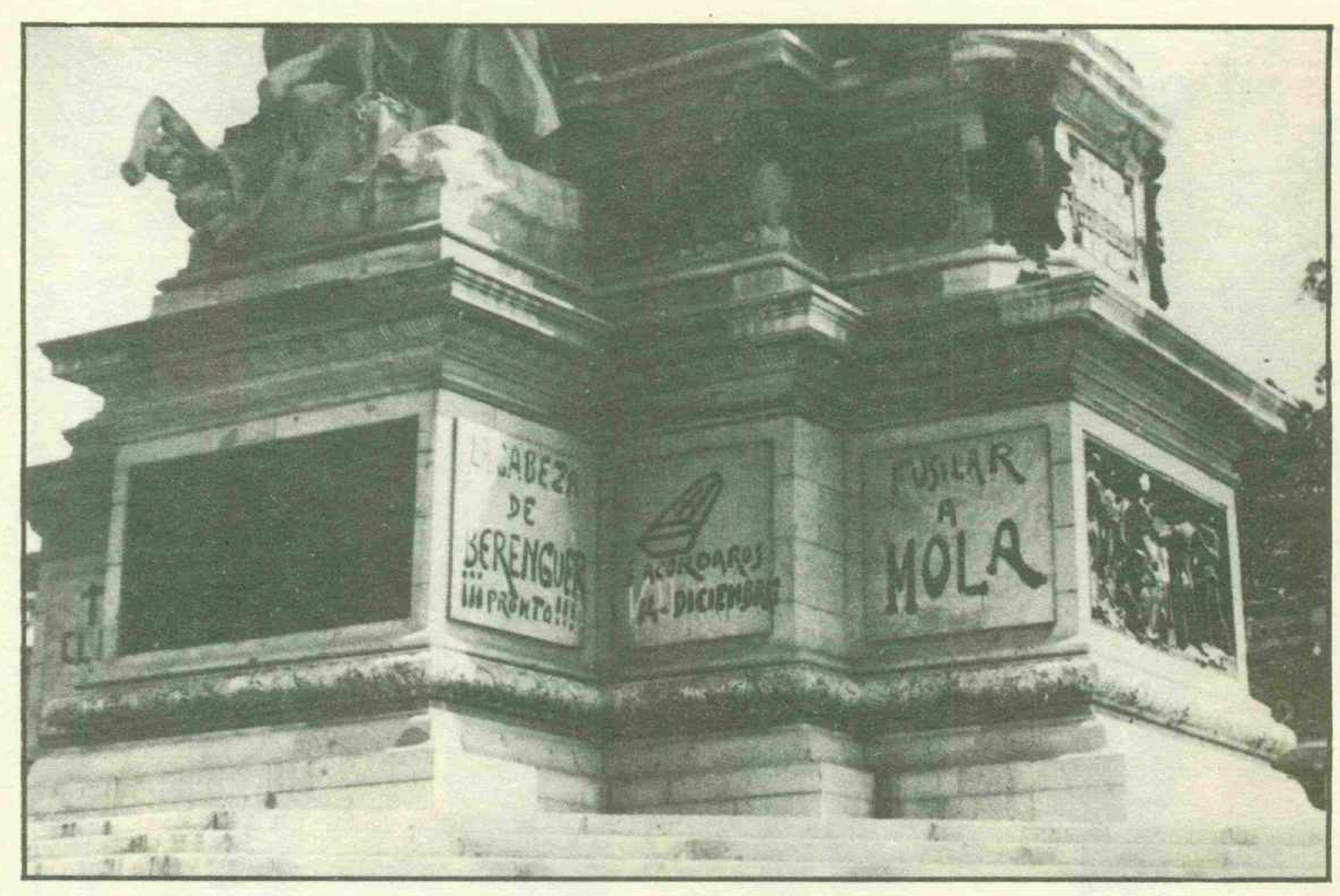
LOS GENERALES PRIMO DE RIVERA (1), CAVALCANTI (2), SAR[illegible] (3) Y BERENGUER (D. FEDERICO) (4). (FOTOS ALFONSO Y WALKEN)

Portada del «ABC» del 14 de septiembre de 1923: En las imágenes, los cuatro generales responsables del golpe de Estado: Miguel Primo de Rivera (Capitán General de Cataluña), Cavalcanti, Saro y Federico Berenguer.

La intervención política del ejército

La intervención del ejército en la política se realiza en la España del siglo XIX de una forma original: El pronunciamiento. Este se realiza con la movilización de una parte de la tropa —generalmente, las fuerzas al mando del militar que se pronuncia—, al tiempo que se da a conocer una proclama o manifiesto. La mayoría de los pronunciamientos se dieron en forma incruenta, ya que su éxito depende más del apoyo que obtiene que de las tropas movilizadas. Julio Busquets establece dos épocas históricas para los pronunciamientos.

«La primera abarca entre 1814 y 1874 y corresponde al afianzamiento del liberalismo, que pugna todavía con el absolutismo, y finaliza cuando, en 1874, Alfonso XII establece la Monarquía Constitutional, y el país entra en un período de estabilidad, caracterizado por el turno pacífico de dos partidos en el poder, o quizás en un momento en que los canovistas incorporan el nacionalismo a su ideario y hacen que el mili-



Pintadas en los edificios públicos y monumentos de Madrid anunciaban ya el fin de la «Dictablanda» del general Dámaso Berenguer y aun de la Monarquía.

tar pueda sentirse cómodo en los partidos de derechas. La segunda época coincide con la agonía de la monarquía liberal y el auge de los sistemas socialista y nacionalista, y da lugar a otra época tumultuosa que comienza cuando Primo de Rivera derriba el orden constitucional, actualizando de nuevo tan anormal sistema de relevo de poder y dando pie para que sus enemigos políticos intenten derribarlo —como luego hicieron— de la misma forma, con lo que el país atraviesa, entre 1923 y 1932, una nueva época de pronunciamientos militares» (1).

A partir de la declaración de Elio ante el rey, en 1814, significándole el apoyo del ejército para el restablecimiento del absolutismo, se sucedieron hasta 1820 diversos intentos militares para imponer al rey la Constitución de Cádiz. Todos ellos fueron condenados al fracaso. Fue el comandante Riego quien, en 1820, con las fuerzas concentradas en Cabezas de San Juan, próximas a ser embarcadas para ir a combatir a América, levantó, una vez más, la bandera del liberalismo. El éxito del pronunciamiento de Riego no se debió a su fuerza militar, ya que se limitó a pasearse por Andalucía con su tropa, proclamando la Constitución y rehuyéndose mutuamente con el ejército enviado para combatirle. El éxito se debió a la movilización liberal que despertó la hazaña de Riego en distintas provincias, y, sobre todo, en Cataluña.

El pronunciamiento de Riego dio origen al denominado Trienio Liberal, que concluyó con la intervención de «Los Cien Mil Hijos de San Luis». Las posibilidades de actuación del ejército se vieron mermadas el resto del reinado de Fernando VII por la drástica depuración que le impuso éste al ejército.

Es ya durante la regencia de M.ª Cristina, en plena I Guerra Carlista, en que por el Motín de la Granja, se impulsa la elaboración de una nueva Constitución, la de 1837. La indecisión de la regente en aplicar la constitución provocó un nuevo pronunciamiento en 1839, el del general Espartero, representante del partido progresista, que asumirá él mismo la regencia.

Un nuevo pronunciamiento, en 1844, éste de carácter moderado, dirigido por Narváez, impone la mayoría de edad de Isabel II, que apenas contaría diez años. Narváez, como jefe de gobierno, promovió la elaboración de otra Constitución, de carácter más moderado, la de 1845.

Tras la década moderada se pronunciarían, en 1854, Espartero y O'Donnell. Ante las desavenencias que se suscitan O'Donnell, encabezando el partido de Unión Liberal, vuelve a pronunciarse dos años más tarde e impone una nueva Constitución liberal.

Después del «crac» económico de 1866 los generales

---

1. Julio Busquets: El militar de carrera en España. *ARIEL, Barcelona, 1967, pág. 46.*



El 10 de agosto de 1932 el general Sanjurjo se subleva en Sevilla contra el Gobierno de la República, fracasando su «pronunciamiento» a las pocas horas. (En la foto, Sanjurjo con su hijo, el general García de la Herrán y un jefe de la Benemérita por las calles de la ciudad.)

Prim y Serrano, en 1868, se «pronuncian» en nombre del partido democrático. Se inicia la revolución «Gloriosa». La reina debe partir al exilio y se elabora la Constitución democrática. El general Serrano ocupa la regencia mientras Prim se ocupa de buscar un monarca que se preste a jurar la nueva Constitución. En 1869, poco después del asesinato de Prim, Amadeo de Saboya juraba la Constitución. Pese a su buena voluntad, el reinado de Amadeo fue turbulento, y con su abdicación, en 1873, llegaría la República.

El ejército, a las órdenes del general Pavía, disolvía las Cortes a principios de 1874 y establecía un directorio militar. En 1875 un nuevo pronunciamiento, encabezado por el general Martínez Campos, restauraba en el trono a la casa de Borbón, personalizada en Alfonso XII.

Con la Restauración acaba el primer período de pronunciamientos. En esta época el ejército demuestra un talante liberal frente a los defensores del Antiguo Régimen y conservador ante el avance de las demandas de la clase obrera. El papel que juega el ejército es el que en otro caso habría tenido que jugar la burguesía en su ascendencia revolucionaria, y que, en España, por su debilidad y su división, no pudo jugar. El pronunciamiento militar vino a suplir la carencia de una burguesía políticamente activa.

Hubo muchos más pronunciamientos que los que aquí se han mencionado. El criterio de selección ha sido el de haber triunfado, el de haber influido decisivamente en la política del país. Los militares que fracasaron pagaron con su cargo —en el mejor de los casos—o con la vida su acción.

El segundo período de pronunciamientos establecido por Busquets se abre con el pronunciamiento de Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, en 1923. Contrariamente a lo que había sucedido en anteriores pronunciamientos, Primo de Rivera se reafirmó en el poder, instaurando lo que había de ser la primera Dictadura. Primo de Rivera fue presentado una vez como el Mussolini español, pero lo cierto es que la dictadura que implantó no siguió las pautas fascistas.

La implantación de la Dictadura militar no fue del agrado de gran parte del ejército, y no sólo de los oficiales más progresistas. Hubo diversos intentos de intervención militar para derrocar el régimen, pero ninguno de ellos fue coronado por el régimen. Ante la creciente hostilidad el dictador realizó una consulta a los más destacados jefes del ejército

sobre la conveniencia de prolongar la dictadura, y ante la respuesta negativa partió hacia el exilio.

Sanjurjo, ya en plena República, volvió a intentar el recurso del pronunciamiento en 1932 en Sevilla, declarando el estado de guerra. La rápida reacción del pueblo sevillano, que declaró la huelga general como muestra de disconformidad con el movimiento, hizo fracasar la acción. El general Sanjurjo fue condenado a muerte, conmutada esta pena por la de cadena perpetua, salió al exilio en 1934, tras el triunfo de las derechas.

El último golpe de Estado se dio el 18 de julio de 1936. Varios generales coordinados por el general Mola se sublevaron contra el gobierno republicano, declarando el estado de guerra. La reacción popular hizo fracasar el movimiento en las principales ciudades. La indecisión del gobierno republicano, la obstinación de los sublevados y el apoyo de las potencias fascistas convirtieron el



Emilio Mola (1887-1937).

levantamiento en una guerra civil.

Si en el primer período la política ejercida por los militares puede considerarse predominantemente de carácter liberal, acorde con las aspiraciones de las clases progresivas del país, en la segunda su intervención se muestra reaccionaria, defensora de los intereses más retrógrados de la sociedad.

Alfredo Kindelan define así la actuación política del ejército:

«El militar había llegado a creerse solo poseedor de la verdad entre miles de compatriotas errados; solo justo, solo honrado, solo patriota; y esta exaltación de un particularismo egoísta le llevó, lógicamente, a tratar de imponer sus acciones a los demás, por todos los medios, despóticamente, dictatorialmente, declarando la guerra al Estado» (2). ■ J.M. M.B.

---

2. *Alfredo Kindelan:* Ejército y Política. *Pág. 188. Citado por Busquets, Op. cit. pág. 139.*

Dos generales, Franco y Queipo de Llano, que con Mola se alzarían el 18 de julio de 1936 contra el Gobierno legítimo de la Nación y, tras una cruenta guerra civil, conseguirían alcanzar sus propósitos golpistas.

Guatemala, 25 años de genocidio

Ricardo Lorenzo Sanz y Héctor Anabitarte Rivas

LAS elecciones del 7 de marzo han sido consideradas como una inmensa farsa por los partidos de la oposición y acogidas en el mundo con toda clase de reservas y con una sensación de ocasión perdida. Los militares se vienen sucediendo en el poder, por cooptación que luego hacen refrendar en una elecciones más que dudosas, y toda posibilidad de acuerdo o de negociación para conseguir una estabilidad real del país y una voz suficiente para todas las clases desaparece. El 7 de marzo se han cumplido una vez más esta fatalidad. Guevara, aunque habla del «guevarismo» como de una política propia y personal, sigue siendo un servidor de la clase que le ha designado, y como un hombre de guerra. La promesa de amnistía para quienes «acepten vivir dentro de la ley» —o sea, la exigencia de una capitulación— carece de sentido. El fondo de Guatemala, desgraciadamente, no cambia.

MOMENTOS antes de ser asesinado, el presidente de la Asociación de Estudiantes de la Universidad de San Carlos, de Guatemala, Oliverio Castañeda, decía en un acto organizado por los obreros del transporte, que desde 1962 ochenta mil guatemaltecos habían sido asesinados. Unos días antes el «Ejército Secreto Anticomunista» (ESA), había entregado a la prensa una lista de personas «juzgadas y sentenciadas a muerte», entre las que figuraba Castañeda.

En Guatemala se hacen responsables del genocidio cotidiano una serie de «organizaciones»: ESA, el Movimiento Anticomunista Nacionalista, Nueva Organización Antiterrorista, Banda del Rey, Banda de los Halcones, Banda de los Buitres, etc., pero son sólo siglas, fachadas, para ocultar que es el mismo gobierno el que dirige el exterminio de oposiciones y descontentos. Amnistía Internacional hizo público un documento asegurando «que un permanente y deliberado programa gubernamental de asesinatos y torturas en Guatemala es dirigido desde un edificio anexo al Palacio Nacional, bajo el control directo del presidente, general Romeo Lucas García... El gobierno de Guatemala atribuye estas muertes a grupos «independientes» fuera de su control, pero el informe presenta evidencia pormenorizada indicando que estas acciones son realizadas por el ejército y policía...»

El minucioso programa de asesinatos, previa tortura, generalmente, es dirigido desde el mismo edificio presidencial, donde tiene sus oficinas un organismo creado en 1964, conocido hasta hace poco como Centro Regional de Telecomunicaciones, y anteriormente por varios otros nombres.

En 1976 A.I. calculó que unas 20.000 personas habían sido asesinadas o habían «desaparecido» tras ser detenidas, durante los diez años anteriores a esa fecha, y estima que casi 5.000 guatemaltecos han sido detenidos y asesinados desde que el general Lucas García asumió la presidencia en 1978. Los cuerpos de las víctimas son hallados en barrancos, en las cunetas de caminos o en fosas comunes, y casi siempre con evidente señales de tortura. La mayoría de los asesinados son estrangulados, o sofocados con capuchas de goma o baleados en la cabeza.

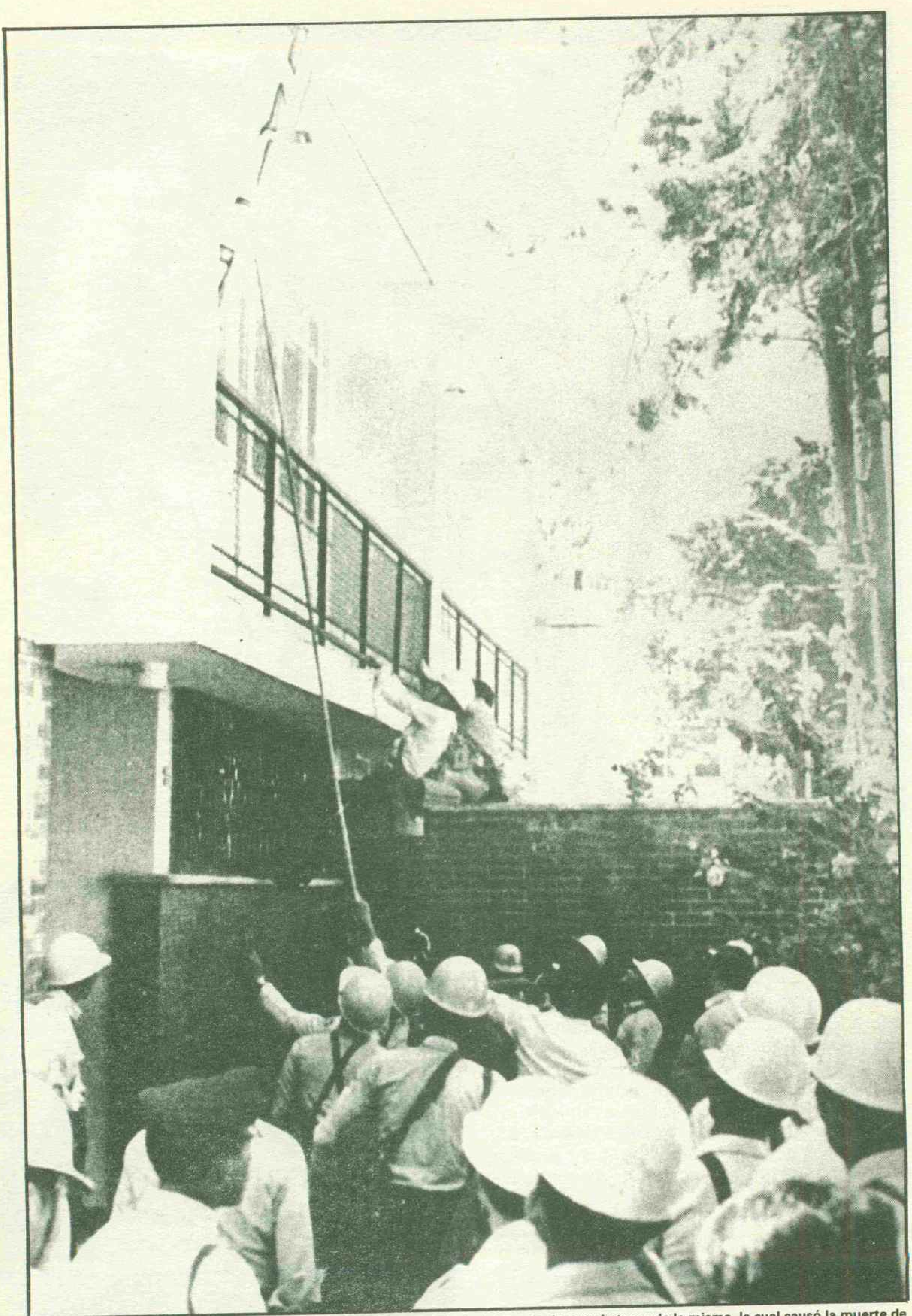
Grupo de guerrilleros guatemaltecos.

1944-1954: Período progresista

Los gobiernos democráticos de Juan José Arévalo (1944-1951) y de Jacobo Arbenz Guzmán (1951-1954), no sólo pusieron fin a la dictadura que imperó en el país durante trece años. Ambos gobiernos, progresistas, generalizaron el derecho al voto entre la población, y especialmente entre los sectores más pobres; se autorizó la organización y funcionamiento de partidos políticos como de sindicatos de trabajadores; y se tomaron medidas para eliminar el cáncer que aún hoy corroe la economía del



Jacobo Arbenz y su mujer. Arbenz fue presidente de Guatemala desde 1951 a 1954 en que un golpe militar dirigido por el coronel Castillo Armas e inspirado por los Estados Unidos lo depuso. La causa fue la reforma agraria emprendida por Arbenz que lesionaba los intereses de la «*United Fruit Co.*», en Guatemala. Arbenz falleció en el exilio en 1971.



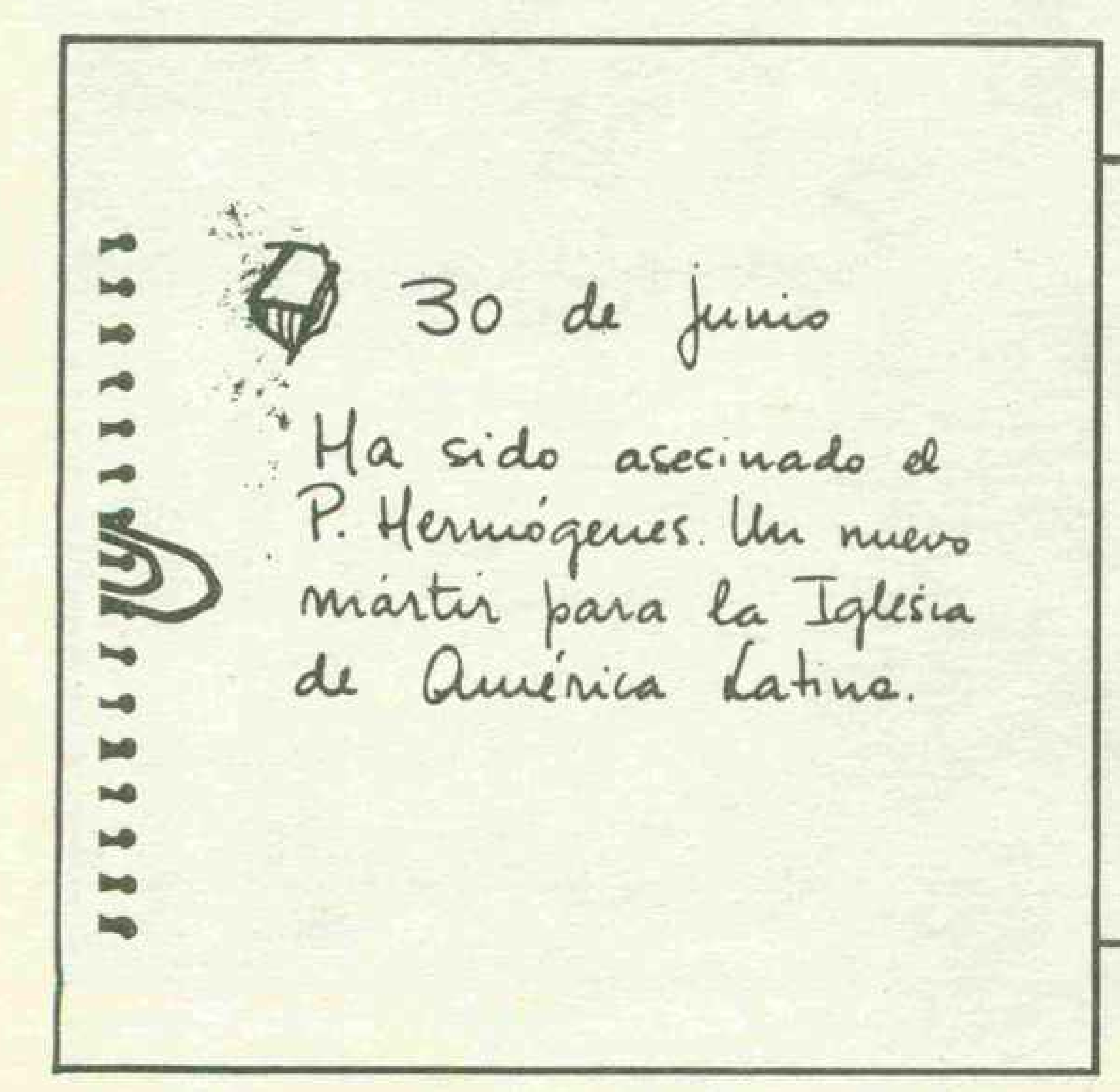
La policía guatemalteca aparece escalando los muros de la embajada de España durante la toma de la misma, la cual causó la muerte de 39 personas. (Enero de 1980.)

El embajador español en Guatemala, Máximo Cajal, haciendo unas declaraciones a la prensa tras su apurada salida de la embajada, de donde pudo escapar cuando, pese a su oposición, intervino la policía guatemalteca, tras la ocupación del edificio por un grupo de campesinos. (Enero de 1980.)

país: se redistribuyeron casi un millón de hectáreas entre los campesinos pobres, gran parte de ellas expropiadas a la United Fruit Company, el famoso monopolio norteamericano que se empeña en considerar que centro América es algo así como su territorio privado.

La respuesta de la Casa Blanca ante estas expropiaciones no fue original. Tanto Arévalo como Arbenz fueron acusados de pro-comunistas.

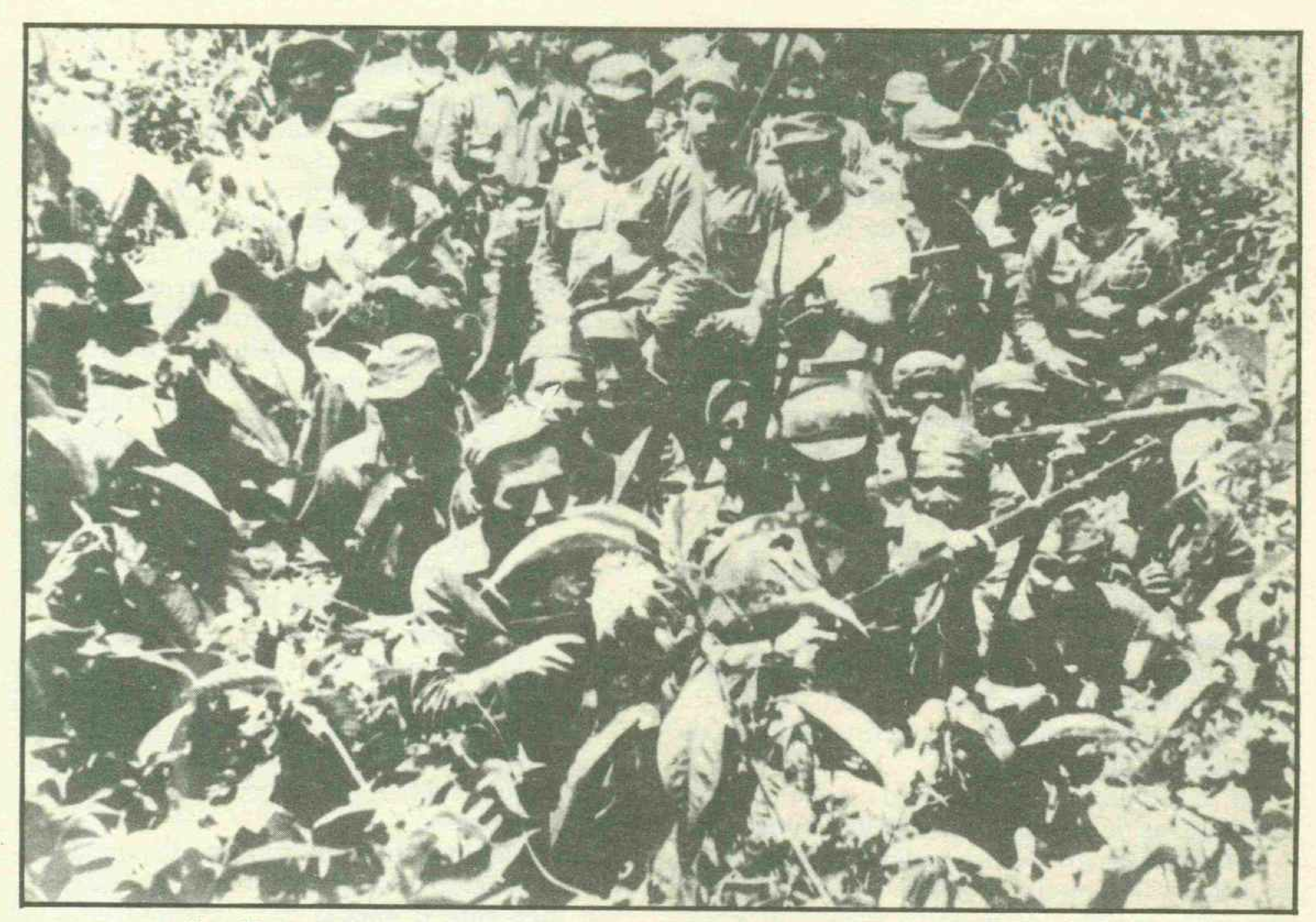
Dos días antes que se produjera la invasión derechista en Guatemala, el presidente Eisenhower, en una conferencia de prensa, hablaba de la influencia del comunismo internacional en dicho país y en la situación delicada que esto provocaba en el Canal de Panamá, de tanta importancia estratégica para el Pentágono, aunque las armas balísticas intercontinentales y los más modernos bombarderos como submarinos atómicos, reducen su valor militar.





Una víctima de la ultraderecha guatemalteca.

Escenas diarias en las calles de Guatemala: frente a las fuerzas represivas del Gobierno, las reivindicaciones del pueblo.



Guerrilleros de las F.A.R. (Fuerzas Armadas Rebeldes), que operan en el noreste de Guatemala.

Eisenhower insistió que se estaba desarrollando una influencia negativa con arreglo al mismo proceso observado anteriormente en otros países. Cuarenta y ocho horas después, el 19 de junio de 1954, un verdadero ejército de mercenarios y de exiliados, bajo el mando del coronel Carlos Castillo Armas, invadía Guatemala. La CIA, como años después en Playa Girón o cuando el derrocamiento de la Unidad Popular en Chile, era el padre de la conspiración.

El hecho de que el Partido Comunista, legalizado durante el fobierno de Arbenz con el nombre de Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) y que en las elecciones obtuviera dos escaños de los 56 que componían el parlamento nacional, no modificó el criterio de Estados Unidos.

«Ha empezado la batalla por Guatemala»

El 19 de junio a la madrugada el canciller guatemalteco, Guillermo Toriello, declaraba que «ha empezado la batalla por Guatemala. En este momento mi país ha sido invadido». El Departamento de Estado rápidamente interviene en el conflicto diciendo que se han producido levantamientos en Puerto Barrios, Quezaltenango y Zacapa, pero lo cierto es que cinco mil hombres aramados, con apoyo de barcos, aviones y artillería, han invadido el país desde Honduras.

De las Islas Cordo, Honduras, han zarpado barcos armados con contingentes invasores. Aviones no identificados, cuyos pilotos pueden no ser ciudadanos guatemaltecos, con base en algún país limítrofe, efectúan bombardeos para desarticular las comunicaciones del gobierno constitucional, destruyendo además depósitos de combustibles.

Simultáneamente comienza una campaña internacional de descrédito: el Comité de Guatemaltecos exilados en México, afirma que en el Palacio Nacional de la capital guatemalteca están detenidos mil quinientos opositores, bajo la custodia de exilados españoles de la República, los cuales son tildados de rojos y se afirma que pertenecieron a la «Cheka en Barcelona».

El delegado guatemalteco en las Naciones Unidas denuncia ante el Consejo de Seguridad el «criminal intento de invasión». Por su parte, el representante soviético, Semyon Tsarapkin, asegura que la invasión es patrocinada por los Estados Unidos y que dicha intervención puede desembocar en una trágica guerra civil.

Su colega norteamericano, Cabot Lodge, se limita a contestarle que la Unión Soviética no debe meterse «en los asuntos de este hemisfe-

rio», reivindicando así la vieja Doctrina Monroe.

Finalmente se aprueba la propuesta francesa pidiendo un alto el fuego y la abstención en la contienda de los países que integran las Naciones Unidas. Es decir, los invasores no son condenados y se deja al gobierno de Arbenz librado a sus propias fuerzas.

En cuanto a la Organización de Estados Americanos (OEA), la actitud de varios países (México, Argentina, Brasil, Cuba), induce a los Estados Unidos a aceptar el criterio del gobierno guatemalteco: no desea que dicho organismo intervenga, ya que es considerado «satélite» de la política exterior norteamericana.

Mientras tanto, los diarios europeos, uno de ellos el madrileño ABC, reconocen tácticamente la intervención nortamericana. Informan que ya el 24 de mayo el Departamento de Estado detallaba el envío de armas a Honduras y Nicaragua, con el argumento de que ambos estados estaban amenazados. por un país de la zona que había recibido pertrechos militares de Polonia y Checoslovaquia.

El 23 de junio el gobierno de Arbenz informa a través de la radio «La voz de Guatemala» que las fuerzas que le son leales han lanzado un contraataque general y asegura haber vencido en cuatro encuentros: Gualan, Puerto Barrios, Bananara y Chiquimula. «Se causaron grandes pérdidas al enemigo y fueron capturadas grandes cantidades de armas, material y camiones cargados de equipo.»

Ante el avance en algunos lugares de los invasores el gobierno decide distribuir armamento liviano entre los militantes del Partido Acción Revolucionaria, de la Confederación del Trabajo y entre los campesinos de los alrededores de la capital, que se han beneficiaco de la reforma agraria. Pero el gobierno tiene un Talón de Aquiles: toda la aviación de guerra se ha sublevado.

El canciller envía un telegrama a su colega argentino, Jerónimo Remorino, informándole sobre el ataque aéreo sufrido por la ciudad de Chiquimula, que indefensa sufre considerables bajas. Le solicita que Buenos Aires le exija al Consejo de Seguridad de la ONU que ponga fin al conflicto. Los parlamentos de Uruguay y Argentina se pronuncian a favor del gobierno legal de Guatemala.

La misma capital es bombardeada. El Gobierno trata desesperadamente de comprar aviones. Con ese fin despacha una comisión a México, pero a pesar de la simpatía del Gobierno azteca, Estados Unidos logra impedir que la operación se concrete.

En las Naciones Unidas, la URSS solicita que Guatemala asista a la reunión del Consejo para que exponga sus puntos de vista, pero los Estados Unidos se oponen. Llevado el asunto a votación, la moción soviética es derrotada por diez votos a uno. Simultáneamente, el Senado norteamericano, con la sola oposición del senador William Langer, se pronuncia en contra de «la intervención del comunismo internacional en el continente americano».

El 26 de junio, siete días después de iniciada la lucha, el Gobierno manifiesta que no puede seguir resistiendo. En la capital el fuerte de Matamoros es destruido por la aviación rebelde, como así también la guarnición de Zapata, en donde explota el depósito de municiones. Chiquimula, luego de ser bombardeada desde el aire y por la artillería, se rinde. Alentados por estos éxitos, los sublevados constituyen un Gobierno paralelo, lo cual es anunciado por la radio «La Voz del Ejército».

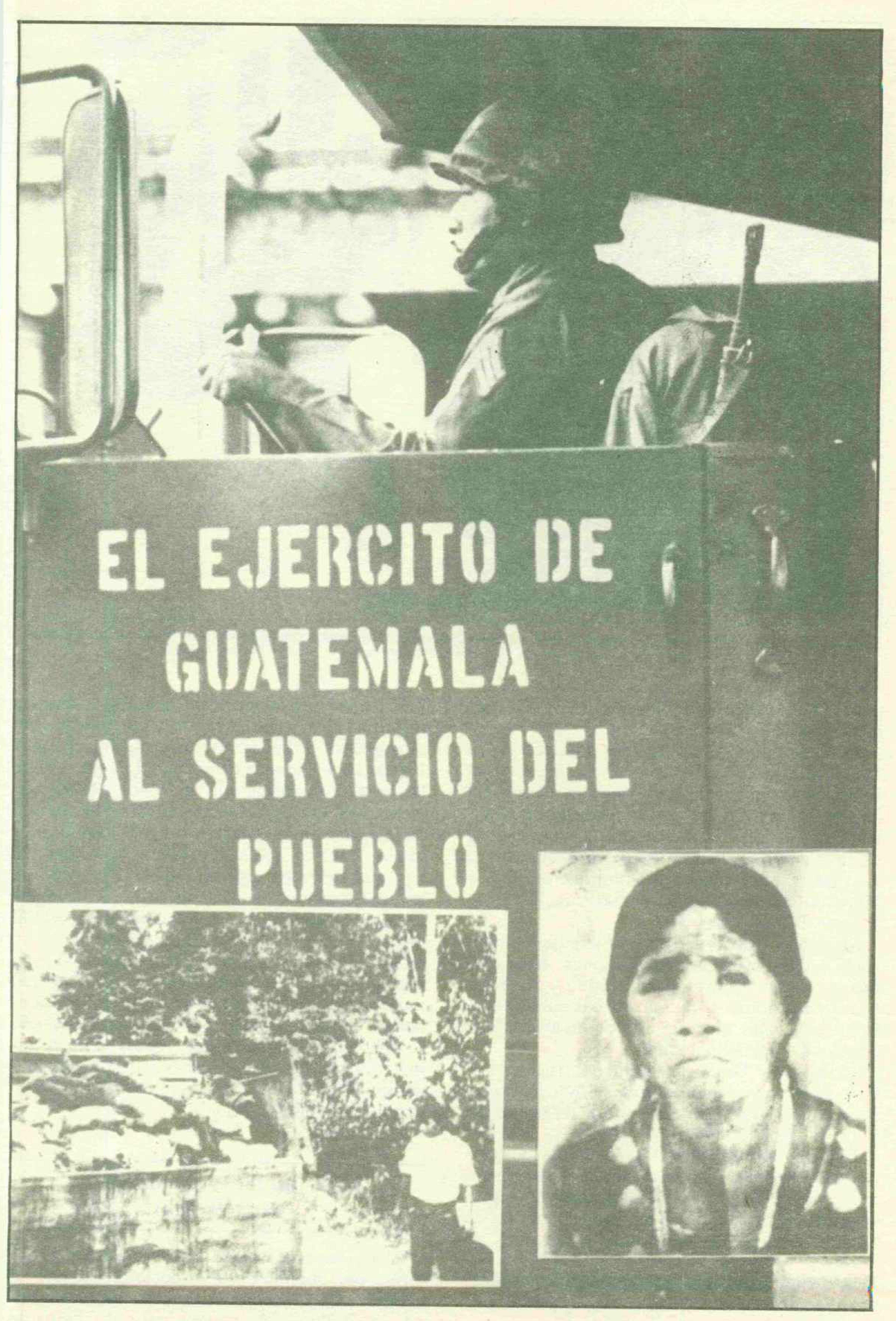
En una carta enviada a los Gobiernos miembros de la ONU, el Gobierno de Arbenz expresa que «es importante para detener los ataques, porque los Estados Unidos boicotean la venta de aviones». El Líbano, Dinamarca y Nueva Zelanda apoyan una moción soviética; Francia e Inglaterra se abstienene, pero los Estados Unidos vuelven a imponerse con cinco votos. Se resuelve que el problema es un conflicto «interno».

La aviación sublevada y la creada con la ayuda norteamericana siguen haciendo estragos. Un mercante británico de 2.000 toneladas, el *Springford,* es hundido al ser alcanzado por tres bombas. La ciudad capital vive horas de horror desconocido. Sus más de 700.000 habitantes no saben cómo ponerse a salvo de los bombardeos y ametrallamientos.

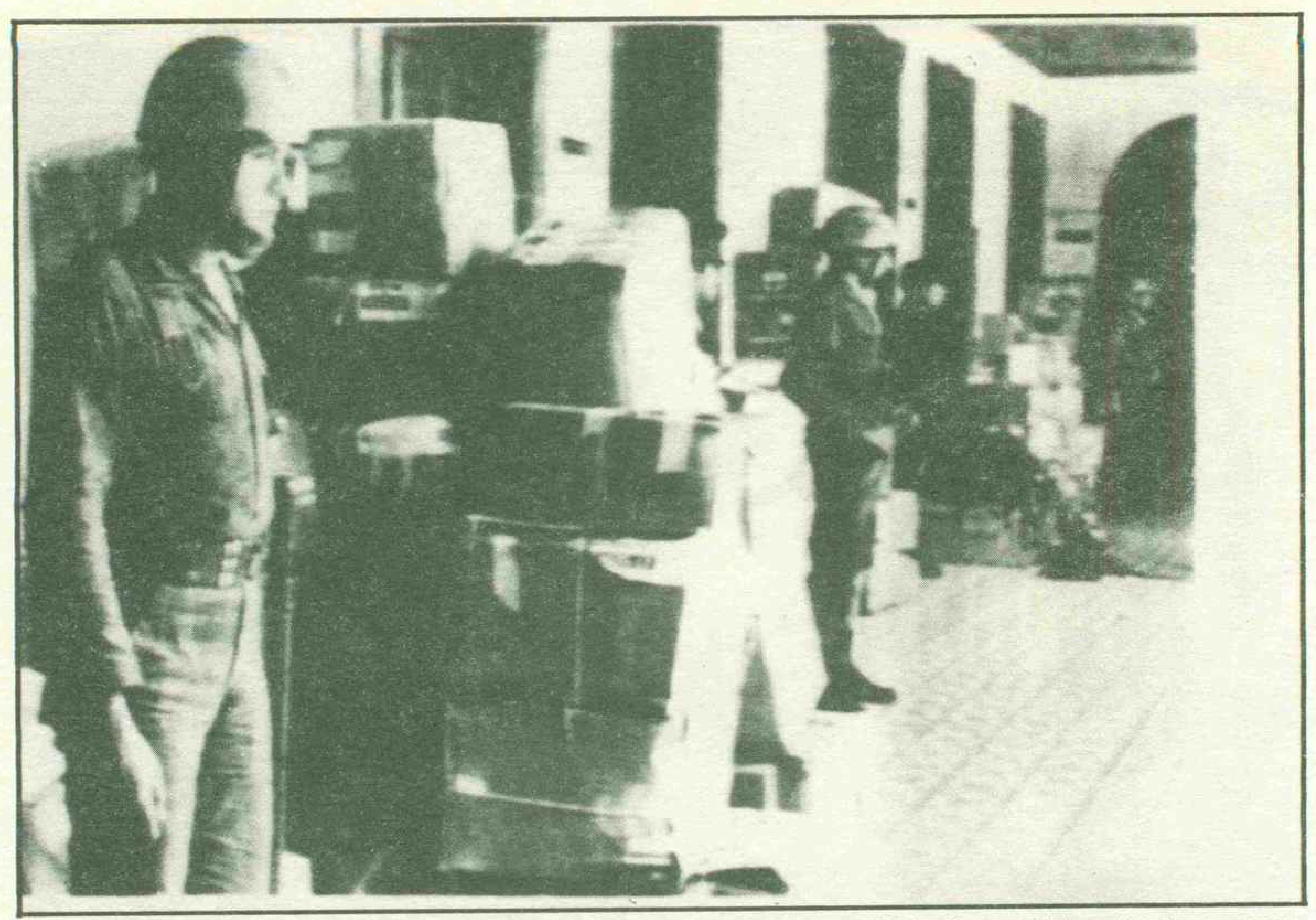
Arbenz renuncia

El 28 el presidente Arbenz decide renunciar a su cargo, para el que fuera elegido en las elecciones generales de 1950. En su dramática despedida se refiere con dureza a la «agresión de la United Fruit Company y de otros monopolios de los Estados Unidos». Afirma que la invasión ha sido planeada y financiada por ellos y que con la excusa de la supuesta infiltración comunista lo que buscan en realidad es recuperar sus privilegios. Le dice al pueblo que seguirá «combatiendo por su patria y por la democracia hasta el fin; pero que no quiere que ello sea a costa de la destrucción de su patria. Y eso ocurrirá si seguimos combatiendo».

Arbenz le entrega el Gobierno al coronel Enrique Carlos Díaz, jefe de las Fuerzas Armadas. El nuevo Gobierno promete que encabezará la lucha «sin desmayo contra el invasor». El Gabinete es reorganizado, incluyendo a oficiales, y se dispone decretar —recién ahora— el estado de sitio en todo el país. Este cambio no satisface al Gobierno norteamericano, que a través del parlamentario John C. Dreier dice que «en las circunstancias actuales



El Ejército, fuerza represiva al servicio de los grandes intereses económicos de Estados Unidos y sostén de la oligarquía guatemalteca.



Soldados del ejército guatemalteco montando guardia ante las urnas, depositadas ante la Oficina Electoral de la capital. Pronto comenzará el recuento de votos que no traerá ninguna sorpresa a la viciada política nacional.

parece muy importante que por ahora no cedamos en nuestros esfuerzos...».

El 30 de junio se imponen los derechistas. La Junta Militar presidida por Díaz dimite y es reemplezada por otra, cuyo jefe es el coronel Elfego Monzón. Una de sus primeras medidas es la destitución de la Administración pública de toda persona sospechosa de ser izquierdista. En pocas horas cientos de hombres, mujeres y niños buscan asilo en las embajadas. En la de México llegan a ser 560.

Monzón y Castillo Armas, el jefe de los invasores, comienzan las negociaciones. Este último se niega a disolver su «ejército» y exige entrar en la capital al mando de los sublevados. Cuando llega lo hace a bordo de un avión de la Embajada norteamericana.

John Foster Duller, el político norteamericano que patrocina una política de fuerza, expresa satisfecho que «América se ha librado de un gran peligro».

El 6 de junio el nuevo Gobierno decide romper todo tipo de relaciones con las organizaciones españolas en el exilio, obligando al representante de la República española, Antonio de Sugadi, a dejar el país. Declara personas no gratas a todos los españoles anti-franquistas. Desde enero de 1945, Guatemala reconocía como representación exclusiva de España al Gobierno republicano en el exilio.

El censo oficial de 1965 demuestra que las reformas sociales de Arévalo y de Arbenz eran el objetivo verdadera de la invasión: el 2 por 100 de las haciendas ocupaban el 63 por 100 de las tierras, mientras que el 76 por 100 del número total de las fincas ocupaban el 19 por 100 de la extensión de tierra cultivable, con un promedio inferior a dos hectáreas por unidad. Y hay que tener en cuenta que el 75 por 100 de los guatemaltecos son campesinos. Para imponer esta situación de explotación, la represión ha sido y es la característica del país.

Un ejemplo es por demás ilustrativo: en mayo de 1978 el ejército asesinó a más de cien indios para arrebatarles sus tierras. Los asesinados, entre los cuales había mujeres y niños, se dirigieron a la ciudad de Panzós para reclamar por sus tierras. Dos días antes de que llegaran, los soldados ya habían cavado una fosa común para todos ellos.

Dos millones de dólares para Reagan

El presidente Romeo Lucas García no sólo dirige personalmente el genocidio. Cuando la campaña electoral del Partido Republicano donó dos millones de dólares para el triunfo de

Reagan. Según el periodista Elías Barahona, un izquierdista que se infiltró en el Gobierno, y luego huyó, «Lucas García se ha visto alentado por el candidato republicano, quien el 21 de abril último le dijo que aprobaba su política y le instó a resistir un tiempo más hasta que llegaran los republicanos al poder en los Estados Unidos». Y agrega: «Reagan prometió a Lucas... apoyo militar, logístico y económico.»

Durante el Gobierno demócrata de Carter, el Gobierno norteamericano suspendió su ayuda militar, pero inmediatamente Israel, Argentina, Chile y otros países acudieron en ayuda de la dictadura guatemalteca.

Todo el equipo norteamericano que se dejó de enviar ha sido proporcionado por Israel. Barahona contabilizó la entrega de 50.000 fusiles «Gelil», 15 aviones de transporte «Arava», 5 helicópteros, 1.000 ametralladoras, un millón de cartuchos y 100 ametralladoras de trípode, todo ello de fabricación israelí.

En Argentina y Chile docenas de oficiales del ejército y policía de Guatemala son entrenados en técnicas de interrogatorio y en tácticas de represión.

Epílogo

La represión se ha generalizado de tal manera que el obispo de la diócesis de El Quiché, monseñor Juan Gerardi Conedera, presidente de la Conferencia Episcopal de Guatemala, decidió con los sacerdotes y religiosos de la diócesis cerrar las iglesias y suspender la celebración pública del culto y, en general, de todas las actividades parroquiales. Señalan en un documento que «el presente año de 1980 ha sido un calvario para el pueblo católico del departamento».

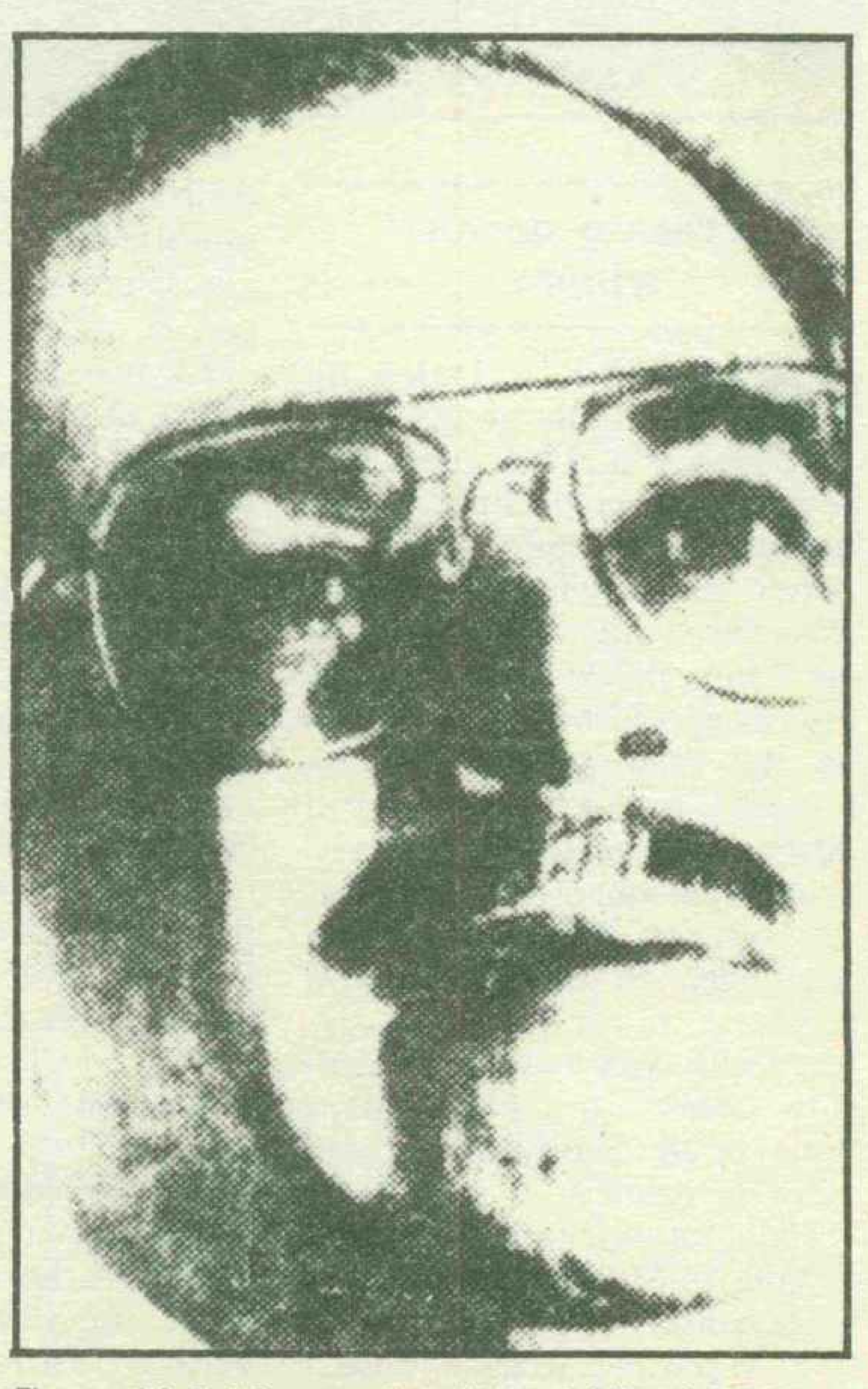
Periodistas como Irma Flaquer, lo paga con su «desaparición»; dicen que «la represión que estamos sufriendo ahora es la peor en la historia del país. Pensar es el peor crimen que uno puede cometer... El Gobierno ha asesinado en los primeros seis meses de 1980 a unas 12.000 personas».

El genocidio no se expresa sólo en la tortura, el asesinato. De cada cien niños nacidos en el campo, diez mueren antes del primer año. El promedio general de vida es de cuarenta y cinco años. El 81 por 100 de la población infantil sufre desnutrición y sólo hay un médico por cada 25.000 habitantes. La mitad de los niños no tienen acceso a las escuelas. Más del 70 por 100 de los adultos no saben leer. Sólo el 18 por 100 de la población económicamente activa tiene ocupación estable. Se descubren cementerios clandestinos, etc.

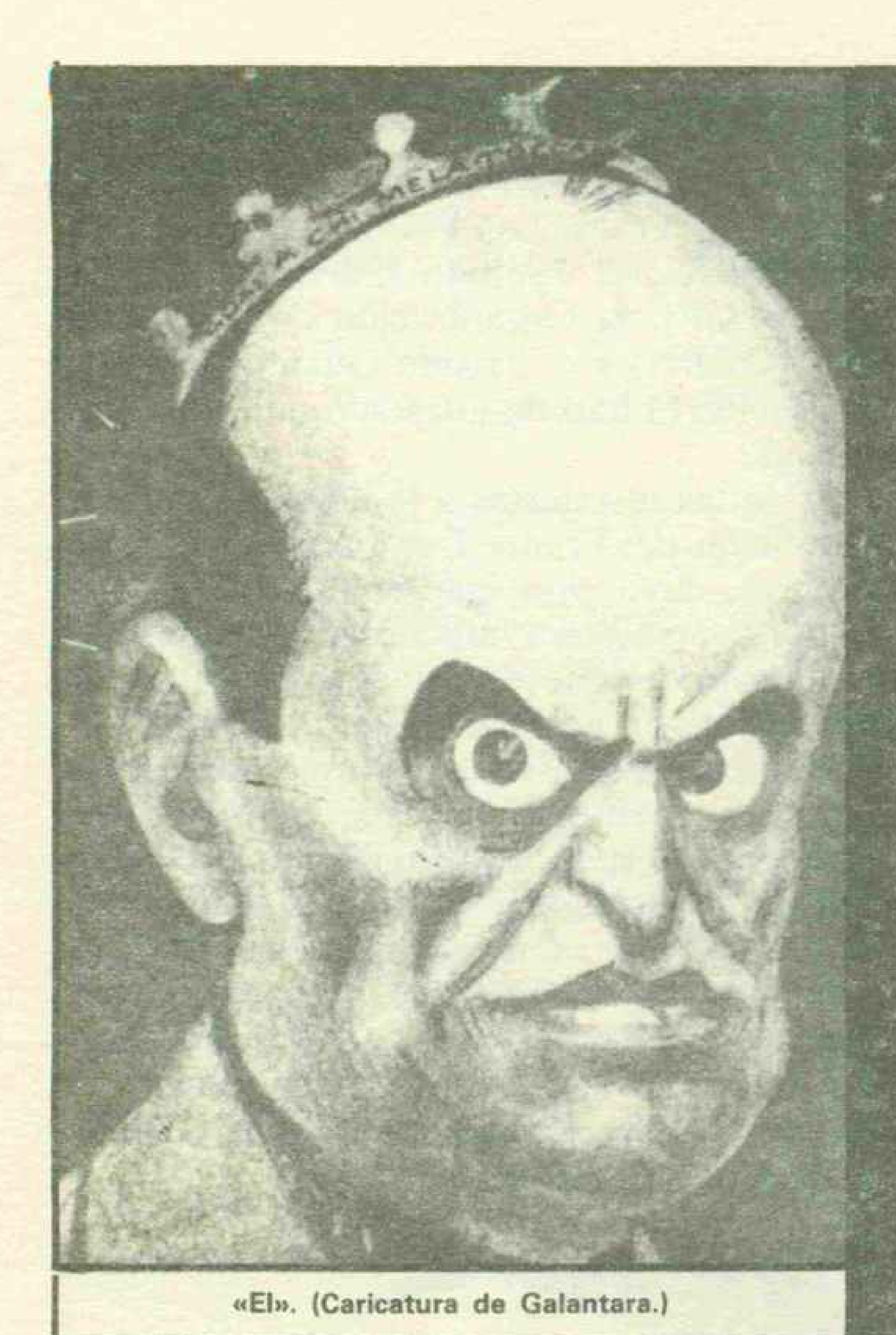
Pero la población resiste esta situación. En las universidades, fábricas, en los campos se manifiesta la disconformidad. Actualmente existen cuatro movimientos que han tomado las armas contra el Gobierno y tratan de coordinar sus esfuerzos. Las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) y el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) han manifestado que esta es su intención.

Otra de las respuestas a la dictadura ha sido la formación del Frente Democrático contra la Represión, cuyo principal objetivo es denunciar «por los medios a nuestro alcance todos los actos represivos que se cometan en contra de cualquier sector popular y democrático...». Este frente está constituido por el Comité Nacional de Unidad Sindical, la Central Nacional de Trabajadores, la Central Nacional de Trabajadores de Occidente, la Central Nacional de la Costa Sur, la Federación Nacional de Obreros del Transporte, diferentes movimientos estudiantiles y de profesionales, el Partido Socialista Democrático y otras organizaciones.

La batalla por Guatemala no ha terminado. H.A.R. y R.L.S.



El general Aníbal Guevara, el candidato oficialista del F.D.P., que parece ser el candidato con mayor «ventaja» *en las elecciones de* marzo de 1982, y al que se atribuye un 38 por 100 de los votos en todo el país. Su designación a la presidencia ha sido ya impugnada por los restantes candidatos a la presidencia, acusando de «amañados» los cómputos electorales...



«El». (Caricatura de Galantara.)

Así nació el Fascismo:

Italia tras la Gran Guerra, la ocupación de las fábricas

Rafael Asin
y
Edualdo Casanova

Fracaso de un triunfo

CUANDO la Italia de 1919 aún no ha celebrado el cincuenta aniversario de su nacimiento como estado unitario acaba de poner fin a una guerra victoriosa sobre Austro-Hungría. El viejo imperio de los Ausburgo, el enemigo histórico de la Italia del resurgimiento, se ha hundido; pero esta victoria y el desmoronamiento del enemigo tradicional van a reportar escasas satisfacciones a la Italia postbélica. Ni los que desearon la guerra, ni los que se opusieron a ella, van a ver su conclusión como un triunfo; para unos supone la desilusión, para otros la ruina.

Italia interviene en la Primera Guerra Mundial comenzado ya el conflicto, y, en contra de todo lo posible, lo hace junto a las potencias aliadas. Le arrastra a esta decisión un sector de su clase política conservadora, inducida por el gran capital industrial, con el apoyo de una minoría nacionalista de claros visos imperiales y, además, con la anuencia de la corona.

El primer ministro, Salandra, y el ministro del Exterior, Sonnino, firman en Londres, el 26 de abril de 1915, un pacto secreto en el que se comprometían a declarar la guerra a Austro-Hungría en el plazo de un mes. De nada sirve que la mayoría de la nación esté en contra de la intervención: las voces de pacifismo e internacionalismo lanzadas por católicos y socialistas son acalladas por los gritos de los nacionalistas; a la cabeza de éstos, y en las manifestaciones que se suceden a lo largo del mes desmayo, un hombre ambicioso, un tránsfuga del socialismo: Benito Mussolini.

Cuando la guerra concluya, Italia, gracias al pacto de Londres, obtendrá el Trientino, Trieste e Istria; además, podrá ejercer su influencia sobre Albania y apropiarse también de la mayor parte de las islas del litoral dálmata. Asimismo se ha hablado de posibles compensaciones en Africa y Asia Menor. El «irredetismo» se ha convertido en imperialismo descarado y se descubre así la oculta intención de la minoría que había precipitado a la nación a la catástrofe de la guerra.

En 1919, Italia se reúne en Versalles con las otras tres grandes potencias vencedoras: Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Pero las cosas han cambiado mucho desde el año 1915: los aliados ya no necesitan del «hermano pobre» italiano; las promesas del Pacto de Londres (hecho público a raíz del descubrimiento llevado a cabo por los bolcheviques en los archivos secretos del Ministerio de Asuntos Exteriores zarista) se someten a revisión. El imperio de los Ausburgo ha desaparecido, y en su lugar aparece un mosaico de nacionalidades que luchan por su integridad territorial. En la Conferencia de Paz, el presidente de los Estados Unidos, Wilson, apoya firme-



Obreros de la fábrica de automóviles «Lancia», en Turín, ocupada por ellos en septiembre de 1920.

mente estas aspiraciones. Frente al nacionalismo italiano se alza ahora el nacionalismo yugoslavo. Istria y Triestre son recuperados por Italia, pero no las islas del litoral dálmata, ni Fiume; además, no recibe ninguna compensación colonial ni en Africa ni en Asia Menor. La delegación italiana, encabezada por el primer ministro, Orlando, abandona airada la Conferencia de Paz de París. De nada servirá; Italia, necesitada de la importación de materias primas de sus aliados, se verá obligada a firmar el tratado de paz en junio de ese mismo año.

Los nacionalistas veían así escatimadas buena parte de sus aspiraciones; los que habían llevado a Italia a la guerra salían de ella defraudados, hablando de una «victoria mutilata»...; pero toda la nación salía de ella arruinada: cinco millones de inmovilizados, setecientos mil muertos, un millón de heridos, seiscientos mil prisioneros, ochocientas ochenta mil deserciones y tres años de guerra es el saldo de esa aventura, y nos pone en antecedentes de más profundas consecuencias.

La ruina de la pequeña burguesía

Italia, menos rica que sus aliados, había sufrido, pues, hondamente los efectos de la guerra. Un país de 36 millones de habitantes, con un déficit permanente en su balanza de pagos, paliado sólo por la constante hemorragia de la emigración y por los ingresos del turismo, no estaba capacitada para enfrentarse a una larga contienda. Los gastos del Estado habían pasado de 2.500 millones de liras en 1914, a casi 40.000 millones en el 18. La emisión de deuda pública, el recrudecimiento de los impuestos y la inflación ayudaron a financiar las campañas. Con la llegada de la paz y la supresión del control de cambios, la lira se derrumba. En 1920 se necesitan 28 liras para comprar un dólar, cuando en agosto del 14 esto mismo se podía hacer por cinco liras. Con la depreciación viene la ruina de los pequeños propietarios; sus ahorros se esfuman y los bonos de guerra no valen nada. Los funcionarios y aquellos que perciben pensiones estatales ven disminuir su capacidad adquisitiva y degradarse su «status» social. A esto hay que añadir la desmovilización de más de 160.000 oficiales que, después de haber pasado tres años en el frente, son licenciados forzosos; de procedencia burguesa y pequeño-burguesa, pasan auténticas dificultades económicas y son insultados en la calle por los obreros, que los consideran responsables de la guerra. De entre estos hombres (pequeños propietarios arruinados, funcionarios, oficiales sin empleo), desilusionados de los resultados de una guerra que tantos esfuerzos les ha costado, es de donde van a nutrirse los primeros cuadros del fascismo.



En las elecciones de noviembre de 1919 el partido socialista italiano obtuvo casi el 30 por ciento de los votos y consiguió 156 escaños en el Parlamento.

Las esperanzas del campesinado

Utalia es todavía en el 18 un país fundamentalmente agrícola. Un 55 por 100 de la población vive de la tierra, pero ésta no es muy fértil; sólo un 20 por 100 del territorio nacional, casi todo él localizable en el Norte, es rentable. Este es uno de los factores a tener en cuenta a la hora de explicar el desequilibrio Norte/Sur. Esta tierra agreste, cultivada durante siglos, casi agotada, sufre un reparto de la propiedad verdaderamente injusto: de los 22 millones de hectáreas cultivadas, 18 pertenecen a 500.000 familias, mientras que las otras tres se reparten entre 4.500.000 pequeños propietarios. El pequeño labrador y el bracero se confunden y forman masa conjunta en el mar del latifundio. El campesinado ha constituido el grueso de la infantería italiana, la cual ha sido sacrificada en inútiles ataques frontales contra el enemigo; para que realizase este esfuerzo se le ha prometido la tierra, sobre todo cuando el espectro de la defección en masa ha recorrido las filas del ejército.

Al llegar la paz, los campesinos se encuentran con que las promesas se han olvidado; les esperan, por el contrario, los salarios de hambre o el paro. Más de 200.000 desempleados se contabilizan en el agro italiano durante el año 19, sin contar los que sólo tienen trabajo de temporada. El problema es especialmente grave en la zona meridional, pues es allí donde el latifundio está muy extendido y donde sigue prevaleciendo la figura del «padrone».

Sin embargo, la promesa de la reforma agraria no se había hecho en balde: los campesinos tienen hambre de tierras, y así en el año 19 se desata una oleada de ocupaciones de tierras en baldío.

Los pequeños labradores y los braceros, encuadrados casi todos ellos en las «ligas rojas» (dirigidas por el Partido Socialista) y en las «ligas blancas» (alentadas por el Partido Popular, de inspiración católica), invaden las tierras de los grandes propietarios...; así, la vieja estructura de la propiedad agraria se tambalea.

El crecimiento y los problemas de la gran burguesía

La industrialización llegó tarde a Italia y el capitalismo italiano sufrió entonces las contradicciones inherentes a este retraso. Propiciado por la protección estatal y dinamizado por la inversión extranjera, el «desepegue» no se efectúa hasta la última década del siglo XIX. Concentración geográfica en la zona Norte (en torno al triángulo Milán-Génova-Turín), concentración del capital y gigantismo precoz son algunas de las características del desarrollo industrial italiano, que habiendo quemado etapas y no estando todavía consolidado, ya ha entrado en la era del Imperialismo.

La burguesía, débil, pero agresiva, se tiene que enfrentar a un doble enemigo: el capitalismo agrario, que monopoliza el poder político y el naciente proletariado. En el año 14, cuando la existencia de la burguesía ya ha sido cuestionada por un poderoso movimiento obrero, ésta todavía no ha

alcanzado su mayoría de edad y aún no ha tenidos sus oportunidades en el poder. Ambas cosas las conseguirá durante la guerra y la postguerra. Interesada en la intervención, es la única clase que va a salir beneficiada de la contienda. Los pedidos estatales se multiplican; y la producción de hierro y acero pasa de 200.000 a un millón de toneladas al año.

Empresas como la FIAT doblan su capital; se crean grandes «cartels» ligados al capital financiero (como ILVA, dependiente de la Banca Comerciale, o ANSALDO, unido al Banco Disconto).

Italia sale de la guerra con un capitalismo fortalecido, pero preso de una debilidad estructural. Necesidad de financiación, reestructuración de las industrias bélicas, finalización de un período de fáciles beneficios, escasa participación en el poder, miedo a la revolución, etc., son los principales problemas que amargan el triunfo del gran capital. Urge encontrar una salida política a esta situación: la gran burguesía la hallará en el fascismo.

La crisis política

Italia, monarquía parlamentaria, en teoría, desde la Unificación, vive las últimas décadas del siglo pasado en un auténtico divorcio entre el país real y el país legal. Gobernada por políticos conservadores y empiristas ligados al capitalismo agrario, apenas cuenta con algún estadista de talla. Con una ley electoral que favorece el caciquismo y margina la voluntad popular, llega a principios de este siglo con un parlamento dominado por un hombre de gran altura política: Giolitti, liberal, astuto y maniobrero, que logra aglutinar en torno a su persona a los deslabazados grupos parlamentarios. Su particular manera de hacer va a dar nombre a un época: «la era Giolitti.»

Al terminar la guerra la situación política cambia: tiene que cambiar. Ya no sirven las camarillas parlamentarias para gobernar un país en el que las masas han sido movilizadas por mor del conflicto. Aparecen en escena auténticos partidos políticos, como el Popular. Fundado por un sacerdote siciliano, Luigi Sturzo, pretende aglutinar en sus filas al poderoso movimiento católico italiano. Con él se interrumpe la política de boicot, seguida por la Santa Sede respecto al nuevo estado nacido de la Unificación.

En 1919 se proclama una nueva ley electoral basada en la representación proporcional por listas: se rompe así con el electoralismo personalista de la época anterior. Las viejas camarillas liberales entran en crisis. Las elecciones del 19 son una auténtica sorpresa: 172 escaños para el PSI y 101 para el Partido Popular sobre los 509 con que cuenta la Cámara. Los ganadores han sido los partidos de masas que desbancan ahora a las viejas per-



«Guardias rojos» empuñando las armas ante los locales de una fábrica de Milán, ocupada por los obreros en septiembre de 1920.

sonalidades políticas. En concreto, el ganador ha sido el PSI, el partido mayoritario de la clase obrera.

El movimiento obrero y el socialismo italianos

La interrelación de dos factores fundamentales, «Il Risorgimiento» nacional y el atraso económico, contribuyeron a darle al movimiento obrero italiano su carácter particular.

En los dos primeros tercios del siglo XIX la actividad de las minorías ilustradas, que viven la renovación y el cambio por influencia exterior, se centra en el problema patriótico de la Unificación. Incluso para los más radicales teóricos del cambio social, como Psicane, se confunde la cuestión nacional y la lucha de clases.

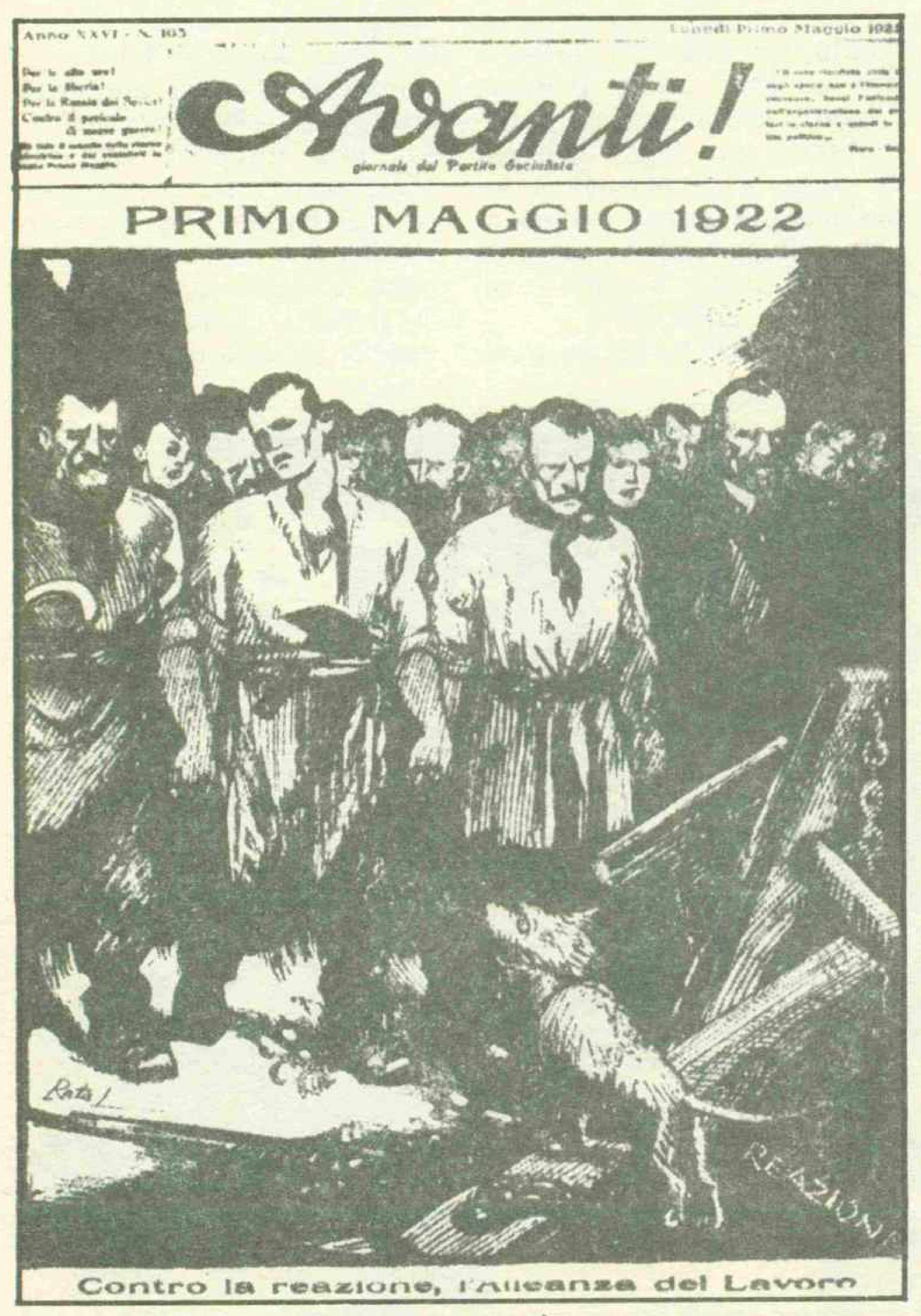
Las ideas de la Primera Internacional entran en Italia de manos del propio Bakunin, pero no cuajan sino como un conglomerado de radicalismo populista al servicio del nacionalismo: buen ejemplo de ello es la integración en los círculos internacionalistas de hombres como Mazzini y Garibaldi.

Tampoco existen condiciones para que sea de otra manera, pues el atraso económico en el que se ve sumida Italia diferencia su proceso unificador del seguido por Alemania, en donde la industrialización acelerada durante las décadas del 70-80 posibilita una clara delimitación ideológica entre burguesía y proletariado, y el nacimiento de un poderoso movimiento obrero. En este mismo período, en Italia todavía no podemos hablar de industrialización. El 80 por 100 de la población depende del agro; el desarrollo urbano es escaso. Aunque los fundamentos socio-jurídicos del antiguo régimen han sido destruidos, buena parte de su estructura económica permanece intacta, sobre todo, es obvio decirlo, en el Sur.

Las «clases populares» están formadas por dos estratos más o menos bien definidos: una pequeña burguesía urbana y rural ligada al artesanado y al minifundio, de filiación radical y que ha sido la base del movimiento «resorgimental», y un lumpemproletariado urbano en unión a un campesinado sin tierras, que con escasa —por no decir nula— conciencia política, se encuentra constantemente en lucha por la subexistencia. La suma de este conglomerado con una auténtico proletariado que va a ir apare-



Antonio Gramsci (1891-1937).



La portada de «Avanti!» conmemorativa del 1.º de Mayo de 1922. Más tarde, el fascismo sustituyó el 1.º de Mayo por el «Natalicio de Roma»...

ciendo poco a poco en la Italia del Norte, van a ser la base del movimiento obrero italiano en su formación. Movimiento obrero que va a aparecer fuertemente teñido de anarquismo y jacobinismo en sus primeras manifestaciones, presentándose como un caso particular en el conjunto del movimiento obrero europeo.

La nueva clase no alcanza la mayoría de edad hasta que no aparece como una opción política definida, y esto no sucede hasta las últimas décadas del siglo. Por convocatoria de los círculos obreros milaneses se reunió en Varesse el Primer Congreso Nacional de Trabajadores. El octavo de estos Congresos, el celebrado el agosto de 1892 en Génova, da a luz al Partido de los Trabajadores Italianos, que se adherirá a la Segunda Internacional, fundada en el 89. En su Tercer Congreso, en Parma en 1895, adoptará de un modo definitivo el nombre de Partido Socialista Italiano. Con el Congreso de Génova se había operado la teórica división entre socialismo y anarquismo, si bien es cierto que también las dos tendencias, en unión al radicalismo, seguirán conviviendo en el seno del nuevo partido, imprimiéndole un carácter muy concreto.

Las dos primeras décadas del socialismo italiano discurren por una doble vertiente: la de la consolidación e implantación material y la de la clarificación ideológica. Coincidiendo con el arranque de la industrialización, el PSI se afirma como una de las primeras formaciones políticas del país, llegando a tener en el año 14, 53 diputados en la Cámara, a pesar de una ley electoral adversa.

En el plano ideológico sufre en sus filas la influencia del revisionismo bresteiniano, definiéndose en una de sus alas, encabezadaspor Turati, claramente por esta postura reformista.

A raíz de la agresión imperialista italiana contra Libia (1910-11), el partido se inclina por el internacionalismo frente a la defensa de los «intereses nacionales».

Con esta postura clara el PSI llega a la Primera Guerra Mundial, sin poderla evitar. A lo largo de todo el conflicto mantuvo una postura evasiva sin participar en los gabinetes de Unidad Nacional, como los socialistas de otras naciones, pero tampoco se opuso con firmeza a la contienda.

El PSI fue uno de los promotores de las conferencias internacionalistas de Zimmerwald y Kienthal, en las cuales los socialistas contrarios a la guerra intentaron de un modo simbólico mostrar su rechazo al colaboracionismo intervencionista de la mayoría del socialismo europeo. El año 17 y el triunfo de la revolución de octubre en Rusia señalan un punto de reflexión en la trayectoria seguida por el socialismo italiano. Los ánimos se exaltan, la oposición a la guerra se intensifica y el partido, teóricamente, sino de hecho, se divide. El fin de la guerra llega, pues, para el proletariado envuelto en una secuela de miserias, pero cargado de esperanzas revolucionarias.

La esperanza de la revolución

La situación en Italia al terminar la guerra es explosiva; la inestabilidad social y política ofrecen la perspectiva de un cambio radical; en este marasmo el PSI se muestra como una poderosa alternativa de recambio frente a la débil y contradictoria estructura del poder burgués. Y es en esta situa-



La portada de una edición musical dedicada a la «Marcha sobre Roma», libreto y música de Mario Moretti.

ción, que podríamos calificar de prerrevolucionaria, donde el socialismo italiano va a mostrar su grandeza y sus limitaciones.

Tras la elecciones del 19 el PSI cuenta con la mayoría relativa de la Cámara; a los 172 diputados electos hay que añadir los más de 2.000 municipios con alcaldes socialistas, las 36 diputaciones provinciales controladas por él. Más de 3.000 secciones en todo el país dan al partido una infraestructura sólida y, por último, el control de la mayoría del movimiento obrero encuadrado en la CGIL, central sindical mayoritaria de influencia socialista, que ha pasado de 321.000 miembros en el año 14, a 2.150.000 en 1919. Pero esta fuerza real debe ser relativizada teniendo en cuenta su incoherencia política. El PSI es incapaz de atraerse determinadas capas de la población; no cala entre la pequeña burguesía, que le acusa de antipatriotismo. Tampoco llega a penetrar profundamente en el campesinado, que lo ve como el «partido de la ciudad», y su anticlericalismo radical lo aleja de los católicos; pero su mayor debilidad radica en su desorientación política y en su división.

La Revolución rusa ha abierto una profunda brecha entre el ala reformista encabezada por Turati y la mayoría del partido. Una enécdota recogida por Chabod nos pone en antecedentes de lo que significa este enfrentamiento: en una reunión del partido en la que Turati —uno de los padres del PSI— hablaba de la gradual transformación de la sociedad hasta alcanzar el socialismo, una voz de entre el público gritó: «E troppo lungo!» Turati le contestó si conocía una forma más breve de acceder a él; toda la sala prorrumpió en gritos de «la Russia, la Russia, viva Lenin».

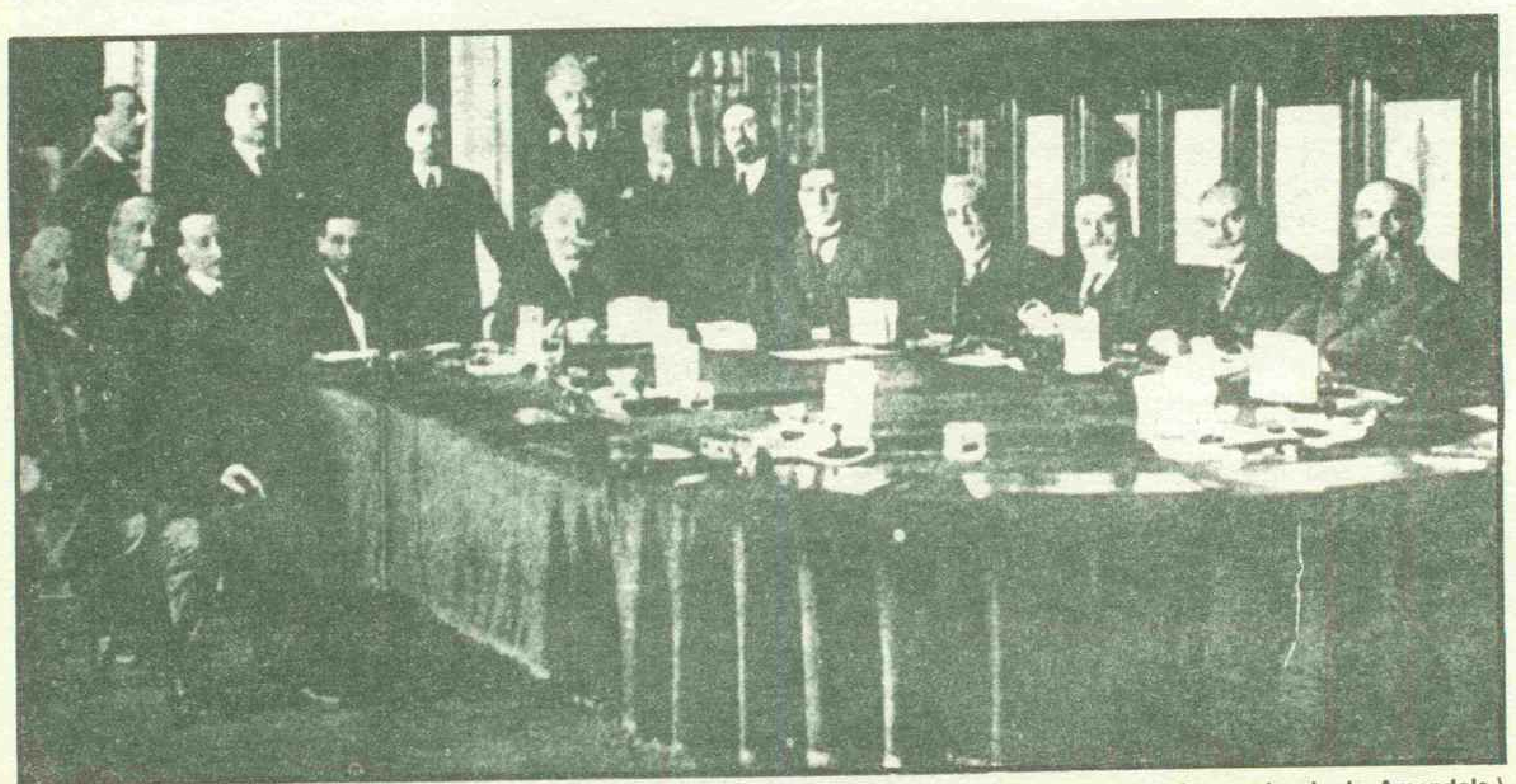
El grueso de la organización, encabezado por Serrati, está por la dictadura del proletariado y el modelo de revolución soviética; así lo afirma en el Congreso realizado en Bolonia el 5 de octubre del 19. El partido promete a las masas exaltadas la revolución, pero no la prepara. Sólo dos pequeños núcleos, nacidos en torno a dos periódicos, se preocupaban en el seno de la organización por los problemas teórico-prácticos de la toma del poder: el grupo de Amadeo Bordiga, creador de «Il Soviet», que opera en la zona de Génova, manteniendo una política untraizquierdista de escisión en el partido y abstencionismo electoral, y el mucho más comedido grupo turinés encabezado por Antonio Gramsci, creador del periódico «L' Ordine Nuovo», que se preocupa por la formación de soviets o consejos de fábrica, al margen de los sindicatos dominados por el reformismo.

El año 20 se presenta como un año decisivo, la agitación se extiende por el campo y los centros industriales, Italia alcanza el mayor índice de conflictividad de toda Europa. El PSI va a enviar una nutrida representación al segundo Congreso de la III Internacional. En junio, en un manifiesto conjunto PSI y CGIL, han proclamado:

«La crisis burguesa se acelera y está próximo el choque entre burguesía y proletariado.»

En el mismo mes la sedición prendió en las filas del ejército; en Ancona tropas preparadas para ser enviadas a Albania se amotinan, siendo duramente reprimidas. Toda esta agitación no es canalizada por ninguna dirección política. El PSI no coordina ni prepara la toma del poder, sólo proclama que debe hacerlo.

La burguesía temerosa, se



El Ministerio Facta. (De izquierda a derecha: el presidente del Consejo —Luigi Facta— es el segundo sentado; a su izquierda, Amendola.)



Los fascistas entran en Roma por la vía Nomentana.

organiza; el 7 de marzo tiene lugar la Primera Conferencia de los Industriales Italianos; se pone así en funcionamiento la Confindustria, frente único de la gran burguesía, que va a intentar oponerse de un modo compacto a las aspiraciones de los trabajadores. Pero los métodos seguidos por el gran capital para conjurar la revolución pertenecen a otra época: radican todavía en cambios de gobierno. Vuelve al poder Giolitti, el viejo brujo de la política italiana de fin de siglo; la burguesía cree que sabrá hacer frente a la situación.

El enfrentamiento entre burguesía y proletariado está perfectamente definido en esta frase pronunciada en el Parlamento por el diputado de tendencia socialista-moderada Treves:

«Ustedes (refiriéndose al ala burguesa del Parlamento) ya no pueden imponernos su orden por más tiempo y nosotros no podemos todavía imponerles el nuestro» (1).

---

(1) «El nacimiento del fascismo». A. Tasca, pág. 85.

La prueba de fuego de esta situación prerrevolucionaria será la ocupación de las fábricas llevada a cabo por los obreros.

La ocupación de las fábricas

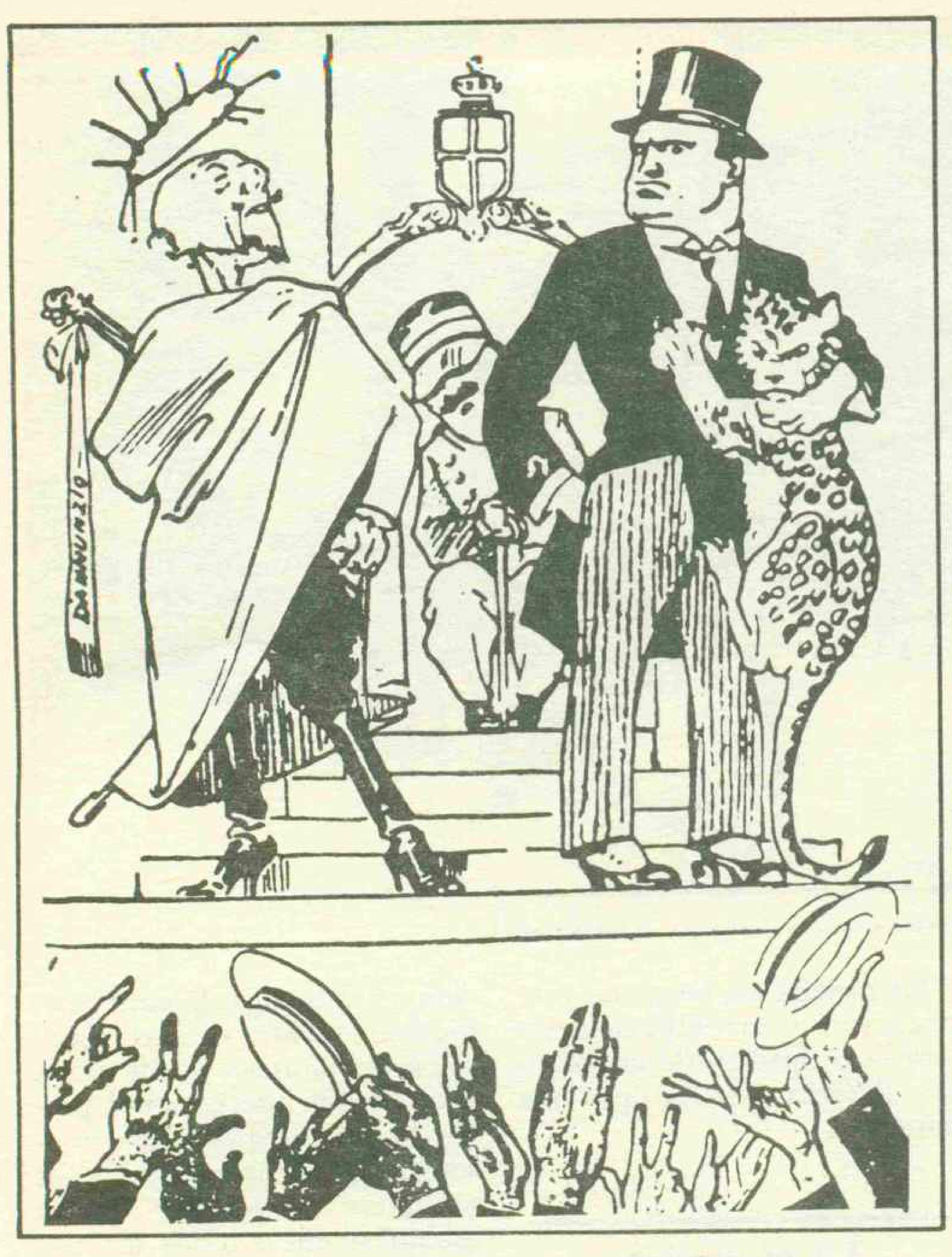
A mediados del año 20 ese equilibrio inestable entre burguesía y proletariado parece haberse inclinado a favor de la primera. Los industriales están unidos desde marzo; en agosto se constituye la Confederación Nacional de Agricultura, que agrupa a los grandes terratenientes; se forma así un bloque compacto entre latifundistas del sur y burguesía industrial del norte en defensa del orden y la propiedad.

En abril los obreros de Turín, pretextando un cambio oficial en el horario con el que no están de acuerdo, declaran la huelga en la FIAT, que inmediatamente se extiende a todo el . Piamonte: medio milón de obreros se declaran en paro. En realidad, lo que se dilucida en la huelga de abril es el reconocimiento de los «consejos de fábrica» frente a las «comisiones internas» por parte de la patronal. Los consejos, organismos ligados a los «soviets» rusos, elegidos en asamblea entre todos los trabajadores, pretenden sustituir a las comisiones elegidas entre los afiliados a los sindicatos. Naturalmente, ni la CGIL ni el PSI apoyan la huelga; tras diez días de paro los obreros vuelven al trabajo. El fracaso pesa entre los trabajadores y permite a los patronos recuperar algo de su fuerza. En este ambiente se va a comenzar a elaborar en julio, por la FIOM, rama del metal de la CGIL, el convenio que debía afectar a todo el sector. La patronal, tras la experiencia de abril, se ha crecido: «Hasta el presente hemos cedido siempre; ahora la cosa va a cambiar, y vamos a empezar por vosotros» (2).

Así, pues, los orígenes de la ocupación de las fábricas del año 20 no están en una cues-

---

(2) Ibíd., pág. 86.



«Viva el rey..., ¿pero cuál?» (Caricatura italiana.)

tión política, sino salarial; en junio se han rebajado los planteamientos que alentaron la huelga de abril. El 18 de ese mes representantes de la FIOM presentan a la asociación patronal una serie de demandas que incluían ajustes salariales, revisiones de las bonificaciones por el costo de la vida y la regulación de las escalas salariales de las fábricas y por zonas geográficas; reivindicaciones que no tocaban ni la cuestión de la representatividad obrera, ni el control de la producción.

Las demandas presentadas por el resto de los sindicatos, USI (anarquista), CIL (católico), UIL (nacionalista), fueron similares. El 22 la patronal contesta que no hará ninguna concesión, y el 13 de agosto se rompen definitivamente las negociaciones. En un Congreso extraordinario de la FION, celebrado el 16-17 del mismo mes, se acuerda la aplicación del obstrucionismo como medida de fuerza; a partir del día 19 nadie hará horas extras, el trabajo seguirá la más estricta reglamentación y se disminuirán los ritmos de producción. La patronal define el obstrucionismo como un método ilegítimo de lucha sindical y decide enfrentarse a él con «toda una serie de medidas punitivas» (3). A pesar de la amenaza la producción baja un 40 por 100 y la situación es cada vez más tensa.

(3) *Quaderni di storia del PCI. Dalla crisis del primo dopoguerra alla fondazione del partido comunista. Roma, 71, pág. 50.*

El ministro de Trabajo, Labriola, quiere mediar en el conflicto, pero la patronal se niega; lo que en realidad pretenden los empresarios es que el Gobierno use de la fuerza para poner fin a la lucha.

La chispa va a saltar cuando el 22 de agosto Alfa-Romeo decía ir al «lock-out» pretextando sabotaje y presencia de elementos extraños a la plantilla en las fábricas. Así, la FIOM se ve obligada a declarar la huelga general el día 29. Al siguiente día la policía toma las plantas de la Romeo de Milán. La respuesta de los trabajadores es fulminante: a las 5 de la tarde del mismo día 280 fábricas de Milán son ocupadas por los trabajadores; el día 1 de septiembre las ocupaciones se extienden a Turín, donde los «bordiguistas» tienen una fuerte implantación en la FIAT, y a Génova; los más importantes centros industriales del Norte son ocupados sin generar ningún tipo de violencia.

Al frente de las ocupaciones se ponen los consejos de fábrica, que deciden continuar con la producción. Se requisan las materias primas existentes, pero de inmediato se plantea el problema de la financiación; los consejos optan por forzar las cajas fuertes de las empresas, en las que no encuentran dinero, pero sí extensas «listas negras» que exacerba el ánimo de los trabajadores. Esto no es óbice para que la disciplina se mantenga y la producción continúe. Esto supone un auténtico desafío al sistema capitalista; sin técnicos que supervisen, sin dirección patronal, la FIAT centro produce 37 automóviles diarios, que comparados con los 67 que salen en condiciones normales, es todo un éxito para este primer intento de gestión obrera.

Poco a poco las huelgas y las ocupaciones se extienden a otros ramos de la producción, que se solidarizan con sus compañeros metalúrgicos. En todos los centros ocupados se respira un aire de optimismo y

entusiasmo; esta experiencia es lo más próximo a la revolución que el obrero italiano ha estado soñando largo tiempo, pero el entusiasmo no es confianza ingenua. En las horas libres los obreros fabrican armas; guardias rojos patrullan entre las alambradas con que han rodeado las fábricas; se crean tribunales populares que velan por la disciplina interna y la seguridad de los centros; en la mayoría de las empresas ondean banderas rojas o negras.

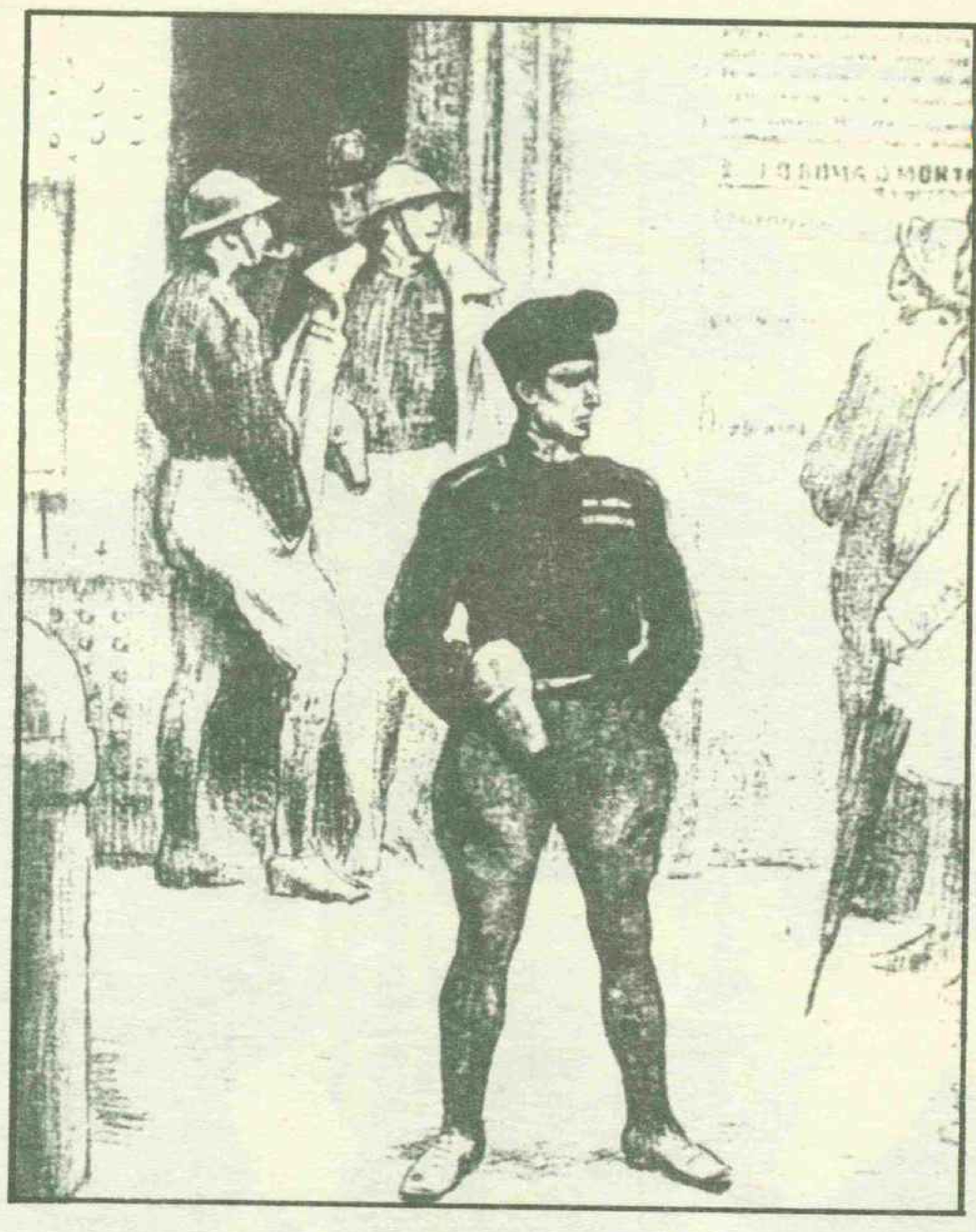
«Avanti», órgano socialista, celebra la ocupación de las fábricas y las valora en su justo punto:

«Las jerarquías sociales se han quebrado, los valores históricos se han invertido: las clases instrumentales se han convertido en clases dirigentes»(4).

Hasta los radicales liberales como Gobetti la aplauden:

«Sigo con simpatía los esfuerzos de los obreros que construyen realmente un orden nuevo. No me siento con fuerzas para seguirlos en su obra, al menos por ahora. Pero me parece que poco a poco se va clarificando y planteando la batalla más grande del siglo... Estamos ante un hecho histórico. Claro, que lo pueden ahogar en sangre; pero será entonces el comienzo de la decadencia...» (5).

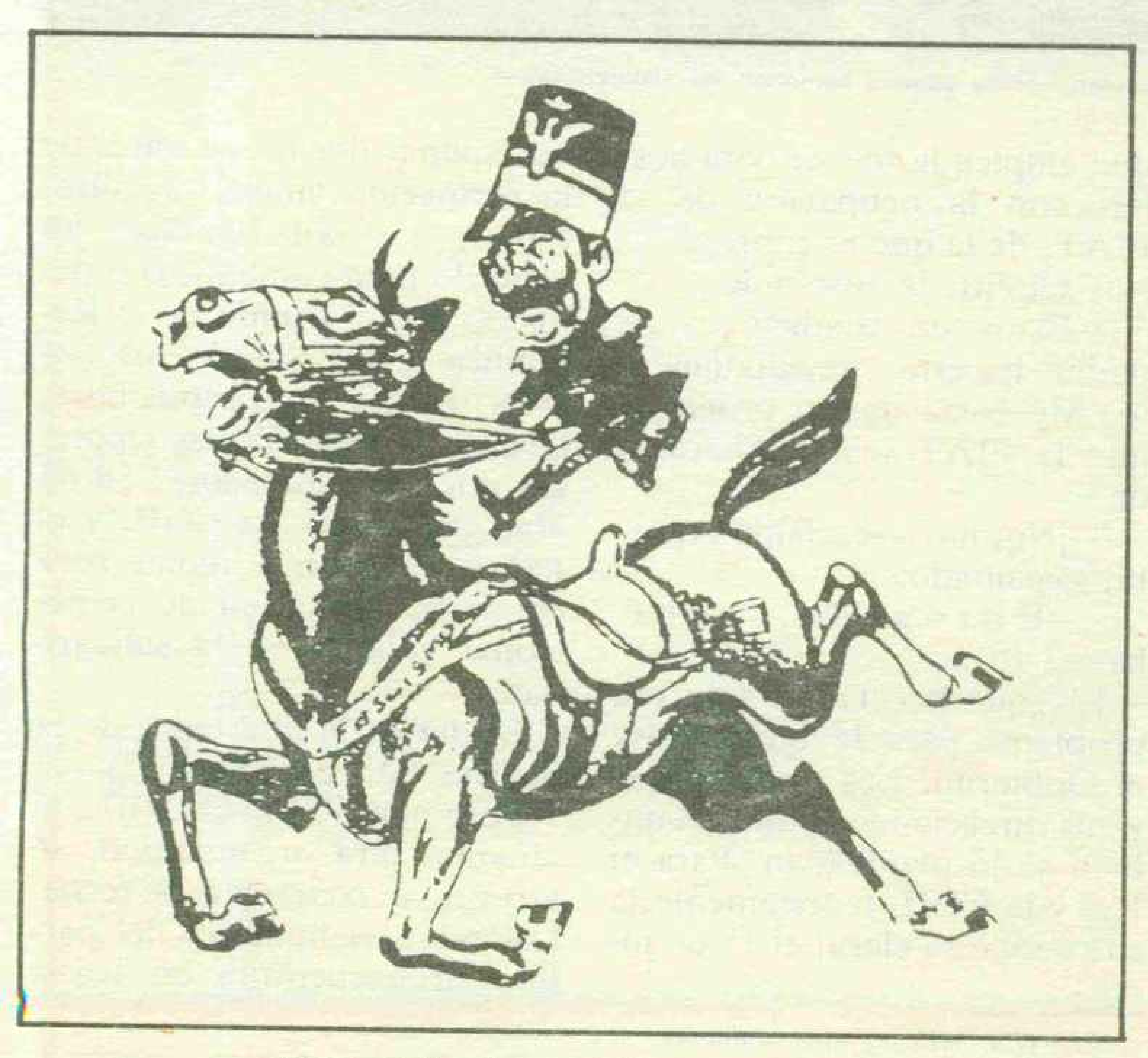
Es, sin duda, uno de los momentos más aciagos de la burguesía italiana que intenta desesperadamente reaccionar. En primer lugar nombra una nueva comisión negociadora para que haga una nueva oferta salarial; pero ya es demasiado tarde para eso. El 10 de septiembre Mussolini va al encuentro del líder sindical moderado Bruno Buozzi para ofrecerse como mediador; sus proposiciones no son tenidas



La oficina de Correos de Florencia ocupada por los fascistas (dibujo de G. Leroux).

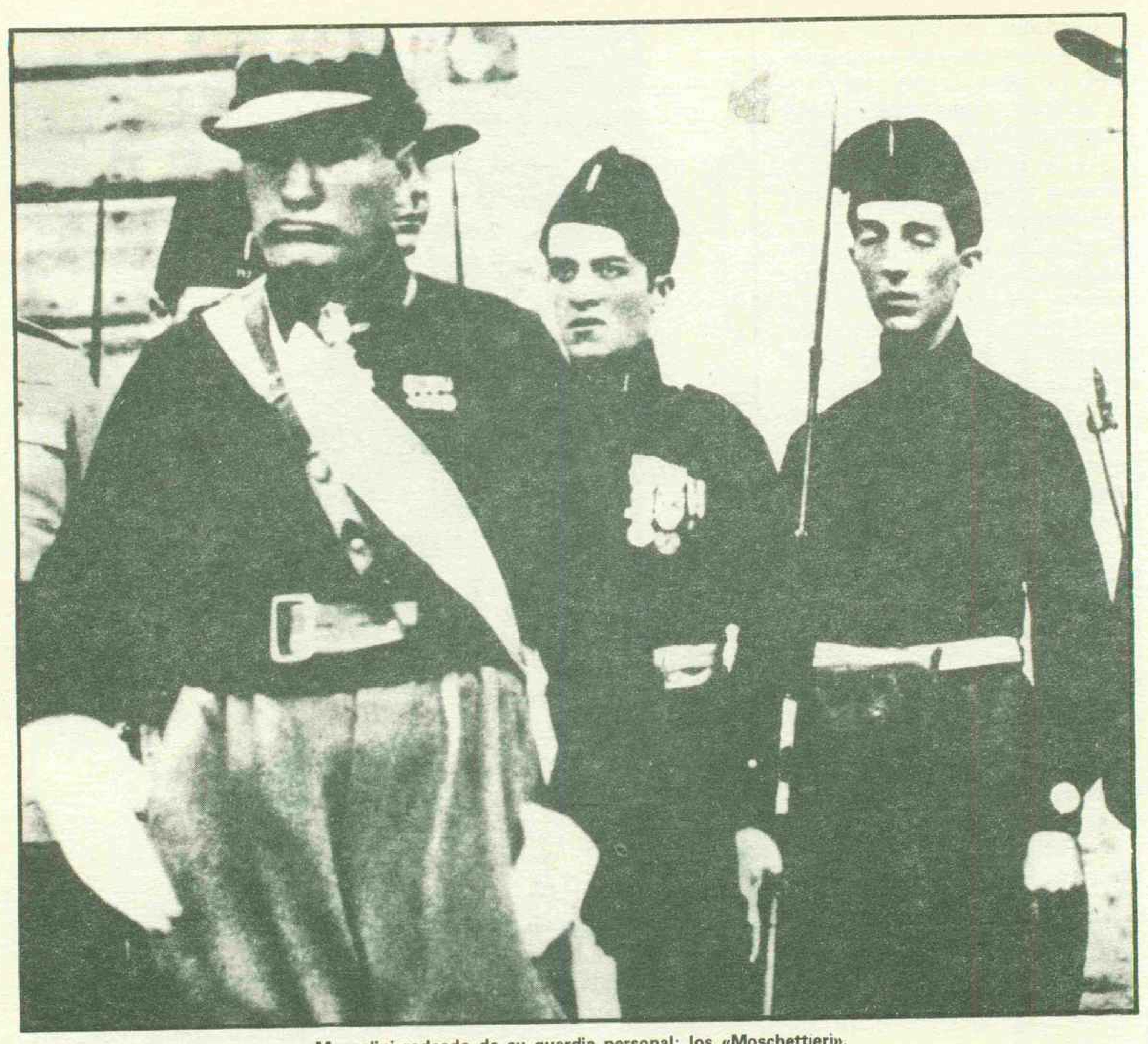


(4) *«Vida de Antonio Gramsci». G. Fiori, pág. 167.*



«!Difícil caballo, Majestad!» (Caricatura italiana.)

(5) *Ibíd., págs, 167-168.*



Mussolini rodeado de su guardia personal: los «Moschettieri».

en cuenta. El último recurso de la patronal es el Gobierno, pero Giolitti no se presta con facilidad al juego de la violencia; hombre de la vieja escuela, pretende que el Estado esté al margen de la discusión social y se contenta con mantener el orden público. Hace rodear las fábricas por el ejército y, por si acaso, militariza los ferrocarriles para poder intervenir de un modo rápido en un caso de extrema necesidad. El comienzo de las ocupaciones le ha sorprendido en el campo, donde se entrevista con el socialdemócrata francés Milleran; ni siquiera vuelve rápidamente a la capital; de paso por Turín se encuentra con Agnelli, uno de los prohombres de la Cofindustria, que le esplicita que emplee la fuerza para acabar con la ocupación de la FIAT, de la que es copropietario; Giolitti le responde:

—Estoy en condiciones de poder hacerlo inmediatamente. Me basta dar la orden de que la FIAT sea bombardeada.

—¡No, no! —exclamó Agnelli, espantado.

—Entonces, ¿qué hago? (6).

El ¿qué hacer? no sólo era problema para la burguesíasy el Gobierno. Los trabajadores y sus direcciones políticas también se lo planteaban. Para el PSI y la CGIL teóricamente la situación era clara; el 15 de julio, apenas dos meses antes de la ocupación ambas organizaciones habían firmado un acuerdo para combatir con denuedo por el triunfo de la República Universal de los Soviets. El 4 y 5 de septiembre, cuando la toma de las empresas por los trabajadores en un «fait accompli», la CGIL y el PSI se vuelven a reunir para condenar la actitud de la patronal y llamar a la solidaridad:

El día de la libertad y de la justicia está próximo» (7).

Pero ni el PSI ni la CGIL, ni ninguna otra organización, se atreven a concretar la fecha. Los mejores hombres del partido se encuentran en Rusia

(6) *«La belle epoque italiana». I. Montanelli, pág. 259.*

(7) *«Quaderni di storia...», pág. 50.*

asistiendo al Segundo Congreso de la Internacional; así ocurre que mientras ellos se preparan para traer la revolución, ésta ya ha llegado y en Italia todo el mundo duda.

El 7 de septiembre en Sampierdarena se reúnen los anarquistas y barajan la posibilidad de ocupar el puerto de Génova y el resto de los puertos de la Liguria. Luego deciden aplazar la acción ante las seguridades dadas por el delegado de la CGIL, Colombino, de que su central va a llevarla a cabo. Por fin, el 9 de septiembre la ejecutiva socialista se reúne con la dirección nacional del sindicato; inmediatamente se plantea el problema central: la naturaleza de la huelga. Mientras el partido habla de situación revolucionaria, la CGIL coloca la lucha en un terreno intermedio entre lo reivindicativo y lo político y opina que lo que se dirime es un problema de control obrero en las empresas.

El día 10 se reúne por separado la directiva del sindicato, aunque son invitados representantes del partido. Por la federación de Turín acuden Togliatti, Benso y Tasca, hombres integrados en el círculo de «L' Ordine Nuovo». El líder sindicalista D' Aragona pregunta al grupo turinés si están en condiciones en su distrito de emprender una acción insurreccional; Benso contesta:

«Defender, podemos defendernos: pero si atacamos nos vencerán. Hay fábricas bien armadas y otras mal. ¿Ir al asalto? El parecer de los técnicos es negativo. La FIAT, que parece una de las mejor provistas, no tiene más de 50.000 balas de ametralladora: (8).

Togliatti precisa:

«Estábamos más dispuestos en abril que ahora... No deben ustedes contar únicamente con una acción empeñada desde Turín, no atacaremos solos: para poder atacar sería necesaria una acción simultánea en el campo y, sobre todo, una acción nacional» (9).

La indecisión corroe a los dirigentes del movimiento; la discusión se prolonga dos días; D' Aragona ofrece la dirección de la lucha al partido; Genari, secretario de éste, devuelve la pelota, dejasque sea el Consejo Nacional de la CGIL quien decida. D' Aragona aduce:

«Vosotros creéis que este es el momento para comenzar una acción revolucionaria pues bien: asumid la responsabilidad» (10).

El aguerrido grupo turinés, en boca de Togliatti, considera que:

«Es mejor la acción insurreccional, siempre que el ejecutivo que tiene el control nos lo diga»(11).

Como podemos apreciar, el fracaso de la dirección del movimiento obrero es patente; desde ese mismo momento la suerte estaba echada. El día 11 se somete la revolución a votación. Las tesis de la CGIL obtuvieron 591.245 votos, frente a los 409.567 del partido. Tasca comenta *a posteriori:*

«Los dirigentes del partido lanzaron un suspiro de alivio» (12).

Así quedó aprobada la disposición del sindicato, por la cual la CGIL asumía la dirección del movimiento y lo orientaba a conseguir de los empresarios un reconocimiento del control sindical en las fábricas que abriese el paso a la

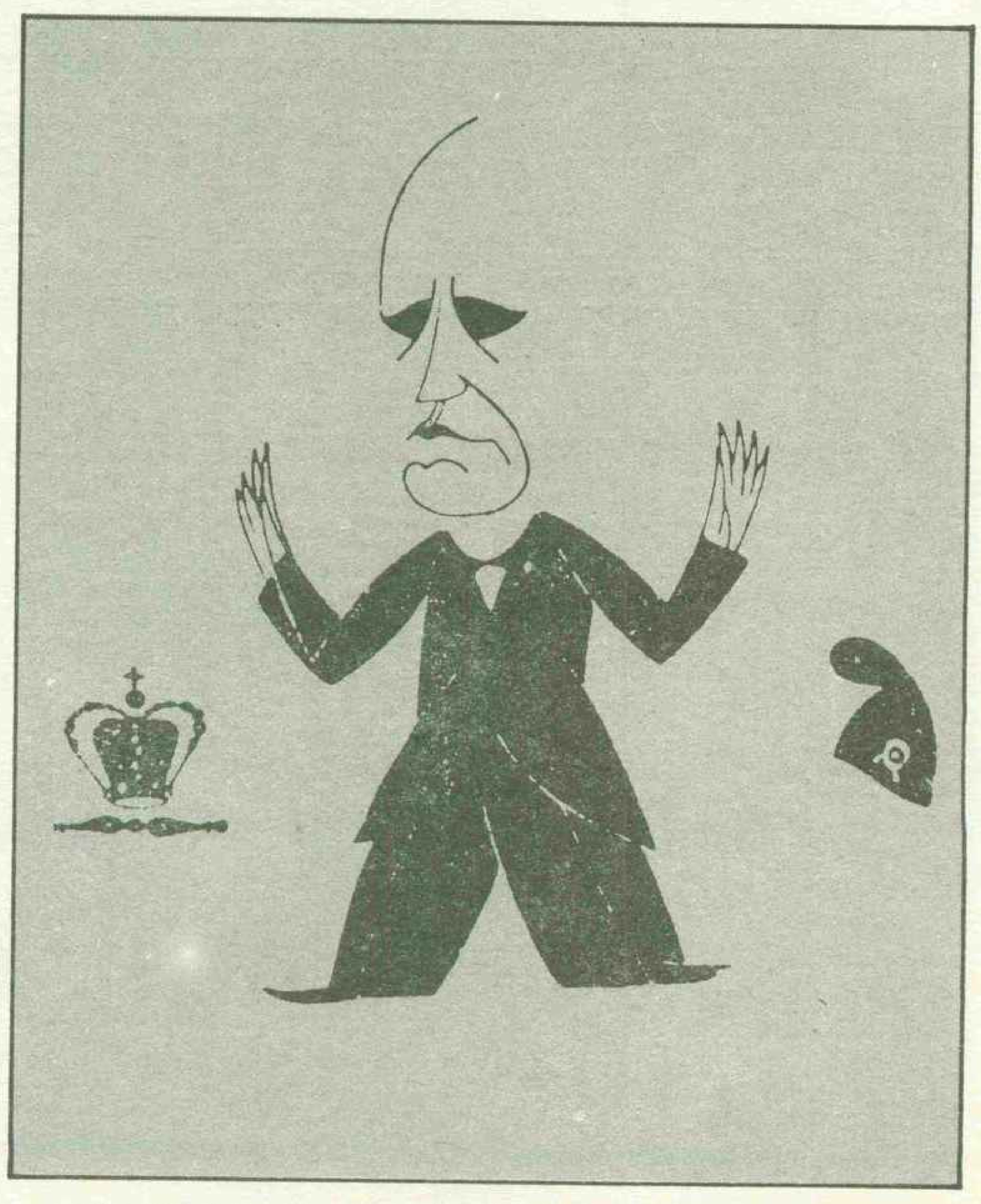
(8) *«Palmiro Togliatti». G. Bocca, pág. 46.*

(9) *«Historia del movimiento obrero italiano». D. Horowitz, pág. 220.*

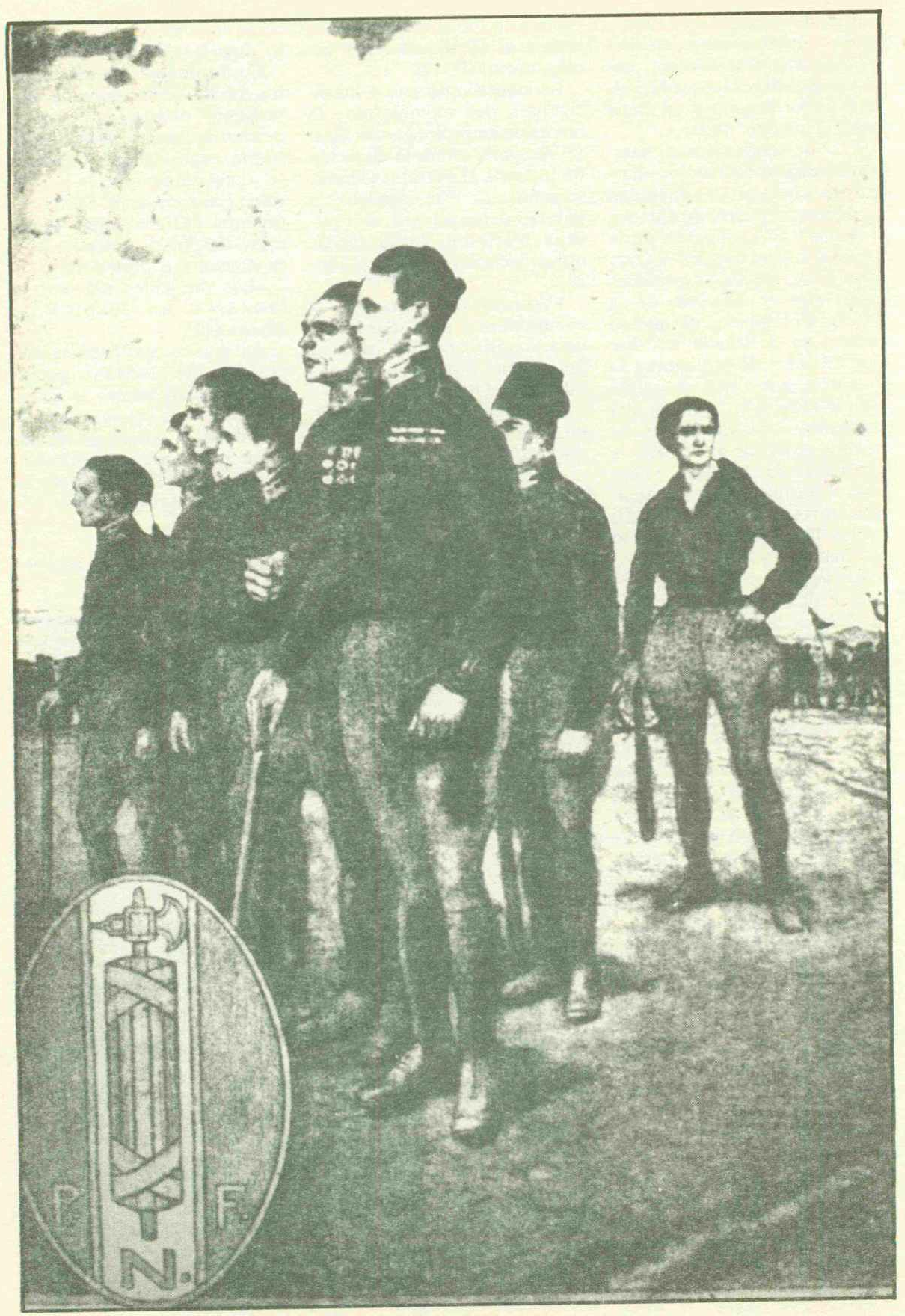
(10) *Ibíd., pág. 221.*

(11) *Ibíd., pág. 222.*

(12) *«El nacimiento del fascismo», pág. 90 (opus citada).*



«Mussolini duda: ¿Monarquía o República?». (Dibujo de Bruno Angoletta.)



Fascistas toscanos. (Dibujo de G. Leroux, aparecido en «L'Illustration».)

socialización. Era el ideal del reformismo llevado a sus últimas consecuencias.

El fin de las ocupaciones

En las fábricas pesa la indecisión y se hace sentir el cansancio; bloqueado el movimiento, éste se autoconsume. Agotadas las materias primas disponibles, el problema de la financiación se torna acuciante. En el colmo de la ingenuidad los dirigentes sindicales pretenden recurrir a los Bancos; éstos, naturalmente, niegan todo apoyo. La FIAT-Soviet de Turín llega a emitir moneda revolucionaria, siendo imitada por otras empresas, pero esta moneda carece de toda validez. No se puede crear un estado soviético en el seno de un estado capitalista sin tomar el poder político.

Ni los grupos bordiguistas, ni los de «L' Ordine Nuovo», capitaneados por Gramsci, ni ningún otro, se atreven a romper con el partido y encabezar el movimiento; por el contrario, hacen todo lo posible para evitar la ruptura cuando sus propias bases la plantean; les hablan de esperar a que pase la marea.

La única salida que queda es la negociación. El momento esperado por Giolitti ha llegado: el día 15 comienzan en Turín los contactos entre ambas partes. Pocos días después se crea por decreto-ley una comisión bipartita para estudiar y redactar un proyecto sobre la participación obrera en las empresas; el mismo Giolitti se comprometió a presentarlo en el Parlamento una vez elaborado. Los sindicatos picaron el anzuelo: el proyecto jamás se redactó.

Se llegó a un acuerdo sobre los salarios, que fueron ligeramente incrementados; se acordó también que no se pagarían los días de huelga, pero tampoco se impondrían sanciones.

La ocupación duró mientras duraron las negociaciones. El resultado de éstas fue aprobado en un Congreso especial de la FIOM el día 22, y luego, por referéndum, entre todos los obreros implicados. Por 148.940 contra 42.140 se decidió evacuar las fábricas el 27 de septiembre y reanudar el trabajo antes del 5 de octubre. El día 1 del mismo mes se firmó el convenio definitivo. En ningún punto de su articulado se mencionaba la palabra «control» o «participación»; la ocupación había concluido definitivamente.

Conclusiones

El movimiento obrero salía de esta experiencia derrotado y en crisis. Muchos trabajadores se preguntaban cómo era posible haber sido derrotados cuando estaban tan cerca del triunfo, y hablan de traición. En enero de 1921, a las pocas semanas de haber terminado la ocupación, en el Congreso de Livorno el viejo PSI se fracciona, dando origen al PCI; el tardío alumbramiento sólo sirve para sembrar más el desconcierto entre la clase obrera.

Por otra lado, la burguesía está aterrada; ha sentido muy cerca el frío de la muerte y se da cuenta que ha sonado la hora de adoptar medidas de excepción; las viejas soluciones decimonónicas ya no sirven. Hay que echar mano de nuevas fórmulas: el fascismo está en puertas, la ceremonia de la violencia y puede comenzar. ■

R. A. y E. C.



Un año después de la «Marcha sobre Roma». Mussolini al lado del rey Víctor Manuel III.



Entre el mito y la realidad: Willy Brandt

Heleno Saña

WILLY Brandt es una de esas figuras que por los motivos que sea, se convierten en símbolos o arquetipos de un partido político, de una nación, de una corriente histórica, de una ideología o de una actitud pública. Sin que alcance el rango universal que Hegel reservaba a personalidades «cosmohistóricas» como Napoleón, su trayectoria rebasa sin duda el marco nacional de Alemania y posee una dimensión internacional superior a la de otros altos dirigentes del SPD. Para millones de seres humanos en todo el mundo, Brandt representa el antifascista consecuente, la tradición socialista, el político que lucha infatigablemente por el entendimiento de los pueblos, el hombre que se encuentra siempre al lado de las causas justas.

¿Hasta qué punto corresponde esta imgen a la realidad?

Juventud, lucha clandestina, exilio

El actual presidente del Partido Socialdemócrata Alemán y de la Internacional Socialista nació el 18 de diciembre de 1913 en la ciudad hanseática de Lübeck, como hijo natural de Martha Framm, que es su verdadejo apellido y que en 1933, el entonces joven militante antifascista, siguiendo la costumbre conspirativa de los viejos bolcheviques, cambiaría por el seudónimo de Willy Brandt, utilizando por él para actuar en la clandestinidad.

Willy Brandt creció en casa de su abuelo materno, que era socialdemócrata. Y en sus tiempos de liceista militó en el movimiento socialista juvenil y escribió artículos para el periódico del SPD «Lübelista Volksbote», dirigido por Julius Leber, ejecutado más tarde por los nazis por su resistencia contra el III Reich. A los 16 años Brandt es miembro del SPD. Al producirse en 1931 la escisión de ese partido, pasa a formar parte del «Sozialistische Arbeiterpartei» (SAP), en el que se aglutina el ala izquierda de la socialdemocracia. Brandt se convierte en el jefe de la organización juvenil del nuevo partido. En la ficha que la Gestapo elaborará más tarde, figura como «agitador comunista». Brandt se distinguía en esa época por su radicalismo, y aunque no ingresó en ninguna organización comunista, asistió a mítines del KPD.

En abril de 1933, pocas semanas después de producirse la subida de Hitler al poder, Brandt huye de Alemania en una lancha motora. Después de una breve estancia en Copenhague, fija su residencia en Oslo, donde estudia Historia y ejerce el periodismo. En 1936 regresa a Alemania camuflado de estudiante noruego para dirigir la organización clandestina «Metro». En 1937 se encuentra en la España republicana como corresponsal de periódicos noruegos. En 1938 es despojado de su nacionalidad por los nazis. Brandt se nacionaliza noruego.

Al producirse la invasión alemana en Noruega, Brandt abandona Oslo y logra fugarse a Suecia, donde permanecerá hasta 1941. En Estocolmo sigue ejerciendo el periodismo y militando en los círculos socialdemócratas del exilio. Brandt dirige la «Agencia de prensa sueco-noruega», encargada de reunir noticias sobre la Noruega ocupada y la Alemania nazi. En Estocolmo mantiene contacto con diplomáticos norteamericanos, hecho que más tarde daría pie al rumor —nunca confirmado— de que fue agente de la CIA. La acusación más concreta en este contexto fue lanzada en 1972 por el antiguo funcionario de la Central Intelligency Agency, Victor Marchetti, que en un libro (censurado por la CIA) afirmó que Brandt había recibido dinero de esa organización en los años cincuenta. Lo que está probado es que, desde 1943, Brandt suministró información y documentos políticos a la Embajada norteamericana en Estocolmo y al «Office of Strategic Service» (OSS) sobre la situación en la Alemania nazi. Pero estos contactos, lejos de ser entonces anormales, entraban en la lógica de la lucha común contra el nacionalsocialismo. A través del lí-

Brandt, en sus tiempos de joven socialista.

der obrero noruego Tranmäl, Brandt tuvo también relación con diplomáticos soviéticos.

De 1941 a 1944, Brandt estuvo casado con la noruega Carlotta Thorkildsen. Durante su estancia en Estocolmo conoció a su segunda mujer Rut Hansen —también noruega—, con la que contrajo matrimonio en 1948. En marzo de 1978, y ante la sorpresa de la opinión pública, Brandt se separó de ella para vivir matrimonialmente con una secretaria suya de 32 años.

Fin de la II Guerra Mundial. Berlín, el trampolín. La crisis del muro

Terminada la II Guerra Mundial, Brandt pasa dos años en Alemania como corresponsal de varios periódicos escandinavos. Por un tiempo ejerce también el cargo de agregado de prensa de la legación diplomática de Noruega en Berlín, con el rango de comandante en civil.

En 1947 recobra la nacionalidad alemana. En enero de 1948, Kurt Schumacher, el presidente del SPD, le nombra representante suyo en Berlín,



Desfile de las tropas alemanas por las calles de Oslo.

y Brandt pasa a dirigir las relaciones con las autoridades aliadas en la antigua capital del Reich, convirtiéndose pronto en el hombre de confianza y protegido del alcalde regente Ernst Reuter, cargo que Brandt desempeñará desde 1957 hasta 1966. Al mismo tiempo es varias veces miembro del Bundestag (Parlamento federal) y del Bundesrat (Senado o Consejo Federal).

Es en Berlín donde Brandt deja de ser un funcionario local del SPD para adquirir renombre mundial. La situación especial de la ciudad como piedra de toque de las relaciones entre el Este y el Oeste, le permite codearse con Eisenhower, Foster Dulles, De Gaulle, Kennedy y los políticos más destacados de este período histórico. En la primavera de 1959 emprende un viaje de propaganda por diversos países, donde es acogido con grandes simpatías, especialmente en Norteamérica. Mientras Brandt juega con gran eficacia la baza anticomunista y presenta a Berlín como una víctima de los rusos, declina dos invitaciones de Kruschev para dialogar sobre la crisis berlinesca, primero en 1960, después en 1963.

El 13 de agosto de 1961 al construirse el muro de la ciudad, Brandt, subiéndose a la cresta de la ola, pretende que los aliados envíen inmediatamente sus patrullas a la zona fronteriza y protesten ante Moscú. El 16 de agosto comete la ligereza de convocar una manifestación pública de protesta y pronuncia estas palabras provocadoras: «La paz no se ha salvado nunca por medio de la debilidad». Pocas horas antes, saltándose a la torera la competencia del ministro de Asuntos Exteriores de la RFA, escribe una carta arrogante a John F. Kennedy, presionando en tono suficiente para que éste tome medidas duras contra los rusos. En vez de seguir los consejos de Brandt —que nadie le ha pedido— el presidente norteamericano se limita a enviar al Berlín occidental unos dias después a su vicepresidente Lyndon B. Johnson, un gesto meramente simbólico que no puede provocar ni asustar a los rusos. Para desesperación del alcalde regente, Johnson, en vez de prestar atención a los problemas internos de la ciudad, se didica a recorrer los comercios y a comprar «souvenirs» para sus amigos. Brandt anotará años después en sus Memorias: «La regla fundamental del acuerdo implícito entre Moscú y Washington funcionó también al construirse el muro de Berlín y después» (Begegnungen und Ansichten, Hamburgo 1976).

Pero no sólo Kennedy conserva la cabeza fría. El mismo Adenauer no se deja ver en Berlín hasta diez días después de edificado el muro, y el 16 de agosto, después de una entrevista con el embajador soviético Smirnov, el canciller declara que la RFA no tomará ninguna medida que pueda turbar las relaciones con la



THE FOREIGN SERVICE
RECEIVED OF THE
UNITED STATES OF AMERICA

No. 3399.

AMERICAN LEGATION

CONFIDENTIAL.

Stockholm, Sweden,
May 22, 1944.

Subject: Future Developments in Germany and Possible Sources of Future German Leadership as Viewed by German-Norwegian Journalist.

MICROFILMED AT THE
AMERICAN LEGATION,
STOCKHOLM, SWEDEN.
DATE MAY 30 1944

The Honorable
The Secretary of State,
Washington.

Sir:

I have the honor to transmit herewith a copy of a memorandum which has been written by Willy Brandt a naturalized Norwegian of German birth, setting forth his views about the various groups within Germany from which revolutionary and post-revolutionary leadership might be expected to arise. The present memorandum expands but does not materially add to the views expressed by Brandt in a previous memorandum which was transmitted under cover of the Legation's confidential despatch no. 3142, dated April 11, 1944, on the subject "Views of German-Norwegian Journalist on Factors Involved in the Coming German Revolution". It is understood that the present memorandum, like the previous one, was written by Brandt for the information and use of an American journalist in Stockholm, and it has only indirectly come into the Legation's hands. Brandt is a young but apparently thoughtful and serious observer of the German scene, and one of the representatives of the Office of Strategic Services who is widely acquainted with German refugee circles in Sweden considers that Brandt is one of the ablest in the entire lot and is the one most likely to play some role after the war, in spite of his Norwegian nationality.

It is believed that little need be added in the way of comment to the observations which the Legation made in its despatch under reference. In connection with the remarks on page 7 of the enclosed memorandum concerning German trade union proposals for the rebuilding of their movement and for taking over the apparatus of the Arbeitsfront, reference may be made to the Legation's confidential despatch no. 3023, dated March 16, 1944, entitled "Report of 'National Conference of the German Trade Unionists in Sweden', held in Stockholm on February 26 and 27, 1944". An officer of the Legation recently discussed at some

length

Informe de la embajada norteamericana en Estocolmo sobre Brandt (22 de mayo de 1944).



Willy Brandt durante un discurso en la reunión del S.P.D., su partido, en Berlín, el 8 de mayo de 1949.

URSS ni empeorar la situación internacional.

En esta fase de su carrera política, Brandt es lo suficientemente ingenuo para creer en serio que Norteamérica arriesgará innecesariamente una confrontación abierta con la Unión Soviética por el hecho de que la zona oriental de Alemania haya levantado un muro con el objeto de poner fin al éxodo masivo de su población hacia la zona occidental. Este acontecimiento es interpretado por Washington como un asunto interno de la Europa del Este y como la prueba del fracaso del régimen de Walter Ulbricht. Brandt, al contrario, está convencido de que el muro representa una humillación para la «primera potencia occidental». Sólo así se explican los reproches obsesivos que Brandt dirigirá años más tarde a Norteamérica en sus Memorias.

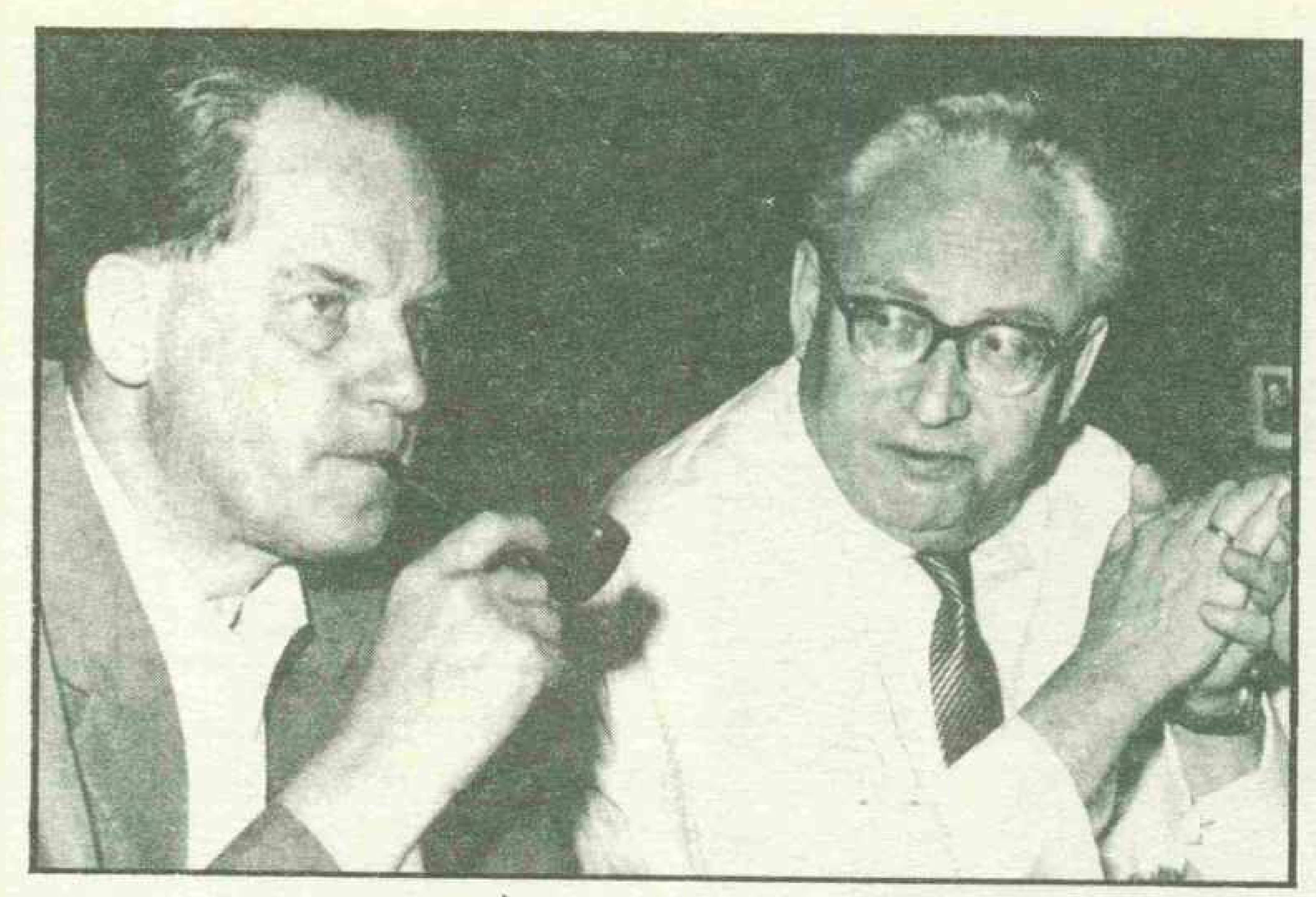
El plan de Brandt no podía ser más simple: utilizar el poder bélico y político de los Estados Unidos para parar los pies a la URSS y afianzar así la situación de Berlín y la RFA. Brandt se agarra a esta carta peligrosísima e irreal, a pesar de que Foster Dulles, hablando del futuro de Alemania, le había dicho ya en 1959: «Los rusos y nosotros podemos estar en desacuerdo sobre mil cosas. Pero hay algo sobre lo que no existe entre nosotros ninguna diferencia: no toleraremos nunca que entre el Este y el Oeste surja en tierra de nadie de nuevo una Alemania reunificada y armada».

En el fondo, la ulterior «Ostpolitik» de Brandt no es más que la consecuencia del fracaso de su intento de utilizar a Norteamérica como instrumento de presión sobre la URSS, como él mismo, aludiendo a la crisis berlinesa, confesará en sus Memorias: «Mis reflexiones políticas fueron esencialmente influenciadas en los años siguientes por la experiencia de esos días. Lo que se ha llamado mi Ostpolitik surgió sobre este trasfondo».

Candidato a la cancillería. El congreso de Bad Godesberg.

La popularidad de Brandt crece. Aunque su pasado antifascista y sus años de emigración representan para una parte considerable del electorado más bien una mácula que un honor —horribile dictu—, el SPD aconsejado por Fritz Erler (una de las eminencias grises del partido), decide nombrarle como candidato a la cancillería de la nación.

La iniciativa de Erler (a quien Brandt debía ya la alcaldía de Berlín), se revelará, a la



Los socialdemócratas Wehner y Ollenhauer.

larga, como oportuna. El lanzamiento de Brandt como el máximo representante de la socialdemocracia coincide con el nuevo programa de Bad Godesberg aprobado en noviembre de 1959, con el que el SPD quiere superar su imagen de partido obrero de clases para transformarse en un «Volkspartei» o partido popular capaz de movilizar a las capas medias y pequeño-burguesas de la población. Brandt, con su simpatía y su encantadora sonrisa, es el hombre ideal para convertirse en el «sunnyboy» publicitario del SPD. Además de no asustar a la alta burguesía, tiene el suficiente «sex-appeal» para atraer a las señoras que juzgan a los políticos por su aspecto físico.

La nueva línea programática adoptada en el congreso de Bad Godesberg fue iniciada y preparada por un grupo encabezado por Fritz Erler, al que pertenecían también el profesor Carlo Schmid, Willy Brandt y Herbert Wehner. Esta corriente revisionista surgió como una reacción a las derrotas electorales sufridas por el SPD en 1949 y 1953, y fue un intento de sacar al partido de la resignación, el dogmatismo y la rutina. El objetivo central de Erler —un socialdemócrata de derechas— era el de conquistas a los electores aceptando puntos de vista y posiciones que hasta entonces habían sido rechazadas por el SPD: el rearme de la República Federal y su plena integración en el bloque occidental. Era la táctica del abrazo. La gran derrota electoral sufrida por el SPD en 1957 favoreció los planes revisionistas de Erler, que hasta ese momento habían tropezado con la cerrada oposición de Erich Ollenhauer y la directiva del partido.

Pero a pesar del montaje publicitario montado en torno a Brandt, su primera tentativa de asaltar la cancillería, en 1961, falla. Los estrategas de la democracia cristiana, dándose cuenta del peligro que el fotogénico alcalde de Berlín significaba para el canciller Adenauer, fabricaron panfletos sobre su vida privada (borracho, mujeriego, etc.), le echaron en cara haber emigrado en «vez de haber defendido la patria» y divulgaron que era hijo de padre desconocido.

Durante la campaña electoral, surgen serias diferencias entre Erler y su protegido Brandt. Mientras el primero quiere dar a la candidatura un carácter de equipo, Brandt, aconsejado por Klaus Schutz y sus amigos de Berlín, se presenta como un ídolo único. La rivalidad entre ambos irá en aumento y durará hasta la muerte de Erler, en 1967.

En diciembre de 1963 muere el presidente del SPD, Ollenhauer. Erler, aunque reacio al culto personal que se está rindiendo ya a Brandt, apoya su candidatura como sucesor del fallecido, y en febrero de 1964, el alcalde de Berlín asume la dirección del partido, que además le vuelve a nombrar candidato para las próximas elecciones a la cancillería, en 1965.

Brandt mejora la posición del SPD, pero no logra vencer a su rival Ludwig Erhard, símbolo de la Alemania del milagro económico. Cuando el líder socialdemócrata cree que está ya definitivamente liqui-



Wehner en el Congreso de Bad Godesberg (1959).



Hallstein (a la izquierda de la foto), padre de la doctrina del mismo nombre de tendencia revanchista.

dado como futuro canciller y como político, en junio de 1966 el partido le devuelve la confianza al reelegirle presidente por una gran mayoría de votos. Sigue su ascenso hasta las cumbres del poder.

Ministro y canciller. La «Ostpolitik»

Después del fracaso de Erhard como canciller, del 1 de diciembre de 1966 se forma en Bonn la «gran coalición» entre el SPD y el CDU-CSU, bajo la presidencia del ex funcionario nazi Kiessinger. Brandt pasa a ocupar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

Es ahora cuando Brandt sienta las bases para su «Ostpolitik», que es lo más positivo que el dirigente socialdemócrata realizará en su vida política. En 1967, Bonn intercambia embajadores con Rumanía, y en 1968 con Yugoslavia, así co-

Brandt recorre Alemania como candidato a la Cancillería (1961).

mo legaciones comerciales con Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Hay que señalar de todos modos que la política de reconciliación y acercamiento a la Europa del Este no fue iniciada por Brand, sino por su antecesor Schroeder, demócrata-cristiano.

Las elecciones de 1969 arrojan una leve mayoría de los socialdemócratas y liberales sobre la democracia cristiana. El 21 de octubre de ese año, Brandt es elegido, con los votos del FDP, canciller de la RFA. Con ello concluía la larga hegemonía gubernamental del CDU-CSU y se iniciaba la coalición entre socialdemócratas y liberales, que todavía dura. En su discurso de toma de posesión, Brandt anunció su propósito de ser un canciller de las «reformas interiores».

Pero la atención de Brandt se centró más en la política exterior que interior. El 28 de noviembre de 1969, el gabinete Brandt-Scheel firmó el tratado de no-proliferación de las armas atómicas, que la democracia cristiana se había negado a suscribir con la esperanza de poder convertirse en una potencia nuclear y seguir así su política revanchista y de chantaje contra la Europa del Este.

Brandt lleva adelante su política de acercamiento a los países comunistas. En marzo de 1970 se entrevista en Erfurt con el primer ministro de la Alemania oriental, Willi Stoph, lo que constituye una sensación en la historia de la Alemania dividida. Para comprender el alcance de este acontecimiento, hay que tener en cuenta que Adenauer y sus sucesores se habían negado a reconocer la existencia de la Alemania comunista y practicado la política chantajista de la «doctrina Hallstein», consistente en romper las relaciones diplomáticas con los países que reconocían a la RDA de Walter Ulbricht.

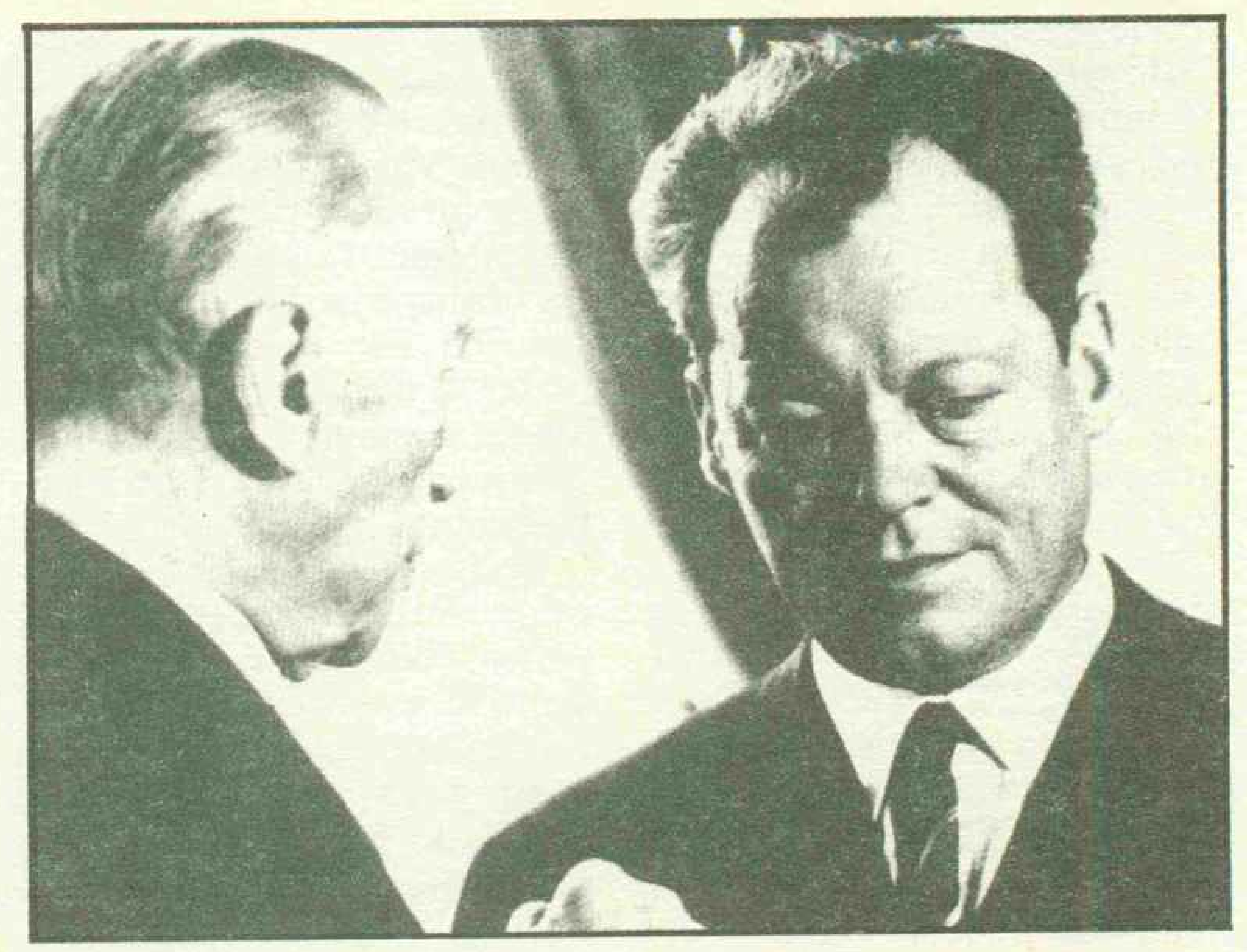
Pero la Ostpolitik de Brandt no difería sólo de la que había practicado el CDU-CSU (con excepciones como la de Schroeder), sino de la de sus propios correligionarios. El primer presidente del SPD tras la II Guerra Mundial, Kurt Schumacher, rechazó siempre sistemáticamente todo contacto con el Partido Socialista Unificado (SED) de la Alemania del Este. La misma política de avestruz practicó Erich Ollenhauer tras la muerte de Schumacher, en 1952. El «Ostburó» del SPD —con el que Brandt había colaborado también— fue un instrumento de



Brandt y el vicepresidente norteamericano Johnson, en Berlín, en agosto de 1961, tras la edificación del Muro de Berlín.

la guerra fría y el anticomunismo. De ahí que Herbert Wehner lo calificara de «nido de espionaje americano». Wehner fue el único alto dirigente socialdemócrata que buscó el diálogo con la Alemania del Este. Por su procedencia comunista, esta política le valió muchos sinsabores. En febrero de 1966, Wehner logró con su autoridad y prestigio personal que el SPD respondiera por primera vez a una carta abierta del SED. Al formarse la gran coalición con el CDU-CSU, Wehner pasó a ser ministro para los problemas panalemanes y se convirtió en el verdadero impulsor del diálogo entre las dos Alemanias.

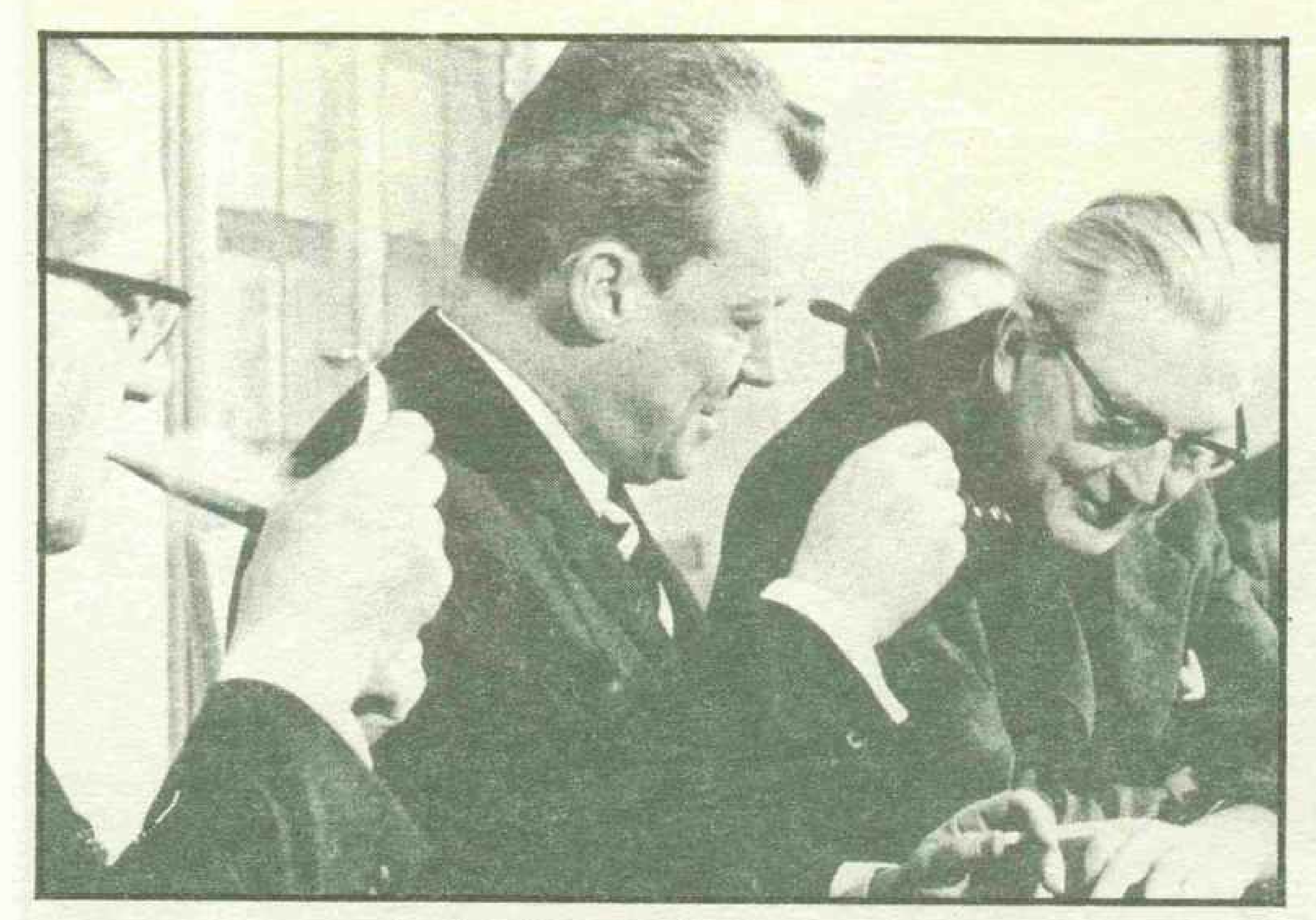
En la Ostpolitik del canciller jugó también un papel importante su consejero Egon Bahr, cuya divisa «Wandel durch Annährung» (Cambio a través de la aproximación) fue asumida por Brandt, de la misma manera que Wehner le había suministrado ya antes la fórmula de la «política de los pequeños pasos».



Adenauer y Brandt en 1966.

El 12 de agosto de 1970, Brandt firma en Moscú con Bresnef un tratado de no-agresión con la Unión Soviética, denominado oficialmente «Acuerdo para la renuncia al empleo de la fuerza» (Gewaltverzichtsabkommen). Un tratado análogo firma el gobierno de Bonn el 7 de diciembre con la República Popular de Polonia. Brandt utiliza un viaje al país vecino para arrodillarse ante el monumento a las víctimas judías erigido en el antiguo «ghetto» de Varsovia. Más de la mitad de la población alemana juzga este acto de humildad como exagerado o improcedente, lo que denota el revanchismo latente y la poca

Erler y Brandt en 1966.



Brand y el canciller Kiesinger en 1968.

inclinación a reconocer los crímenes nazis.

El 3 de septiembre de 1971, los embajadores de los Estados Unidos, Francia, Inglaterra y la Unión Soviética en Bonn, firman un tratado conjunto sobre el «status» de Berlín, todavía vigente, y que a grandes rasgos estabilizaría la situación de la ciudad y superará la tensión de los años anteriores. A este acuerdo seguirá, en los meses siguientes, la firma, entre las dos Alemanias, de los «tratados interalemanes», que regulan todavía hoy las relaciones siempre conflictivas entre Bonn y el Berlín oriental. Este proceso de acercamiento culminará en la firma del Tratado Fundamental o «Grundvertrag».

En septiembre de 1971, Brand se traslada a Crimea para entrevistarse con Bresnef. Al mes siguiente se le concede el premio Nobel de la Paz.

El decreto contra los radiales. Las «reformas» de Brandt. Su actitud con los trabajadores extranjeros

Para hacerse perdonar su Ostpolitik por la democracia cristiana y los sectores anticomunistas de la nación, Brandt víctima una vez más de su naturaleza dual y contradictoria, cometió el error de promulgar en 1972 el decreto contra los radicales (Radikalenerlass), con el que se legalizaba el control ideológico y la discriminación profesional de los funcionarios y empleados del Estado de ideas consideradas como anticonstitucionales. La ley, aunque afectaba también a la extrema derecha, estaba dirigida sobre todo contra la izquierda militante, de composición fundamentalmente marxista y comunista. A pesar de que Brandt reconocería más

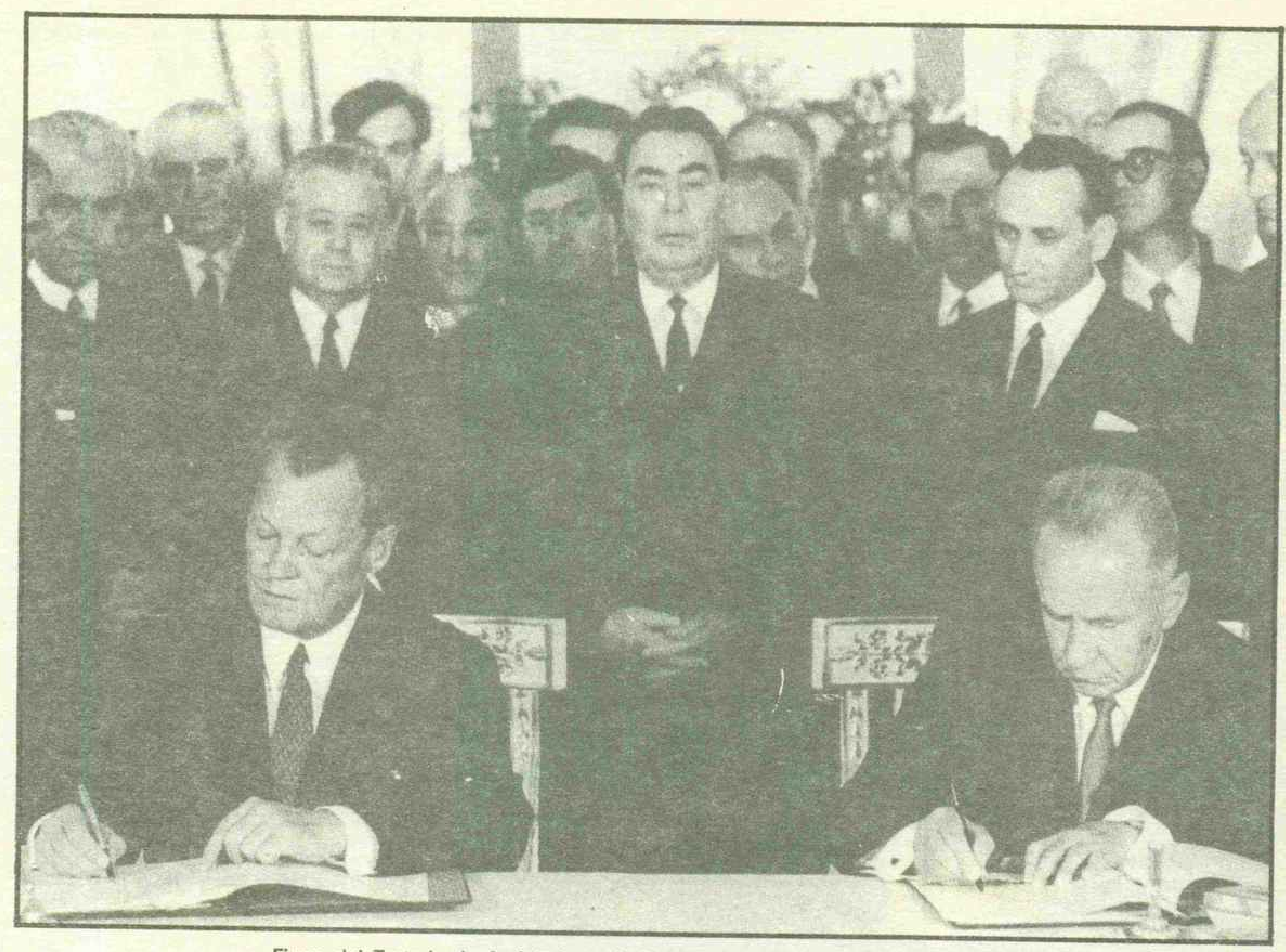
Brandt es aclamado por la población de Erfurt (Alemania del Este) en 1970.



Brandt se arrodilla ante el monumento a los judíos exterminados por los nazis en Varsovia... Era el 7 de diciembre de 1970.

tarde las consecuencias desastrosas de su decisión, quedará ante la historia como el responsable de haber puesto en marcha una praxis policíaca —única en los países democráticos europeos— que en cierto modo recuerda las «leyes antisocialistas» de Bismarck y la ley hitleriana sobre la depuración ideológica de los funcionarios. El objeto de la disposición era el de asegurar que todo ciudadano que aspirase a entrar en el servicio público, no fuese miembro de partidos o grupos radicales. Entre 1972 y 1977, el número de aspirantes sometidos a un chequeo ideológico fue de unos dos millones.

En la práctica, el decreto contra los radicales —que sigue vigente— funciona de la siguiente manera: un estudiante o licenciado cualquiera solicita una plaza vacante en un centro de enseñanza. El establecimiento en cuestión se dirige automáticamente a la Oficina Federal para la Defensa de la Constitución para averiguar si el solicitante figura como «radical» en los ficheros de esta organización. Si en el informe enviado por la Oficina consta que el aspirante a funcionario tiene antecedentes considerados como anticonstitucionales, le es negada la plaza. Este mismo procedimiento es aplicado a todas las esferas



Firma del Tratada de Amistad con la Unión Soviética, en el Kremlin (1970).

de los servicios públicos: Justicia, Policía, Fuerzas Armadas, Correos y Telecomunicaciones, servicios municipales, etc.

Con este decreto nefasto Brandt hizo el juego a la reacción y consolidó las tradiciones autoritarias y policíacas de su país, criminalizando las ideas y actividades de los sectores de población opuestos al sistema capitalista de la RFA. Brandt puso en funcionamiento el decreto en contra del criterio de Wehner, Egon Bahr y otros líderes socialdemócratas. Este último lo calificaría más tarde de «escandaloso y repugnante».

Mientras Brandt realizó en el ámbito exterior una política positiva y consecuente (si nos olvidamos de su vasallaje a la política imperialista de la USA en Vietnam y otras zonas), no cumplió su promesa de ser el canciller de las reformas interiores.

Las reformas anunciadas por Brandt con gran énfasis eran ya en sí, más que metas socialistas y verdaderamente anticapitalistas, variantes socialdemócratas del capitalismo popular, como por ejemplo la participación de beneficios (Vermögensbildung) a través de un mecanismo redistributivo central. La palabra «Volksvermögen» (fortuna popular) es semánticamente casi idéntica a la del capitalismo popular postulado desde antes de la II Guerra Mundial por ciertos sectores del catolicismo para frenar precisamente el proceso de socialización. Con el «Mitbesitz» (copropiedad o coposesión), Brandt pretendía crear un complemento material a la «MitBestimmung» o cogestión en las empresas. No se trataba pues de desmontar las estructuras del alto capitalismo vigente en la RFA ni de rozar la hegemonía del capital sobre el trabajo, sino de integrar mejor a las clases asalariadas dándoles la ilusión de que participaban de alguna manera en la producción y acumulación del capital. Era al alternativa pequeño-burguesa al capitalismo boyante de la RFA. Eso explica que Brandt, como sus demás colegas del SPD, haya borrado de su vocabulario el concepto de «lucha de clases». Explica también que hace años Brandt dijera ya: «Nosotros no queremos hacer otra cosa que lo que ha hecho el CDU, pero mejor».

La cogestión fue introducida ya bajo la cancillería de Adenauer en el sector del carbón y del acero, pero Brandt, presionado por los sindicatos, quiso ampliarla a todas las empresas con una plantilla superior a los dos mil empleados. El proyecto elaborado por el gabinete Brandt —y aprobado más tarde bajo la cancillería de Schmidt— no introducía de todos modos la cogestión paritaria exigida por los sindicatos, sino un modelo que aseguraba la hegemonía decisoria del capital sobre el trabajo. Digamos

Entrevista en Erfurt con el Primer Ministro de la Alemania Oriental, Willy Stoph.

que este compromiso a favor de los empresarios le fue dictado a Brandt por los liberales.

Si las reformas sociales de Brandt fueron magras y, en el fondo, nulas, en otros campos su labor no fue menos decepcionante. El canciller no hizo nada para mejorar la situación jurídica y moral de los trabajadores extranjeros, expuestos siempre en mayor o menor grado a toda clase de discriminaciones por parte de un pueblo que no ha logrado todavía superar su pasado racista. Al contrario: Brandt aprovechó la crisis del petróleo en 1973 para hacer todavía más insegura la estancia de los inmigrantes en la RFA. Mientras en los países escandinavos la socialdemocracia ha logrado que se conceda por lo menos el derecho electoral municipal a los trabajadores extranjeros, Brandt y sus correligionarios no han hecho nada en este sentido. Basta leer el capítulo que Brandt dedica en su libro «Über den Tag hinaus» (1974) al tema de la inmigración para darse cuenta de su escasa simpatía por los trabajadores extranjeros. No olvidaremos nunca el triste papel jugado por Brandt en otoño de 1973, cuando en las Factorías Ford de Colonia, varios miles de turcos se rebelaron contra la disciplina cuartelaria imperante allí y contra la discriminación por parte de los alemanes. El canciller, en vez de reconocer este hecho y el derecho de los emigrantes turcos a defenderse, apareció en las pantallas de la televisión afirmando que se trataba de un conflicto organizado por una minoría de agitadores profesionales.

La crisis. Dimisión. El papel de Wehner

Las elecciones al Bundestag (anticipadas) de noviembre de



Brandt y Wehner en 1972: Primero, amigos; después, enemigos.

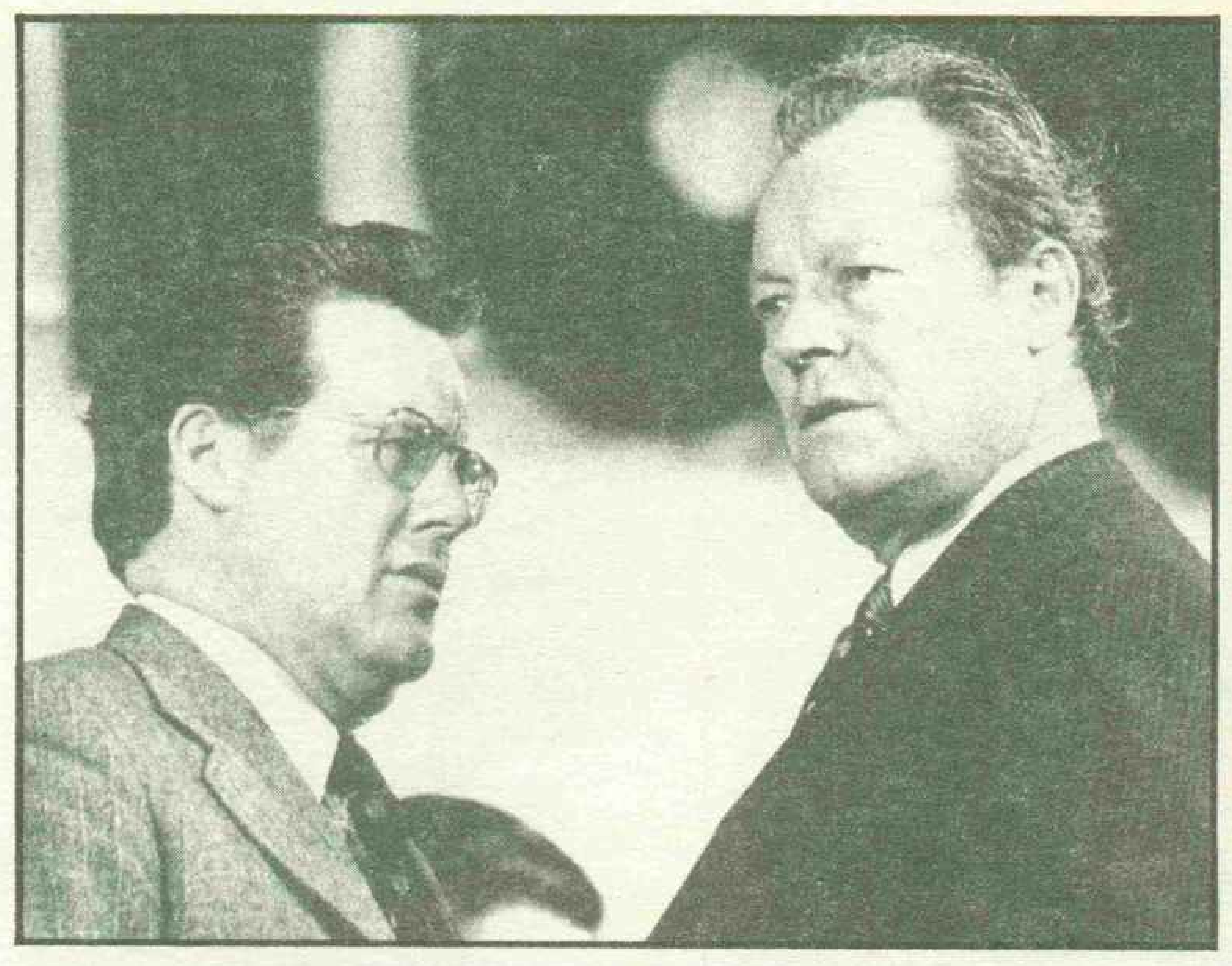
1972 significaron un triunfo personal de Brandt y una consolidación de la coalición con los liberales, lo que permitió a ambos partidos proseguir su labor con una amplia cobertura parlamentaria. En abril de 1973, Brandt fue reelegido presidente del SPD con el mayor número de votos obtenido jamás por otros presidentes del partido.

Pero a partir de esas mismas fechas y coincidiendo con la crisis energética mundial, surge de pronto una poderosa corriente crítica contra él. La dimisión de su ministro de Finanzas, Karl Schiller, fue ya una señal de su pérdida de autoridad y prestigio. La inflación merma rápidamente su popularidad y despierta el descontento de todos los sectores de población. La democracia cristiana le acusa de ser un hombre débil e incompetente, sin dotes de mando ni capacidad para enfrentarse a situaciones difíciles. En estos reproches hay un fondo indudable de verdad. Infinidad de veces hemos visto en el Parlamento de Bonn a Brandt ponerse pálido ante los ataques de los demócrata-cristianos, o quedarse sin respuesta. Cuando Helmut Schmidt, encolerizado por la pasividad del canciller, daba puñetazos sobre la mesa en las reuniones del Consejo de Ministros, Brandt abandonaba la sala lívido y contrariado.

El 7 de mayo de 1974, Brandt presentó su dimisión como canciller de la República Federal. El pretexto formal para esta decisión fue la detención, el 24 de abril, del espía comunista Guillaume —uno de sus principales colaboradores dentro de la cancillería—, pero el motivo verdadero fue político.

En el momento de presentar su dimisión, Brandt se hallaba en una situación precaria. Se estaba convirtiendo en un náufrago. Era ya —digámoslo abiertamente— un cadáver flotante. Desde hacía tiempo, las encuestas demoscópicas señalaban un vertiginoso descenso de la popularidad del canciller. De noviembre de 1972 a noviembre de 1973, el índice de electores dispuestos a dar su voto al SPD, bajó del 55 al 35 por ciento. Las elecciones al Senado de Hamburgo celebradas en marzo de 1974 constituyeron un gran fracaso para la socialdemocracia y un espectacular triunfo para la democracia cristiana. La última consulta demoscópica realizada antes de la dimisión de Brandt indicaba que sólo un 27 por ciento del electorado quería dar su voto al SPD.

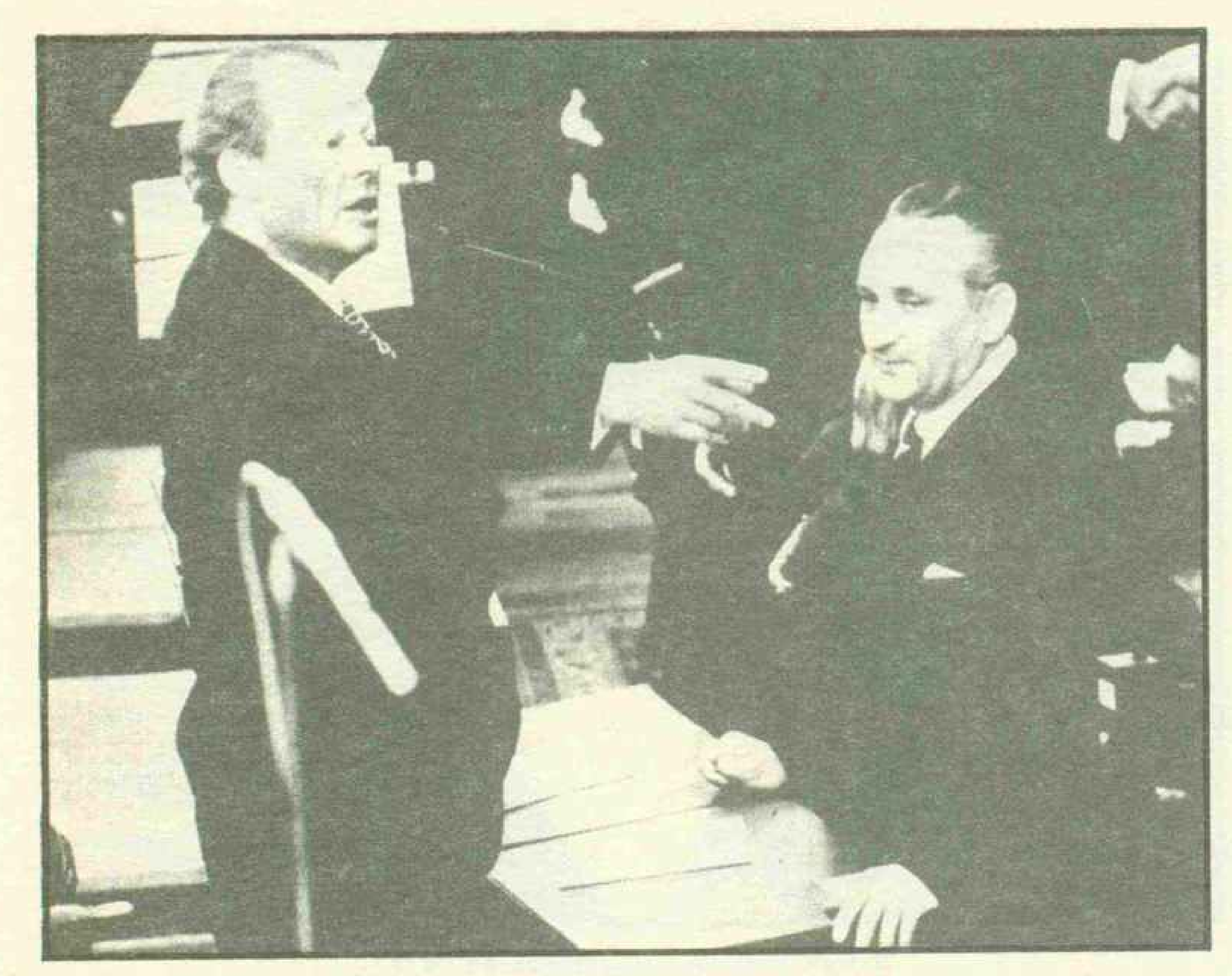
El canciller se sentía cada vez más solo, abrumado por las depresiones y la angustia. Las ratas habían empezado a abandonar el barco. El primero en desertar fue precisamente Walter Scheel, el jefe liberal y ministro de Asuntos Exteriores, al anunciar que pensaba presentarse como candidato a la presidencia de la República, en sustitución del doctor Gustav Heinemann. Al hacerse público el «affaire» Guillaume,



Brandt y el espía Guillaume en 1973.



Herbert Wehner en Moscó, en 1973.


Willy Brandt y su consejero Egon Bahr.

Brandt se enteró de que el ministro del Interior Genscher —liberal— había estado acumulando material sobre su vida privada, a espaldas suyas. Se trataba de diversas visitas femeninas que el canciller había recibido en la intimidad durante sus viajes.


El Canciller Brandt con su mujer Rut y el espía Guillaume.

La actitud del FDP desmoralizó sin duda a Brandt, pero no fue tampoco lo que le movió a presentar su dimisión. Walter Scheel intentó incluso en el último momento que permaneciera en su puesto. Brandt se decidió a abandonar la cancillería al ver que las dos personalidades clave de su partido —Wehner y Helmut Schmidt— deseaban que se marchase. Schmidt no fue nunca un gran admirador de Brandt, y a menudo expresó su disconformidad con él, criticando su falta de autoridad, su tendencia al centrismo y su blandura frente a la oposición. Herbert Wehner protegió siempre a Brandt y le cubrió continuamente las espaldas dentro del partido, pero a partir de 1973 le atacó públicamente. En privado dijo: «Al canciller le gustan los baños tibios, en una bañera llena de espuma». Creo que es la definición más justa que se ha hecho del líder socialdemócrata.

Brandt confió a su biógrafo David Binder: «Wehner quería desde 1972 que yo me fuera, y yo fui lo suficientemente idiota para no darme cuenta». El distanciamiento entre ambos empezó en diciembre de 1972, poco después del triunfo electoral de Brandt. Mejor dicho: empezó a surgir ya durante la campaña electoral, en la que Brandt, sintiéndose en la cima de su popularidad, prescindió de su consejero y protector. Wehner comentaría: «Mientras él era aclamado, yo fui humillado como nunca». Wehner, enfermo de diabetes y cansado de luchar con el ala izquierda del SPD, le dijo a Brandt tras las elecciones que no quería seguir siendo vicepresidente del partido. Para sustituirle, Brandt eligió a Heinz Kühn, un hombre al que Wehner abominaba. El canciller, rodeado de aduladores y consejeros de segunda categoría, no se dio cuenta de lo que sig-

nificaba la pérdida de un colaborador como Wehner, la personalidad de más quilates que ha dado la socialdemocracia de posguerra.

En el curso de 1973, Wehner realizó dos viajes a la Europa comunista sin consultar a Brandt: uno al Berlín oriental (30 de mayo) y otro a Moscú y Leningrado, en septiembre. Wehner no ocultó en sus declaraciones que estaba insatisfecho con la política del gabinete Brandt, afirmando que en Bonn faltaba una cabeza. A su regreso de Rusia, Wehner y Brandt se reunieron dos veces para intentar reconciliarse, pero sin resultado.

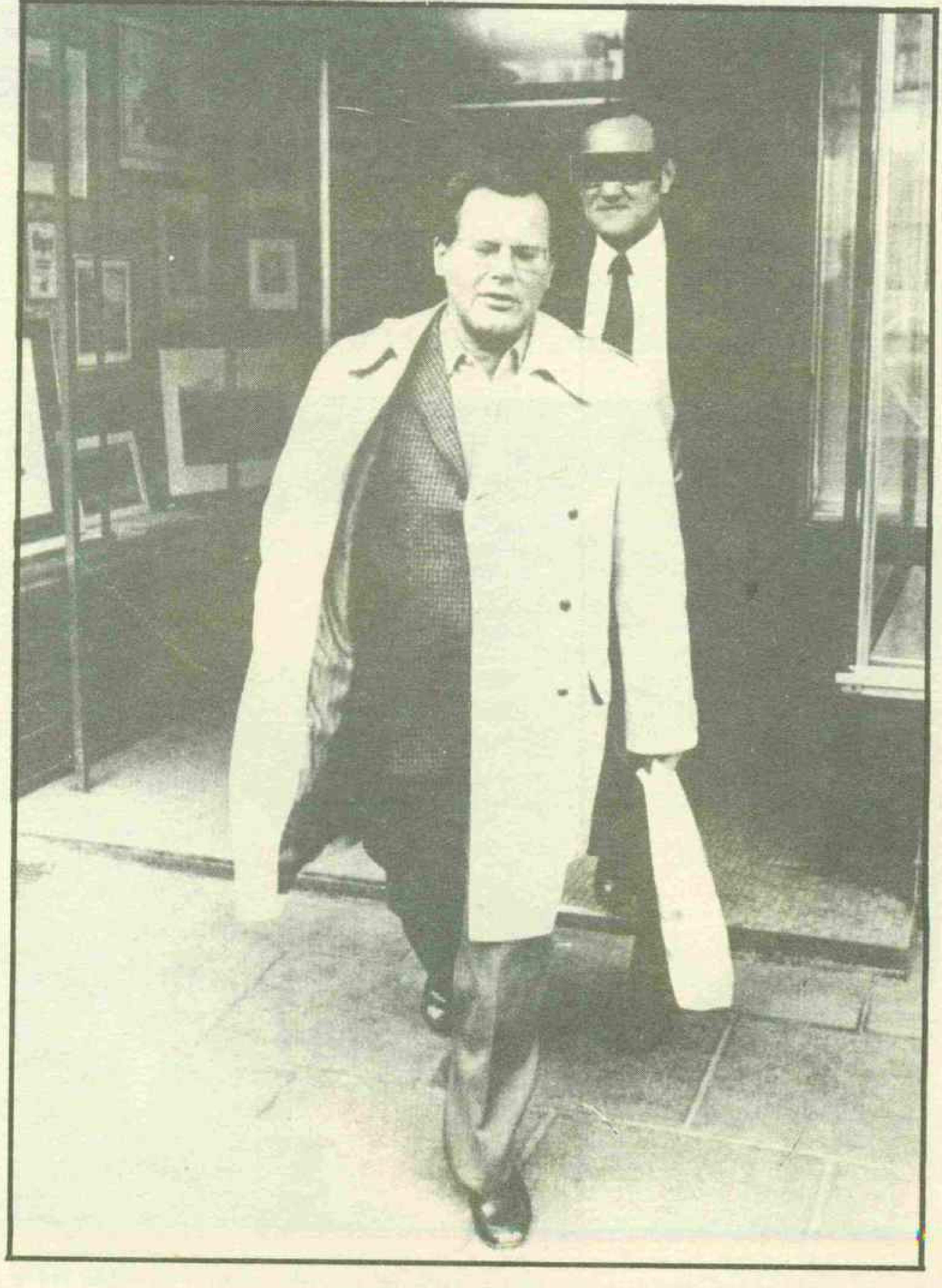
La ruptura es definitiva cuando tras la detención del espía Guillaume, Wehner se entera de las aventuras galantes de Brandt en los hoteles y en su tren especial. La entrevista final entre ambos tiene lugar el 4 de mayo de 1974 en Munstereifel. Solos ambos, Brandt dice: «He fracasado. Pienso dimitir». A continuación el canciller comenta que los servicios secretos reúnen material sobre sus amoríos. Wehner responde: «Me alegro que toques este tema, porque así me facilitas las cosas.» Brandt habla de suicidarse y espera en vano un gesto de apoyo por parte de Wehner. Después de media hora de conversación, ambos se separan. Dos días después, Brandt decide dimitir.

El prestigio de Brandt. Actividades internacionales

Curiosamente, el fracaso final de Brandt como canciller, no quebró su prestigio dentro del partido, cuya presidencia sigue detentando. No mermó tampoco su prestigio internacional. Al contrario: Brandt, liberado de sus deberes de canciller, pasó a jugar un papel cada vez más importante dentro de la socialdemocracia internacional. Citemos en este contexto la asistencia moral que prestó al PSOE y a su amigo Felipe González, así como al jefe de los socialistas portugueses Mario Soares.



Brandt en 1974, el año de la dimisión.



Guillaume, detenido ya.



Flores para el Canciller caído. El 7 de mayo de 1974 la fracción parlamentaria del S.P.D. se despide del Canciller. Junto a Brandt, Wehner.

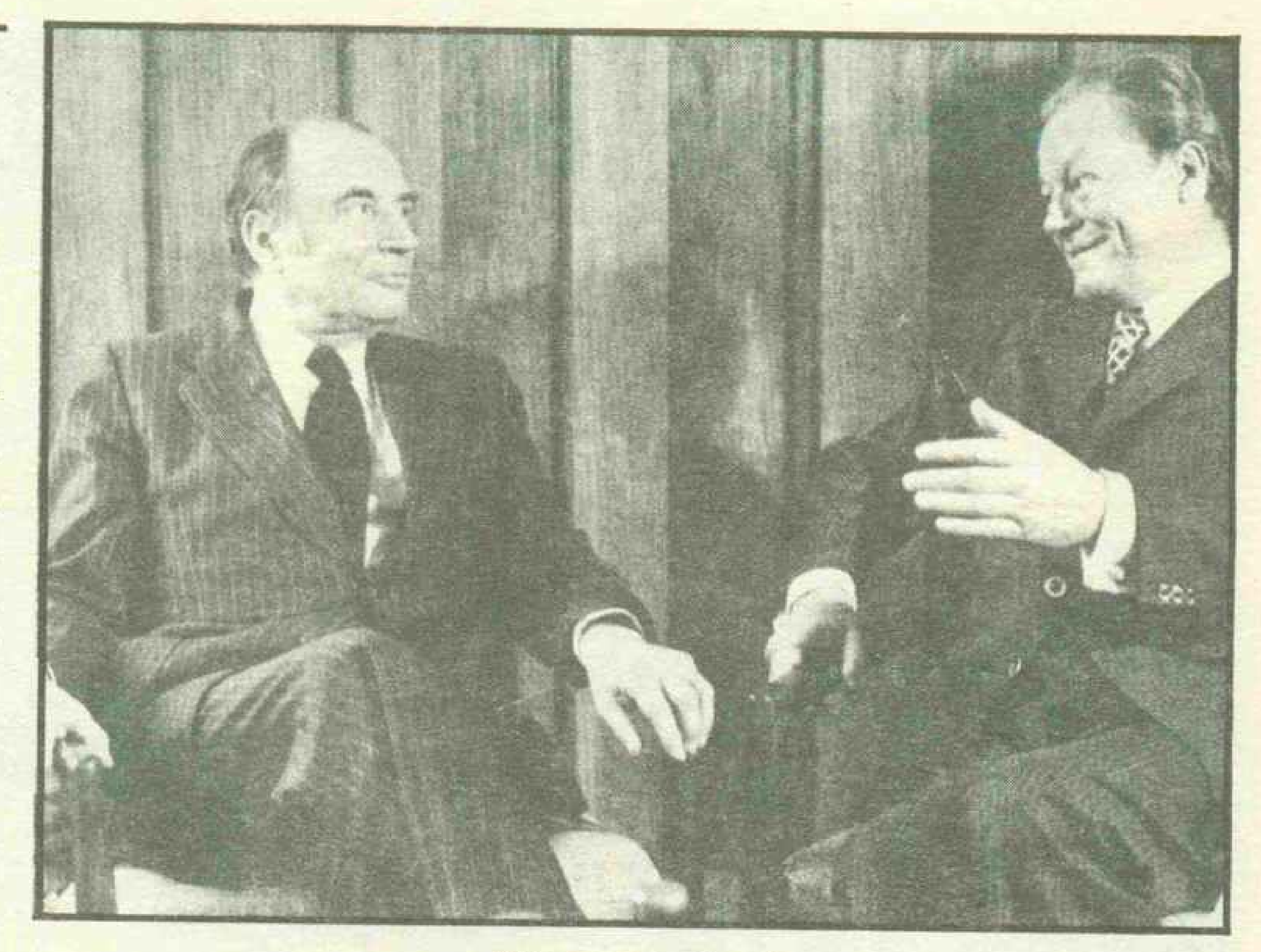
En noviembre de 1975, Brandt fue reelegido presidente del SPD por 407 votos contra 29, lo que demuestra el concepto nibelungo que los alemanes tienen de la fidelidad. A finales de noviembre de 1976 fue elegido en Ginebra presidente de la Internacional Socialista, cargo que todavía sigue desempeñando. Brandt es también desde marzo de 1977 presidente de la Comisión Norte-Sur, cargo que le ofreció el presidente del Banco Mundial, Robert McNamara. En este contexto ha declarado: «La solución de las relaciones Norte-Sur es el problema social para el resto de este siglo». Entre las medidas propuestas por Brandt para ayudar a los países pobres figura un «impuesto internacional». Pero el ex canciller se encuentra aquí, como otras veces, en una situación contradictoria; mientras de un lado pide más dinero para los países hambrientos y atrasados, apoya (también en contradicción con su conciencia pacifista), la política armamentista de su país y de la OTAN, en vez de exigir, de acuerdo con la ética socialista y humanista, que las cifras astronómicas destinadas a producir armas y a fomentar la guerra fría, sean destinadas a ayudar al Tercer Mundo.

Willy Brandt estrechando la mano del filósofo Ernst Bloch, durante los actos conmemorativos del 150 aniversario del nacimiento de Carlos Marx, celebrado en la ciudad de Tréveris, su lugar de nacimiento.

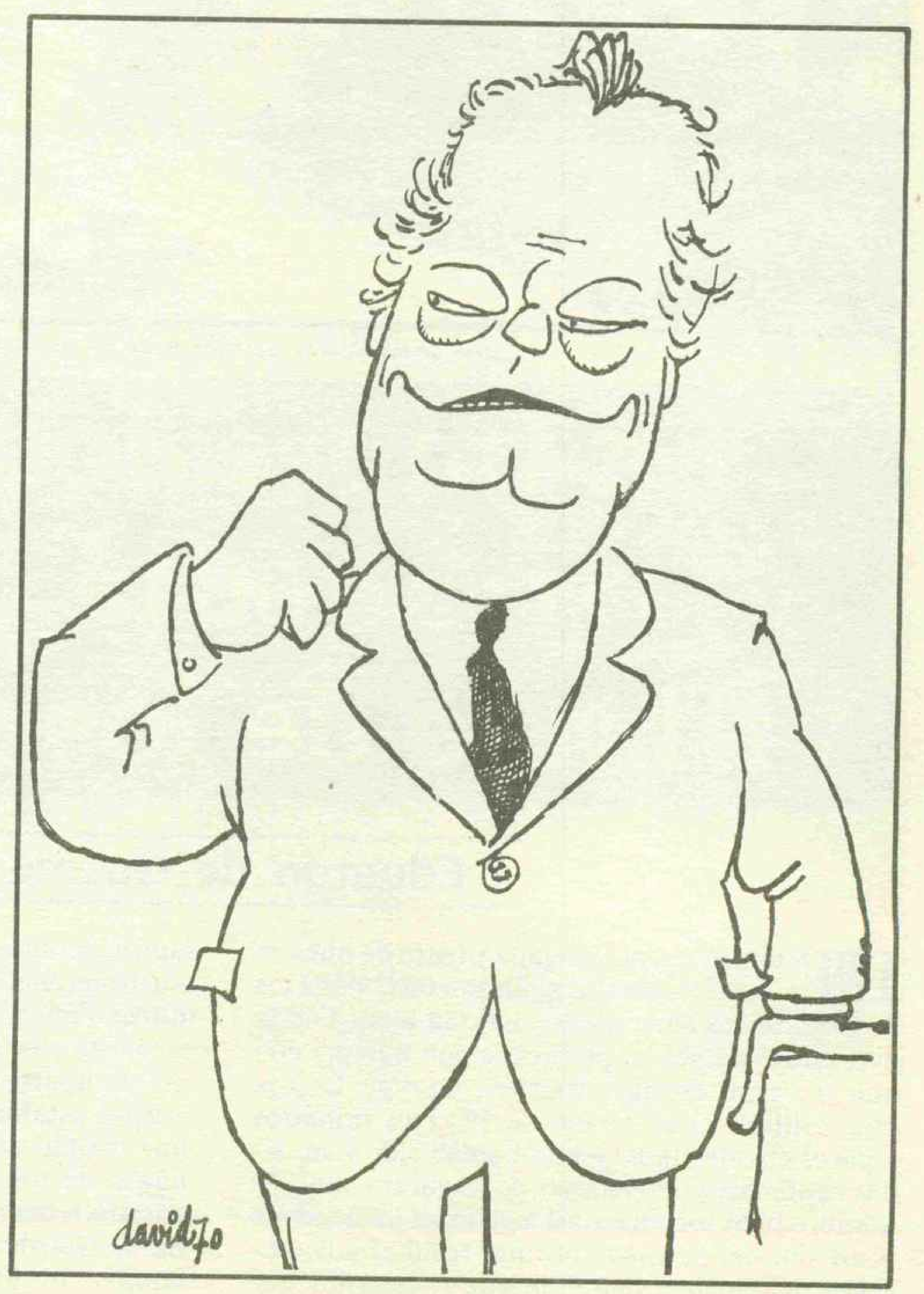
Reflexiones finales: Brandt y la socialdemocracia alemana

No se puede entender la figura de Brandt separándola de su país y de la tradición del partido al que pertenece. El SPD no fue nunca un partido revolucionario. La influencia de Lasalle neutralizó a menudo la de Marx y Engels. Tras las leyes antisocialistas de Bismarck, el SPD, deslumbrado por sus crecientes éxitos electorales, se aburguesó y pactó en el fondo con la alta burguesía, hasta el extremo de apoyar la guerra imperialista desencadenada en 1914 por Guillermo II. Después de la muerte de Engels, el partido cayó cada vez más bajo la influencia de Kautsky y su marxismo vulgarmecanicista, con su tendencia al oportunismo y a las fórmulas hueras. Luego vino el programa revisionista de Bernstein, que en última instancia se revelaría como el elemento dominante en el SPD. Cuando se produjo el hundimiento de la monarquía y la revolución de 1918, el SPD, en vez de aprovechar esa ocasión histórica única, dijo que no a la vía del socialismo y prefirió pactar de nuevo con la burguesía. Al llegar la hora amarga y dura del nacionalsocialismo, capituló sin apenas luchar ante el enemigo.

En las décadas que han seguido a la terminación de la II Guerra Mundial, el SPD ha vuelto a cometer el error de pactar con el capitalismo y de renunciar a los planteamientos verdaderamente socialistas. Obsesionado por demostrar que es capaz de gobernar y ejercer el poder con eficacia, ha llegado a la autonegación máxima. Willy Brandt es el producto de esta tradición y de esta táctica. ■ H. S.

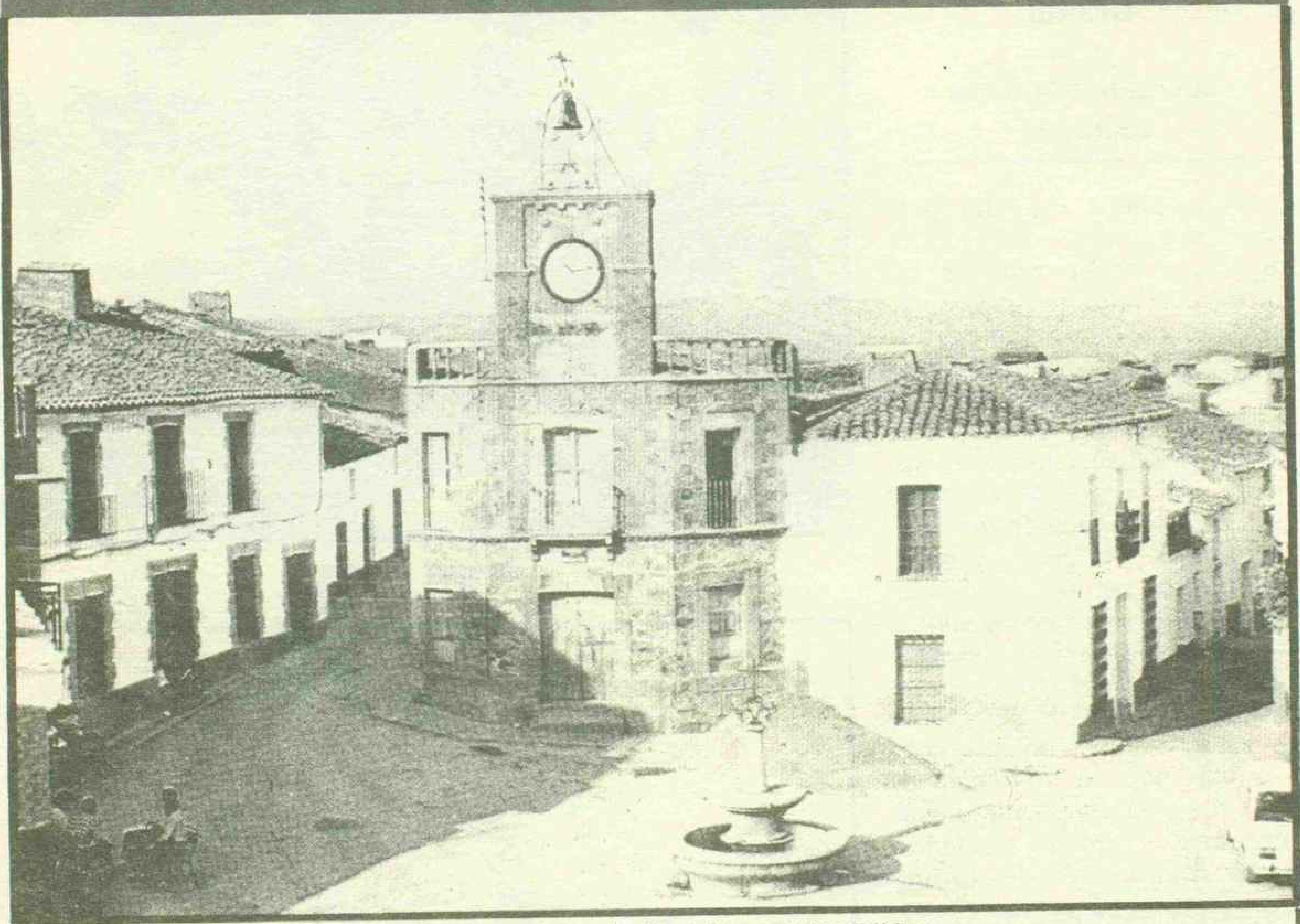


Mitterrand y Brandt.



Caricatura de Willy Brandt, por David.

También el horror fue aquí



Villarte de los Montes (Badajoz). Plaza del Generalísimo.

La impresionante tragedia de Villarte de los Montes

Eduardo de Guzmán

EN una etapa prolongada y triste de nuestra reciente historia abundaron en España los grandes cementerios bajo la luna. Fue la expresión trágica y poética a un tiempo con que un gran escritor francés, George Bernanos, calificó en el verano de 1936 los primeros lugares clandestinos donde habían sido inmoladas centenares de víctimas de la guerra civil. El nombre hizo fortuna y así siguieron llamándose —en simples susurros porque resultaba demasiado peligroso levantar la voz— aquellos numerosos parajes de la geografía nacional donde fueron sepultadas las víctimas de una barbarie tan irracional como sangrienta. Durante años, muchos años, se mantuvo en completo silencio la existencia de estas fosas comunes, generalmente apartadas de lugares habitados, sin permitirse establecer en su torno una cerca o erigir una simple cruz de madera en recuerdo y memoria de los muertos. En nuestro número del pasado febrero hablábamos del gigantesco osario de Lardero, cerca de Logroño, donde las familias de los que allí reposan han levantado un monumento en su recuerdo. No por ansias

La «Joya de Fernando», lugar de las ejecuciones y, ante ella, uno de los familiares de los asesinados, Felipe Fernández.

de revanchas, odios o venganzas, sino como simple constancia de unas locuras que no pueden volver a repetirse.

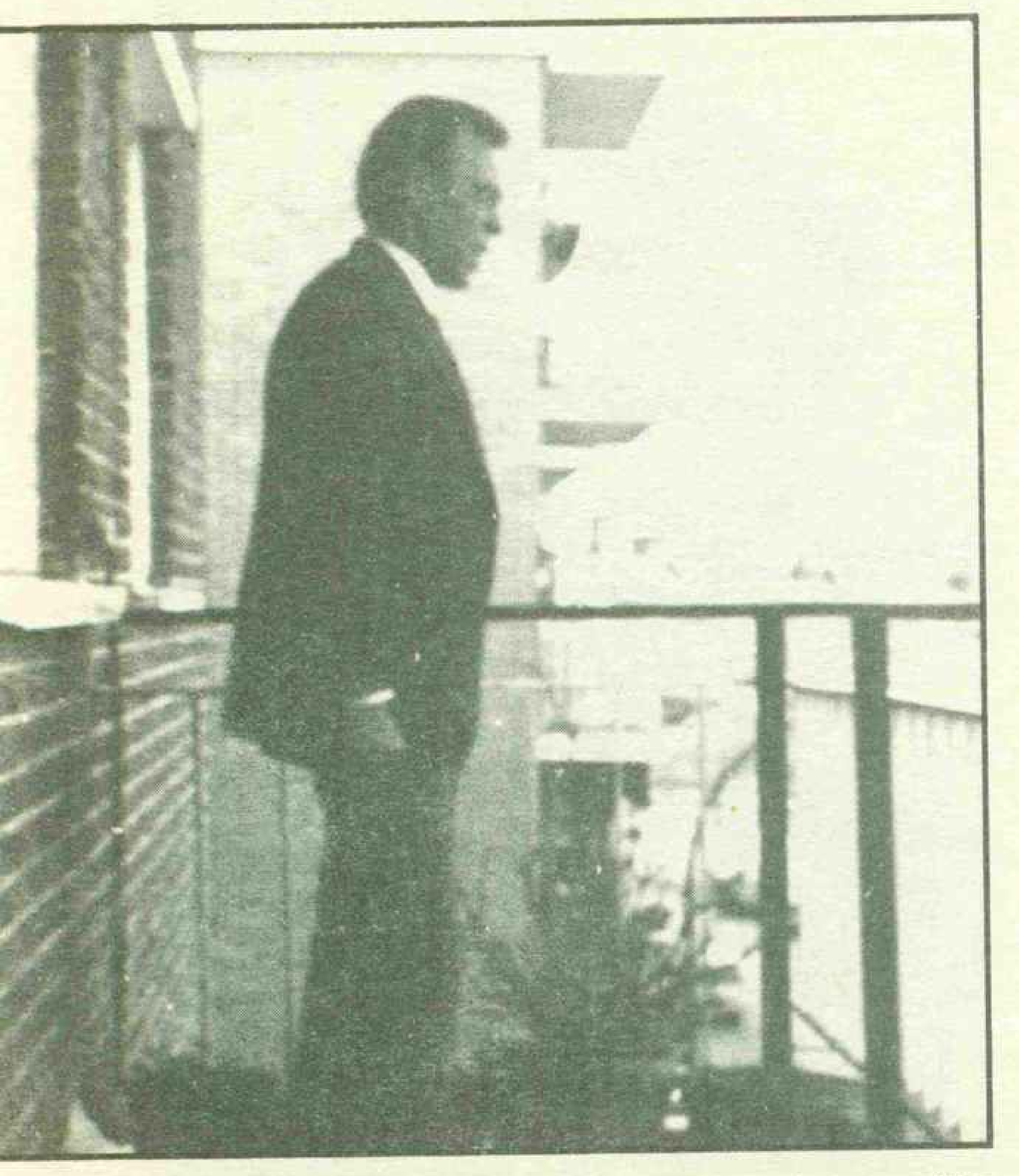
Con el mismo ánimo e iguales deseos de que las viejas heridas cicatricen de una vez para siempre sin dejar rastro, hablamos hoy de otra gran tragedia vivida por distinto pueblo español. Si Lardero está en La Rioja, Villarte de los Montes se halla en Extremadura; en la parte más dura e inhóspita de la región que por algo recibe el expresivo nombre de la siberia extremeña. Aquí no opinamos por cuenta propia. Nos limitamos a recoger, quitándoles crispación y poniendo dolorida sinceridad, al relato que nos hacen unos testigos presenciales de los hechos que narran. De dos hombres que ya en la madurez de la existencia no han podido borrar de su imaginación las dantescas escenas que hubieron de presenciar en su lejana adolescencia y que les dejaron para siempre marcados y obsesionados.

—Más que en partidos politicos —dice Manuel Cervantes Acedo, nacido en 1925— los vecinos de Villarte se dividían automáticamente en dos grupos: los propietarios, sus familiares, criados y favorecidos, pertenecían a la derecha; el resto, todos los trabajadores, figurábamos en la izquierda. Aunque como en todas partes había injusticias y desigualdades, en Villarte de los Montes no existían odios ni rencores. Desde el primer momento y sin lucha de ninguna clase, el pueblo quedó en la zona republicana. Muy lejos de los frentes, al principio; próximo a ellos, posteriormente, cuando luego de tomar Mérida y Badajoz, los franquistas se apoderaron de Don Benito y Villanueva de la Serena.



Paulino Fernández, una de las víctimas de la represión, muerto a los veintiún años.

La Iglesia de Villarte de los Montes, donde inicialmente fueron encerradas las víctimas de la matanza.

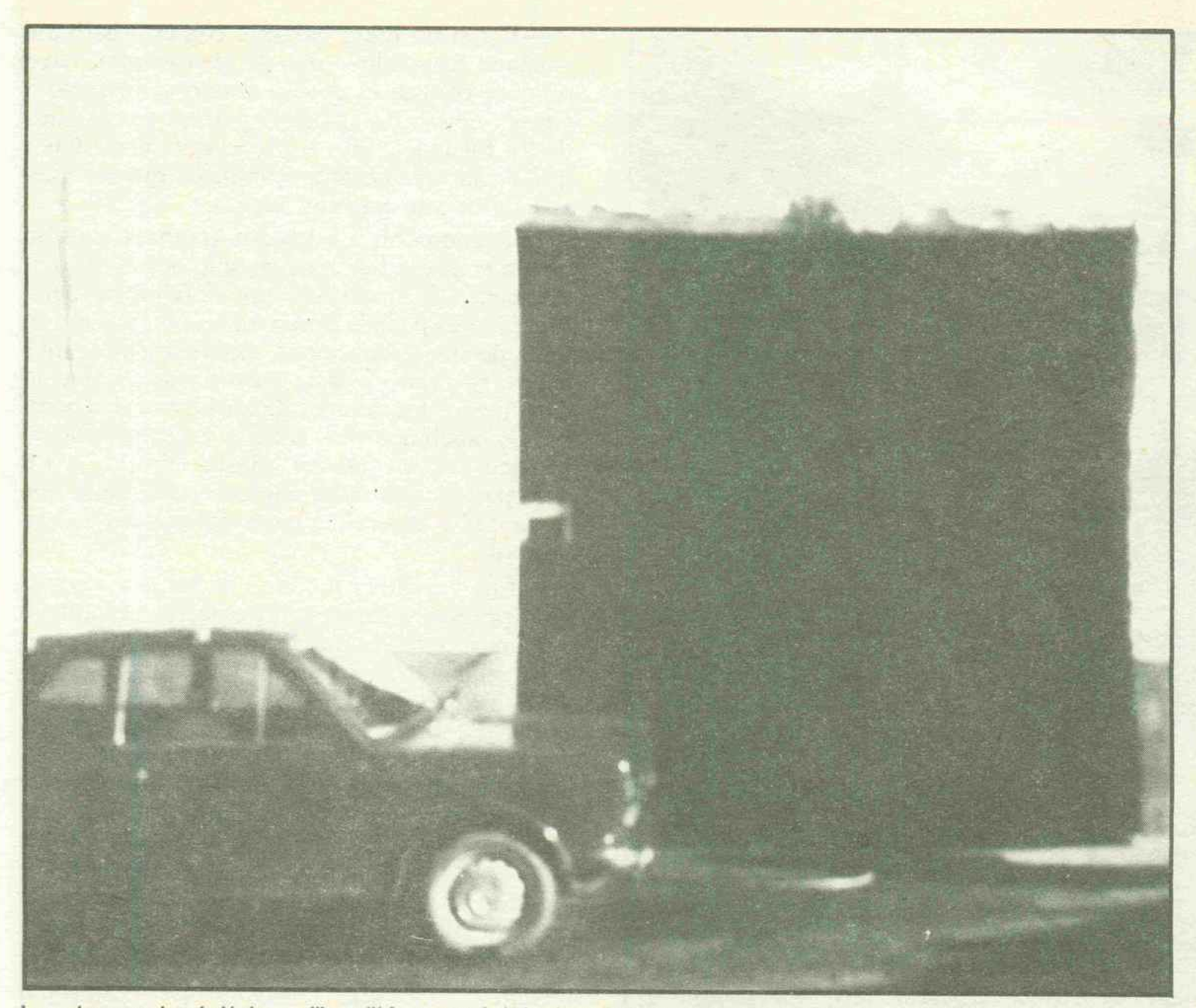


Valentín, otro de los testigos de la matanza en la que perdió a su padre.

Félix Fernández Reinaldo, un año mayor que su compañero, también natural de Villarte de los Montes, asiente a cuanto dice Cervantes y puntualiza, por su parte algunos extremos del máximo interés. «En las primeras semanas de la guerra en el pueblo no se perpetró el menor crimen ni se cometió el menor desmán. Si se detuvo a una serie de personas de derechas fue por librarles de cualquier venganza personal y especialmente para protegerles de los milicianos de los pueblos vecinos que de vez en cuando aparecían por el lugar, queriendo llevarse a los elementos contrarios a la causa republicana».

—Cuando vimos que su defensa contra las pretensiones de las columnas milicianas era difícil decidimos ponerlos en libertad de común acuerdo con todos ellos, incluso facilitándoles lugares donde esconderse y caminos más seguros para alcanzar la llamada zona nacional. Así se salvaron todos excepto uno que, contra el parecer de todos, se empeñó en continuar libre en el pueblo y que meses más tarde pereció por motivos un tanto oscuros, de índole personal y familiar, según todos los síntomas.

Como en todos los pueblos de la zona republicana hubo muchos mozos que se incorporaron voluntarios a los frentes y otros más numerosos que hubieron de hacerlo al ser moviliza-



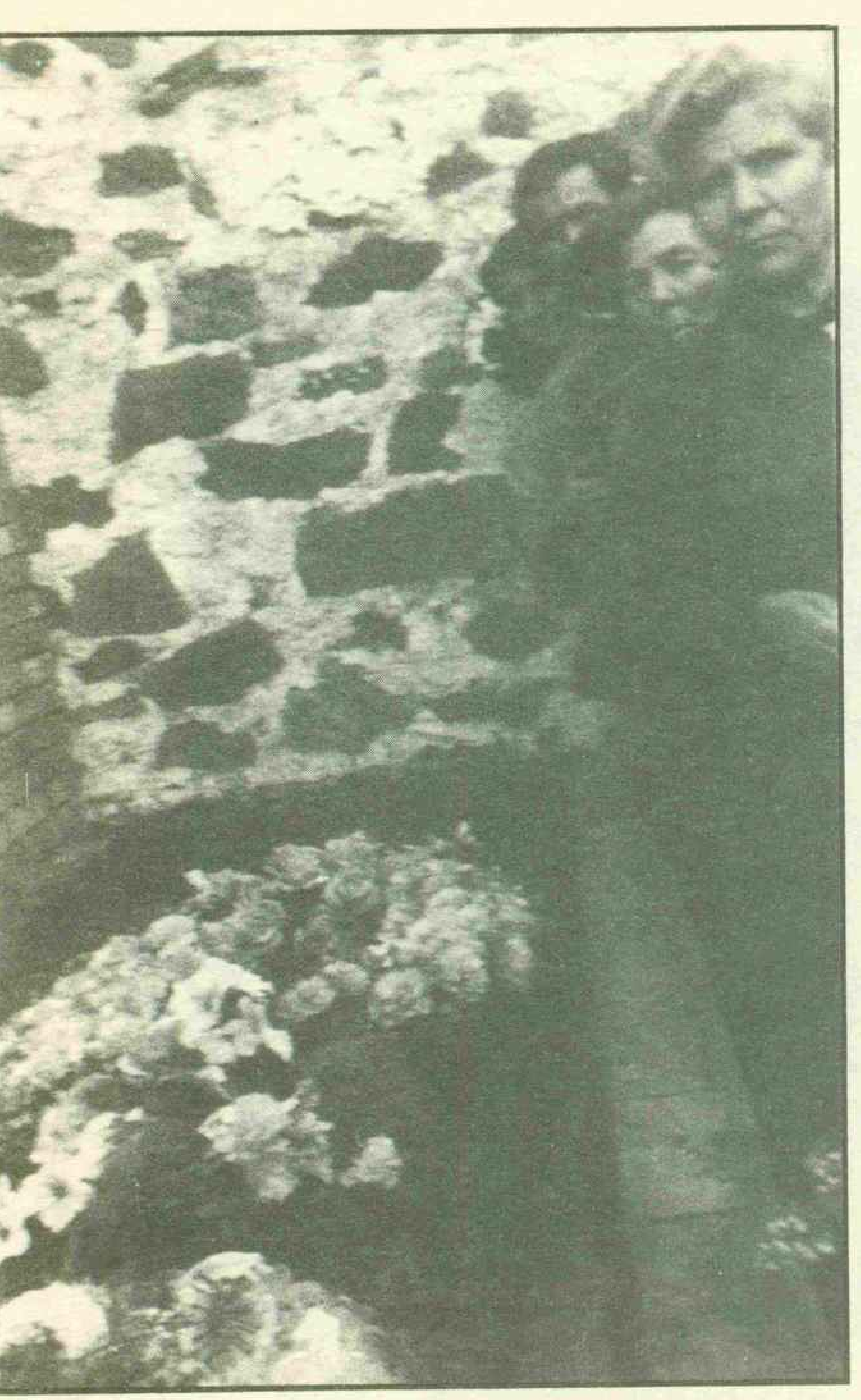
La cochera que les sirvió de «capilla», allí fueron trasladados los veintiocho «rehenes» que inicialmente habían sido encerrados en la Iglesia y por esta puerta salieron para ser fusilados.

das sus quintas. Pero nada de esto alteró mucho la vida local donde no existían rencores. La mejor prueba es que el sacerdote del pueblo estuvo durante toda la contienda actuando como secretario del ayuntamiento sin que nadie se metiese con él.

Al finalizar la guerra y ser ocupado Villarte de los Montes por fuerzas llegadas de los frentes cercanos no ocurrió el menor incidente ni en los primeros días se produjeron detenciones de ninguna clase. Las prisiones comenzaron unas semanas después al volver al pueblo los soldados que habían luchado en diferentes líneas y que regresaban a su lugar de origen luego de ser puestos en libertad en los campos de concentración por los que habían pasado. Todos regresaban al pueblo tranquilos y contentos, seguros de que nada había de pasarles, ya que nada malo habían hecho. Se les fue encerrando primero en la propia iglesia y luego en una gran nave industrial llamada la Cochera.

Todo transcurrió con relativa tranquilidad hasta el 15 de mayo. Entonces, por instigación y a petición de algunos de los derechistas que habían estado detenidos al comienzo de la guerra y que fueron puestos en libertad sin sufrir el menor daño, decidieron hacer un escarmiento sangriento. Dicho día y con el pretexto de llevar los detenidos a Herrera del Duque, cabeza del partido judicial al que pertenece Villarte, sacaron doce detenidos en un camión y los condujeron a la Joya de Fernando (joya se llama en la Siberia extremeña a cualquier hoya o barrancada) donde fusilaron a once de los presos, mientras el otro —Julián Molina, que había sido alcalde del pueblo durante parte de la guerra— le cortaron los testículos y se los metieron en la boca antes de asesinarle para que el resto de los presos presenciaran el horripilante espectáculo.

El mismo 16 de mayo de 1939 otro camión recogió once presos más afirmando también que los trasladaban a Herra del Duque para ser juzgados, pero al llegar a una «joya», distante un centenar de metros de Fernando, los obligaron a apearse disparando contra ellos apenas lo hubieran hecho. Todos los muertos fueron hombres, el més joven de todos, Paulino Fer-



Los restos de las víctimas cubiertos de flores, tras cuarenta años de obligado silencio.

nández Reinaldo, apenas pasaba de ser un muchacho. Hay un dato trégico: entre los fusilados estaba un hombre joven que llevaba pocas semanas casado con una mujer extraordinariamente bella; su muerte según todo el pueblo no tuvo otra causa ni motivo que el capricho de uno de los caciques, que pensaba que una vez muerto el marido la viuda caería fácilmente en sus brazos.

—Entre los muertos —afirma Valentín Cervantes Acedo— estaba mi padre. Le detuvieron en su casa el día 10 de mayo y lo tuvieron seis días encerrado antes de matarle. Como todas las demás víctimas de la matanza no fue interrogado por ninguna autoridad competente, procesado legalmente y menos aún juzgado por ningún tribunal civil o militar. El día de su inmolación, cuando mi madre estaba llorando con todo el natural desconsuelo, unos falangistas se presentaron en casa para decirle que se callase porque en caso de continuar alborotando le pasaría lo mismo que a su marido.

—Por si no fuera bastante con esta barbarie —añade Reinaldo— uno de los caciques, cuyo nombre conoce el pueblo entero comentado a voces, viendo pasar por la plaza a varios hijos de los fusilados, dijo a gritos: «¡Vamos a tener que hacer otra *corta* y pronto, porque los nuevos tallos van ya muy altos!»

Impresiona oír a estos dos hombres; no sólo por la tragedia que narran, sino por el profundo acento de sinceridad que vibra en sus palabras. No es posible poner en tela de juicio ninguna de sus afirmaciones. Aparte de que ratificando su relato está la mayoría de un pueblo extremeño, los detalles de los hechos, los nombres y apellidos de víctimas y victimarios no pueden ser inventados. Basta mirarles a los ojos para comprender que no cuentan más que la verdad y aún callan parte de esta desoladora verdad.

—Los veintitrés muertos de las dos «joyas» —afirman— quedaron sin enterrar semanas y semanas, dejando que los devorasen los perros y las alimañas. A mediados de junio un teniente que llegó al pueblo, horrorizado al ver en Villarte a un perro con una pierna humana, ordenó que se sepultasen los restos de las víctimas. Fuimos familiares quienes tuvimos que hacerlo. Pero no se nos permitió trasladarles al cementerio del pueblo ni colocar una lápida o una cruz sobre sus tumbas. Durante siete largos lustros persistió esta prohibición, llegando los caciques del lugar, responsables de las muertes, a amenazar incluso con fusilar a quien denunciase donde estaban los muertos.»

Aparte de los asesinados de las «joyas», doce o catorce más fueron fusilados en Mérida y otros lugares en que se les juzgó, acusándoseles de delitos más o menos fantásticos. En total en un pueblo de poco más de 2.000 habitantes, unos 40 fueron pasados por las armas después de la guerra, mientras en los treinta y dos meses que duró ésta no pereció en el lugar más que una sola persona.

—A los de izquierda que quedamos con vida, generalmente por ser menores de quince años o mayores de cincuenta, no haberse metido en nada o encontrarse enfermos, se nos trató muy mal. Aparte de mirarnos como apestados, negarnos el saludo, forzándonos al hambre porque sólo nos pagaban jornales irrisorios se nos obligó a realizar tareas penosas y arriesgadas sin retribución alguna. A Valentín Cervantes y a mí —cuenta Félix Fernández— nos tuvieron más de dos años sin pagarnos un solo céntimo. Y cuando algunos guerrilleros aparecieron por los montes cercanos, teníamos que ir incluso de noche de un pueblo a otro para mandar recados de unos caciques del pueblo a otros de los vecinos, seguramente con la esperanza que cualquier noche nos mataran en el camino.

No todas las muertes ocurrieron en 1939 ó 1940. Ya avanzado el mes de octubre de 1941 se perpetró la última de las ejecuciones.

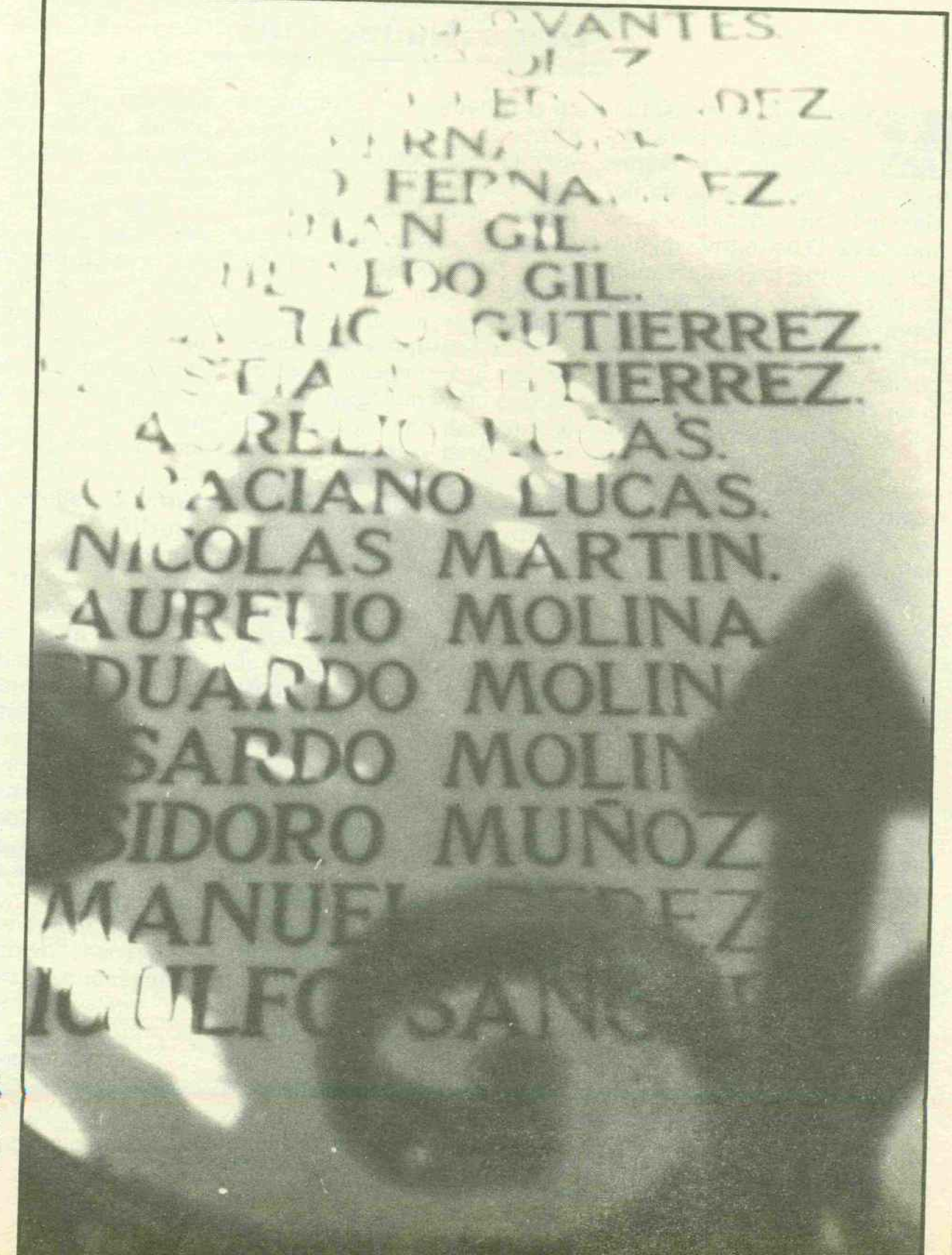
«Ese día fusilaron a uno de los hombres más infelices del pueblo, llamado Manolo Chaves, cuyo único delito, según decían, era que uno de sus hermanos andaba huido por la sierra. Quisieron hacer un escarmiento con él y dieron un bando obligando a todos los vecinos, sin la menor excusa ni pretexto, a presenciar su muerte. Todos le vimos como con las manos atadas a la espalda uno de los caciques le ordenaba a gritos:

—¡Echa a andar que te vas a Rusia!»

«Le dispararon por la espalda apenas movió un pie, cayó al suelo acribillado a balazos y allí le dejaron desangrarse en presencia de todo un pueblo.

Los muertos de las "joyas" estuvieron más de cuarenta años sepultados en mitad del monte. Sólo el 8 de marzo de 1981 se permitió que los familiares desenterrasen lo que quedaba de los restos de sus deudos y los trasladasen al cementerio de la localidad extremeña.

El acto constituyó una impresionante manifestación de duelo. Los dos kilómetros del recorrido estaban llenos de gente que lloraba al paso de la fúnebre comitiva. Ahora, los veintitrés fusilados reposan en una fosa del cementerio municipal cubierta totalmente de flores todos los días del año como expresión sincera del dolor de todo un pueblo.» ■ **E.G.**



La lápida que actualmente cubre los restos mezclados de las víctimas de aquel asesinato.

La muerte de Darwin en la Prensa Española de la época

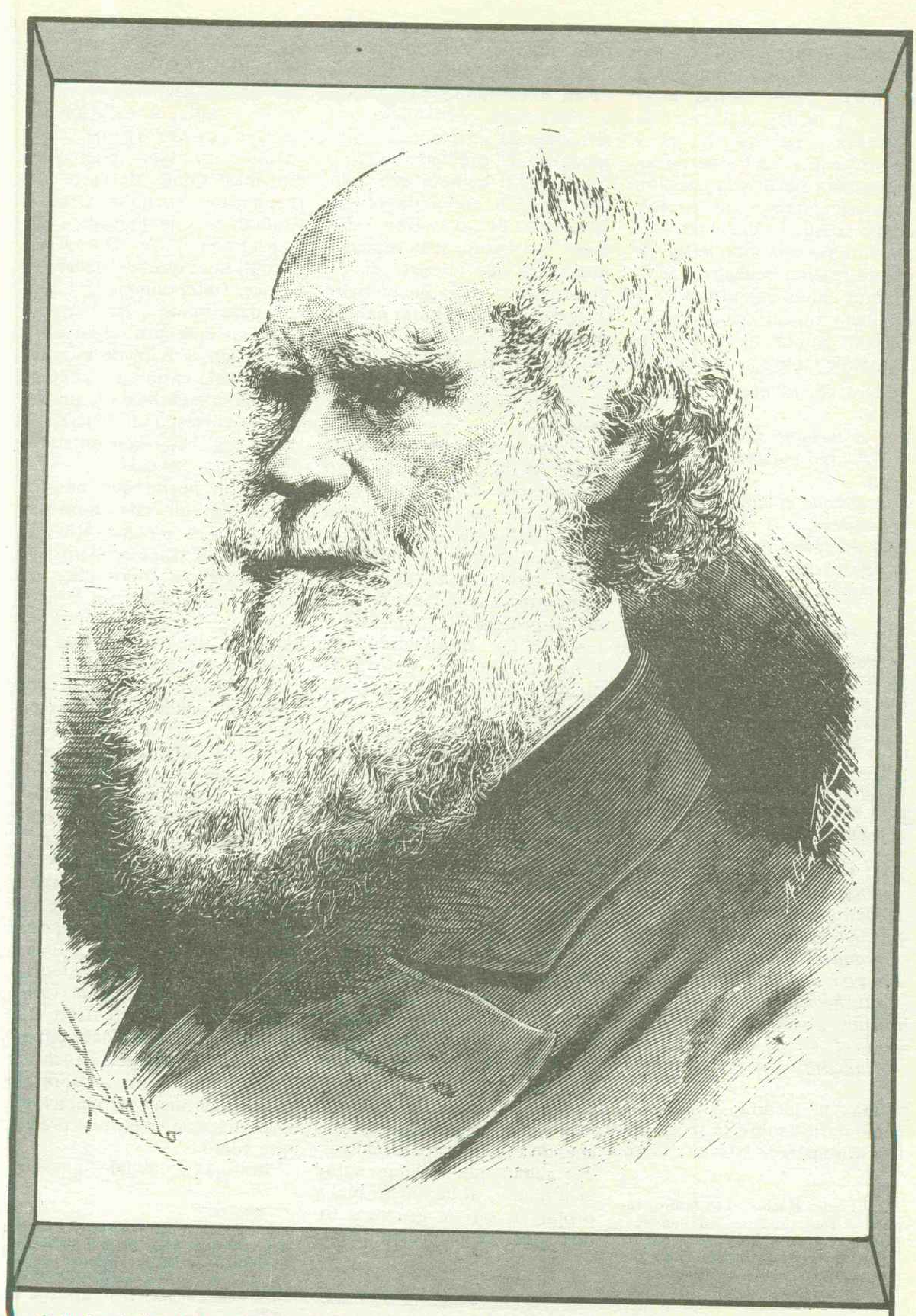
Diego Núñez Ruiz

A pesar de la manifiesta incomodidad o clara desazón que para ciertos grupos de opinión suponía hablar del tema darwinista, la muerte de Darwin tuvo un amplio eco en la prensa española de la época. Los comentarios sobre el hecho reflejan, además, de modo significativo, el estado de la cuestión darwinista en el contexto cultural español del momento. No cabe duda, asimismo, que, desde un punto de vista sociológico-receptivo del fenómeno científico, el periódico, por su propia naturaleza en cuanto medio de comunicación social, nos ofrece una atalaya excelente para contemplar las diversas actitudes de la sociedad española ante la teoría de Darwin. La mera filiación ideológica de cada publicación nos explica ya por sí misma el modo de abordar la tan espinosa y controvertida cuestión por parte de los distintos sectores de nuestra opinión pública.

De la selección de testimonios que se incluyen en este artículo referentes al abanico básico de posiciones sociopolíticas pensamos que se pueden extraer un par de apreciaciones generales que afectan al sustrato mismo de nuestra vida intelectual decimonónica. De un lado, resulta evidente una cierta debilidad gnoseológica en el tratamiento del problema evolucionista. En rigor, semejante endeblez cognoscitiva nos remitiría, como telón de fondo, al conjunto de insuficiencias radicales del proceso de la modernidad en España, sobre todo, en este caso, en lo que concierne al desarrollo científico-natural y a la ausencia de una tradición vigorosa de tipo epistemológico. Lo que acontece ahora es que esta falta de salud científica se va a patentizar de manera casi estridente a propósito de un tema como el darwinista en la medida en que estamos ante una de esas ocasiones en las que una cuestión de raigambre escuetamente científica salta a la palestra de la discusión pública. La polémica darwinista evidenciará, de modo descarado, los hábitos anémicos y los vicios usuales que aquejaban a nuestra cultura. Existía aquí una especie de impudor gnoseológico generalizado. Por una parte, apenas hay verdadera comunidad científica en sentido moderno, y las escasas minorías que sobreviven lo hacen en condiciones harto precarias; de otra, todo el mundo se lanza a hablar de todo, incluidos los asuntos más especializados, sin demasiada preocupación por el rigor y la exigencia científica. En España se discutirá mucho sobre el darwinismo, pero pocas veces se tratará el tema en su terreno específico, tanto a favor como en contra.

Cánovas, que solía ser más perspicaz que la mayoría de sus correligionarios conservadores, sentenciará en el Ateneo de Madrid, más por razones de partido que por propio convencimiento personal: «Diríase que Darwin no se propone otra cosa sino hacer inútil la idea de Dios por medio de sus obras científicas» (1). Por su parte, el influyente periodista Emilio Huelin, autor del famoso *Cronicón científico-popular,* dirá entre otras cosas: «Si fuera cierta la progenie intelectual que los darwinistas atribuyen al hombre, y si nuestro sentido moral resultase lo mismo que el instinto desarrollado de una hormiga o abeja, sobrevendría, probablemente, con el transcurso del tiempo, tan gran revuelta en las ideas hoy reinantes, que ni religión, ni amor puro, ni benevolencia, ni caridad, ni otros altos y grandes sentimientos, ni nada generoso, desinteresado ni magnánimo, ni fundamento al-

1. A. Cánovas del Castillo: *Discurso pronunciado el día 26 de noviembre de 1872 en el Ateneo Científico y Literario de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras.* Madrid, Imp. de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, 1872, pág. 47.



Carlos Darwin. Naturalista inglés, autor del tratado sobre el «Origen de las especies por la selección natural». *Nació en Shrewsbury, en 1809;* murió en Londres, el 19 del presente mes. (De «La Ilustración Española», del 30 de abril de 1882.)

guno de los actuales podría subsistir, reemplazando a todo esto el desorden, la anarquía y la fuerza, acompañadas de la astucia y de las pasiones más abyectas, ruines, bajas y bastardas»(2). La Pardo Bazán despachará sin más la cuestión —tan «palpitante», por cierto, como la otra— diciendo: «El darwinismo será todo lo que se quiera, menos sencillo y accesible al entendimiento» (3). Y el poeta oficial de la época, Gaspar Núñez de Arce, exclamará en tonos apocalípticos:

«Caerá de sus altares el Derecho
por el turbión deshecho;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se oscurece,
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

¡Ay, si al romper su religioso yugo,
gusta el pueblo del jugo
que en esa ciencia pérfida se esconde!
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,
el hijo de la fiera
sólo a su instinto natural responde!

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenía
ni Dios, ni ley, ni patria ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.»(4)

Tras la lectura de parejos comentarios sobre la teoría de Darwin aparece bastante claro cómo las mentes directoras del país seguían desconociendo uno de los supuestos básicos de la modernidad, la idea de secularización, y cuán lejos andábamos de un planteamiento moderno del problema moral y religioso. Si hubiese que aplicar aquí la conocida teoría comtiana de los «tres estadios», no habría más remedio que decir que nuestras clases dominantes —más que en rigor dirigentes— no sólo no habían arribado aún, a esas alturas del siglo XIX, al llamado estado positivo, ni siquiera al metafísico en sentido moderno, sino que continuaban campando, como en plena Edad Media, en el más puro teocratismo. Y lo más grave todavía es que no sólo serán políticos, literatos o periodistas los que hablen del tema en esos términos: también compartirán semejante terreno de despropósitos numerosos y respetables catedráticos de Universidad. Así, por ejemplo, a Flores Arenas, catedrático de la Facultad de Medicina de Cádiz, no se le ocurre decir otra cosa sobre la teoría transformista que «ese ídolo del filosofismo es un deforme y asqueroso mono, que es el orangután. Esto es lógico; el héroe de semejante doctrina no podía dejar de ser tan repugnante como ella»(5). Tampoco queda atrás en la agudeza del juicio Federico Benjumeda y Fernández, Decano de la misma Facultad gaditana: «Enciéndase de nuevo la apagada hoguera de la esclavitud —dirá en el discurso de apertura del Curso 1878/79—, traten los blancos de vender la raza negra en sus mercados, y cuando el fiero capataz descargue rudamente su látigo sobre el africano, al hendir su piel y brotar su sangre gocemos todos, pues se está cumpliendo la *lucha por la existencia*»(6). Polo y Peyrolon, catedrático de Metafísica de la Universidad de Santiago, afirmará en un tono tan pretendidamente jocoso como ignorante: «Mujer, tití, lobo, puerco-espín, mastodonte, dasyuro, perro pachón, gerifalte y asno, venerables y antiquísimos antepasados de Darwin, permitidme que os salude y abrace fraternalmente. Cayeron para siempre las barreras fanáticas que nos separaban: ha sonado la hora de que hagamos vida cariñosa y común, como a miembros de la misma familia corresponde»(7). Y así podíamos seguir con un sinfín de testimonios más.

Era un hecho que nuestra crítica cultural, salvo honrosas excepciones —como Revilla, Perojo, Estasén, Tubino, etc..., críticos todos ellos de ascendencia positivista o neokantiana—, se movía preferentemente en unos niveles de corte esteticista, moralista, cuando no puramente retórico. Como se puede comprobar en los textos seleccionados, era frecuente tildar a los darwinistas de «seudocientíficos», o etiquetar su teoría de «absurda», «atrevida alucinación», «inventiva ingeniosa», etc..., sencillamente porque en muchos casos, sobre todo en el ámbito tradicionalista, se partía de un modelo de ciencia premoderno y teocrático. Se llega incluso a descalificar la teoría de Darwin apelando al viejo argumento escolástico *ad hominem*, tal como hace el padre jesuita Miguel Sánchez, quien sostiene que su obra es el fruto de una sola ambición: la de hacerse célebre al precio que fuera.

Junto a tal debilidad gnoseo-

---

2. Emilio Huelin: «Los brutos, supuestos engendradores del hombre», *Revista de España*, XXV, 1872, pág. 7.
3. Emilia Pardo Bazán: «Reflexiones científicas contra el darwinismo», *La Ciencia Cristiana*, IV, 1877, pág. 488.
4. Gaspar Núñez de Arce: «A Darwin», en *Gritos del combate*, Madrid, Lib. de Fernando Fe, 1891, 10.ª ed., pág. 93.
5. Francisco Flores Arenas: *Discurso leído el día 1 de octubre de 1866 en la solemne apertura del Curso de la Universidad Literaria de Sevilla*. Sevilla, Tip. de José M.ª Geofrin, 1867, pág. 8.
6. Federico Benjumeda y Fernández: *Discurso leído en la Universidad Literaria de Sevilla en el solemne acto de apertura del Curso Académico de 1878 a 1879*. Cádiz, Imp. de la *Revista Médica*, 1878, pág. 9.
7. Manuel Polo y Peyrolon: *Parentesco entre el hombre y el mono*. Madrid, Imp. de F. Maroto, 1878, pág. 150.

EL ORIGEN DEL HOMBRE

LA SELECCION NATURAL Y LA SEXUAL

POR

CARLOS R. DARWIN

(primera version española.)

BARCELONA

Imprenta de la Renaixensa, Puertaferrisa, 18, bájos.
1876.

Portada de la primera versión española de la obra clave de Darwin: «El origen del hombre», edición barcelonesa de 1876.

lógica hay que destacar en segundo lugar un alto índice de ideologización en el enfoque de la cuestión darwinista. Esta proclividad de nuestra cultura a ideologizar cualquier tema y a tomarlo como pretexto para ventilar diferencias políticas no es sino una manifestación más, en el plano intelectual, de la fuerte polarización social y de los graves desajustes estructurales del país desde un punto de vista moderno. En este aspecto, la polémica darwinista se va a convertir, desde primera hora, dada la abundante literatura que suscitó, en una clave de primer orden para detectar el grado de escisión de la conciencia nacional. En el momento de la muerte de Darwin nos encontramos ya con dos frentes de discusión ideológica. Continuaba en plena virulencia, por una parte, el enfrentamiento que, desde su publicación en 1859, había provocado en toda Europa *El origen de las especies* entre las actitudes teocráticas y las modernas. En el contexto español, la controversia darwinista cobra incluso unos perfiles más rígidos y agresivos debido a las propias peculiaridades nacionales: desde la tardía introducción del darwinismo —sólo a partir de la libertad de expresión de la Septembrina en sentido amplio— hasta la especial intransigencia de nuestro catolicismo oficial y la distinta correlación de fuerzas entre tradicionalistas y liberales en relación con los países europeos más avanzados. La mayoría de nuestros escritores teocráticos parecen empeñados en asociar indisolublemente darwinismo y materialismo, con lo que, según este hilo conductor, la figura de Darwin acaba siendo inspiradora de la Internacional y promotora de la Comuna de París. En suma, lo que se condenaba en bloque era toda la civilización moderna, desde Bacon y Galileo a Spencer o Marx. Sin embargo, es preciso anotar, como puede verse en los textos, que en los años ochenta comienzan a surgir posturas más matizadas ante el tema darwinista, que posibilitan una compatibilidad entre darwinismo y creencia católica, tal como insinúa, aunque con enorme timidez y no pocos titubeos, el editorial del periódico *La Unión*. Más tarde, este intento de conciliación será ya claro y sistemático en autores como Fray Ceferino González o González de Arintero.

Por último, la posición del movimiento obrero, en este caso anarquista, ante la cuestión darwinista va a establecer un segundo frente polémico, al criticar tanto las actitudes teocráticas como la instrumentalización ideológica que estaba haciendo el liberalismo —el llamado «darwinismo social»— de la teoría de Darwin. Al mismo tiempo es curioso observar en el artículo de la *Revista Social* cómo se esboza un enfoque solidarista o mutualista del concepto de «lucha por la vida» —que luego desarrollará ampliamente Kropotkin— frente al creciente y generalizado uso burgués de la teoría darwinista en sentido liberal-capitalista(8). ■ D. N.

8. Sobre la posición general del anarquismo español ante la cuestión darwinista, véase José Alvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1876, págs. 139-46. Asimismo, una crítica a este planteamiento mutualista o solidarista del problema, que viene a ser una especie de «darwinismo social de izquierdas», puede verse en mi libro *El darwinismo en España*, Madrid, Ed. Castalia, 1977, págs. 53-58.



Darwin con su hijo William, en 1852.

1. Prensa católico-tradicional

El Correo Catalán (carlista), Barcelona, 26 de abril de 1882: «Correspondencias particulares. Londres», por E. K.

Ha muerto esta semana el célebre naturalista Charles Robert Darwin, a la edad de setenta y tres años, después de haber prestado con sus trabajos grandes servicios al materialismo. En 1831 hizo un viaje de circunnavegación, en 1839 se casó con la hija del ceramista Wedgwood, y deja escritas muchas obras.

La Fe (periódico simpatizante de la Unión Católica), 25 de abril de 1882: «Darwin y el darwinismo».

Darwin (Carlos Roberto), tan conocido o más conocido acaso que Littré en el mundo científico, ha muerto a los setenta y tres años de edad, dejando una familia numerosa, un gran hombre entre el vulgo materialista y la estimación de algunos sabios de ley que han estudiado a Darwin en sus obras y no en las glosas de sus discípulos. Cierto, no puede negarse que Darwin ha formulado la doctrina del trasformismo, y grande responsabilidad le cabe por ello, toda vez que, sin aceptar las conclusiones que los darwinistas han sacado del transformismo, no ha protestado contra ellas, dejándose considerar como jefe de esa escuela, o más bien como patriarca de esa ciencia.

Y Darwin no ha tenido la dicha de Littré: habiendo nacido protestante, ha muerto como mueren todos los protestantes instruidos, sin llamar a su lado a los tristes pastores de esa secta de negaciones. Darwin ha muerto como murió Disrae-

li el año pasado, probablemente por no tener a su lado un alma católica.

· La primera obra de Darwin, *Del origen de las especies,* publicada por los años 50 ó 51, llamó grandemente la atención por lo atrevido, mirado de cierto modo, del principio que se desprendía de ella, y por lo exacto de las observaciones (desde cierto punto de vista), de que había deducido el principio.

Puesto que las especies se transforman y modifican a nuestra vista y por nuestra acción, Darwin creyó poder asentar, más que como teoría como hecho, que las especies han podido y debido transformarse y modificarse desde el origen del mundo.

Tomando este punto de partida, y pasando de las suposiciones a las conjeturas, y de las conjeturas a las suposiciones, forzando la inventiva y el ingenio para hacer entrar su inspiración en los límites de lo racional, remontándose en el fondo caprichosamente, pero en la apariencia con vislumbres lógicos al principio del mundo, Darwin se figura llegar a los tipos primitivos de las plantas y de los animales, pretendiendo reducir esos mismos tipos a un arquetipo del cual procede la inmensa variedad de vegetales y animales que conocemos.

Esta es, en suma, la teoría de Darwin, teoría que se sostiene en sus obras por un superior y, sobre todo, pacientísimo talento de observación y de análisis, y por grandes y vastos conocimientos en las ciencias naturales; pero de esa teoría, de la que en rigor no se desprende nada contrario a la concepción de un orden superior y de una voluntad suprema, y en la que tal vez algún sabio espiritualista hallara nuevas y radiantes pruebas de la existencia y de la providencia de Dios; de esa teoría, los pseudosabios franceses y alemanes han llegado al más abyecto materialismo, extendiendo al hombre la ascendencia del tipo único *presumido* por Darwin.

Así es como Darwin se ha visto convertido en jefe de escuela, de la escuela que enseña que el hombre, el ser criado por Dios a su imagen y semejanza, tiene por primer antepasado al molusco, y no al molusco siquiera, sino a una sustancia gelatinosa animada no se sabe por qué, fecunda no se sabe cómo y encontrada por los pseudosabios, que no se han movido de sus gabinetes de Wesmar y París, en el fondo de océanos anteriores a toda historia y a toda geografía.

Sólo que mientras la divina historia del *Génesis* se arraiga más y más en las inteligencias más vastas de los verdaderos sabios de esta época como de todas las épocas, todavía, entre los pseudosabios, a pesar de todo el ruido que han hecho los darwinistas, es un problema sin solución el del origen del hombre, porque la misma teoría materialista de los darwinistas ha sido echada a pique por otros sabios de igual calibre que buscan otra explicación que no encuentran ni encontrarán nunca.

Volviendo a Darwin, sabio de más alto vuelo, apasionado por la ciencia y que a ella ha consagrado su vida, alábanle, fuera de eso, porque ha parecido que era indiferente a las luchas empeñadas que se han suscitado por sus ideas. Parécenos, sin embargo, a nosotros que cuando la lucha toca a lo más grave en la vida del hombre y de las sociedades y cuando de un hombre se hace una bandera, esa indiferencia no es disculpable, y acaso ella sea la que manche la reputación del sabio que, por lo demás, ha respondido ya ante Dios de las obras que escribiera.

La Ilustración Católica, núm. 40 (2.ª época), 27 de abril de 1882: «Crónica universal», por Damián Isern.

El día 20 falleció en Londres, a la edad de setenta y un años, Carlos Darwin, principal autor del sistema transformista que lleva su nombre, y que tantos estragos está causando en las inteligencias educadas a la moderna.

La Unión (diario de la Unión Católica), 21 de abril de 1882: «Carlos Darwin».

El telégrafo anuncia la muerte del sabio inglés Carlos Darwin, cuya celebridad infausta habrá llegado seguramente a oídos de todos nuestros lectores. Su incluencia ha sido extraordinaria en el curso de las ciencias naturales, y mayor aún en el de la fisiología, habiendo dado sus doctrinas grande autoridad en las escuelas heterodoxas a ciertos escritores materialistas.

Con la publicación de su obra más conocida acerca del origen de las especies dio forma y carácter definitivo a las teorías de la evolución y de la selección de las especies, que habían planteado otros escritores, y dio, además, ocasión y origen a las conclusiones verdaderamente monstruosas que deduce la escuela materialista, y entre todos sus doctores el célebre Haeckel y algunos alemanes menos conocidos.

La atrevidísima teoría de la evolución, no comprobada por la experimentación ni por el ejercicio de la razón pura, es absurda y depresiva para la dignidad humana. Escritores de sanas ideas aceptan la evolución en forma muy limitada y amoldada (en nuestro concepto de viva fuerza) a la doctrina católica, sin que sea prudente tampoco desecharlas en absoluto con el rigor a que han dado natural origen las exageraciones de la escuela de Darwin, verdaderamente absurdas y notoriamente impías.

Creemos que Carlos Darwin, como observador de la naturaleza y como sabio, no ha recibido la fama de que gozaba por la sola virtud de las gran-

des polémicas que ha suscitado, sino también por méritos propios, lo cual no ha sucedido con Draper, entendimiento vulgar a quien han hecho célebre sus adversarios. Los estudios de Darwin, el conocimiento que adquirió de los reinos de la naturaleza, principalmente en lo que se refiere al Nuevo Mundo, y de los que tanto partido han logrado Agassiz y otros, le hacen merecedor a que no se le ponga al nivel de un Draper.

Pero uno y otro, ¡cuánto daño han hecho! ¡Cómo han contribuido a extraviar a los jóvenes que entraban en el camino de la sabiduría dando al olvido el temor de Dios! ¡Cuán caro paga el género humano, a costa de sus creencias, lo poco o mucho que deba a Darwin en el orden científico!

Miguel Sánchez, S. I.: «Darwin y su sistema», *La Ilustración Española y Americana,* año XXVI, núm. 17, 8 de mayo de 1882.

Darwin, el naturalista inglés de quien tanto se ha estado hablando durante seis lustros, ha muerto. Sus amigos, que ha querido celebrar con gran pompa sus funerales, han depositado su cadáver al lado de el del célebre Newton. Veremos si el tiempo sanciona esta tan entusiasta como poco meditada resolución.

Aunque Darwin no puede compararse con genios, como Leibniz, que dominan todas las ciencias, tenía, no obstante, un entendimiento muy claro. No era un gran filósofo, ni conocía siquiera el derecho, la economía política, la historia, la crítica, etc. Era lo que los escolásticos llamaban *hombre de un solo libro* o de una sola ciencia, y, por lo tanto, casi enteramente profano en todas las demás.

Darwin, de carácter bastante pacífico, huía por sistema de toda clase de luchas, y no tenía más que una ambición: la de hacerse célebre, a la cual lo ha sacrificado todo. Se complacía en saber que su nombre era conocido en todas partes, y no aspiraba sino a que se hablase de él, en bueno o mal sentido, fuese como fuese.

Su fanatismo era espíritu de sistema, todo efecto del cálculo, que nacía y se alimentaba en su inteligencia, no en su corazón. Esto, que era el rasgo más notable de su carácter, quizá fuese también la fuente de toda su doctrina y la razón o causa de todo su método.

Darwin en Inglaterra, aun por los mismos protestantes, era mirado como impío; en Alemania, cual un visionario, y en la propia Francia, como autor de un sistema ridículo y degradante.

... El mismo Haeckel, quizás el más exaltado entre todos los transformistas, en su *Antropogenia,* publicada en 1875, dice: «El nombre de Carlos Darwin es conocido en el mundo entero; pero, ¿cuántas son las personas que, por decirlo así, se han asimilado realmente la teoría de la descendencia? El número de estas personas es absolutamente insignificante. Pudiera añadirse que ni los más célebres biologistas conocen a fondo la teoría de la evolución.»

Después de esto nada tenemos que decir nosotros. Si ni los más célebres biologistas, esto es, si los naturalistas más competentes no conocen a fondo la teoría de la evolución, ni aun se comprende quién puede conocerla como necesita ser conocida, ¡desgraciado el sistema que se ve obligado a defenderse protestando que son muy pocos los que tienen la inteligencia indispensable para poder comprenderlo!

2. Prensa liberal

La América. Crónica Hispano-americana, año XXIII, núm. 8, 28 de abril de 1882: «Revista General», por Hoe.

Dos hombres de fama universal han muerto en la última quincena, obedeciendo a esas leyes fatales de la vida, cuya influencia sienten de igual manera los grandes que los pequeños, los sabios que los imbéciles. Estos hombres se llamaban Longfellow y Darwin.

Naturalista famoso el segundo, sus teorías, que pronto tomaron el nombre de su autor, haciendo una verdadera revolución en la ciencia, recorrieron en poco tiempo todo el mundo y se extendieron llevando sus atrevidas hipótesis a la eterna cuestión de los orígenes de la humanidad. Su mirada curiosa trató de penetrar a través de las sombras primitivas que envuelven la aparición del hombre en el planeta, y allí donde otros ven, en su soberbia, una figura hecha a imagen y semejanza del supremo autor de todas las cosas, él, en su humildad, no vio más que un mono gigantesco deslizándose sin ruido por los bosques vírgenes de las edades prehistóricas. Sus trabajos son harto conocidos para que nos detengamos en su enumeración; sus opiniones harto discutidas para que nos creamos dispensados de exponerlas.

A estas horas, si las ideas del hombre sobre la inmortalidad no son un vano engendro de la fantasía, una creación del espíritu que responde a la necesidad de ver algo más allá de la muerte, el problema de la existencia no será un misterio para él.

De la duda habrá pasado a la fe; de la hipótesis a la negación. Y allí, donde se sabe toda la verdad y donde se conoce toda la ciencia, habrá visto si son un par de alas o una cola los adornos naturales del primer hombre. ¡Lástima que

Reproducción facsimilar de la primera página del «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza», del 30 de abril de 1882. El artículo, en recuadro, es de Joaquín Costa y supone un homenaje al eminente hombre de ciencia fallecido.

BOLETIN
DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA.

La *Institucion libre de Enseñanza* es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunion religiosa, escuela filosofica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagacion y exposicion respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos.*)

Este BOLETIN es órgano oficial de la *Institucion*, y al propio tiempo, revista científica, literaria, pedagógica y de cultura general. Es la mas barata de las revistas españolas, y aspira á ser la más variada y que en menos espacio suministre mayor suma de conocimientos.

Precio de suscricion. Para el público, por un año: 7,50 pesetas. Para los accionistas de la *Institucion*: 4 pesetas.

La correspondencia, á la Secretaría de la *Institucion*, Infantas, 42.

AÑO VI — MADRID 30 DE ABRIL DE 1882. — NUM. 125

DARWIN

El dia 20 del actual ha fallecido en Inglaterra, su pátria, el Profesor honorario de la INSTITUCION CÁRLOS ROBERTO DARWIN, uno de los naturalistas y fisiólogos más eminentes que han honrado con su talento á nuestro siglo, y á cuya imperecedera memoria pagamos aquí el homenaje de nuestra admiracion y de nuestro respeto.

Nació Darwin el 12 de Febrero de 1809 en la ciudad de Shrewsbury. Sus inclinaciones hácia el estudio de la Historia natural diríanse hereditarias. Su ilustre abuelo, el Dr. Erasmo Darwin, fué autor de una *Zoonomía*, y de un poema de fácil versificacion y de mucha fantasía, que hizo furor en su tiempo, titulado *Jardin Botánico*, donde canta los amores de las plantas. Su padre, el Dr. Roberto Darwin, fué miembro de la *Sociedad Real de Londres*, fundada por Cárlos II. Por parte de madre, era nieto del célebre Josiah Wedgwood, introductor de las fábricas artísticas de loza en Inglaterra, fundador de la tan famosa conocida con el nombre de *Etruria*.

Recibió Darwin se primera educacion en la escuela de Shrewsbury, dirigida por el Dr. Butler, después obispo de Lichfield. En el invierno de 1825 ingresó en la Universidad de Edimburgo, donde permaneció dos años, dedicado á la Zoología marina. Allí leyó ante la *Sociedad Pliniana*, á fines de 1826, dos notas breves, una de las cuales versaba sobre el movimiento de los huevos de *Flustra*. De Edimburgo se trasladó á *Crist'College*, en la Universidad de Cambridge, donde fué recibido de bachiller en 1831. En el otoño del propio año, habia ofrecido el capitan Fitz Roy, jefe de una expedicion exploradora, organizada bajo los auspicios del Gobierno inglés, partir su camarote del *Beagle* con algun naturalista deseoso de acompañarle en su viaje al rededor del mundo. Darwin ofreció sus servicios sin sueldo, á condicion de que se le permitiese disponer en absoluto de las colecciones que reuniera. El *Beagle* zarpó de Inglaterra el 27 de Diciembre de 1831, y estuvo de regreso el 22 de Octubre de 1836, después de haber recorrido el Brasil, el Estrecho de Magallanes, la costa occidental de la América del Sur y las islas del Pacífico.

Después de algunos años de meditacion y recogimiento, en que fueron apuntando y tomando cuerpo las ideas que habia de desenvolver más tarde, hizo públicos los datos recogidos durante la memorable expedicion de 1831-36, en dos libros titulados *Zoología del Viaje del Beagle, buque del Estado* (en colaboracion con Owen y otros), y *Diario de las investigaciones sobre Historia natural y geología, etc.*

Darwin era en filosofía natural el jefe y fundador de la escuela trasformista, cuyo cuerpo de doctrina lleva su nombre (*darwinismo*). En sus largos viajes habia tenido ocasion de observar las imperfecciones de que adolecian las antiguas clasificaciones zoológicas, todavía reinantes en su tiempo, y se propuso rectificarlas. De este trabajo surgieron las bases de una nueva doctrina biológica, que causó una profunda revolucion en las ciencias naturales, y que hoy puede decirse llena el mundo. Segun él, cuantas especies animales y vegetales existen ó han existido en la Tierra, han procedido de cuatro ó cinco formas ó tipos primitivos, por virtud de la seleccion natural, la acumulacion progresiva y la trasmision hereditaria: la especie, como forma inmutable y cerrada, no existe, es una abstraccion de los naturalistas. Los fundamentos de esta doctrina fueron expuestos por vez primera, con carácter sistemático, en una obra que causó extraordinaria sensacion en Europa y fué traducida á todas las lenguas: *On the origin of the species by means of natural selection* («Sobre el orígen de las especies por medio de la seleccion natural,» 1859). Este libro ha formado época en la historia de la filosofía natural, por la novedad y el atrevimiento de la doctrina, por la sencillez de las leyes de que hace depender la génesis y progreso de la vida epitelúrica, por la riqueza de hechos y de observaciones en que funda ó de donde deriva sus conclusiones, por la claridad y viveza del estilo y el número de ediciones y de traducciones que ha alcanzado y de impugnadores que ha tenido. La seleccion artificial de Bakewell, la trasformacion progresiva de Lamark y la lucha por la existencia de Malthus encuentran su punto de convergencia en la teoría darwinista.

Además de una infinidad de notas y artículos publicados en periódicos y revistas, la privilegiada inteligencia de Darwin ha producido numerosas monografías y libros: sobre los *cirrópodos pedunculados*; sobre los *cirrópodos fósiles;* sobre *las causas que contribuyen á la propagacion de las orquídeas en Inglaterra y en el extranjero*; sobre *la descendencia del hombre y la seleccion sexual;* sobre *las plantas insectívoras:* sobre *los movimientos y las costumbres de las plantas trepadoras;* sobre *la facultad motriz de las plantas;* sobre los *efectos de la fecundacion cruzada y directa en el mundo vejetal;* etc., etc. No es fácil augurar la suerte que cabrá en lo venidero á la doctrina de Darwin, ni es este momento oportuno para discutirlo; pero cualquiera que ella sea, y áun cuando un dia llegue á ser convencida de error, esas monografías quedarán como modelo de observacion séria y delicada, y la humanidad les habrá debido la exigencia de un nuevo y más racional sentido en el modo de concebir la vida del cosmos y sus séres.

Darwin habia casado en 1839 con su prima Miss Emma Wedgwood, y establecídose en Down, Beckenham, Kent, de cuyo condado era últimamente dignísimo magistrado.

La Sociedad Real de Lóndres concedió á Darwin en 1853 la medalla Real, y en 1864 la medalla Copley: en 1859, la Sociedad Geológica le confirió la medalla Wollaston. Era socio honorario de varias sociedades científicas extranjeras y caballero de la órden de Mérito prusiana. La *Institucion Libre de Enseñanza* le nombró Profesor honorario en 1878.

no pueda transmitirnos el resultado de sus observaciones de ultratumba!

... ¡Longfellow! ¡Darwin! ¡Froebel! Si la poesía, la ciencia y la enseñanza tuvieran santos, como los tiene la religión, estos tres hombres estarían ya canonizados.

Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, núm. 125, 30 de abril de 1882: «Darwin» (nota necrológica en primera página).(1)

El día 20 del actual ha fallecido en Inglaterra, su patria, el profesor honorario de la Institución Carlos Roberto Darwin, uno de los naturalistas y fisiólogos más eminentes que han honrado con su talento a nuestro siglo, y a cuya imperecedera memoria pagamos aquí el homenaje de nuestra admiración y de nuestro respeto.

... Darwin era en filosofía natural el jefe y fundador de la escuela transformista, cuyo cuerpo de doctrina lleva su nombre *(darwinismo).* En sus largos viajes había tenido ocasión de observar las imperfecciones de que adolecían las antiguas clasificaciones zoológicas, todavía reinantes en sutiempo, y se propuso rectificarlas. De este trabajo surgieron las bases de una nueva doctrina biológica, que causó una profunda revolución en las ciencias naturales, y que hoy puede decirse llena el mundo.

... No es fácil augurar la suerte que cabrá en lo venidero a la doctrina de Darwin, ni es este momento oportuno para discutirlo; pero cualquiera que ella sea, y aun cuando un día llegue a ser convencida de error, esas monografías quedarán como modelo de observación seria y delicada, y la humanidad les habrá debido la exigencia de un nuevo y más racional sentido en el modo de concebir la vida del cosmos y sus seres.

(1) Su autor es Joaquín Costa (Cfr. BILE, VI, 1882, p. VI).

El Correo (órgano del Partido Liberal), 21 de abril de 1882: «El naturalista Darwin».

En la madrugada de hoy nos ha comunicado el telégrafo la noticia de la muerte de este hombre célebre.

... No es tarea propia del momento ocuparnos en dar a conocer las obras escritas por este eminente naturalista, ni siquiera sus títulos, pues apenas hay género determinado del que no se haya ocupado minuciosamente.

Para formarse una idea de la importancia que Mr. Darwin ha adquirido entre los naturalistas baste decir que todas sus obras han sido traducidas a diferentes lenguas, y especialmente al francés y al alemán.

Mucho se ha hablado también de la exageración de sus teorías, pero, haya o no en ellas algo de verdad, sólo debemos ahora elogiar al hombre que ha pasado su vida entregado al estudio y que ha prestado grandes servicios a las ciencias naturales.

El Día (diario liberal independiente), 21 de abril de 1882: «Carlos Roberto Darwin».

Un telegrama de Londres anuncia que ayer falleció el famoso naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin.

... Con ser Darwin un simple naturalista ha ejercido poderosa influencia en todas las ramas del saber. La filosofía y las ciencias morales se han transformado aplicando las tres famosas leyes de *la lucha por la existencia, la herencia y la influencia del medio* al desarrollo de las sociedades.

Sea cualquiera el juicio que se forme de la doctrina evolucionista tendrán todos que reconocer en Carlos Darwin una altísima inteligencia, una actividad incansable y un celo sin límites para el desenvolvimiento de la ciencia.

El Diluvio (diario democrático), Barcelona, 23 de abril de 1882: «Darwin», por L. S.

Darwin acaba de morir en Londres a la edad de setenta y tres años.

Es un nombre para siempre ilustre el del filósofo y del sabio cuya inmortal obra sobre el origen de las especies por vía de selección natural ha levantado tantas cóleras, provocado tantas controversias y entregado una vez el mundo a las discusiones de los hombres en un siglo de duda y examen.

Nos falta tiempo para analizar o exponer detalladamente el sistema de Darwin.

... Ese admirable sistema, esa grandiosa concepción de la vida universal, Darwin la ha desarrollado en sus obras con los recursos de su inagotable ciencia y de su maravilloso ingenio, aduciendo en apoyo de cada una de sus hipótesis todo un haz de argumentos y observaciones que les daban en cierto modo el peso de verdaderas demostraciones.

Puédese critricar el sistema de Darwin, pero imposible es dejarlo de admirar en su conjunto. Cuan lejos nos lleva de los filósofos alemanes, de los ensueños de Shelling o de las oscuridades de Hegel tocante a la formación de los mundos.

No es sólo la exposición de un sistema, sino en cierto modo una epopeya, el gran poema del Génesis, uno de los más bellos que haya salido de cerebro humano; tan grandioso es de proporciones, lógico en sus rigurosas deducciones y soberbio en la forma.

Ciertamente, el darwinismo es materia controvertible, mas si es cierto que según la etimología griega poeta quiere decir creador, ¿cómo negar el don de poesía a aquel que intelectualmente creó un mundo y que tan admirablemente explicó su desarrollo y orígenes?

Por estos títulos Darwin no merece sólo tomar asiento al

lado de Leibriştz (sic), Bacon o Descartes en el cielo de los filósofos, sino que es digno de sentarse con Virgilio y Homero en el de los poetas.

La Epoca (diario conservador), 22 de abril de 1882: «Darwin».

El telágrafo nos ha comunicado la noticia de su muerte. Sean cuales fueran sus teorías y opiniones, su pérdida lo es grande para las ciencias naturales y filosóficas. Era el inglés Darwin de los pocos hombres a quienes es dado formar escuela y hasta darle un nombre; el que tanto consigue es siempre un talento original y superior.

Nació Carlos Darwin en Shrewabury, en 1809. Su abuelo, Erasmo Darwin, se distinguió mucho como fisiólogo y literato. Sus poesías son muy celebradas en Inglaterra.

Carlos estudió la primera enseñanza en su pueblo natal, y las ciencias naturales, en las Universidades de Edimburgo y Cambridge. Graduóse de doctor en 1831.

Aquel mismo año alcanzó la suerte de emprender un gran viaje científico como agregado naturalista a la expedición del capitán Fiti Boy, con el cual visitó el Brasil, el estrecho de Magallanes, la costa occidental de Sudamérica y las islas del Pacífico.

Cinco años duró el viaje; durante ellos vio mucho y aprendió no poco Darwin; al regresar a su patria llevaba ya en sí el germen de las teorías que se proponía dar a luz y que habían de dejar profunda huella en el mundo científico.

Con el concurso de otros sabios naturalistas publicó Darwin el resumen de las observaciones de su viaje, primero en un libro y después en un *Diario de investigaciones sobre la historia natural y la geología,* que dirigía Darwin solo.

Continuó imprimiendo monografías y estudios especiales de historia natural hasta que en 1859 hizo conocer el libro por antonomasia darwiniano y que ha dado universal renombre a su autor. Tal es *El origen de las especies* a todos los idiomas, incluso al español. Además, y por lo que toca a España, recordamos entre otros trabajos el examen y juicio de las doctrinas de Darwin expuestas en el citado libro, un trabajo excelente del señor Reus y Bahamonde, en su obra sobre la *Filosofía de la creación.*

El ilustre filósofo inglés ha publicado otros libros a más del citado y de no menos valor científico, pero ninguno ha logrado la fama del primero.

Según la teoría de Darwin, todas las especies, así animadas como inanimadas proceden de un solo y único tipo originario. De aquí ha nacido la idea, comentada tantas veces en burla, de que, según Darwin, el hombre desciende del mono.

La doctrina de la selección, como su mismo nombre lo indica, viene a significar que las especies, por evoluciones y combinaciones, pueden y deben perfeccionarse y robustecerse.

Las doctrinas científicas de Darwin no son enteramente originales, pero a él le cabe la gloria de haberlas difundido y aclarado.

Han sufrido, por lo demás, rudos ataques y deben ser estudiadas con precaución y prudencia, porque su fundamento es contrario a muchas y muy respetables creencias.

Darwin ha fallecido ayer 20, en Londres, a los setenta y un años de edad.

El Globo (diario republicano posibilista), 21 de abril de 1882: «Carlos Darwin».

Ayer ha fallecido en Londres, según el telégrafo nos comunica, el célebre naturalista y fisiologista inglés Carlos Roberto Darwin, uno de los grandes pensadores de nuestro siglo, uno de los grandes obreros de los progresos científicos.

La célebre escuela fisiológica a que ha dado nombre, sobre el origen de las especies del reino orgánico, las *Memorias* de sus viajes y buen número de obras escritas sobre puntos de historia natural, constituyen el noble legado que el buen Darwin deja al mundo de las inteligencias.

Nacido en Shaewsbury el año 1809, realizó largas expediciones científicas por Europa y por América, y consagró su vida entera al estudio.

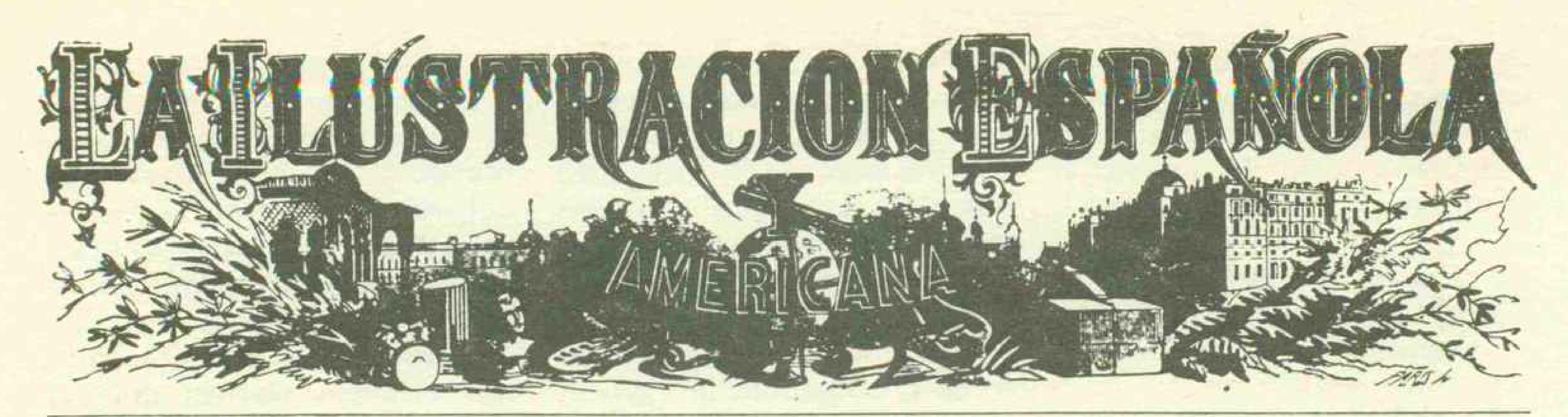
No hemos de reproducir su biografía; apuntámosla, acompañada de su retrato, en nuestro número del 12 de septiembre, al cual remitimos al lector.

Pero consignar la triste noticia que motiva estos renglones, saludamos respetuosamente al ilustre Darwin, que, sean cuales fueren sus doctrinas y su escuela, al emprender el eterno viaje deja en la historia su nombre y su personalidad dignificados y ennoblecidos por el prestigio de su talento y por su perseverancia en el cultivo del saber.

La Ilustración Española y Americana, año XXVI, núm 16, 30 de abril de 1882: «Crónica general», por José Fernández Bremón.

La muerte de Carlos Darwin es un acontecimiento que figurará en las efemérides notables de nuestra época. La estatua del sabio se alzará algún día en su pueblo natal, Shewsbury, y en su pedestal figurarán, con la lista de sus obras, las dos fechas en que se encierra su vida: 1809 y 1882. Las universidades de Edimburgo y Cambridge, donde hizo sus estudios, mostrarán con orgullo sus libros de matrícula; pero su libro principal fue la Naturaleza.

Darwin es para unos el sabio extravagante y sistemático que dirige toda su ciencia, que fue mucha, por el cauce de una doctrina. El naturalista inglés



AÑO XXVI. MADRID, 8 DE MAYO DE 1882. NÚM. XVII.

Cabecera de «La Ilustración Española», del 8 de mayo de 1882, en cuya publicación se hizo un cumplido homenaje a Darwin, por parte de representantes de la Ciencia española.

es para otros el Moisés de la historia natural, y su doctrina, una especie de religión indiscutible. Pero todos le reconocen por sabio y le colocan entre las inteligencias superiores de este siglo.

Quince volúmenes y otros tantos folletos forman sus obras, de las cuales es la más notable *El origen de las especies por medio de la selección natural,* que causó asombro y escándalo a la vez. Puede considerarse como complemento del libro de la selección *El descendiente del hombre y selección relacionada con el sexo,* obra atrevidísima.

... Darwin es un sabio sospechoso de alucinación científica, que aplicó quizás a las obras de la Naturaleza la simetría que, para nuestra inteligencia y comprensión, acostumbra usar en sus teorías y sistemas la ciencia incompleta de los hombres. No negaremos que su concepción es gigantesca y le coloca entre los grandes pensadores y naturalistas; pero, antes de aceptar sus obras como expresión de la verdad, es preciso que se sometan a comprobaciones rigurosas, que no se han hecho todavía. De todos modos, merece un respetuoso saludo por su ciencia, por su talento, por su trabajo y observaciones, y por su elevada categoría intelectual.

El Imparcial (diario liberal), 21 de abril de 1882: «Carlos Darwin».

Anoche nos comunicó la *Agencia Fabra* el siguiente telegrama:

«Londres, 20.—Hoy ha fallecido, a la edad de setenta y un años, el célebre naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin.»

El telégrafo, con su lenguaje tan lacónico como expresivo, escribe de este modo la última página en la historia de un hombre cuya vida se ha consumido en porfiada lucha por arrancar a la naturaleza el secreto de sus leyes, y cuyo nombre va unido al concepto nuevo de una nueva escuela, hoy en gran boga entre los sabios.

Su obra *On the origin of species by means of natural selection,* publicada en Londres en 1859 y traducida luego a todos los idiomas con el título *Origen de las especies,* encerraba en sí la base de la nueva teoría que podrá haber sido iniciada por Lamarck, que seguramente ha llevado a la exageración Haeckel en los últimos tiempos, pero de la cual será siempre Darwin el representante y el maestro.

Nada más curioso que estudiar en la vida del sabio cuya muerte hoy la ciencia llora, el proceso en virtud del que la idea evolucionista se inicia, se modela, adquiere desarrollo y se muestra al fin con brío y franco descaro en obras doctrinales y en trabajos de discusión y propaganda.

Nacido en Shrewsbury el año de 1809, hijo del célebre médico y poeta Erasmo Darwin, estudió las ciencias naturales en las universidades de Edimburgo y Cambridge y obtuvo el grado de doctor en 1831. Entonces su suerte le deparó la fortuna de ser destinado a acompañar en calidad de *naturalista* a la expedición del capitán Fitz-Roy y visitar con ella sucesivamente el Brasil, el estrecho de Magallanes, la costa occidental de América y las islas del Pacífico.

Allí, a la vista de mares sin límites, praderas inacabables como el mar, selvas vírgenes de frondosidad jamás soñada, y montañas gigantes elevando al cielo sus cimas vestidas por la nieve para fundirla al calor de los besos que el sol envía, a espaldas de Europa, su vieja y antigua consorte, a América, su virgen y nueva desposada, Darwin, sintiendo palpitar en sí la esencia de la vida, disuelta en el ambiente caldeado de las tierras americanas y tributando culto a la naturaleza en aquella su manifestación más hermosa, soñó un sistema nuevo, concibió una idea: el sistema que lleva su nombre, la idea evolucionista.

De vuelta a su patria en 1836, bajo aquel cielo nebuloso y oscuro que convida a la meditación, al recogimiento y al estudio, se fijaron y tomaron forma, hasta constituir materia científica, las ideas nacidas en un cerebro caldeado por los ardientes besos de las brisas tropicales. Como otras grandes ideas, la de la evolución ha tenido en América su cuna, y su desarrollo y engrandecimiento en Europa, falta de

originalidad pero rica en ciencia para estudiarlas.

Imposible seguir paso a paso los trabajos y estudios de Darwin; imposible dar idea de sus obras; imposible también seguir las vicisitudes, triunfos y caídas de sus doctrinas.

No es hoy ocasión de discutir sus atrevidas teorías; ni siquiera de recordar con enojo el origen simiano que asigna a los hombres.

Ante la noticia infausta de la muerte del sabio sólo hay un proceder hidalgo: olvidar sus errores si los tuvo, descubrirse con respeto y tributar a su memoria el homenaje que debe merecer a un pueblo culto el genio empleado con laboriosidad y honradez sin tasa en cultivar la ciencia.

El Motín (semanario satírico de carácter librepensador), año II, núm. 17, 23 de abril de 1882.

Ha muerto Darwin, el que averiguó que el hombre viene del mono.

Yo, siguiendo su sistema, estoy terminando un libro que demuestro que el *neo* (se refiere a los «neocatólicos») desciende de un animal que habló una vez, según la Biblia.

El Porvenir (diario democrático-progresista), 25 de abril de 1882: «Muerte de Darwin».

El telégrafo ha anunciado la muerte del profesor Darwin, en Londres, a la edad de setenta y tres años.

Nieto del célebre médico Erasmo Darwin, Carlos Darwin nació el 12 de febrero de 1809 en Shrewsbury.

Después de haber seguido los estudios elementales en su ciudad natal siguió los cursos de la Universidad de Edimburgo, y acabó los estudios en Cambridge, donde se graduó en 1831.

El mismo año aprovechó la ocasión de acompañar, en calidad de naturalista, la expedición del capitán Titzroy; visitó el Brasil, el estrecho de Magallanes, las costas Oeste de la América del Sur, las islas del océano Pacífico, y volvió a Inglaterra después de una navegación de cinco años.

En 1839 se casó con una nieta de Zarich Wedgwood, inventor de la navegación que lleva este nombre.

En su viaje recogió Darwin una porción de preciosas observaciones, cuya mayor parte consignó en una obra de historia natural, que publicó en colaboración con Owen, y que le hizo notar, desde luego, en el mundo sabio.

Animado por este primer éxito, el joven naturalista escribió muchas memorias personales, cuya originalidad le valió una posición excepcional.

Su camino quedó trazado desde entonces. Abandonando el estudio árido de los seres vivos, Darwin trató de deducir principios filosóficos de las observaciones y de las investigaciones a que había consagrado ya muchos años.

Sin entrar en explicaciones demasiado especiales diremos sólo que se aplicó principalmente a determinar el principio de las diferencias entre las especies de seres vivos. Sus observaciones sobre los animales de la América del Sur le habían ya demostrado la insuficiencia de las clasificaciones admitidas hasta ahora, llegando hasta la idea de que los animales y las plantas se derivan todos de un pequeño número de formas primitivas, tal vez de una forma única, y de que todas sus modificaciones sucesivas dependen de una ley constante de transformación; de una elección regular de razas y de individuos, los más adaptados a las circunstancias de tiempo y lugar. Llama a esta elección la «selección natural».

Esta ley, que dio a su autor una reputación universal, está expuesta con todas sus consecuencias en un libro célebre, titulado *Del origen de las especies por vía de selección natural;* obra que se ha traducido a muchas lenguas, y que ha dado motivo a numerosos artículos de revistas científicas y a largas discusiones sobre esta nueva filosofía de la historia natural.

Esta polémica se reanimó cuando la candidatura de Darwin para socio correspondiente de la Academia de Ciencias. Dos veces, en 1872 y en 1873, después de vivas discusiones en comité secreto, fue rechazada en el escrutinio su candidatura por la sección de zoología.

Por último, fue elegido el 5 de agosto de 1878 en la sección de botánica, y su nombramiento provocó las fulminantes cóleras de la prensa católica contra la Academia de Ciencias.

El darwinismo ha estado representado en Francia por Littré. Cuando la elección de este último en la Academia francesa, M. Dupanloup abandonó el sillón que le estaba reservado entre los cuarenta. Esto quiere decir que Darwin, en la persona de Littré, no era precisamente simpático al obispo de Orleans.

El Progreso (diario democrático), 22 de abril de 1882: «Carlos Roberto Darwin».

El célebre naturalista y fisiólogo inglés Darwin, que acaba de morir en Londres a la edad de setenta y un años, había nacido en Shrerwsbury y era nieto de Erasmo Darwin, célebre médico y poeta inglés.

... Su teoría llevó una verdadera revolución a los círculos científicos, y dio ocasión a una polémica vivísima, con motivo de la cual la personalidad del audaz naturalista ha sufrido y sufre violentos ataques.

La novedad del sistema no consiste en la teoría de la transformación, sino en la manera de establecer esa teoría y en la naturaleza de las pruebas aducidas en pro.

Sus libros se distinguen por su claridad y precisión de len-

guaje, así como por la solidez de las bases sobre que levanta sus atrevidas teorías.

... La muerte ha sorprendido a Darwin en su casa de Londres, donde dividía el tiempo entre sus estudios científicos y el amor de su esposa, que, por cierto, es la nieta de otro sabio, Wedgwood, autor del pirómetro que lleva su nombre.

La Renaixensa («Diari de Catalunya»), Barcelona, 24 de abril de 1882: «Crónica general».

A Londres morí, lo dia 20 del corrent, á l'edat de 73 anys, lo célebre naturalista y fisiólech inglés Carles Darwin. Prescindint de l'exageració y fins de la major o menor suma de veritat que sas teorías pugan contenir y que no podem nosoltres apreciar, ni fora, aquest, lloch apropósit pera ferho, sígans lícit deplorar la mort d'aquell gran home y elogiar al quí passá tota sa vida entregat ab amor y fe al estudi do las lleys naturals y tants serveys ha prestat á la ciencia.

La Vanguardia (diario republicano federal), 22 de abril de 1882: «Extranjero. Inglaterra».

El 20 falleció en Londres el insigne naturalista Carlos Roberto Darwin, que dio nombre al sistema de la evolución más racional acerca del origen de las especies.

Nacido en Shrewsbury el año de 1809, hijo del célebre médico y poeta Erasmo Darwin, estudió las ciencias naturales en las Universidades de Edimburgo y Cambridge y obtuvo el grado de doctor en 1831. Entonces su suerte le deparó la fortuna de ser destinado a acompañar, en calidad de *naturalista,* a la expedición del capitán Fitz-Roy y visitar con ella sucesivamente el Brasil, el estrecho de Magallanes, la costa occidental de América y las islas del Pacífico.

Allí, a la vista de mares sin límites, praderas inacabables como el mar, selvas vírgenes de frondosidad jamás soñada, y montañas gigantes elevando al cielo sus cimas. Darwin, sintiendo palpitar en sí la esencia de la vida, disuelta en el ambiente caldeado de las tierras americanas, y tributando culto a la naturaleza en aquella su manifestación más hermosa, soñó un sistema nuevo, concibió una idea: el sistema que lleva su nombre: la idea evolucionista.

De vuelta a su patria en 1836, bajo aquel cielo nebuloso y oscuro que convida a la meditación, al recogimiento y al estudio, se fijaron y tomaron forma, hasta constituir materia científica, las ideas nacidas en un cerebro caldeado por los ardientes besos de las brisas tropicales. Como otras grandes ideas, la de la evolución ha tenido en América su cuna, y su desarrollo y engrandecimiento en Europa, falta de originalidad, pero rica en ciencia para estudiarlas.

Imposible seguir paso a paso los trabajos y estudios de Darwin; imposible dar idea a sus obras; imposible también seguir las vicisitudes, triunfos y caídas de sus doctrinas.

Los resultados científicos de este viaje, de alta importancia bajo el punto de vista de las ciencias naturales, publicáronse con el concurso de Owen y otros sabios en un libro especial primero, y más minuciosamente en el *Diario de investigaciones sobre la historia natural y la geología,* que *dirigió* Darwin exclusivamente.

Luego publicó dos monografías excelentes sobre los cirrópodos, y de observación en observación —tarea empezada en sus largos viajes— llegó Darwin a formular sus ideas, laboriosa y concienzudamente adquiridas, en su famoso libro titulado *On the origin of species by means of natural selection (Del origen de las especies por medio de la selección natural).* Publicóse este libro en 1859, y bien pronto se tradujo al alemán y al francés. Hoy está vertido a todas las lenguas cultas, y las ediciones son innumerables.

Otros libros, también de importancia, también dotados de esa claridad de estilo, y, sobre todo, de esa solidez en las bases de las teorías, que son caracteres distintivos de las obras darwinianas, produjo desde entonces el sabio fisiólogo. No los enumeramos porque carecemos de espacio, y el poco de que disponemos lo solicita la obra principal de Darwin.

El conjunto de soluciones, que en virtud de hechos y observaciones positivas, sienta Darwin, y que se conoce con el nombre de *darwinismo,* se resume en una noción clara y perfecta, que se puede formular de esta manera:

Todas las especies animales y vegetales, pasadas y presentes, descienden, por medio de sucesivas transformaciones, de tres o cuatro tipos originales, y probablemente de un primitivo y único arquetipo. He aquí la conclusión capital de Darwin.

Las teorías darwinistas ocuparán en la historia del saber humano amplísimo lugar. El talento de este varón ilustre ha causado una evolución de sin igual importancia en las ciencias naturales. A despecho de ciertas vulgaridades ridículas conque se ha tratado de oscurecer su fama, el nombre de Darwin puede contarse ya entre los que respetuosamente se repiten de generación en generación.

Prensa liberal

Gumersindo de Azcárate

DARWIN JUZGADO POR UN CANONIGO *

Hace pocos días el canónigo Liddon predicaba en la Catedral de Londres, ante un

* *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* VI, 1882, pág. 101.



ÉPOCA 2.ª — AÑO VI. — TOMO V. NUMERO 40. — Madrid, 27 de Abril de 1882. NÚMERO SUELTO, REAL Y MEDIO.

PRECIOS DE SUSCRICION.	DIRECTOR	PRECIOS DE SUSCRICION.
MADRID Y PROVINCIAS.	DON MANUEL PEREZ VILLAMIL	EXTRANJERO.
Tres meses.... 16 rs.		Seis meses.... 11 fr.
Un año.... 60 »		Un año.... 21 »
CUBA Y PUERTO-RICO.	ADMINISTRACION	FILIPINAS Y MÉJICO.
Seis meses.... 2 ½ ps.	PELIGROS, 20, SEGUNDO	Seis meses.... 3 ½ ps.
Un año.... 4 »		Un año.... 6 »

Cabecera de «La Ilustración Católica», del 27 de abril de 1882. En dicha publicación se hicieron eco de la polémica teoría de Darwin sobre el origen de las especies, en una serie de artículos necrológicos en que se negaba la sustentación de dicha teoría «a la luz de la fe».

numeroso concurso, tomando como tema las palabras de Jesús a propósito de las dudas del apóstol Santo Tomás sobre el hecho de la resurrección. Como él estuviera ausente la primera vez que Cristo se apareció a los apóstoles, cuando éstos le informaron de lo sucedido, diciendo que habían visto al Maestro, les contestó en unos términos que no hubieran sonado mal en labios de un partidario avanzado de la moderna filosofía experimental. «Si no viese en sus manos la hendidura de los clavos, y no metiese mi dedo en el lugar de los clavos, y metiese mi mano en su costado, no lo creeré.» Una semana más tarde estaban reunidos los discípulos, encontrándose con ellos esta vez Santo Tomás. Entonces «vino Jesús, cerradas las puertas, y se puso en medio y dijo: paz a vosotros; y después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.» El primer objeto, decía el predicador, de las palabras de Nuestro Señor era quitar toda duda, sobre la verdad de su resurrección, del espíritu de Santo Tomás, en quien veía el típico representante de una clase de entendimientos que se encontrará entre los hombres hasta la consumación de los siglos.

La segunda enseñanza que debe sacarse de estas palabras, añadía, es el verdadero valor que tienen los sentidos corporales en la investigación de la verdad. Santo Tomás exigió la satisfacción de dos de ellos, la vista y el tacto, como condición preliminar para creer que el Señor había realmente resucitado. Jesucristo accedió caritativamente a esta petición, reconociendo de este modo los derechos y los deberes de los sentidos. Hay ciertas verdades, decía el canónigo Liddon, que éstos y sólo éstos pueden asegurar, pudiendo y debiendo merecernos, respecto de ellas, confianza. Unicamente a un falso espiritualismo puede ocurrir desacreditar los sentidos y penetrar en su propia jurisdicción, obrando en contra de la constitución, de la naturaleza y de los intereses de la verdad. Porque si los sentidos corporales no merecieran fe, ¿cómo podríamos admitir la de los sentidos del espíritu? Si el oído, la vista, el olfato, el gusto y el tacto no nos dan cuenta exacta de los objetos externos, ¿podríamos estar seguros de que las percepciones morales no nos suministran una serie de sublimes ilusiones? Suscitar dudas sobre la fidelidad de un sentido corporal parece a primera vista que es realzar el precioso valor de lo suprasensible y de nuestros métodos para conocerlo, pero lo parece sólo a primera vista. La religión toca con el mundo material en ciertos puntos, y la realidad de este contacto preciso es decidirla, como cuando se trata de otros hechos materiales, por la experiencia de los sentidos corporales. Saber si Nuestro Señor había realmente salido del sepulcro con su cuerpo herido, o no, era una cuestión que sólo podían resolver los sentidos del cuerpo; y Nuestro Señor por lo mismo se sometió a lo que Santo Tomás puso como condición para creer.

Pero los sentidos no pueden atestiguar la realidad de aquello que propiamente está fuera de su alcance. Ellos obran en la esfera de la materia, pero no pueden penetrar en la del espíritu; y si de su limitadísima capacidad se pretende deducir alguna consecuencia contra la realidad del vasto mundo de las existencias espirituales, que están fuera de su alcance, se

deduce una consecuencia sin valor alguno. He aquí la gran equivocación del materialismo. Este se mantiene en un terreno firme, del cual no es posible desalojarlo, mientras sostiene que los sentidos, en aquello a que les es dado llegar, son fieles reveladores de la verdad; su error consiste en afirmar que ellos son los únicos, y que sólo debe tenerse por cierto lo que por ellos conocemos; que el mundo todo de los hechos mentales y espirituales, con el cual no tienen los sentidos relación alguna, es por tanto un mundo imaginario y sin existencia; en suma, que lo único real es la materia. Pero este grandísimo y fatal error no se desvanece desacreditando los sentidos y negando su capacidad en lo que constituye su propia esfera. Hacer esto es provocar la aparición de otro excepticismo más hondo que el de los materialistas, puesto que niega la realidad a la par de la materia y del espíritu, y es manifiestamente opuesto a la elevada sanción dada por Cristo a la evidencia de los sentidos cuando dijo a Tomás: «Mete aquí tu dedo.»

Estas reflexiones, decía el predicador, pueden llevarnos de un modo natural a formar juicio del hombre eminente cuya muerte ha sido un suceso de importancia europea, y cuyas obras, además de producir algo parecido a una revolución en el modo moderno de considerar una importante esfera del pensamiento, han conquistado una gran distinción para la ciencia inglesa. No puede negarse que cuando los libros del profesor Darwin sobre el *Origen de las especies* y la *Descendencia del hombre* aparecieron por primera vez las personas piadosas creyeron, desde luego, que contenían una teoría necesariamente hostil a las verdades fundamentales de la religión. Un estudio más detenido ha modificado grandemente semejantes impresiones. Es visto que, ya se manifieste la actividad creadora de Dios por medio de catástrofes, como se dice, o en una evolución progresiva, siempre queda esa actividad creadora, y las cuestiones verdaderamente graves que ocurren continúan en pie. El proceso evolucionista, suponiendo que exista, por fuerza ha tenido un principio o comienzo; ¿quién se lo dio? Por necesidad ha sido preciso un material sobre el cual obrara; ¿quién lo suministró? Además, él mismo es una ley o un sistema de leyes; ¿quién las dictó? Aun suponiendo que esta teoría sea absolutamente cierta, tan difícil es, sobre poco más o menos, que la ciencia física resuelva hoy esas graves cuestiones, como lo fue cuando Moisés escribió el Pentateuco; pero hay manifiestamente en la serie doctrinal evolucionista tres importantes vacíos, que importa tener presentes. Hay un gran salto o laguna entre el grado más elevado del instinto animal y el reflexivo y conscio del hombre, hay otro mayor entre la vida y la materia; y hay otro, el mayor de todos, entre la materia y la nada. En estos tres puntos parece que la voluntad creadora ha debido intervenir de otro modo que por el procedimiento de la evolución: para crear la materia.

Pero aparte de estas cuestiones, es preciso respetar, así en la ciencia como en lo demás, las declaraciones claras y ciertas de los sentidos, porque ellas dan testimonio de un hecho, y el hecho es sagrado en cuanto tiene su sitio en el templo de la verdad universal. La grandeza del profesor Darwin se muestra tanto en la paciencia y el cuidado con que observó y registró numerosos hechos concretos y singulares, como en sus trabajos sobre los grupos de hechos. ¿Quién que haya leído su libro sobre las lombrices de tierra puede olvidar los experimentos que le permitieron descubrir si aquéllas tienen o no la facultad de oír? Pero un hecho es una cosa, y otra muy distinta las teorías, las hipótesis, las doctrinas, como la misma evolucionista, construidas por hombres de genio para explicar los hechos. Estas teorías pueden ser ciertas o no serlo, aunque sean brillantes y seductoras; pueden, durante una generación o un siglo, llevarlo todo por delante en el mundo del pensamiento, pero la ciencia no tiene fin, y mientras que las teorías pasan y caen en el olvido, los hechos —como el de la revelación del mismo Dios por Cristo— quedan. Los sentidos corporales dan cuenta de hechos; de las teorías sobre éstos, nada saben.

Prensa liberal

Estanislao Sánchez Calvo

DARWIN Y LOS CANONIGOS DE LONDRES *

Habrán sabido nuestros lectores como todo el mundo la muerte de Darwin estos días atrás, pero es posible que no tengan noticia de las honras fúnebres que le hicieron sus compatriotas al darle sepultura en la Abadía de Westminster, al lado de la tumba de Newton, lugar reservado sólo a los grandes hombres de Inglaterra. No es nuestro ánimo, sin embargo, describir aquí la solemnidad de aquellas ceremonias, con cuya narración ocupan sendas columnas los periódicos ingleses; únicamente nos limitaremos a hacer notar a nuestros lectores las ideas más culminantes que se han vertido con tal motivo en los sermones pronunciados en Westminster y en la catedral de San Pablo. Los trozos que traducimos pueden verse originales en el último número de *The Ilustrated London News,* donde aparece también

* *Revista de Asturias,* VI, núm. 9, 15 de mayo 1882, págs. 137-138.

un fiel retrato de Darwin. Nosotros llamamos la atención sobre estos sermones porque, a juzgar por lo que de ellos ha llegado hasta nosotros, deben ser muy trascendentales y curiosos. Es por lo menos una cosa inesperada y chocante oír a grandes y acreditados teólogos, siquiera sean representantes de un culto nacional, tributar elogios y manifestar respetos a un innovador tan atrevido como Darwin.

El canónigo Prothero ha dicho de él:

«Que era el más grande hombre de ciencia de su tiempo, pero tan enteramente ajeno al orgullo y a la arrogancia de la ciencia que exponía con la mayor modestia las verdades de que él mismo estaba convencido, siendo muy cauto, sin embargo, mientras no fuesen universalmente aceptadas o admitidas. Ciertamente residía en este hombre aquella caridad que es la verdadera esencia del espíritu de Cristo.»

El canónigo de Barry, pronunciando su oración fúnebre en la Abadía de Westminster, le llama *leader,* guía, jefe o director del pensamiento científico, y observa, «que la fructífera doctrina de la evolución, a la cual el nombre del difunto profesor quedará para siempre unido, se presta, por lo menos, también, a las antiguas promesas de Dios como las modernas pero menos completas explanaciones del universo».

El canónigo Liddon, en su sermón en la catedral de San Pablo, dijo: «que cuando aparecieron las obras del profesor Darwin sobre el *Origen de las especies* y la *Descendencia del hombre* fueron consideradas al principio ligeramente por los hombres religiosos, como si contuviesen teorías necesariamente hostiles a la religión. Un estudio detenido modificó por completo semejante impresión. Se vio que así la actividad creadora de Dios se manifestase por catástrofes (valga la frase) lo mismo que en progresiva evolución, quedaba siempre tal actividad creadora, y en realidad las grandes cuestiones metafísicas permanecían intactas».

Pero por encima de todas las cuestiones, y ésta es nuestra incumbencia respecto de la ciencia, lo mismo que de otras cosas, cada uno afirma claramente las relaciones de los sentidos, pues cada relación de éstas representan un hecho y *un hecho es sagrado como que tiene su puesto en el templo de la verdad universal.*

Pero en medio de las elevadas ideas y de los profundos razonamientos que encierran, nosotros echamos de menos una cosa esencial: el espíritu cristiano tradicional y creyente que hasta ahora habían conservado casi también los protestantes como los católicos. ¿Será que la Iglesia Anglicana prepara su evolución en un sentido *latitudinario* para ponerse en armonía con los nuevos descubrimientos científicos, esos hechos *sagrados,* como los llaman, de la naturaleza?

Cuando se hacen a un hombre tales honras fúnebres, se le acuesta al lado de Newton y de los más grandes hombres del país, se acogen sus restos mortales con tan grandes elogios y respetos y se oye decir a los representantes de la religión oficial que sus pensamientos y opiniones son inofensivas, y que los hechos observados por él en la naturaleza, que es el templo de la verdad universal, son hechos sagrados, ese hombre debe adquirir mucho crédito y autoridad.

3. Prensa obrera

Revista Social (semanario anarco-colectivista), Madrid, año II, número 50, 18 de mayo de 1882, y núm. 51, 25 de mayo de 1882: «Arte y ciencias: Carlos Darwin».

Con la muerte de Carlos Darwin la humanidad acaba de perder un sabio que no solamente ha dado una dirección verdaderamente científica y racional a las investigaciones sobre las leyes del desenvolvimiento de los seres organizados, sino que también ha contribuido poderosamente, aunque sin quererlo, a destruir las preocupaciones religiosas, y ha ejercido una vasta influencia sobre el desarrollo del espíritu de análisis y destrucciones en nuestro siglo.

En su obra *Sobre el origen de las especies,* y por toda una serie de trabajos posteriores a ella, Darwin ha establecido y probado, de una manera científica, que la inmensa variedad de formas animales y vegetales que observamos en nuestro globo terrestre no es la obra de un Creador, divertido en crear hoy un pólipo, mañana un pez, después un mono o un hombre. El ha demostrado que toda esa variedad de formas ha sido el resultado natural de la acción de fuerzas físicas agitándose durante miles de millones de siglos al principio sobre las células simples, después sobre aglomeraciones de ellas y, finalmente, sobre los vegetales y animales —simples primeramente, y más y más complicados durante el transcurso de los siglos— diferenciándose según los diversos climas y los distintos medios en el seno de los que vivían y se propagaban.

Ha probado que el hombre, que siempre ha tratado de colocarse fuera del reino animal, ha tenido en absoluto el mismo origen que los demás animales. La especie humana no es más que un género de animales perfeccionados del mismo modo que el mono, el caballo o el perro, que son también especies perfeccionadas con relación a sus antecesores; no consistiendo este perfeccionamiento más que en una adaptación más perfecta al medio ambiente y un desarrollo de facultades y de estructura favorables en su lucha por la vida. En una época que se

remonta a muchos cientos de siglos, el hombre y el mono han tenido por antecesores comunes una misma especies de animales que, desarrollándose en dos direcciones distintas, ha terminado formando por una parte el mono, por la otra el hombre. El hombre y el mono son, pues, dos primos hermanos como el perro de aguas y el perro de Terranova descienden de antecesores comunes; lo que el arte ha hecho para producir estas dos razas de perros, el desarrollo natural lo ha hecho para producir estas dos especies, el hombre y el mono.

Hace veinte años, cuando los ateos discutían con los creyentes, éstos les presentaban un problema, al que era bastante difícil contestar cienfíficamente. Se tratan de explicar cómo es que los animales y las plantas son tan admirablemente adaptados al clima que habitan. ¿Cómo es que la garza real es tan admirablemente conformada para habitar los pantanos; el águila, para la caza; el camello, para el desierto; el pez, para el agua; etc.? Darwin ha enseñado que esta organización, apropiada al clima, es una consecuencia de la *solución natural*, secundada por la lucha, por la existencia. La misma influencia del medio produce al principio ciertos cambios en la organización, los que después se transmiten a los sucesores acentuándose más. La gacela, que es más ágil que otros; el águila, que tiene el ojo más vivo; el camello, que es más capaz de soportar la sed, tienen más probabilidades de sobrevivir en su lucha por la existencia y dejar una generación que, al heredar sus cualidades, las perfeccionará. Si al camello hoy su conformación le hace apto para el desierto, y a la garza real para el pantano, es porque todos los que nacían mal adaptados a su medio ambiente perecían o no tenían la suerte de dejar progenitura, mientras que los mejor adaptados sobrevivían y dejaban hijos que les parecían. El espíritu de un Creador no obra en esto para nada. Es un sencillo resultado de causas naturales.

La burguesía ha tratado de hacer de la *lucha por la existencia* un argumento contra el socialismo. Esto se comprende; ella echa mano de todo género de armas. Pero —sin entrar en consideraciones que el tamaño de la revista no permite— basta con decir que los hechos establecidos por Darwin son contrarios de todo punto a las teorías que quiere sostener la burguesía. Los mejor adaptados al medio son los que más sobreviven en la lucha por la existencia, dice la ciencia. Pero ¿quién está mejor adaptado al medio?, ¿aquel que produce todo, que inventa, que es capaz de trabajar intelectual y materialmente, de proveer el mismo a su subsistencia y desenvolvimiento; el obrero, en una palabra, o bien ese otro ser abyecto que no sabe producir nada, que desprecia el trabajo y que no sabe más que derrochar lo que otros han producido? Este está condenado por la naturaleza a perecer, y él perecerá. He ahí lo que la ciencia dice.

Por otra parte, si Darwin no lo ha dicho, otros, aplicando sus métodos y desenvolviendo sus ideas, han demostrado que las especies sociables, en las que todos los individuos son solidarios los unos de los otros, son las que prosperan, se desenvuelven y se propagan; mientras que las especies que viven del robo, como el halcón, por ejemplo, están en decadencia por toda la superficie de nuestro globo. La solidaridad y el trabajo solidario —he aquí lo que consolida las especies en la lucha que sostienen contra las fuerzas hostiles de la naturaleza para mantener su vida—, esto es lo que nos dice la ciencia. Lejos de rechazar la explotación (cosa que no es posible), las investigaciones de Darwin y de sus sucesores son, por el contrario, un excelente argumento para probar que la mejor organización de una sociedad animal es la organización colectiva anarquista.

Como sabio, Darwin no ha llegado hasta las últimas consecuencias de sus investigadores. Pero otros han desenvuelto sus ideas y explicado su verdadera significación, y sus ideas han dado un nuevo vuelo al movimiento ateo. En Rusia han contribuido poderosamente (tanto como una idea científica puede contribuir) al desenvolvimiento del movimiento revolucionario y al espíritu de análisis del nihilismo.

Analizar la influencia de Darwin sobre el desarrollo de las ciencias naturales no es de nuestra incumbencia. Sin embargo, tenemos dos hechos que revelar en nuestro corto artículo.

El uno atañe a la influencia deletérea sobre la ciencia de los *sabios oficiales*. Cuando Darwin publicó su libro en 1859 todos los sabios (con escasas excepciones) estuvieron en contra suya; el público, las masas, estuvieron de su parte. Durante diez, quince años, los sabios no han cesado de decir: «Las hipótesis de M. Darwin son bellísimas, pero carecen de base científica.» Las Academias rehusaban abrirle sus puertas; pero el número, el público, la juventud, han obligado a los sabios a aceptar las ideas de Darwin. Hoy sería difícil encontrar diez sabios que duden de la exactitud de sus ideas.

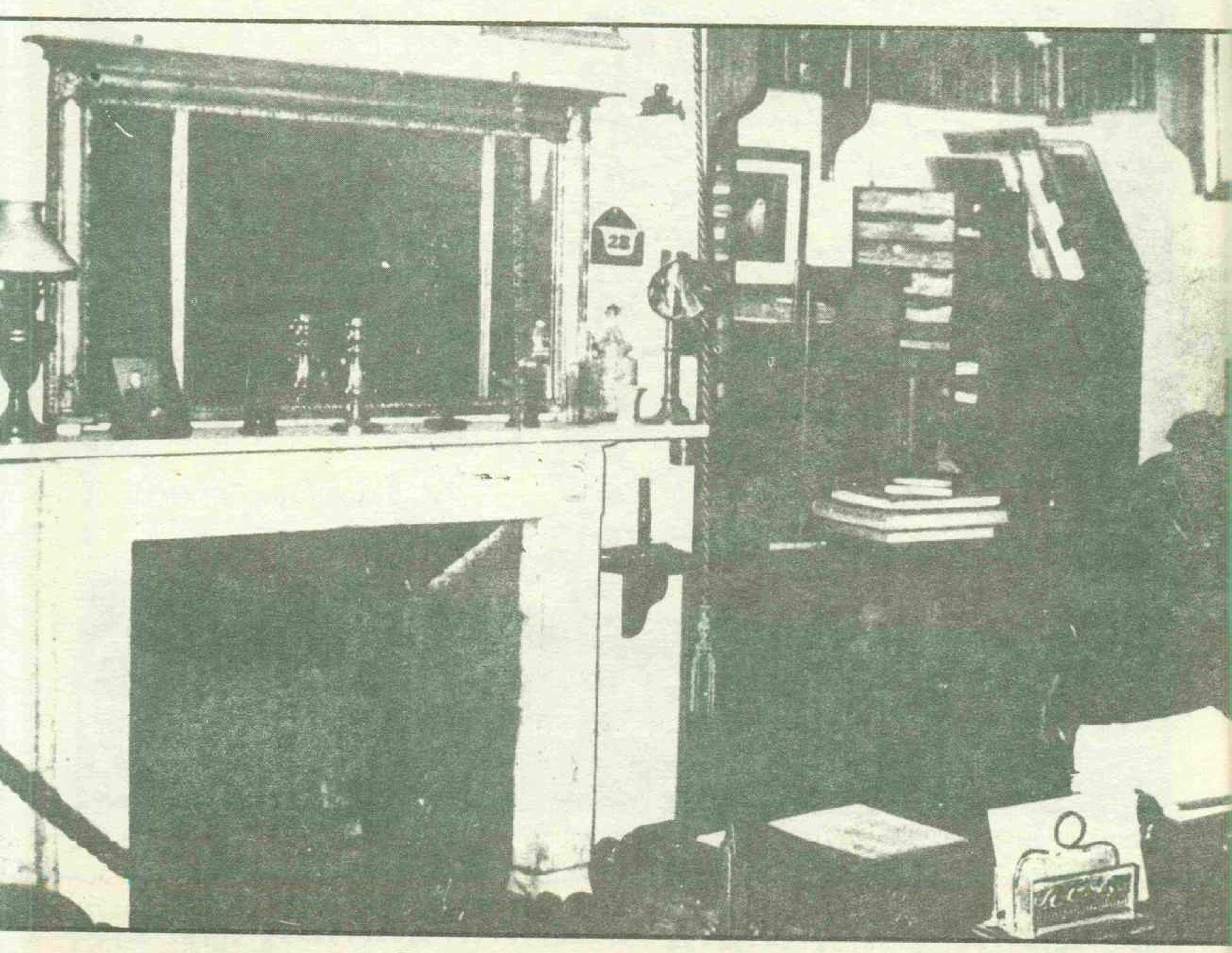
Darwin ha sido un infatigable trabajador. Viendo la inmensidad de investigaciones que ha hecho se comprende que ha debido trabajar incesantemente toda su vida para recoger ese montón inmenso de hechos sobre los que ha basado sus teorías. Y, sin embargo, ha empleado treinta años en recogerlos antes de publicar su obra. En la sociedad futura, que todo el mundo

tendrá la educación que ha tenido Darwin al principio de sus estudios y el tiempo bastante para dedicarse a la ciencia, desde el momento en que cualquiera conciba una idea y recoja el número de hechos necesario para demostrarla, el mismo trabajo se hará en algunos años, todo lo más, por los esfuerzos colectivos. En una sociedad colectivista no hubieran transcurrido treinta años entre el anuncio de una idea y su consagración científica por los hechos necesarios en su apoyo. La idea lanzada en el mundo encontraría muchos cerebros dispuestos a estudiarlas, a extenderlas, a hacerlas dar fruto.

Una observación aún. Es una antigua costumbre la que tenemos de decir «teoría de Darwin». El designar las teorías por el nombre de su autor es siempre un lenguaje nacido del régimen de la propiedad particular. Y, en efecto, ha sido un gran error el creer que el cerebro de Darwin ha sido el que ha descubierto la bella teoría de la *selección natural.* Como todo grande descubrimiento, esta teoría ya se había previsto en el transcurso de nuestro siglo. Los sabios de la Francia revolucionaria del siglo pasado la habían vislumbrado; y en el mismo momento en que Darwin publicaba su libro, otro sabio, Walace, publicaba una obra sobre el mismo tema, mientras que Spender llegaba por otro camino a análogas conclusiones. Lo que pertenece a Darwin es el haber elaborado esta teoría en todos sus aspectos, haber discutido los hechos que parecen contradictorios y haber acumulado en su apoyo un número inmenso de observaciones. Pero la teoría sobre el origen de las especies no es obra de un solo individuo; es obra del décimonoveno siglo.

NOTA FINAL

Otros relevantes diarios madrileños, como los liberales *La Iberia* (21-IV-1882, *El Liberal* (21-IV) y *La Correspondencia de España* (21-IV); el conservador *El Tiempo* (21-IV); el matutino democrático *La Discusión* (21-IV) o el tradicionalista *El Siglo Futuro* (21-IV), se limitan solamente a incluir la noticia del servicio telegráfico: «Hoy ha fallecido, a la edad de setenta y un años, el célebre naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin.» Hay incluso quienes, como el conservador *El Estandarte*, no recogen tal noticia.



El estudio de Darwin en su casa de Downe, en Kent.

¡YA ERA HORA!
¡¡Defensa de la Peseta!!
¡¡Abaratamiento de la Vida!!

● En acuerdo total con la Política General de nuestro Gobierno y en particular con la defensa de la Peseta en los mercados extranjeros emprendida con éxito rotundo por el Ministerio de Comercio.

● La Sociedad Española de Relojería UNION RELOJERA SUIZA rebaja desde hoy todos sus precios en un 20 por ciento.

● Por acta levantada el día 21 de Abril por el Sr. D. Angel Sanz Fernández, Notario del Ilustre Colegio de Madrid se hacen constar los precios marcados a la vista del público en aquella fecha.

● Todos los artículos examinados han sido expuestos en una vitrina debidamente sellada por dicho Notario y quedan a la vista de nuestros clientes.

● Esos precios que rigen desde hace más de un año son los mismos que continúan y sobre los cuales nuestros compradores exigirán la rebaja del veinte por ciento.

● Por cada 100 pesetas de compra sólo abonarán 80 pesetas.

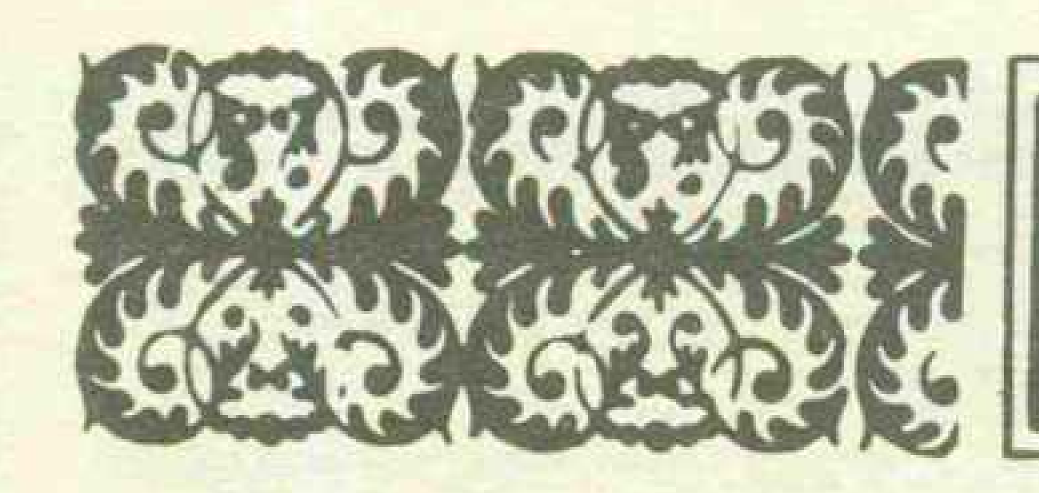
● Creemos que el deber de todas las Empresas es corresponder a la grandísima ayuda que nos presta el Ministerio de Comercio haciendo bajar todos los precios, única forma de defender nuestra moneda y provocar el mejoramiento de la vida social.

El Director-Gerente

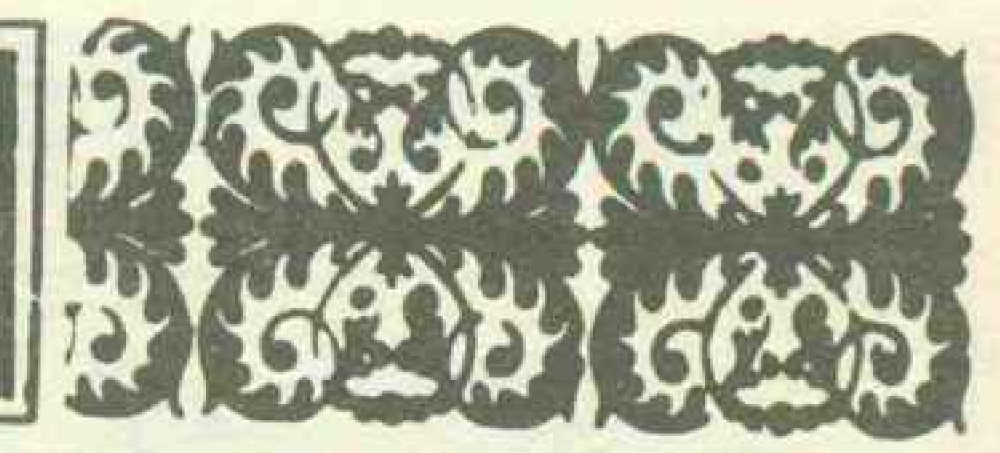
UNION RELOJERA SUIZA S. A.

AV. JOSE ANTONIO, 29 - MADRID

(Publicidad del 27-IV-1952.)



ESPAÑA 1952



UNA PESETA PARA EL TRANVIA

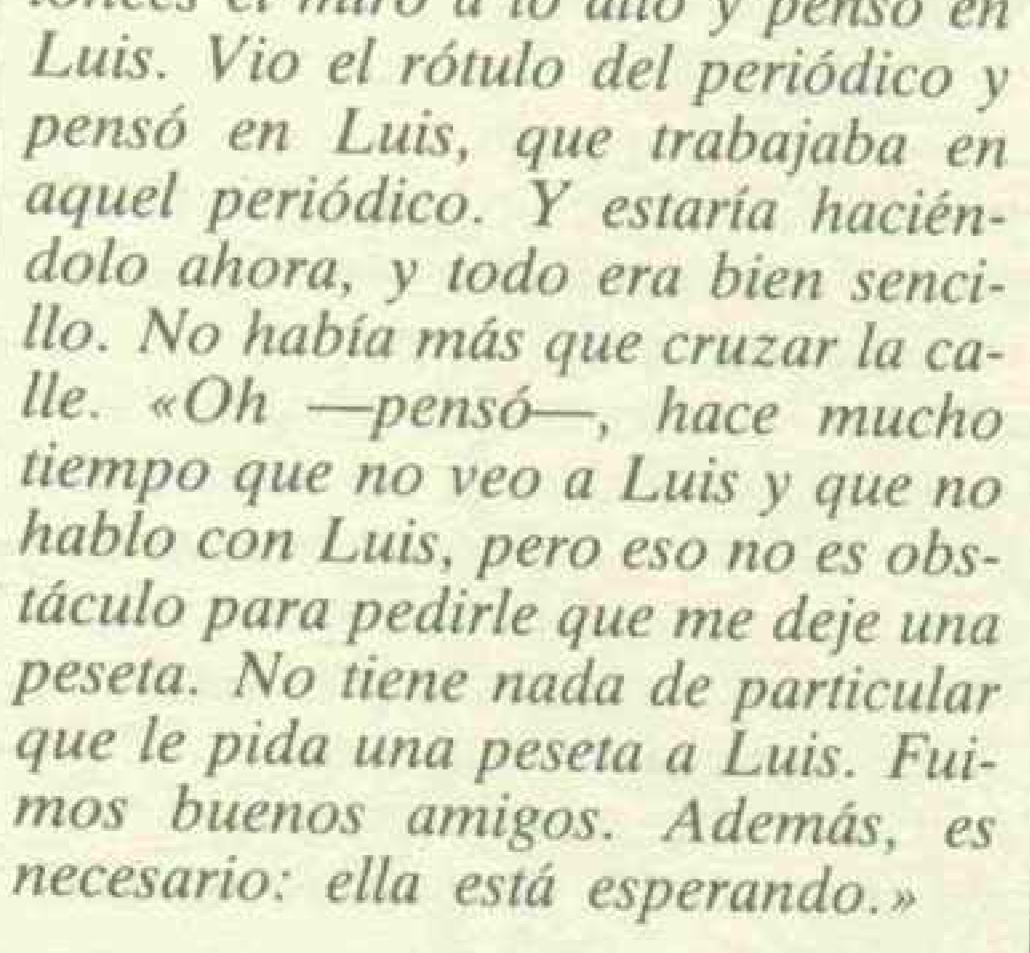
(Cuento)

Por MIGUEL DELIBES

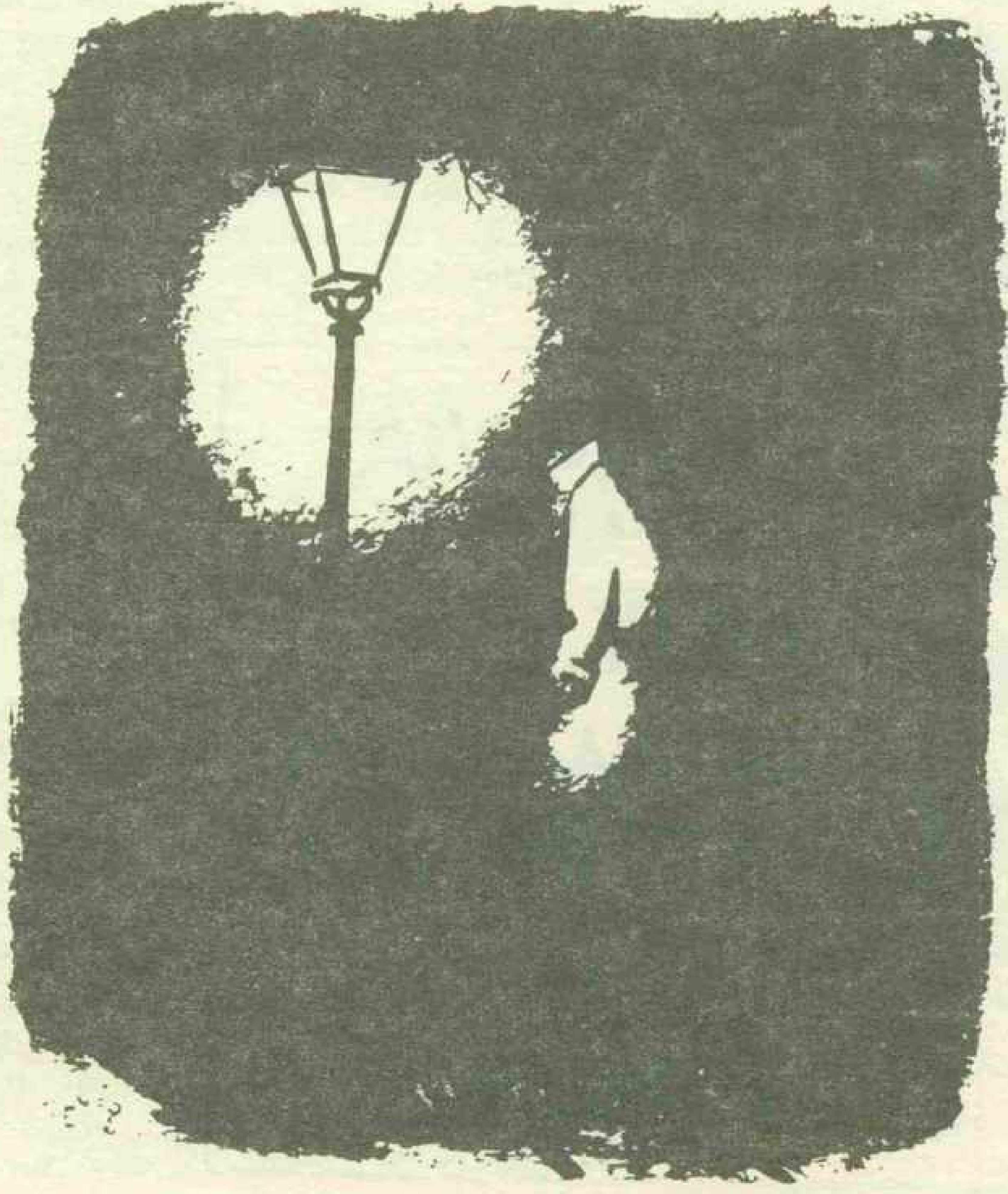
LLOVIA fuerte y en un segundo la calle principal se quedó vacía. Los anuncios luminosos parecían algo desteñidos, y el altavoz hiriente de un establecimiento de gramófonos era un insulto en el silencio y la intemperie de la calle. Pero seguía sonando mientras seguía lloviendo.

Y él pensó: «La dije que iría pronto y llueve y he olvidado la cartera y no dispongo de un céntimo para el tranvía, y si pesco a correr voy a ponerme como una sopa, y si me meto en un portal llegaré tarde y ella se morirá de tedio esperando; si pasase algún conocido le pediría una cochina peseta, pero a un desconocido no me atrevo, y si me asegurasen que el revisor del tranvía era ese de los granos y el pelo rojo subiría sin dinero porque es simpático y sabe que le pagaría mañana y me fiaría el viaje; claro que esperando y dando vueltas al asunto no adelanto nada y ella estará aguardándome impaciente y se enfadará si me retraso, y si se enfada me estropea la noche y me estropea el humor y me estropea el negocio.»

Pasó veloz un taxi y el murmullo de los neumáticos en el asfalto mojado le puso fuera de sí. Fye otro insulto. En-



tonces él miró a lo alto y pensó en Luis. Vio el rótulo del periódico y pensó en Luis, que trabajaba en aquel periódico. Y estaría haciéndolo ahora, y todo era bien sencillo. No había más que cruzar la calle. «Oh —pensó—, hace mucho tiempo que no veo a Luis y que no hablo con Luis, pero eso no es obstáculo para pedirle que me deje una peseta. No tiene nada de particular que le pida una peseta a Luis. Fuimos buenos amigos. Además, es necesario: ella está esperando.»



Se remangó levemente los pantalones y cruzó la calzada, subió media docena de escalones, se sacudió el sombrero y la gabardina y llamó. No tuvo necesidad de preguntar por Luis; atravesaba el vestíbulo en ese momento. Y había dos ordenanzas allí, también. Y dos chicas jóvenes, aporreando sus máquinas. Luis no debió conocerle y él le llamó tímidamente: «Luis, Luis.» Luis no debió oírle y él no se atrevió a levantar la voz por no llamar la atención de las muchachas y los ordenanzas. Pensó: «Sea lo que Dios quiera. Pero ella está esperando.» «¡Eh!», dijo, mas Luis tampoco oyó y entonces uno de los ordenanzas dijo «¡Don Luis, le llaman aquí!» «Aquí» era él, y cuando se volvió intentó poner el rostro familiar, ya pasado, de cuando iban juntos a la escuela. Luis vino hacia él con el ceño fruncido y, de pronto, le distendió. Dijo:

—¡Caracoles! ¡Mira quién es? ¿Qué idea te dio de subir por aquí? ¡Caracoles, ya no eres el mismo! —le palmeó sonoramente la espalda—. ¿Qué años hace que no nos vemos, querido?

A él le dolió el estridente entusiasmo de Luis, que le convirtió en un instante en centro de atención de mecanógrafas y ordenanzas. Pensó: «¿Cómo le pido yo una peseta a este hombre? ¿Qué miran estos tontos? Aquella chatilla es guepa. Pero, bien, ella me está esperando.» Dijo:

—Llovía y pasaba por aquí y me dije: «Voy a ver qué hace este hombre. Hace ocho años que no nos vemos.»

Luis le abrazó de nuevo. Revivía acaso en él la infancia ida y le ganaba un instinto salvaje de efusividad.

—Querido —dijo—. Pasa, querido.

El pensó: «Ella me está esperando. Pero



¿cómo pido yo una peseta a este hombre? Veinte duros sería distinto.» Pero pasó y le agradó dejar atrás los ojos escrutadores de las muchachas y los ordenanzas. Pensó: «Ahora es el momento. Ahora.» Dijo:

—El caso es...

Luis le interrumpió:

—Ya veo que no me has olvidado, querido. Dime, ¿no te has casado? Precisamente hablaba ayer de ti con el «Pulga». El «Pulga» tiene novia. ¡Eh, querido!, ¿qué te parece? El «Pulga». Aquel chiquirritin que cada vez que el profesor le preguntaba decía con voz chillona: «¡No me la sé!» ¿Recuerdas? Con novia, ¿qué te parece?

El dijo:

—El tiempo pasa sin sentirlo —y pensó: «Un minuto sólo y se lo pido. A ella le molesta esperar. Además la dije que iría pronto; si me retraso lo echo todo a perder. Pero Luis pensará que si he subido ha sido sólo por la peseta. Sin esa peseta, se dirá, hubiera éste pasado otros ocho años sin acordarse de mí. No pensaría mal Luis, al fin y al cabo. He subido por la peseta del tranvía. De otro modo no estaría aquí—«. Dijo él:

—¿No es molestia esa chicharra de los gramófonos plañiendo todo el día de Dios?

Luis rio y le dio un espaldarazo:

—¡Oh —dijo—, oh!, ya no molesta. Todo es cuestión de acostumbrarse. ¿Te acuerdas de Tomás Yáñez? Es lo mismo, querido. ¿Recuerdas que estudiaba en voa alta y murmuraba como un moscardón? Cada vez que entraba un extraño en nuestra clase decía: «¿Cómo podéis estudiar con ese moscardón?» Pero nosotros ya no oíamos el zumbido de Yáñez, porque Yáñez llevaba cinco años a nuestro lado zumbando como un moscardón. ¿Recuerdas a Yáñez, querido?

Luis abrió una nueva puerta y él pensó: «Ahora es el momento.» Mas Luis dijo: «Esta es la redacción.» Y entonces él vio a un viejecito que trabajaba sobre una mesa con un fleje alumbrando de plano las cuartillas y observó que, al entrar él, levantaba la vista y lo miraba con curiosidad a través de los cristales de sus gafas. Más allá, en otra mesa, había otros dos hombres. «No es oportuno ahora. Pensarán estos señores que soy un muerto de hambre.» Y Luis le señalaba una diminuta cabina a su lado:

—Mira —dijo—. Estos son los teletipos. Como verás son unas máquinas que escriben solas. No me digas que te lo explique, querido, porque esto para mí es un gran milagro. No comprendo cómo hay quien tiene cabeza para inventar estas cosas y la mayoría no tenemos cabeza para comprenderlas aún después de inventadas...

—El caso es... —dijo él.

Pero Luis interrumpió:

—Veras; vamos a seguir el proceso de una noticia hasta el fin. Es un proceso interesante —hizo un inciso y le palmoteó la espalda cordialmente. Bueno, hombre, ¿Quién iba a decirme que iba a encontrarte hoy de nuevo?

El pensó: «Este Luis es un cargante. Ya en el colegio era un cargante. ¿Es que no puede imaginar que uno tenga prisa?» Dijo Luis:

—Bien, aquí tenemos la noticia. Se recorta, se pega en una cuartilla y...

El pateaba el suelo levemente, con impaciencia. Se dijo: «¿Será largo el proceso de una noticia?» Luis dijo: «Se trata de una nueva subida de precios en los Países Bajos, ¿qué te parece? ¿Cómo titularías tú esto, querido?» El dijo: «Ejem». Luis añadió: «En realidad, los maestros dicen que debe

(Publicidad del 12-IV-1952.)

destacarse lo que rompe la normalidad, el ritmo de las cosas corrientes. Pero todo esto de las subidas de precios es algo normal y casi diría que cotidiano. ¿Qué dices? ¿Qué tal iría «Precios altos en los Países Bajos». Rio Luis y alzó la mirada buscando su aprobación. El dijo de mala gana: «Muy interesante, Luis. ¡Ja, ja! Verdaderamente ingenioso.» Luis añadió: «Si lo insólito no existe debemos acudir a lo pintoresco. El caso es atrapar al lector y llevarle a interesarse por la noticia.»

Luis garrapateó el título y se levantó:

—Bien —dijo—. Ahora vamos con la música a otra parte. ¿Quieres seguirme, querido?

Abandonaron la redacción, doblaron a mano derecha y abocaron a una escalerilla húmeda y estrecha, con pasamanos de hierro. Estaba oscura y Luis advirtió: «Cuidado.» Y él pensó: «¿Cómo diablos interrumpo yo ahora el proceso de una noticia? ¿Qué pensaría Luis?» Mas, enseguida, le asaltó esta reflexión: «¿Qué estará pensando ella? ¿Se habrá marchado o habrá puesto música?» Abajo de la escalera detuvo a Luis por un brazo. Tartamudeó:

—Di... dime, Luis: ¿es largo el proceso de una noticia?

Le miró Luis, decepcionado:

—Es un momento —dijo—. Un momento, querido. ¡Claro!, pero no he pensado que a lo mejor tienes prisa. A lo mejor está diciéndote por dentro: «Este Luis sigue tan pelmazo como siempre.»

Se aturrulló él al oír en otros labios sus propios pensamientos. Sintió un extraño pudor de su intimidad.

—¡Oh, no, Luis! En modo alguno. Sigue, sigue. Tengo toda la tarde por delante.

Dijo Luis:

—Uno, en su entusiasmo, nunca cuenta con la voluntad del prójimo.

El insistió:

—Te digo que no tengo nada que hacer. No te preocupes.

Mas, inmediatamente, pensó: «¿Es que soy un muñeco? ¿Es que no sé decir: Tengo prisa, Luis, volveré otro día? Ella me espera desde hace más de una hora. ¿Puedes dejarme una peseta para el tranvía?»

Pasaron a un local alto de techo y diez hombres tecleaban en unas máquinas extrañas, como si fueran motores con las entrañas al descubierto. Luis explicó:

—Estas son las linotipias. El plomo funde aquí, resbala por aquí, el linotipista golpea la tecla aquí y el tipo imprime en el plomo rebladecido aquí. La línea, impresa es plomo, cae por aquí... Dijo él:

—Es curioso:

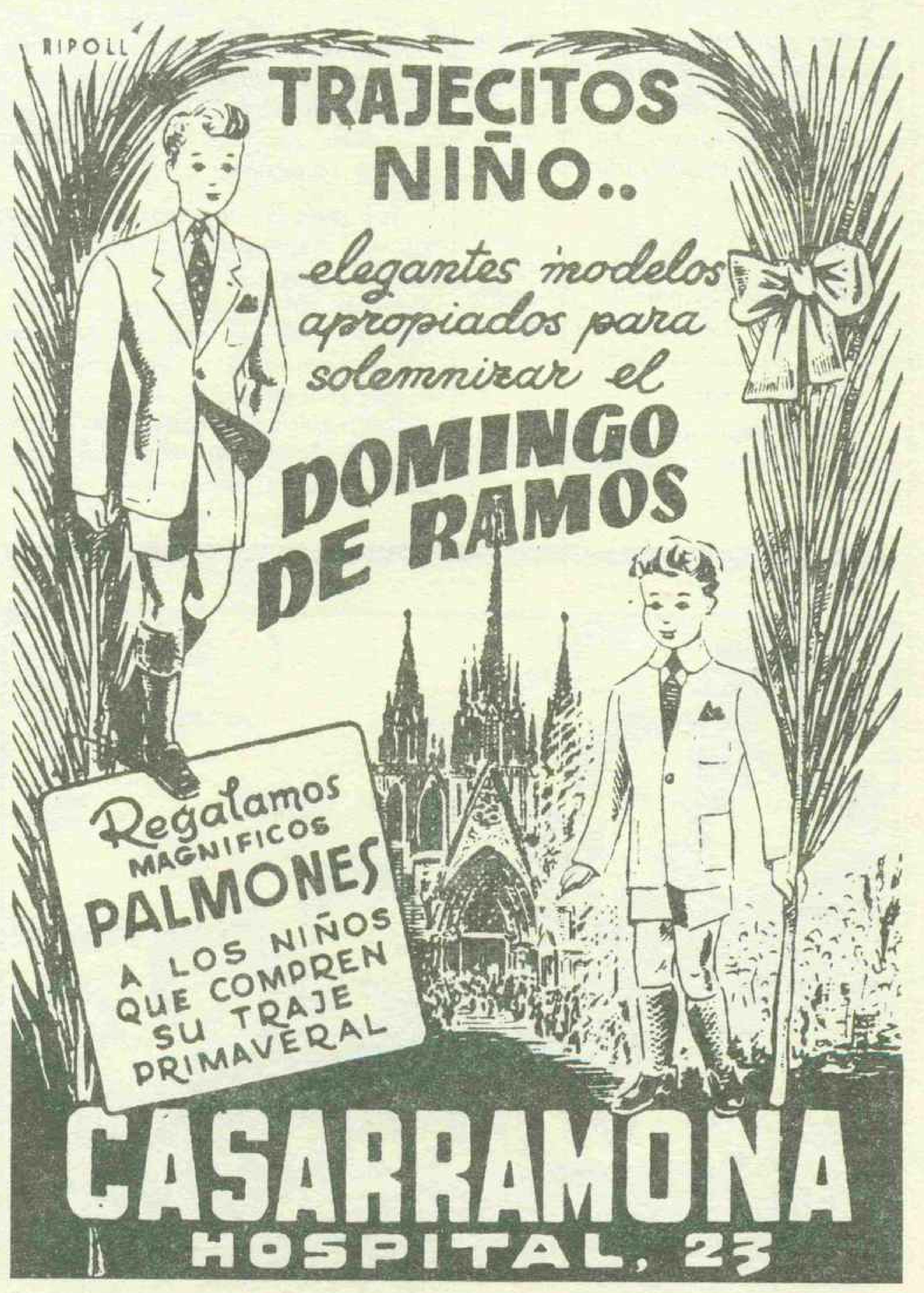
Y las manos, en los bolsos de la gabardina, se crispaban de impaciencia. Esperaron diez minutos a que el linotipista concluyera. Luis preguntó:

—¡Has sabido algo de Juan Lobato? Era todo un atleta. ¿Le recuerdas en las paralelas, querido? Yo no he vuelto a saber de él. La verdad es que era un muchacho un poco introspectivo.

—In... ¿qué? —dijo él.

—Introspectivo —aclaró Luis—. Vuelto hacia dentro.

«Este hombre se ha vuelto muy complicado —pensó él—. No era



(Publicidad del 30-III-1952.)



tan complicado entonces. «Introspectivo». ¡Qué cosas se aprenden en un periódico!»

Luis recogió las líneas de plomo y dijo:

—Ven por aquí. Vamos a encajar esto en una plana. El tipógrafo confeccionará los titulares. Los tipos del título son también cosa importante. A mi juicio debes ponerte en el lugar del lector más elemental y obtuso. Hay que buscar algo que llame su atención y le atraiga. ¿Qué te parece, querido, destacar las palabras «Altos» y «Bajos» con caracteres más gruesos?

El pensó: «¡Oh, Dios, Dios, qué hombre tan cargante! ¿Es éste un momento a propósito para una conferencia?» Dijo:

—Muy ingenioso. Ya lo creo. Me parece un recurso muy ingenioso.

—«Altos y Bajos» —insistió Luis—. De este modo el irónico contrasentido le entrará al lector por los ojos. Y la posible gracia del título, si es que la tiene.

El corroboró:

—Ya lo creo que la tiene. Y no poca. Es muy ingenioso, Luis. Ya lo creo.

Y cuando Luis le explicaba la confección de la plana él pensaba: «Aún es tiempo. Ella aceptaría aún una explicación.» Y cuando Luis le habló, ante la estereotipia, él pensó: «Si no ha puesto música estoy perdido.» Y Luis dijo: «Y, por fin la rotativa. ¿Sabes las vueltas que da este trasto diariamente?» El se decía: «Me trae sin cuidado las vueltas que dé este trasto diariamente. Ella estará que echa las muelas. ¿Qué otra cosa puede haber hecho, ¡Dios!, si no ha puesto música?» Luis dijo: «Pon diez mil, y conste que no exagero.» El dijo: «Ya son vueltas.» Consultó el reloj y añadió: «¡Oh, se me ha hecho un poco tarde, Luis; tendrás que perdonarme.» Luis dijo: «Contaba con que no tenías nada que hacer en toda la noche.» El se atarantó: «Sí, dijo, eso dije. No recordaba. Ahora recuerdo.»

Subieron las angostas escaleras y Luis le acompañó a la puerta. De nuevo se vio él en el círculo de atención de mecanógrafas y ordenanzas. «No hay mucho que hacer en este periódico, que digamos, pensó él, malhumorado. Luis dijo: «Volveremos a vernos, ¿eh, querido?» El notaba la prisa en la desacostumbrada compresión de sus vísceras. «Y de la peseta, ¿qué?», pensó. Pero ya estaba en la calle y advirtió que el pavimento estaba seco y que el altavoz del establecimiento de gramófonos le incrustaba despiadadamente la música en las entrañas. Se dijo: «Oh, como si no hubiera llovido. Lo mismo que si no hubiera llovido.» Perdió el control de los nervios y sujetó por el brazo al primer transeúnte que cruzaba a su lado. «¡Eh! —dijo—, por favor, dígame, ¿no llovió esta tarde?» Llover, llover —dijo el otro—. ¡Qué más queremos todos que ver llover!» Preguntó él: «¿Llovió o no llovió?» Respondió elotro: «Mire usted, yo no sé a qué llamará usted llover.» El dijo: «¡Oh!» y se largó, y el hombre le miró perplejo y él se metió en la tienda de gramófonos y preguntó:

—¿Tienen «Anoche hablé con la luna»?

—Sí —respondió un chico joven, con el pelo rubio.

—Póngamelo —dijo él—, y pensó: «Será lo único que pueda calmarla.» Añadió: «Pasen la factura a casa.»

Dijo el chico del pelo rubio.

—Sabe leer?

El contestó.

—Sí.

—Lea —dijo el chico del pelo rubio.

El prosiguió:

—Dice «Precio fijo», y el otro «Pago al contado».

—¿Lo entiende o se lo explico? —preguntó el del pelo rubio.

—Ya —murmuró él—, y luego chilló indignado: «Pero ustedes pueden volver loco a todo el mundo con ese altavoz sin que nadie les diga: "Más bajito, amigo, que me molesta", ¿no es eso?»

—Eso —dijo el chico del pelo rubio.

El salió de nuevo a la calle y pensó: «Ese Luis es un cargante. Ya en la escuela era un cargante. Yo pensé que con los años habría cambiado, pero sigue siendo un cargante.»

(«Ateneo», n.º 3, del 1-III-1952)



(Publicidad del 12-IV-1952.)

EXCLUYENTES Y COMPRENSIVOS

Por Dionisio Ridruejo

A la hora de luchar y morir las afinidades que cuentan son las últimas y radicales: una la religiosa, un gusto de civilizadión, un orgullo de Patria. El modo de entender la historia pasa a ser puesto secundario. Pero ello no impide que a la hora siguiente —la de vivir, construir y esperar temporalmente— vuelven a hacerse distintos parecidos e incompatibilidades. El cómo se defiende, se sirve y se proyecta en el porvenir una fe, una civilización o una patria, tienen otra vez importancia decisiva. Porque ahora no se trata ya del qué, sino del cómo —el qué se supone dilucidado y a salvo—. Sin perjuicio de que el cómo influya decisivamente en nuestra inteligencia del qué.

Está claro que el problema del crecimiento de España o el de su resurgimiento —que es el mismo en dos fases distintas— ha sido claramente distinto para unos y para otros —para unos pocos y para los más— de los un día coincidentes en que «por de pronto» había que lubhar por España sin pararse en distingos. Digamos más bien que para unos no hay problema —tengamos presente el título de un conocido ensayo restauracionista— y todo lo pasado se reduce a una intrusión regresiva o perturbadora en una tradición serena por parte de un pensamiento y de unas fuerzas del todo ajenas a ella. Y hay, naturalmente, una diferencia sustancial entre quienes creen que los adversarios comunes han intentado o tratado de resolver un problema real y verdadero.

La visión del adversario y su posición frente a él e incluso su elección y reconocimiento, la valoración de la propia lucha y de la propia victoria, resultan, necesariamente, afectados por uno u otro de los puntos de vista.

Para suponer que Unamuno —que además no fue un adversario— es un mero perturbador de la unanimidad religiosa de España, es preciso creer que en los años activos de Unamuno no había problema o crisis de religiosidad en España.

Para quien estima que Miguel Hernández —u otro revolucionario socialista cualquiera— no es más que un agente ruso que perturba un orden social satisfactorio, es preciso que no exista problema social en el que aquel extravío se inserte.

Si estos hombres y todos los demás —disidentes en poco o en mucho de la tradición ortodoxa— son



(Publicidad del 12-IV-1952.)

meros intrusos, meras incidencias perturbadoras con cuya eliminación —como con la quema de un hereje en ls España del XVI— queda zanjada la cuestión, toda comprensión es un vicio de debilidad.

Pero para quienes existen el problema y los problemas —el religioso, el social, el histórico—, la cosa es diferente. La razón del adversario resulta importante y la comprensión del adversario —si ya su conversión no fuera un deber de caridad— resulta obligatoria. Porque de lo que se trata es de resolver y superar los problemas y el hecho mismo de tener, en ellos, adversarios es parte sustancial del problema mismo.

A la ocasión del 18 de Julio —decía en un oportunísimo y reciente discurso polémico Raimundo Fernández Cuesta— concurren dos mentalidades: una partidista y excluyente, otra comprensiva e integradora. Certísimo. Y esto porque quienes concurren son, por una parte, los hombres de la «España sin problema», reaccionarios y restauradores y, por otra, los hombres de la «evolución pendiente», herederos de todos los problemas y enderezadores —porque las comprenden— de todas las subversiones. Estos últimos no han luchado para excluir, sino para convertir, convencer, integrar y salvar españoles.

Dicho de otro modo: Para el reaccionario toda acción encaminada a definir un problema español es una traición. Para el español abierto a la historia —sea cual sea el último matiz de su ideología—, toda tentativa para resolver ese problema —en cuanto tentativa— es un precedente de la propia intención. Se siente heredero de todos esos precedentes —de las tentativas y no de las soluciones—, aun de aquellos que en el orden ideológico o positovo son más opuestos a sus creencias. Por eso se siente inclunado a salvar todo lo salvable, a incorporar todo lo positivo y valioso; a asumir todo fragmento de verdad. Su tradición es la de intentar devolver a España a una plenitud histórica: a la del siglo en que vivimos con todas sus consecuencias. Su método es el de absorber, asimilar y «convertir» a todo lo español y a todo expañol que tenga conciencia de serio y haya hecho un poco más grande a España, a la de ahora.

Por añadidura, es indudable que el modo único de quitar al adversario la parte de razón que tiene o tuvo, es el de hacerla propia cuando se le ha vencido. Asumir e incorporar los valores del adversario —absoluto o relativo, grando o pequeño— es, en todo caso, menos peligroso que aplastarlo o echarlo al fuego con su razón entera. El hecho de peligros latentes que los reaccionarios en cuestión descubren ahora bajo el sueño de la victoria nacional no está constituido por un mayor o menor número de enemigos convertidos, aceptados, devueltos con generosidad y justicia. Todo esto es fuerza y justificación de los vencedores. El hecho quebradizo y peligroso será, si acaso, el que constituyen los problemas irresueltos en que ayer se apoyaron los enemigos. Y ésos son los que tan celosos delatores ocultan con el humo de su denuncia contra las «ideologías corruptoras que vuelven».

En último extremo lo único que interesa poner en claro hoy es que la actitud antipartidista, comprensiva y superadora que hemos visto concurrir el 18 de Julio, codo con codo junto a la reaccionería, fue la prevalente en aquel trance y lo es hoy por fortuna. Esa actitud noble, clara y ventajosa lleva el nombre de Francisco FRANCO y sostiene el nombre que la sostiene a ella —el de FRANCO— con honor y ejemplaridad crecientes ante el mezquino mundo de nuestros días. El vencedor redentor hereda los problemas de sus enemigos para resolverlos y no para escamotearlos.

(«Revista», n.º 1, de 17-IV-1952.)

TEORIAS

Desde que el Hombre pisó este cochino mundo—cochino precisamente desde que él lo pisó—, la única ley económica que rige en la Humanidad es la de la oferta y la demanda. Todas las otras teorías económicas son zarandajas; algo así como, en lo urbano, la calle de Don Pepe se podrá llamar mañana de Don Luis, y luego, otra vez de Don Pepe; pero la única invariable será, siempre, la calle. Bueno, siempre, siempre... Hasta que empiecen a rodar por ella los autobuses, claro.

La verdadera revolución económica no ocurrirá hasta que, invirtiendo los términos, se haga en lo mercantil. Por ejemplo, el día en que nosotros anunciáramos:

"Vea en nuestra planta baja y en nuestra planta primera la gran variedad de niños, señoras, caballeros y matrimonios que ofrecemos para camas y dormitorios de todas clases."

El Palacio de las Camas. Pl. del Angel, 6.

¡VIVA CARTAGENA!

LLEGA a hacerse angustioso el espectáculo de la resistencia que oponen algunas gentes a salir del confusionismo en que están gozosamente inmersas. Y, sin embargo, la claridad está haciéndose, más que apetecible, necesaria.

Declararse herederos de todos los precedentes, «aun de aquellos que en el orden ideológico o positivo son más opuestos a sus creencias», pudiera parecer un admirable gesto de generosidad intelectual. Pero la realidad del caso es que estos herederos, con el pretexto de salvar todo lo salvable del acervo de ciertos españoles —de cuyo perfil dice ya bastante el empeño—, de «incorporar todo lo positivo y valioso», de «asumir todo fragmento de verdad»m se impusieron la tarea de difundir obras que por más de un concepto —que no voy ahora a repetir— estaban bien en un discreto olvido, y nombres que se toleran mal como maestros de la España de hoy, y no se sufren como arquetipo de españoles.

Estos son los términos exactos en que se planteó la cuestión. La cautela con que se soslayan los hechos concretos señalados, y la trasposición del tema a un plano en el que, de momento, no estaba planteado, no hace más que confirmar la razón de la alarma con que aquellos se señalaban.

Es una bella figura retórica esta de que todos estábamos coincidentes en que «por de pronto» había que luchar por España sin pasarse en distingos.

También el lego del cuento estaba coincidente con los demás frailes en lo de bajas al huerto; la consigna, en este caso nuestro, hubiera podido ser también la del lego: que no nos paremos en distingos y que luchéis.

Es muy cierto que «a la hora de luchar y morir, las afinidades que cuentan son las últimas y radicales»; por eso precisamente, para tales menesteres suelen reunirse sólo los afines, aquellos que saben muy bien que no les puede separar demasiado el cómo, *porque los liga muy estrechamente el* qué. *Pero ocurre, generalmente, que mientras unos se están batiendo por el* qué, *hay gentes avisadas que en la retaguardia están meditando gravemente en el* cómo.

Sólo que este qué *que se ventilaba en nuestra guerra, lejos de estar «dilucidado y a salvo», está aún —como puede verse— en litigio.*

Porque los problemas «religiosos, sociales e históricos» no son accidentales ni de forma, sino muy esenciales. Pero ¿qué fue la guerra sino la exteriorización ruidosa y contundente de la diversa manera de apreciar el problema de España —el religioso, el social, el histórico— que teníamos dos especies de españoles?

Hay una tremenda falta de modestia en el supuesto de que se está estrenando ahora el propósito de comprender al adversario, de convertirlo. Fue precisamente del fracaso de este empeño —fracaso de todos: de los viejos y de los jóvenes— del que vino la guerra.

Ahora bien, el vendedor —Franco— lleva trece años atareado en la resolución de aquellos problemas. Si esta tarea no es «la revolución pendiente» será bueno que los que se declaran defensores de ella lo digan explícitamente.

Los que creemos que lo es —y el plural sirve aquí de recurso a la cortedad, porque en ningún momento he escrito en nombre de nadie, sino en el mío propio— hemos estado modestamente al lado del Generalísimo —sirviendo y no sirviéndonos— durante la tarea, y seguiremos, mientras ella dure, tan «restauradores» o tan poco «restauradores» como el propio Generalísimo juzgue necesario.

De este otro intento de lapidación —el de apedrear a los «restauradores» tiene una intención demasiado evidente— me complace hacerme cargo personalmente. Me quita unos cuantos años de encima esta palabra, cuyo uso —siempre un poco arbitrario— caracterizó a las viejas izquierdas españolas, adolecidas de indigencia mental. Faltaba desde hace tiempo en el vocabulario actual y ha saltado ya al papel: «reaccionario».

Bien. La reacción supone una acción previa; y efectivamente, aquí se ha producido una gruesa acción: la guerra. Reacción no podría ser ahora otra cosa que un movimiento espiritual de signo contrario a la guerra. En las guerras el primer síntoma de reacción suele darse en las retaguardias de los ejércitos. Ya eran en tal sentido reaccionarios los que mientras, orilla del Ebro, morían soldados, falangistas y requetés, se agitaban en el medroso intento de construir una tercera España.

Ahora yo no diré, porque sería estúpido, que «definir un problema español» sea una traición. Lo que sí digo es que situarse ente un problema español, con la disposición mental de aquellos hombres con los que —por no poder coincidir ni haber logrado convertir— combatimos, es actitud reaccionaria. Tratar de imponer con el estrépito de la propaganda y con pretextos más o menos poéticos a tales sujetos y sus obras, es retrotraer los problemas al al momento en que ellos los plantearon. Es declarar inútil la muerte de un millón de españoles. Es una traición.

Dicho sea sin que el humo de esta grave denuncia trate de ocultar ningún problema irresuelto, que en cualquier caso no sería de mi competencia.

Por eso debo añadir que si —con propósitos más o menos semejantes a los de aquel mal cómico que descubrió el truco de arrancar aplausos a los cartageneros— se dice que la actitud que lleva el nombre de Francisco Franco es una actitud «antipartidista, comprensiva y superadora», nadie discrepará sin grave injusticia.

Pero afirmar que esa actitud es la de quienes se empeñan en mantener el equívoco intelectual de que estamos padeciendo, no puede hacerse, ciertamente, sin injuria.

(«La Vanguardia Española», del 27-IV-1952.)

FRANCO Y OLIVEIRA SALAZAR HAN EXAMINADO EN CIUDAD RODRIGO LA POSICION DE LA PENINSULA IBERICA FRENTE A LOS PELIGROS QUE AMENAZAN A LA CIVILIZACION CRISTIANA

Perfecto acuerdo para la adopción de providencias adecuadas a una acción común, en el cuadro general de la defensa de Occidente

LOS CIRCULOS DIPLOMATICOS Y LA PRENSA DE FRANCIA REFIEREN LA ENTREVISTA A LAS RELACIONES DE AMBOS PAISES IBERICOS CON LOS ESTADOS UNIDOS

Según "Le Monde", se habrá estudiado también el Pacto hispanolusoamericano y la posible participación de Portugal en un Acuerdo Mediterráneo

La Oficina de Información Diplomática del ministerio de Asuntos Exteriores ha facilitado la siguiente nota:

"S. E. el Jefe del Estado y el jefe del Gobierno portugués, doctor Oliveira Salazar, se han reunido en Ciudad Rodrigo, durante los días 14 y 15, a fin de examinar conjuntamente los problemas actuales que afectan a la Península Ibérica.

En las entrevistas, que se desarrollaron dentro de la habitual comprensión y cordialidad, fué considerado como relevante hecho positivo la posición común que desde hace mucho tiempo tomaron los dos pueblos y sus Gobiernos en la constitución de un sólido frente contra los peligros que amenazan la civilización cristiana.

El Generalísimo y el presidente del Consejo portugués, como continuación de anteriores conversaciones, estuvieron de perfecto acuerdo en orden a la unidad estratégica de la Península, determinante de los compromisos existentes, lo que implica la adopción de providencias adecuadas a una acción defensiva común, en el cuadro general de la defensa de Occidente.

Tomaron parte en las conferencias los ministros portugueses de Negocios Extranjeros y de Defensa, el ministro subsecretario de la Presidencia encargado de la cartera de Asuntos Exteriores, el general jefe del Alto Estado Mayor y los embajadores portugués en Madrid y español en Lisboa."

El Gobierno portugués facilitó, por su parte, a la Prensa de Lisboa una nota análoga a la anterior.

(Nota de la Oficina de Información Diplomática emitida el 15-IV-1952.)

Lo que significa Tánger para España

EL ESTATUTO DE 1945 PODIA ADMITIRSE SOLO COMO UNA COSA PROVISIONAL

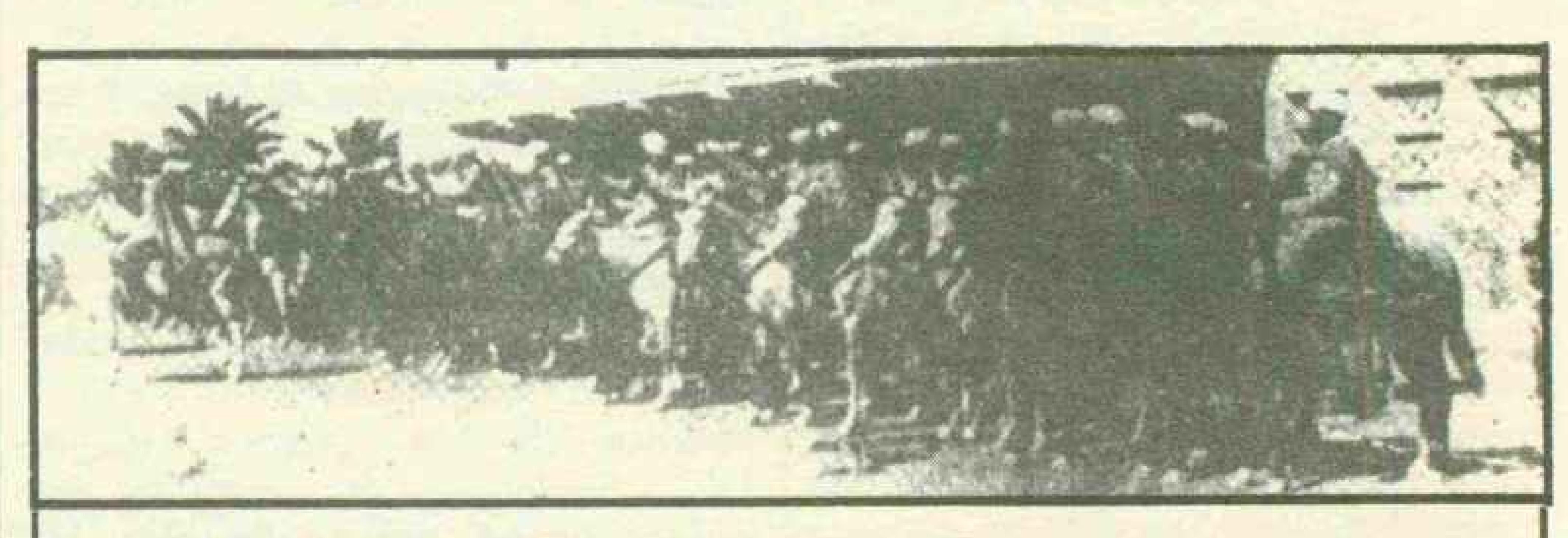
La propuesta española de asumir la responsabilidad del orden público en Tánger —un hecho consumado desde que el comité de control solicitó la cooperación de las fuerzas españolas— ha cogido fuera de guardia, como aquí se dice y hasta se admite, al Departamento de Estado. Parece como si hoy alguna gente estuviera preguntándose qué es Tanger, dónde está Tánger y cuál es la situación legal de Tánger. Por lo pronto, quizá por no saber lo que es la Prensa americana con una sola excepción —«New York Times»— ha ignorado la noticia, aun cuando do estaba en el servicio de las grandes agencias, y se dice que las esferas diplomáticas están afanosas buscando los antecedentes de qué es el Estatuto de la comisión de control, el acuerdo de París de agosto de 1945 y cómo España preservó el orden, abasteció y mantuvo intacta esa zona internacional en los días más negros de la pasada guerra.

Así es posible que descubran que en 1945, en plena luna de miel entre Rusia y Occidente, se dio a Tánger, a espaldas de España, el Estatuto actual en una conferencia en París entre los «cuatro grandes», que España nunca admitió más que como un «modus vivendi» provisional.

Desde luego, aquí nadie ha comenzado por reconocer que Tánger es una espina clavada en la zona del protectorado español en Marruecos. Un centro internacional de maquinaciones de todas clases. El foco que más disgustos ha dado a España en su misión de protectorado. Legalmente, aunque haya hecho poco uso en presencia física, una avanzada soviética se ha asomado al Atlántico. Y Tánger es para España, sobre todo, una preocupación de orden público de primera categoría. Y ya que lo es España pretende asumir la responsabilidad de mantenerlo para evitar nuevos desmanes como el de hace dos domingos.

Sin embargo, en lo poco que se ha publicado aquí, y en lo menos que se ha especulado en los centros oficiales, se han querido atribuir a España las más variadas especies. El «New York Times» publica dos informaciones fechadas en Madrid y Tánger. Pero ninguno de los dos corresponsales ha querido reconocer que España tiene derecho a denunciar el régimen actual fabricado a sus espaldas y, desde luego, un interés vital en mantener el orden público.

M. CASARES SANCHEZ REJANO
(«El Correo Catalán», 9-IV-1952.)



FUERZAS ESPAÑOLAS Y FRANCESAS EN TANGER

A fin de garantizar el orden en la ciudad de Tánger, convulsionada por los últimos disturbios, han penetrado en la zona internacional fuerzas españolas y francesas. En las fotografías: el escuadron de Regulares de Tetuán esperando en la explanada de la estación Tánger-Fez la llegada de la seccion motorizada de la Guardia Movil francesa y uno de los autos blindados de esta durante el desfile de las fuerzas por las calles.

(Agencia «Cifra Gráfica», del 7-IV-1952.)





LA VICTORIA Y EL HEROISMO DE LA COMPRENSION

EL día de la Victoria tiene para todos los españoles y más para aquellos que como nosotros hacen pública profesión de catolicismo, una significación especial. Victoria es también unidad. Victoria es comprensión. La guerra fué nacional, la Victoria no podía ser partidista.

Nuestros heroicos requetés lucharon por ideales generosos, integradores de todos los españoles, no para hacer valer unas razones de partido político contra otro partido político; ni para que unos españoles en calidad de vencedores pudieran atribuirse todos los derechos frente a otros españoles, engañados por el comunismo y vencidos en leal batalla.

El contenido nacional e integrador de la Victoria lo representa el mismo Caudillo que nos proporcionó dicha Victoria. Franco no es partidista, hemos escrito en multitud de ocasiones en nuestras columnas. Franco es la España heroica que se lanzó a una aventura, a una aventura necesaria, entre el cadalso y el triunfo, entre la muerte y la resurrección, que no quería saber de pequeñas banderías ni aceptar ventajismos de los vencedores.

La victoria que hoy conmemoramos tiene, pues, un sentido elevado, nacional y creador, porque el Caudillo supo elevarla de lo transitorio, de lo político del momento y de la ocasión, para hacerla ocasión y momento de arranque de nuestra continuidad histórica. Una continuidad interrumpida por múltiples usurpaciones revolucionarias, negadoras, de las que el 14 de abril fué su última consecuencia.

Estamos con la Victoria. Como españoles y católicos nuestro puesto está en la paz, en la unidad y en la comprensión. Estamos con la Victoria porque la Victoria de España representa y ha de representar todas estas cosas.

La Victoria nunca defraudó a nuestro ideal. La Victoria es y ha sido la partida necesaria para todo lo que en España se pueda hacer en orden a la restauración del gran ideario de nuestros combatientes.

En este día conmemorativo, codo con codo, el Ejército y los hombres del 18 de Julio, los Requetés y aquella Falange inicial que jamás falló en la hora de la verdad y del sacrificio, hemos de repensar nuestra responsabilidad de españoles. Tenemos en nuestra mano la gran ocasión de España. Nosotros no podemos echarla a perder con miras pequeñas y partidistas. Debemos seguir el ejemplo de Franco. El heroísmo que ahora se nos exige es el de comprender. Es difícil comprender. Es más difícil comprender a un semejante que interesarse por él. Los españoles algunas veces hemos creído que una buena acción nos dispensa de ejercer la virtud caritativa de la comprensión para el que vive en el error. El totalitarismo y el comunismo no quieren comprender a nadie que razone fuera de la disciplina mental del partido. Pero nosotros, los españoles del 18 de Julio nos debemos a otro estilo. Debemos comprender las razones de los que vencimos. Debemos aspirar en serio por esa justicia social que a tantos llevó al error y a ser instrumento del marxismo. Debemos ansiar esa España moderna en los medios y en las técnicas que a tantos otros llevó a renunciar a la España tradicional. Pues la España tradicional, la España de nuestras grandes instituciones: monarquía, región, municipio, Cortes representativas, que se va restaurando bajo la sagaz dirección del Caudillo, sólo es posible hoy con técnicas a la altura de Europa y con una justicia social que quite al comunismo toda su verdad política.

La conmemoración de la Victoria la entendemos, pues, como reafirmación en nuestros grandes ideales, al margen de partidismos, como un abrazo entrañable entre todos los que luchamos juntos contra el comunismo y como un imperativo de unidad entre todos los españoles, bajo el caudillaje de Francisco Franco.

(«El Correo Catalán», 1-IV-1952.)

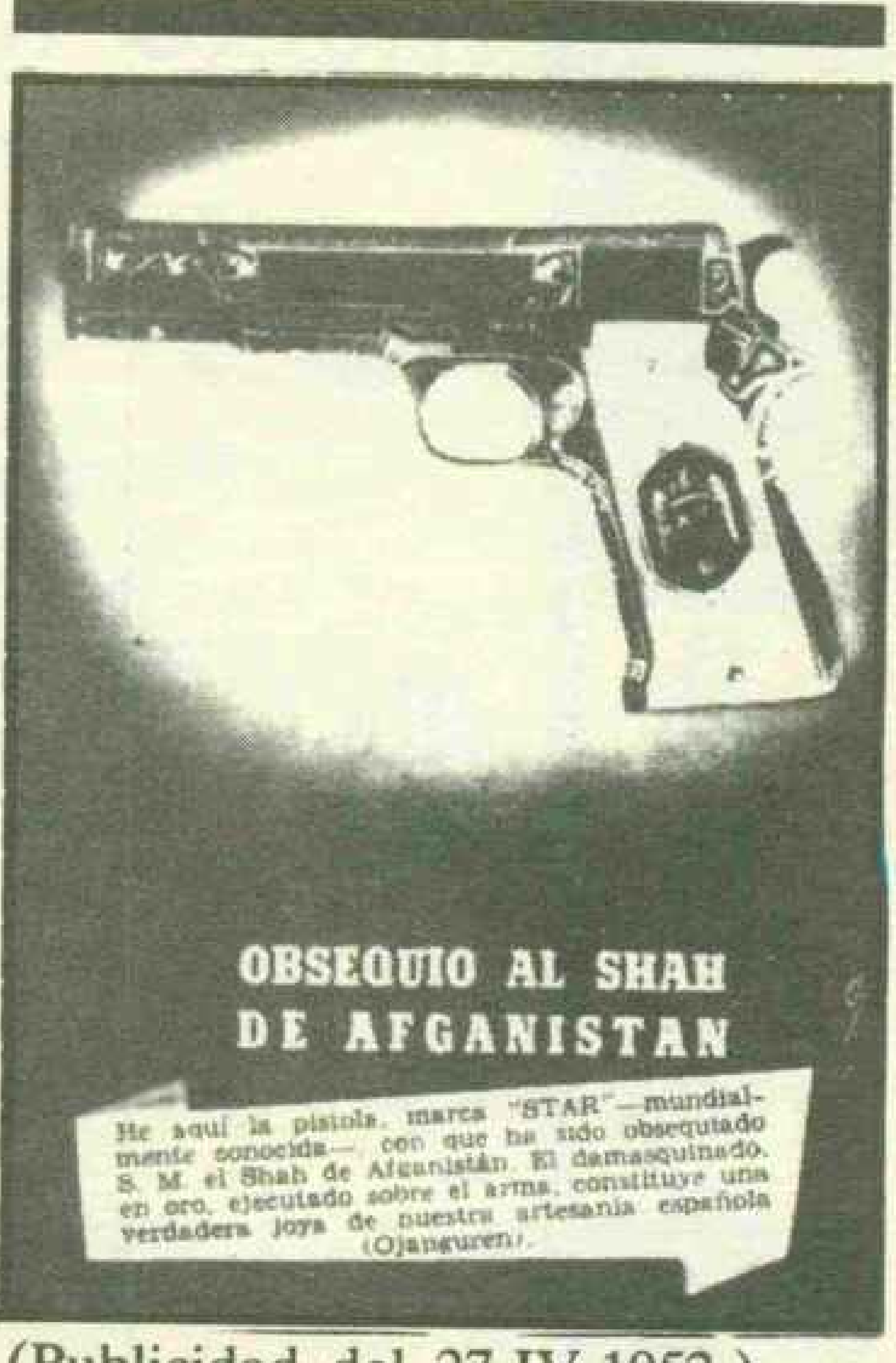


EL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL PRESIDIO EN EL CASTILLO DE LA MOTA Y EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID LOS ACTOS CONMEMORATIVOS DEL V CENTENARIO DE LOS REYES CATOLICOS

"Quien dirige hoy los destinos de España está, como lo estuvo don Fernando, firme y vigilante", dijo el Sr. Ruiz-Giménez

"NO NOS MUEVE OTRO AFAN—AÑADIO—QUE SALVAR TODO LO AUTENTICAMENTE VALIOSO EN EL SERVICIO DE UNA PATRIA GRANDE Y TOTAL"

(Agencia «Cifra», 31-III-1952.)



(Publicidad del 27-IV-1952.)



EL REAL MADRID HA CONMEMORADO CON TODA BRILLANTEZ SUS BODAS DE ORO

Por VICENTE LOREN

EL Real Madrid ha finalizado el magnífico programa de actos con los que, en forma tan brillante, ha conmemorado sus Bodas de Oro. En un ambiente simpático, de adhesión y jermandad con todos los clubs españoles, el histórico club madridista ha cerrado sus actos con los que ha celebrado su fundación y cuya fecha, 1 de abril de 1902, tenía que ser histórica no tan sólo para el Madrid, sino también para el fútbol español. Porque el esfuerzo realizado por su fundador, don Carlos Padrós, no resultó vano y ahí queda, como prueba irrefutable de ello, el historial brillantísimo alcanzado por el Real Madrid, al correr de los años, para llegar a esas Bodas de Oro, que han señalado, sin duda, otra página más para añadir a su dilatado y brillante historial.

Con todo el rango que merece su actual posición, por su categoría de auténtico histórico y por lo que es, en el deporte español, el Real Ma-

EL AVION DE LA VICTORIA

Triunfo final del "Barça" en Tetuán

QUEDA PROCLAMADO CAMPEON EL BARCELONA Y SUBCAMPEON, EL ATLETICO DE BILBAO

DESCIENDEN LAS PALMAS Y ATLETICO DE TETUAN, Y ASCIENDEN OVIEDO Y MALAGA

C. F. B.

PRIMERA DIVISION

SEGUNDA DIVISION

CINZANO

EL ESPAÑOL SUPERO AL GIJON EN EL SEGUNDO TIEMPO, BATIENDOLE POR 3-0

(«El Correo Catalán», 15-IV-1952.)



(Publicidad del 2-IV-1952.)

drid ha celebrado su cincuentenario bajo el signo del más grande esplendor, y al que únicamente el tiempo se opuso; pero sin que pudiera evitar que los aficionados respondieran al enorme y extraordinario esfuerzo que los directivos madridistas habían realizado para conseguir que estas Bodas de Oro alcanzaran toda la brillantez deseada.

Durante estos días en que se ha celebrado su fundación todos los deportes que se practican en el club madridista han estado presentes. Y en todos ellos el éxito ha respondido con creces. Porque no podía ser de otra manera. Y, por ello, les cabe a los directivos del Real Madrid, apretados fuertemente, junto a su figura señera que les preside, don Santiago Bernabeu, la satisfacción de haber dado a sus socios, y al deporte en general, auténticas galas deportivas.

Muchos han sido los gestos y hechos efectuados por el Real Madrid en estas sus Bodas de Oro. Y entre éstos hemos de señalar el homenaje rendido a dos de nuestras más gloriosas figuras que ha tenido el fútbol español: Ricardo Zamora y René Petit; a Luis Olosa e Ignacio Méndez Vigo; y, apartándose del terreno deportivo, el que rindieron a figuras tan señeras como el actor Ricardo Calvo, y el que fue as de la torería de aquellos tiempos en que los «toros eran toros», Vicente Pastor. Todo ello muy simpático, muy emotivo y que tanto han honrado a los actuales dirigentes de este gran club, el Real Madrid.

El club madridista, durante estos días, se ha visto acompañado por todos los clubs españoles que han querido sumarse, por afecto y por cariño, a los actos organizados con motivo de las Bodas de Oro del Real Madrid. Han sido unos días de auténtica hermandad deportiva española, que no otra cosa buscaban y deseaban los dirigentes del club merengue. Y bien podemos decir que sus deseos los han conseguido plenamente. Y este es otro de los muchos éxitos que ha logrado el Real Madrid en estas fechas conmemorativas de su cincuentenario.

Con verdadera satisfacción, pues, destacamos estos éxitos del club madridista, a quien sinceramente felicitamos y, como final, porque sabemos de su amor y cariño hacia «su» club, de su entusiasmo inacabable, puesto a prueba en mil ocasiones, le decimos a nuestro querido y viejo amigo, joven en energía y siempre animoso, don Santiago Bernabeu: ¡¡Adelante con el Real Madrid!!!

(«El Correo Catalán», 5-IV-1952.)



(Publicidad del 27-IV-1952.)

Según encuesta del Instituto de la Opinión Pública existe una crisis teatral

INTERROGANDO a personas calificadas por su profesionalidad o por reconocida afición al arte escénico, el Instituto de la Opinión Pública ha llegado, en un informe dirigido a los periódicos, a las siguientes conclusiones: El 76 por 100 de los consultados cree que existe crisis teatral; el 24 por 100 estima lo contrario. Ese porcentaje primero atribuye la crisis a la escasa calidad de las obras, a deficiencias interpretativas, a razones económicas y al anacronismo en la escenografía. Los temas preferidos por los consultados son, por este orden: sentimentales, frívolos, sociales y psicológicos. Los autores predilectos son: Primero, Benavente; segundo, Antonio Buero Vallejo; tercero, José María Pemán; cuarto, Víctor Ruiz Iriarte; quinto, José López Rubio, y sexto, Joaquín Calvo Sotelo. En cuanto a los actores, los consultados fijan el orden de la siguiente manera: Rafael Rivelles, Carlos Lemos, Guillermo Marín y Antonio Vico (estos dos últimos con igual número de votos. La actriz que ha obtenido más sufragios es Elvira Noriega, seguida por María Jesús Valdés, María Fernanda Ladrón de Guevara, María del Carmen Prendes, Lola Membrives, Mary Carrillo y Ana María Méndez.

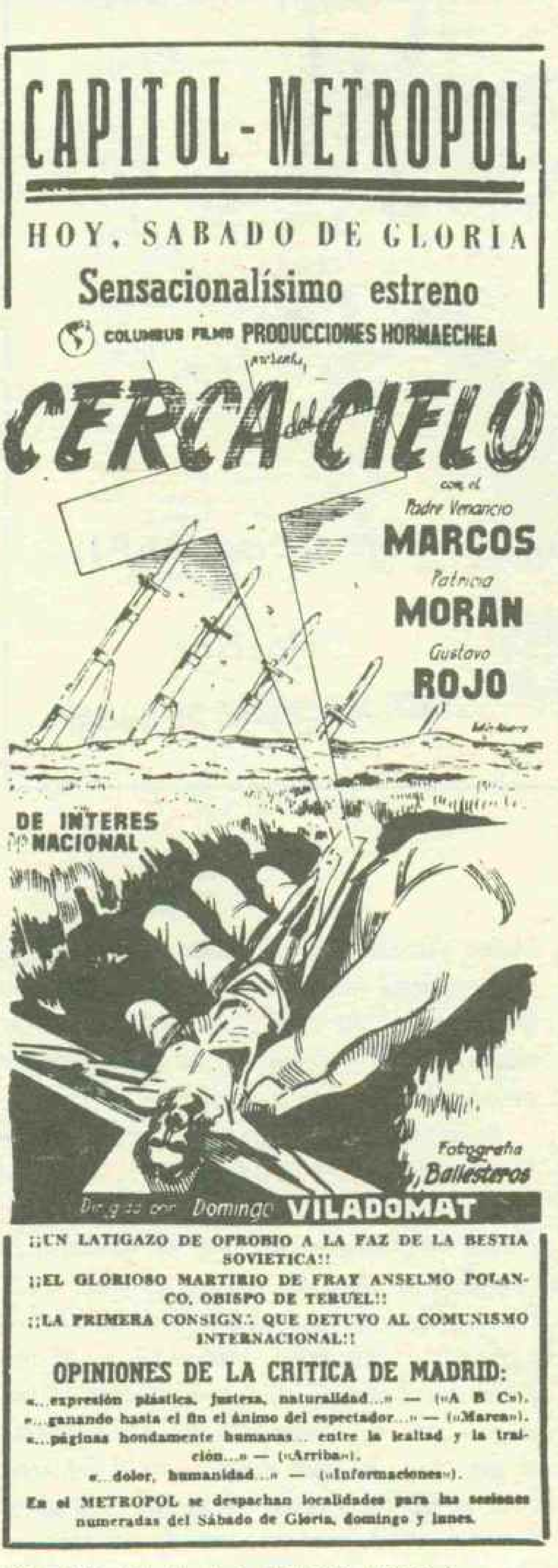
Con respecto a los críticos, el orden es como sigue: Primero, Luis Calvo; segundo, Jorge de la Cueva; tercero, Alfredo Marquerie; cuarto, Eduardo Haro Tecgien, Gonzalo Torrente Ballester, Ruiz Albéniz, Antonio Díaz Cañabate, Morales Acebedo y Luis Marsillach (de Barcelona).

En cuanto a los directores artísticos, los clasifican por este orden: Cayetano Luca de Tena, Luis Escobar, José Tamayo, Ernesto Vilches, Huberto Pérez de la Osa, Edgard Neville, Arturo Rigel, Soler Marí y Ordóñez.

(«ABC», 24-IV-1952.)

Los artistas de los teatros nacionales, Español y María Guerrero, descansarán un día a la semana

Con objeto de que tengan un día de descanso completo los actores de los teatros nacionales se ha acordado por las direcciones de dichos organismos que, los lunes, no haya funciones en el teatro Español, y los martes en el María Guerrero. Los demás días de la semana las funciones se darán normalmente tarde y noche.



(Publicidad del 12-IV-1952.)

«HACIA UN "CINE" MEJOR»

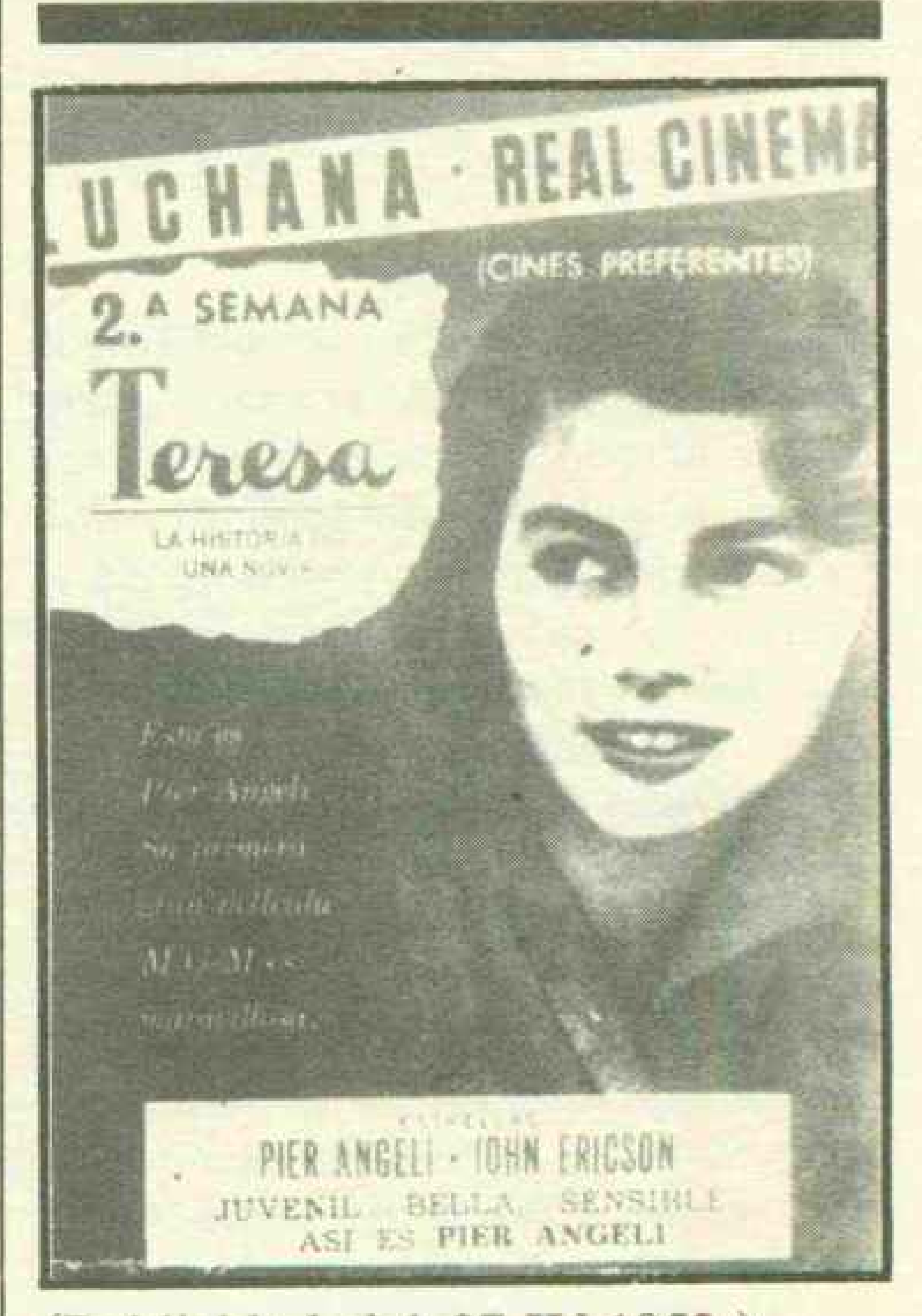
Organizado por el Círculo de Formación de Propagandistas, hoy domingo, a las once de la mañana, se celebrará un acto en el teatro Español, de acuerdo con el lema que lo inspira: «Hacia un "cine" mejor». Constará de dos partes en las que, con la Tuna hispanoamericana y los Coros y Danzas del S.E.U., además de las intervenciones de los señores Muñoz Cabezón y Rodríguez Román, actuarán celebrados intérpretes del séptimo arte.

PREMIOS CINEMATOGRAFICOS

En el Sindicato del Espectáculo se ha verificado la entrega de los diplomas que concede la revista «Espectáculo», de dicha entidad, a las películas consideradas como las más comerciales del año.

Los premios de 1951 los obtuvieron la cinta norteamericana «Los inconquistables» y la española «La Señora de Palma». La entrega la hicieron don Manuel Casanova, jefe del Sindicato, y don Antonio Cuevas, director de la publicación.

(«ABC», 20-IV-1952.)



(Publicidad del 27-IV-1952.)

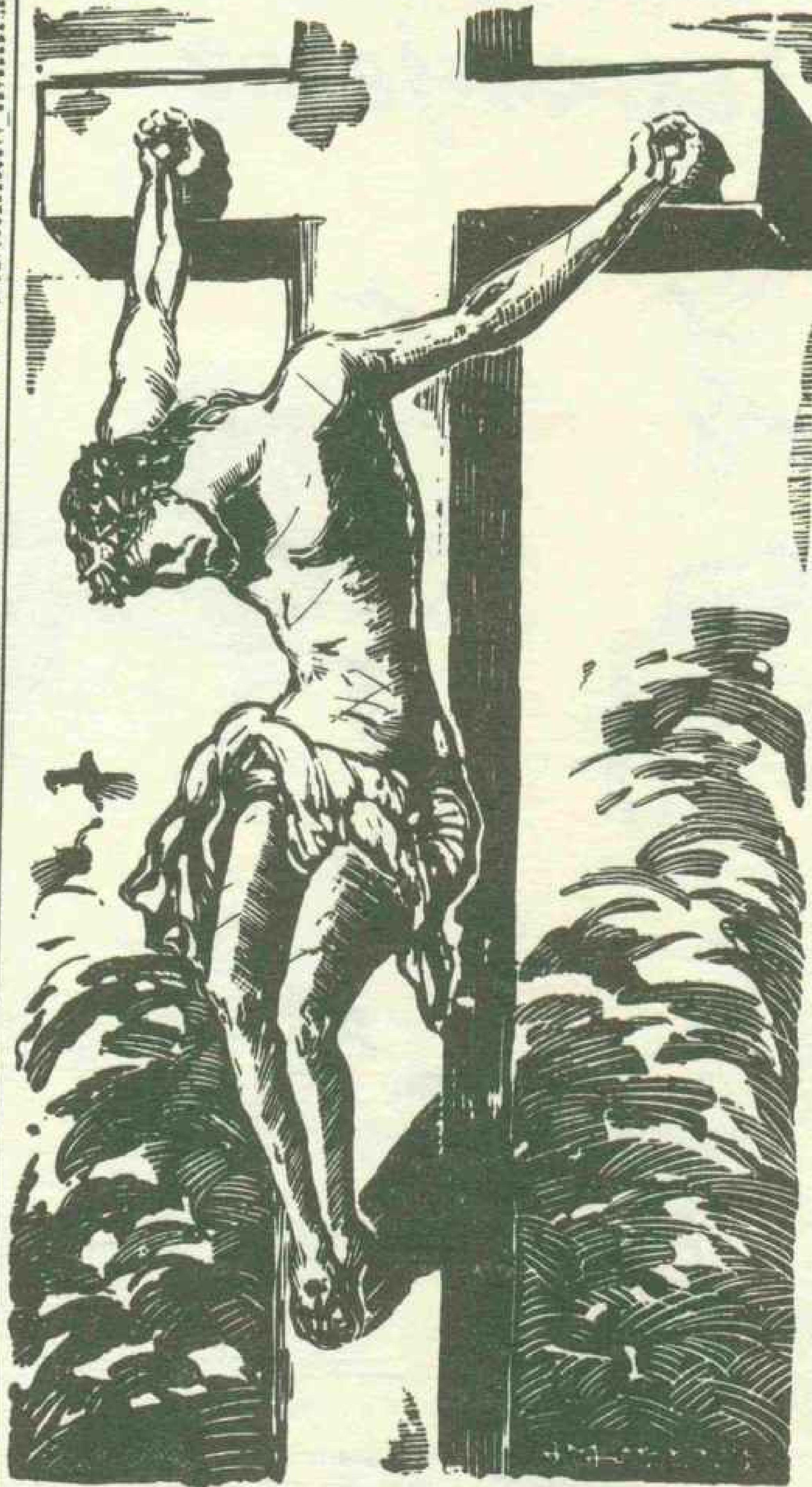
EL CORREO CATALAN

JUEVES, 10 DE ABRIL DE 1952

Inverosímil

Luna de Jueves Santo

Por Lorenzo RIBER



Milagro impresionante del amor

Este Hombre que pende del Madero, al ser afrentado por el mundo, salvaba al mundo. Milagro impresionante del amor

Contado entre los malhechores

por Miguel Melendres

La misión española ha llegado a Jerusalén

LA VISITA A LA CIUDAD SANTA TIENE CARACTER PRIVADO

Brillantísima recepción de despedida ofrecida por Martín Artajo a las personalidades libanesas

(Continúa en 3.ª página)

CHURCHILL, ANTE UNA SORPRENDENTE REBELION DENTRO DE SU PARTIDO

Brillantísima recepción

Siguen los éxitos laboristas

La petición española sobre Tánger ha causado completa sorpresa en Londres

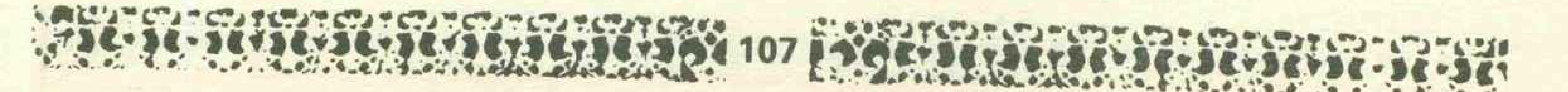
Artículo de «Le Monde»

MAÑANA NO SE PUBLICARA EL «CORREO CATALAN»

Siguiendo tradicional costumbre, al objeto de que el personal de redacción, administración y talleres pueda cumplir sus deberes religiosos, mañana no se publicará EL CORREO CATALAN. El próximo Sábado de Gloria, Dios mediante, reanudaremos la comunicación con nuestros lectores.

Vítores de la población de Cuzco a España

(«El Correo Catalán», 10-IV-1952.)





(«Chicas», n.º 92, de 30-III-1952.)

ser "EL" ¿ESPAÑOL?

ILUSTRACIONES: ZARAGÜETA

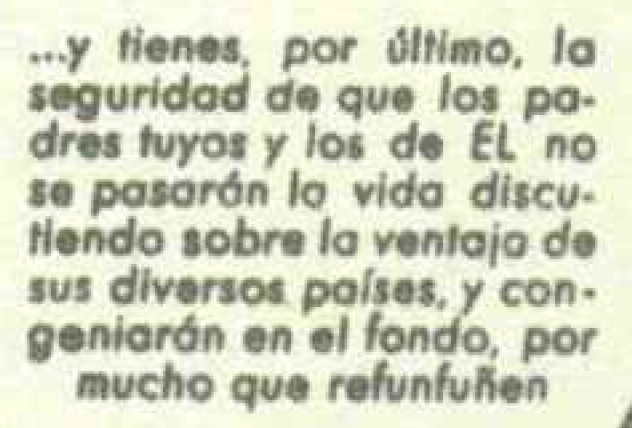
CUANDO EL ES ESPAÑOL... teneis como base de vuestro cariño una perfecta comunidad de ideas, nacionalidad y religión, que os harán más fuertes para afrontar la vida



...tienes la enorme tranquilidad de que cualquier catástrofe de guerra que ocurra, os encontrará unidos, defendiendo las mismas ideas

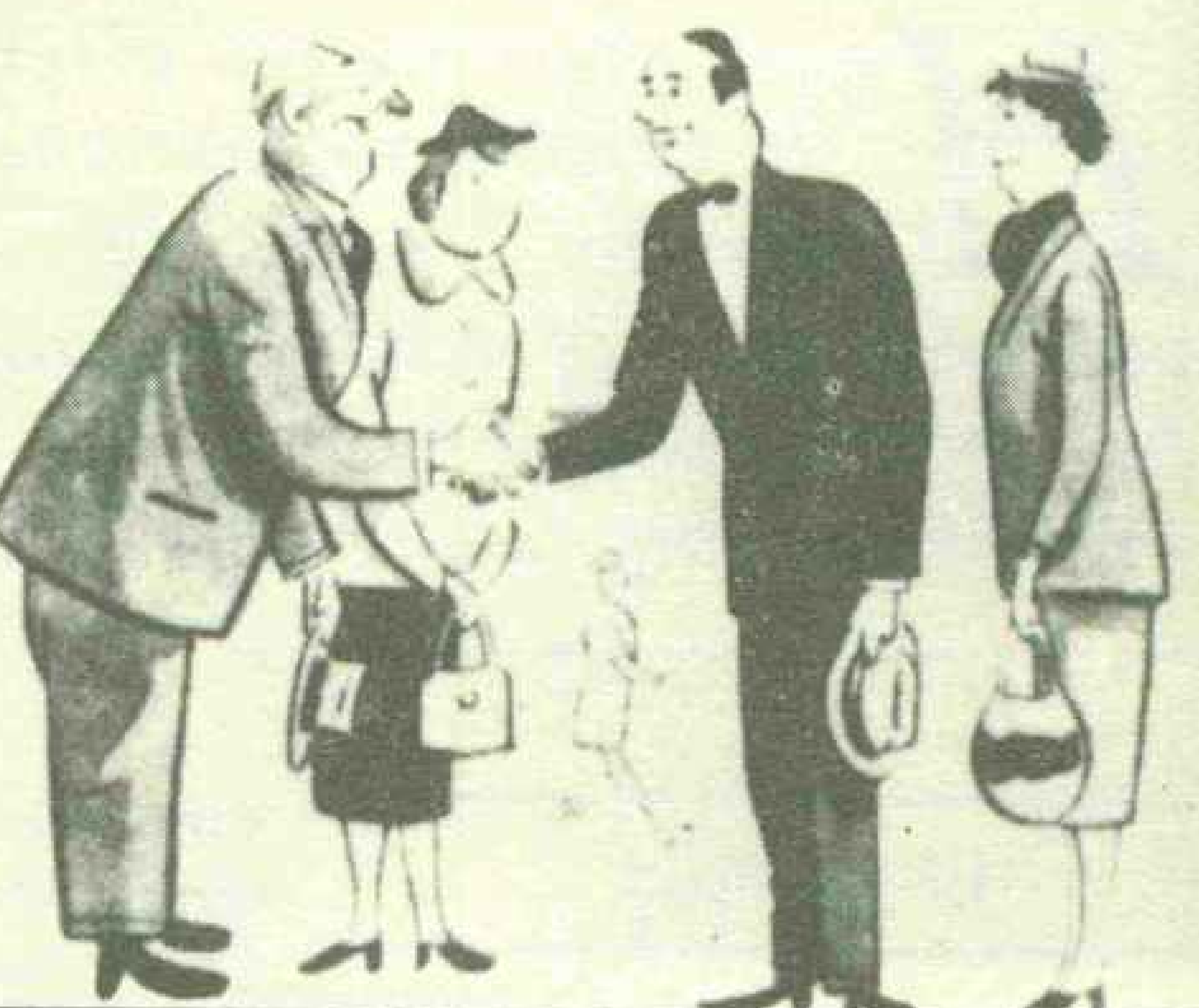


...sientes el orgullo y la emoción de librar con EL por los mismos sentimientos y motivos: lo mismo al paso de nuestra bandera, que cuando leais El Quijote ¡Si os atreveis!



...posees la garantía de que en vuestros hijos podeis hacer crecer un sólo ideal sin complicaciones de Patrias ni costumbres distintas

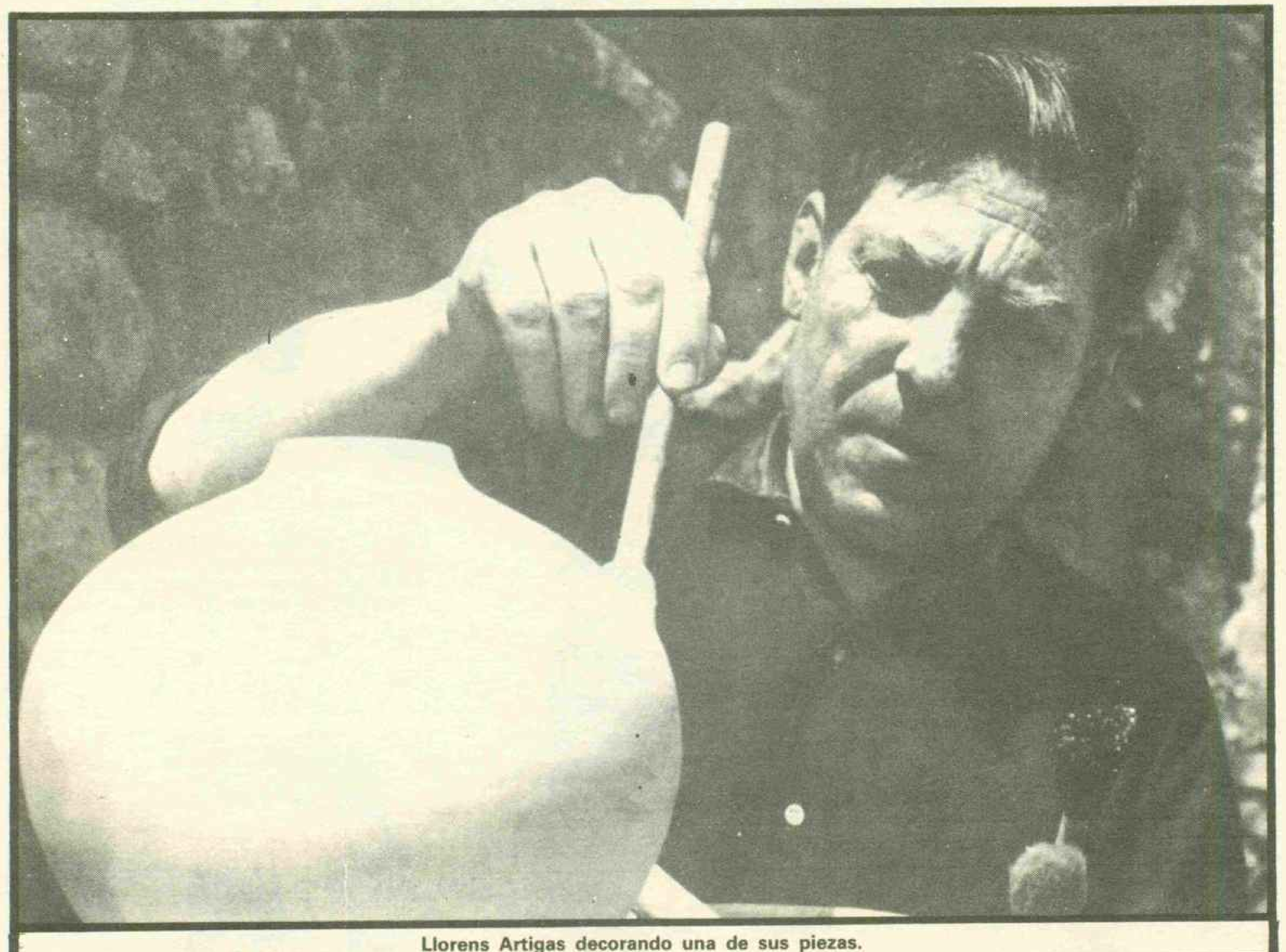
...y tienes, por último, la seguridad de que los padres tuyos y los de ÉL no se pasarán la vida discutiendo sobre la ventaja de sus diversos países, y congeniarán en el fondo, por mucho que refunfuñen



SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA

Llorens Artigas,

Carlos Sampelayo



Llorens Artigas decorando una de sus piezas.

HACE unos meses el Ayuntamiento de Barcelona ha dedicado un celebrado homenaje a Josep Llorens Artigas al año de su muerte. Una exposición en el Palacio de la Virreina y álbum con grabados de sus piezas más importantes y artículos de los más ilustres especialistas en arte. Es, pues, de actualidad histórica dedicar un breve reportaje a su vida y a su obra.

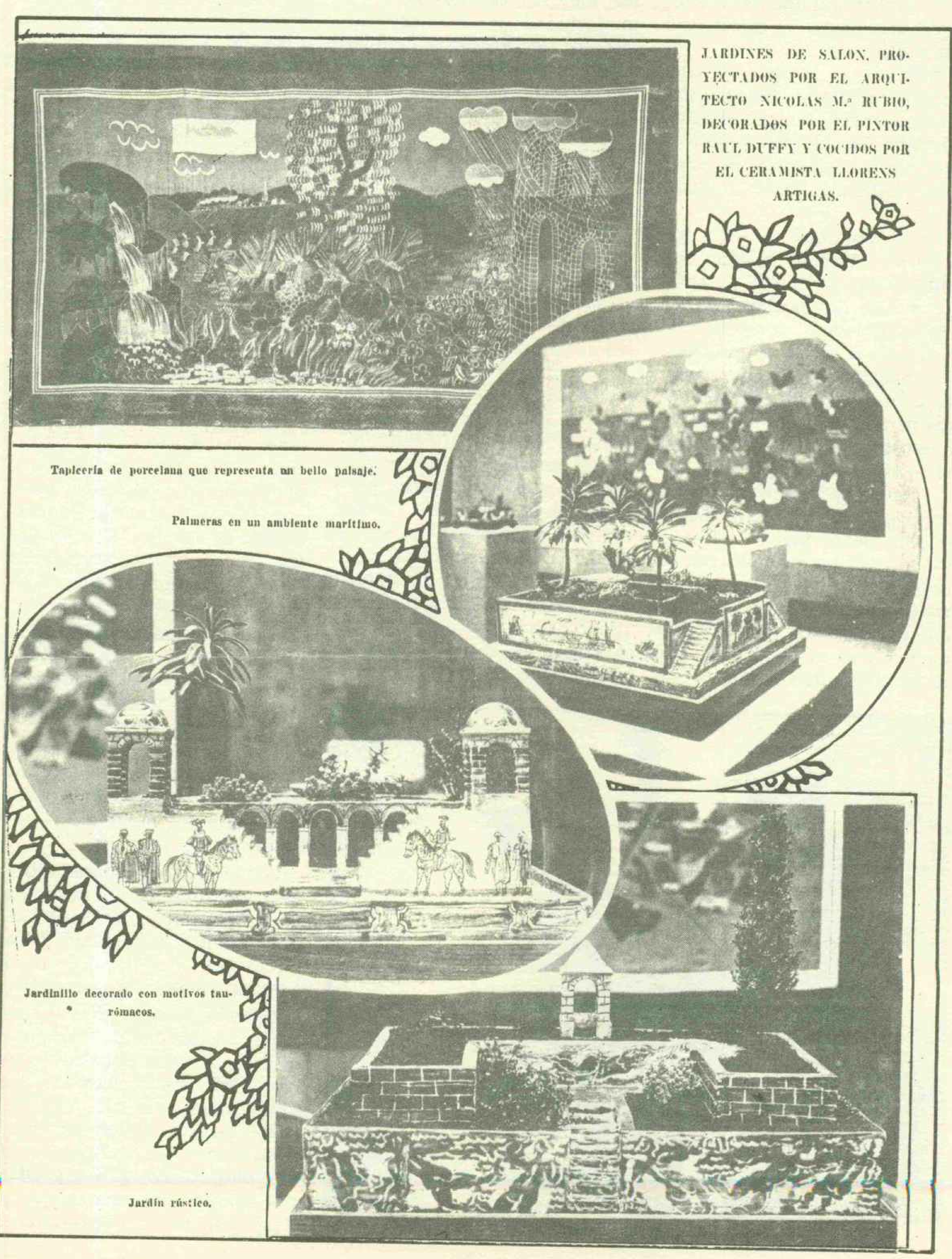
El pasado

En los años veinte tenía su taller, su horno de artífice, en Charenton-le Pont, cercano a París, apartado de Montmartre, que frecuentaba poco, ya que todo su esfuerzo consistía en consolidar su prestigio en la ciudad albergue del artistas de todos los puntos cardinales.

Era un hombre de palabra interesante, que vivía del arte, plegado a él como única condición de su vida y su respiración. Sus manos moldeaban las producciones, decoraban sus pinturas, cocían los hornos. Y afín con la vida parisién, se relacionaba con las reuniones de artistas y las razones de muchos triunfos y planteamientos de los mismos. Los comentaba intencionadamente, con ironía o benevolencia.

El taller se anunciaba a la

artista universal de la cerámica



JARDINES DE SALON, PROYECTADOS POR EL ARQUITECTO NICOLAS M.ª RUBIO, DECORADOS POR EL PINTOR RAUL DUFFY Y COCIDOS POR EL CERAMISTA LLORENS ARTIGAS.

Tapicería de porcelana que representa un bello paisaje.

Palmeras en un ambiente marítimo.

Jardinillo decorado con motivos taurómacos.

Jardín rústico.

salida de París, bordeando el Sena, y a pocos tramos de la puerta de Bercey, con una alta e inusitada chimenea de unos treinta metros, contrastando con las casas de alrededor como del propio taller, bajo de techo, David ante Goliath, que vomitaba humo del horno, ascendiendo cual la carrera del ceramista.

Había días en que no salía humo, cuando los fuegos estaban apagados, porque el artista daba los últimos toques a sus obras esperando el calor que les diera el supremo aliento.

A los visitantes, Llorens Artigas les enseñaba el taller con entusiasmo, seguro de su triunfo. Poseía dos hornos que los elogiaba devoto, como un clérigo que pone su fe en Dios. Los palpaba incluso emocionadamente. Eran los colaboradores de su obra, su amor de alquimista que espera arrancar el secreto de sus pócimas.

Llorens había sido alumno y secretario de la «Ecola Superior de Bells Oficis» de Barcelona, y al ser disuelta por la depredadora dictadura primorriverista se fue a París, donde en menos de dos años, sin más medios que su arte, se instaló en ese taller de Charenton con hornos suyos y ya estimado en el mercado. Había colaborado ya incluso con el pintor en boga Raoul Dufy, más en posición de prestigio expuso en la colectiva del Museo Galiere con obras totalmente propias. Creía que en París se hallaban los mejores ceramistas de la modernidad de entonces, admirador de Desseur y Lenoble y del vidrista Maricot, pero sobre todo de los japoneses.

Artigas, crítico. Picasso en su concepto

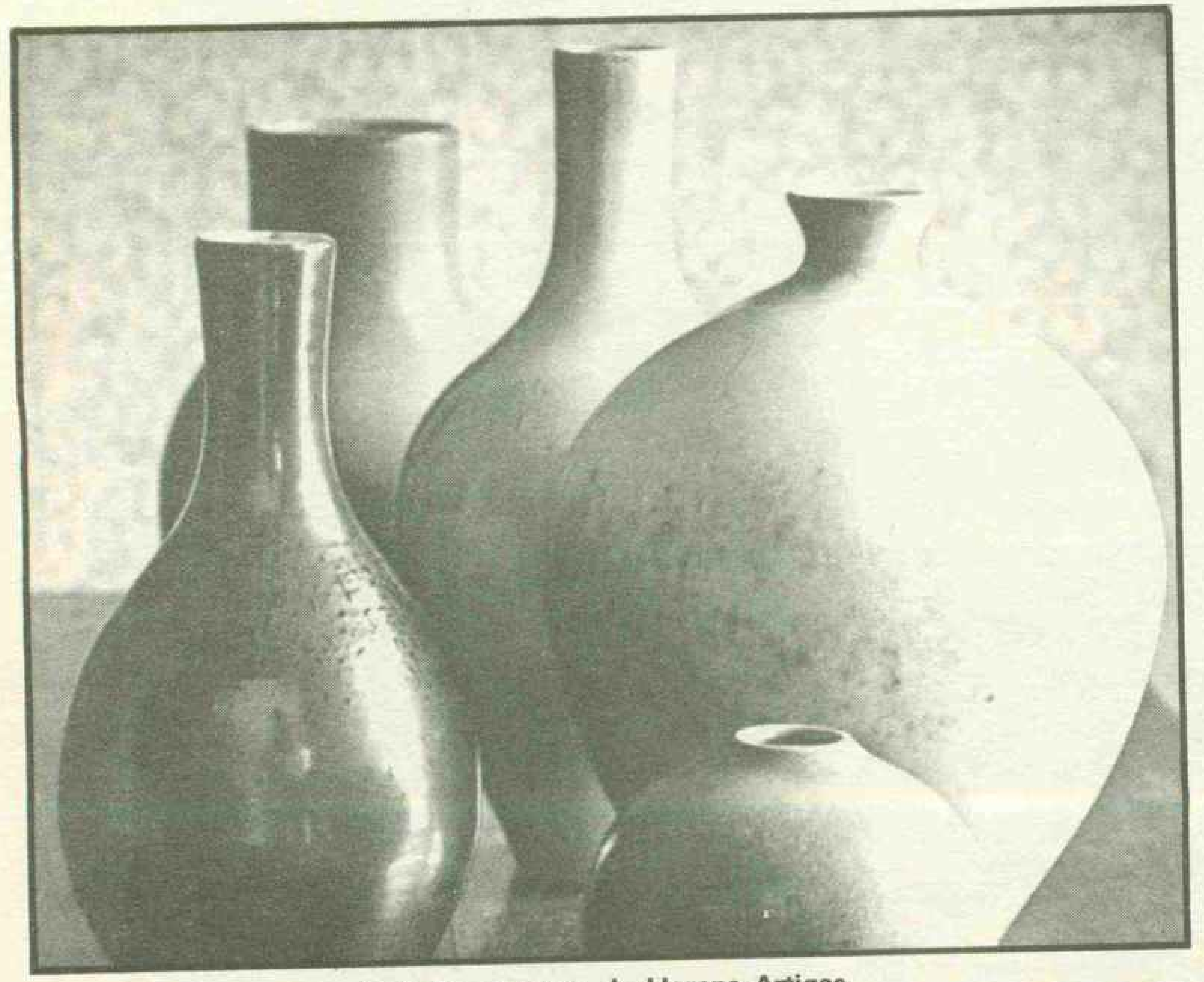
No le gustaba hablar de sí mismo y caminaba en la conversación por otras ramas del arte y de los artistas catalanes. No creía en el arte catalán de por sí, pero afirmaba la existencia de grandes personalidades en su esfera. Conocía la obra de todos y para cada uno poseía un comentario atinado, intencionado unas veces pero benevolente siempre. Decía del pintor Humbert que su carácter le impedía entrar entre el *marchanteo* de la época, aunque tenía un gran espíritu a pesar de su escasa cotización. A Togores le contaba entre los desplazados de París, que vendía mejor sus obras en Alemania, impulsado por un marchante judío alemán que hizo que en su país fuera muy estimado. Pruna vendía más entonces en Norteamérica, pero Artigas tenía fe en que conquistaría París, a pesar de su fobia a la nación francesa, que le hacía no codearse con escritores de vanguardia que influían en la corriente pictórica de Francia.

De Picasso, a quien consideraba «catalán» y el maestro ya de la pintura moderna, decía entonces Artigas que le entorpecía el camino de la *marchandería* el lastre de su juventud con Max Jacob, Apollinaire y Salmon, aunque él se había apartado por aquellos días —1926— de las «liasons dangereuses». Sin embargo, era víctima de su pasado, como el cura que hubiera sido antes librepensador. Por eso, para mantener «la forma» de admiración, tenía que recurrir a genialidades que no tenían nada que ver con el arte. Manteniendo su «esprit», le valía que los franceses le consideraran suyo, sin tener en cuenta su pintura magistral.

—No le llaman español —explicaba Artigas— como le llaman a Sert, por ejemplo, pintor al cual últimamente se ha pretendido descubrir, y a quien acompañan sus éxitos mundanos, su riqueza y unos méritos de virtuoso para decorar catedrales modernas y palacios burgueses...

Asimismo comentaba sobre los escultores. Gargallo estaba ya indiscutiblemente dentro de la corriente francesa, envuelto en el halo del triunfo, como Manolo Hugué, otro aceptado.

Llorens Artigas era un torrente inacabable de opiniones certeras y temas artísticos y sociológicos. Le molestaban los «bombos» que se daban en España, en Cataluña sobre todo, a medianías sin atención, sólo por patriotismo. Los verdaderos triunfadores eran pocos y desperdigados, confundidos



Jarrones en gres, de Llorens Artigas.

Llorens Artigas en su segundo estudio de Vitry-sur-Seine, todavía juvenil, entusiasmado de su oficio.

además en la corriente universal.

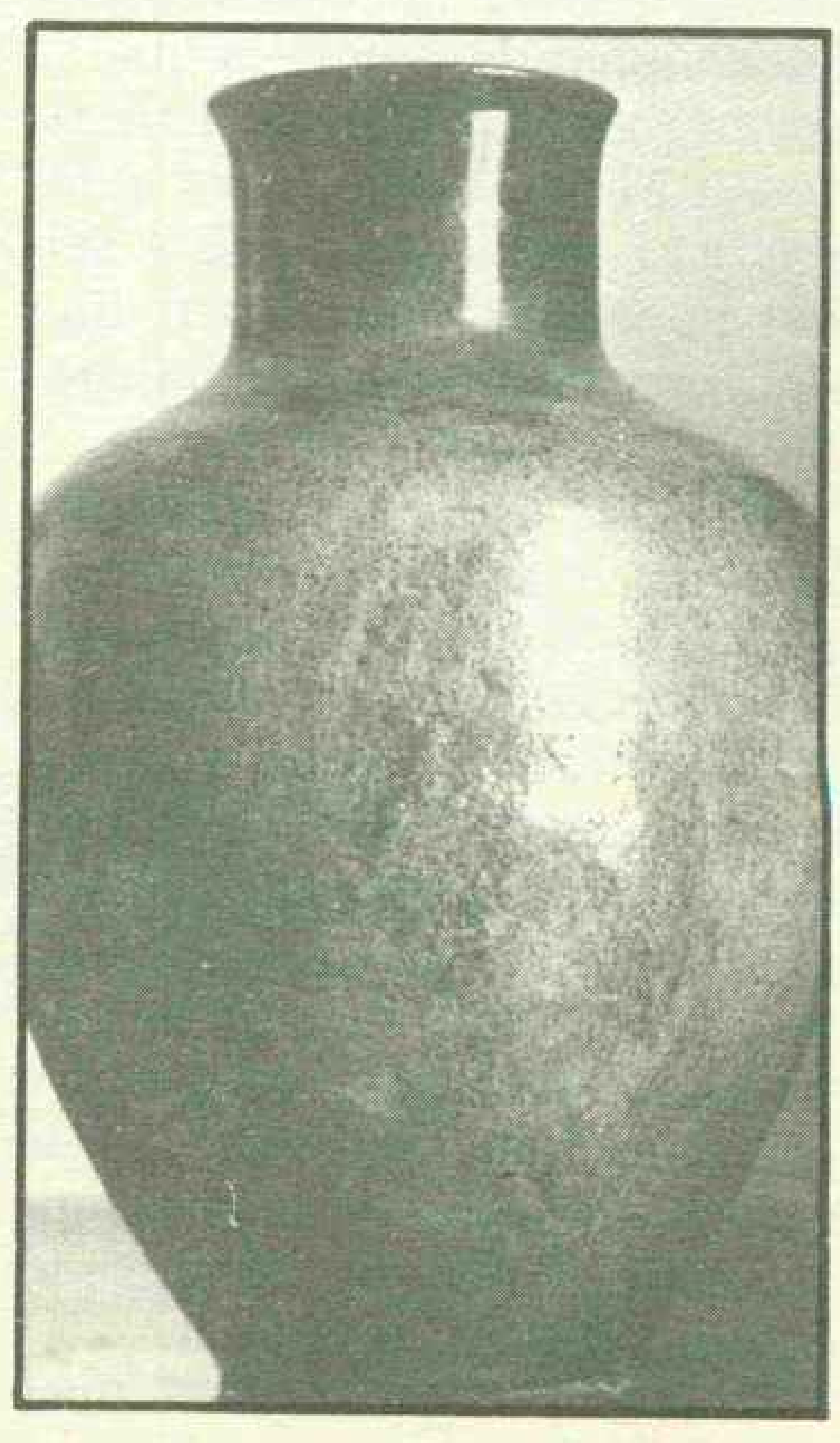
Así la personalidad de Llorens Artigas se manifestaba siempre desde las primeras épocas de su vida de artista, en la sociedad que le rodeaba. Era contradictorio, sincero, natural.

Síntesis biográfica

Hijo de un cerrajero de la calle de San Rafael de Barcelona, tuvo una infancia sin instrucción académica. Fue curtidor de pieles en su adolescencia y más tarde estudiante de comercio. Ambiente humilde, pero espíritu alegre y emprendedor. Uno de sus primeros compañeros de juegos fue Manolo Hugué, que había vivido en el mismo barrio y que habría de compartir luego su fama en Paris, una fama de escultor original tanto en obra artística como en carácter de conversador ingenioso y simpático.

Llorens llegó a ser de hombre hecho y derecho un espíritu tan humilde como un niño, atento con todos y conforme con su sino.

En política fue afecto a la *Unió Catalanista,* organización clandestina que se ubicaba en la calle de la Canuda, 14, principal. Cofundó, con su amigo Manuel Alcántara, el semanario *La Nació* en el año 1914, periódico en el que colaboraban socialistas y liberales, entre los primeros Serra y Mont



Jarrón en gres, esmaltado con óxido de cobre.



Llorens Artigas, Joan Miró y Joan Gardy Artigas, trabajando en el mural de la Fundación Maeght.

y entre los segundos Martí y Juliá. En 1917 la trayectoria espiritual de Llorens Artigas deriva hacia el anarquismo y se hace amigo de hombres que lo rozan, como Folguera, Eroles, Josep M. de Sucre, Poal Aragall y el mismo gran poeta Salvat-Papasseit, que sostenían una revista de vanguardia titulada *Un Enemic del Poble*.

Sin embargo, su sentimiento artístico le llevaba a frecuentar el *Cercle de Sant Lluc,* donde acudía Gaudí y los entonces jóvenes Rafols, Prats y el inconmensurable Miró. Con éste amistó principalmente Llorens y perfeccionó su afición al dibujo y la pintura, por la que había asistido anteriormente a las clases de Gelabert, en la casa Serrahima, de la romántica calle Petritxol. Asimismo estudió dibujo con Gali.

El interés de Llorens Artigas por la cerámica se despierta al contacto con Quer, que dirigía los hornos de la empresa Pujol, en Esplugas del Llobregat, y con José Aragay, profesor de decoración cerámica en la Escuela de Bellos Oficios, en 1919. Aragay llegó a colaborar con él, que destacó en seguida en aquel centro hasta su disolución por la ominosa dictadura primorriverista, desperdigándose aquel plantel de profesores y funcionarios.

En París, y una vez instalado, tiene éxito en las exposiciones como ceramista, especializado en gres, sin innovar nada, sólo con la perfección de la obra bien hecha.

La vuelta a Barcelona y colaboración con Miró

La simpatía personal de Llorens Artigas le proporcionaba muchos amigos artistas que le admiraban. Si en Barcelona había tomado parte del grupo Combat, con Domingo, Obiols, Togores, Ricard, Rafols, Benet y el célebre Manolo (Manolo Hugué), en los salones artísticos de París había amistado con Marquet, Dufy, Matisse y Braque.

En 1940, al entrar los alemanes en París, se trasladó a Ceret, donde se hizo amigo de Arístides Maillol, el escultor más destacado del *noucentisme* catalán. Pero Ceret también fue invadido por los alemanes. Ya se había casado con la francesa Violette Gardy y había tenido dos hijos, Juan y Mariette, y decide volver a Barcelona a buscar trabajo. Alquila un piso para vivienda en la calle de Carolins y un taller en la calle de Julio Verne. El trabajo lo encuentra en la casa Sangrá y muy bien pagado.

Pero la actividad de Llorens necesita lugares más amplios en los que desarrollar una obra de mayores proporciones, y es cuando descubre el pueblo de Gallifa, aprovechando la estancia allí de su hijo enfermo. Se instala en una preciosa masía de altos techos, y es allí donde comienza sus grandes obras y su colaboración con Miró desde 1955. Primero decorando jarrones y en 1957 realizando los famosos murales del Sol y la Luna para la UNESCO, la Escuela de Sant Gallen y la Universidad de Harvard. Aime Maeght le cede un taller, un gran taller en 1968, del que han salido, en colaboración siempre con Miró, los dos más grandes murales de ambos: el de la Exposición de Osaka, en el Japón, y el que figura en el aeropuerto de Barcelona, que tiene 10 × 50 metros.

Asimismo, Llorens obtuvo un gran éxito en 1970, con una exposición de 62 magníficos jarrones en la Galería Maeght.

Aprovechando el contacto con Japón —donde existe el mural de Osaka, en colaboración con Miró, y donde ha vivido su hijo Joan, casado con una japonesa—, Llorens Arti-

gas consigue la técnica simple del gres en aquel país, elaborando formas sin más ayuda que la del torno.

Frases de Llorens Artigas

«Soy materialista, quiero decir que acepto la vida tal como es. A pesar de los disgustos, las dificultades, las enfermedades, etc., el balance, por ahora, ha estado siempre a mi favor, y espero que continúe siendo así hasta el último aliento.»

«En el curso de la vida he pasado momentos buenos y otros muy malos. Los momentos malos son los que hacen apreciar los buenos, de la misma manera que la poesía o la cerámica adocenada hacen apreciar la poesía o la cerámica buena. ¿Se podrá decir nada más?»

«He trabajado casi exclusivamente con pastas, libros y colores, haciendo que ellos fueran mis medios de expresión y procurando que pueda existir en Europa, como existe en Oriente, un arte de la cerámica que sea un gran arte.»

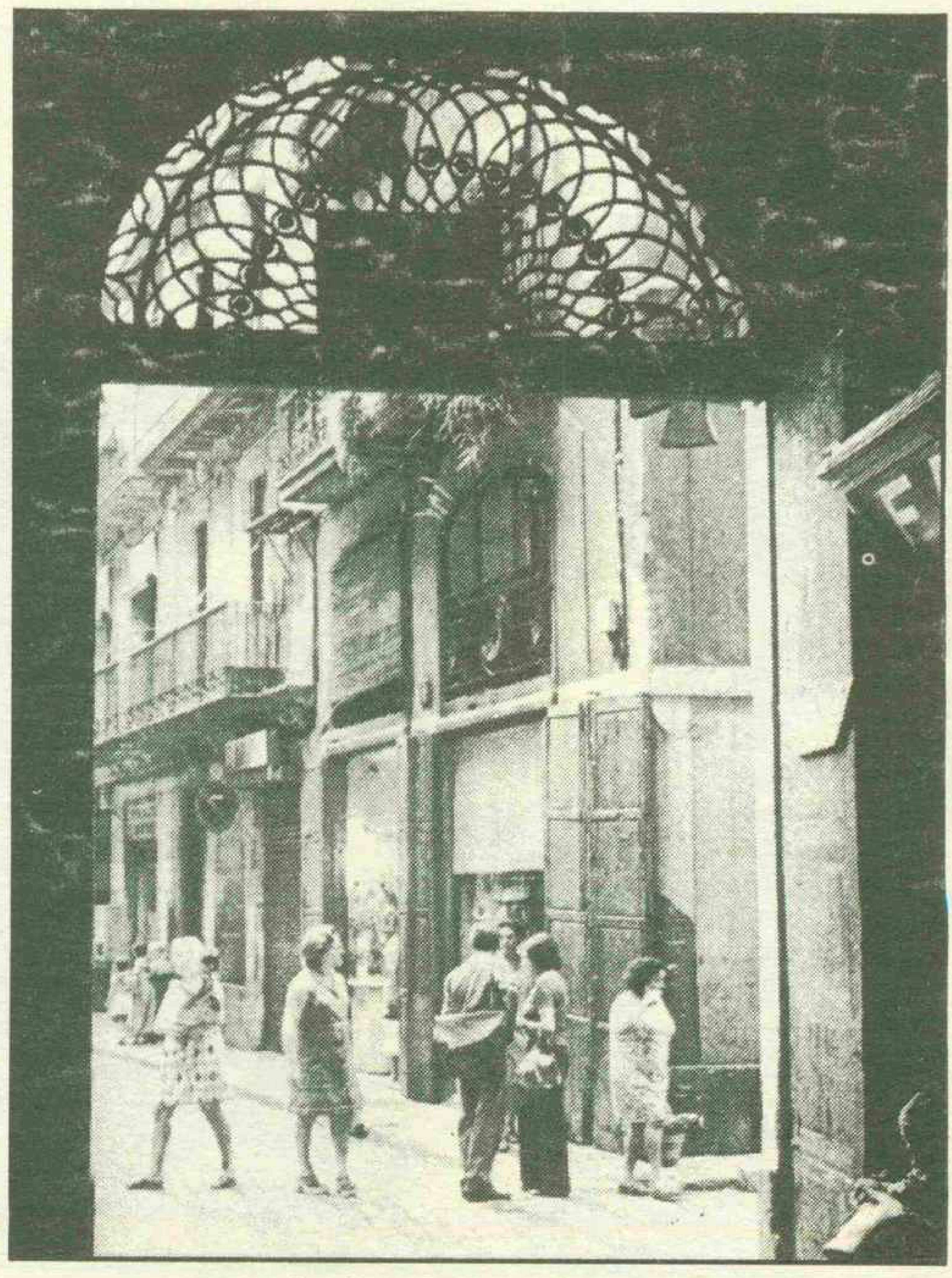
«Yo he tomado siempre muy en serio mi trabajo. A quien no he podido tomar nunca seriamente es a mí mismo. El trabajo queda; el hombre desaparece. Los que sobrevivan pueden decir lo que les parece.»

«Vivimos en Gallifa un poco por casualidad, porque a mi hijo Joanet le convienen aires puros por una enfermedad. Era por los años cincuenta. En Gallifa no había teléfono, ni electricidad, ni auto de línea, ni nada de todo eso que la gente llama la vida actual. A mí me era absolutamente igual, no me producía ninguna preocupación. Me preocupaba tan poco que compramos esta casa, El Racó, y aquí instalé mi hornito, porque en el barrio barcelonés de San Gervasio los vecinos comenzaban a quejarse del humo que hacía la chimenea.»

«*In illo tempore* escribí, sobre todo pensando en los artistas que me rodeaban y para elogiarlos. También escribí por chismorreo artístico. Yo sabía, sin embargo, que no lo publicaría. Era una manera de desahogarme.»

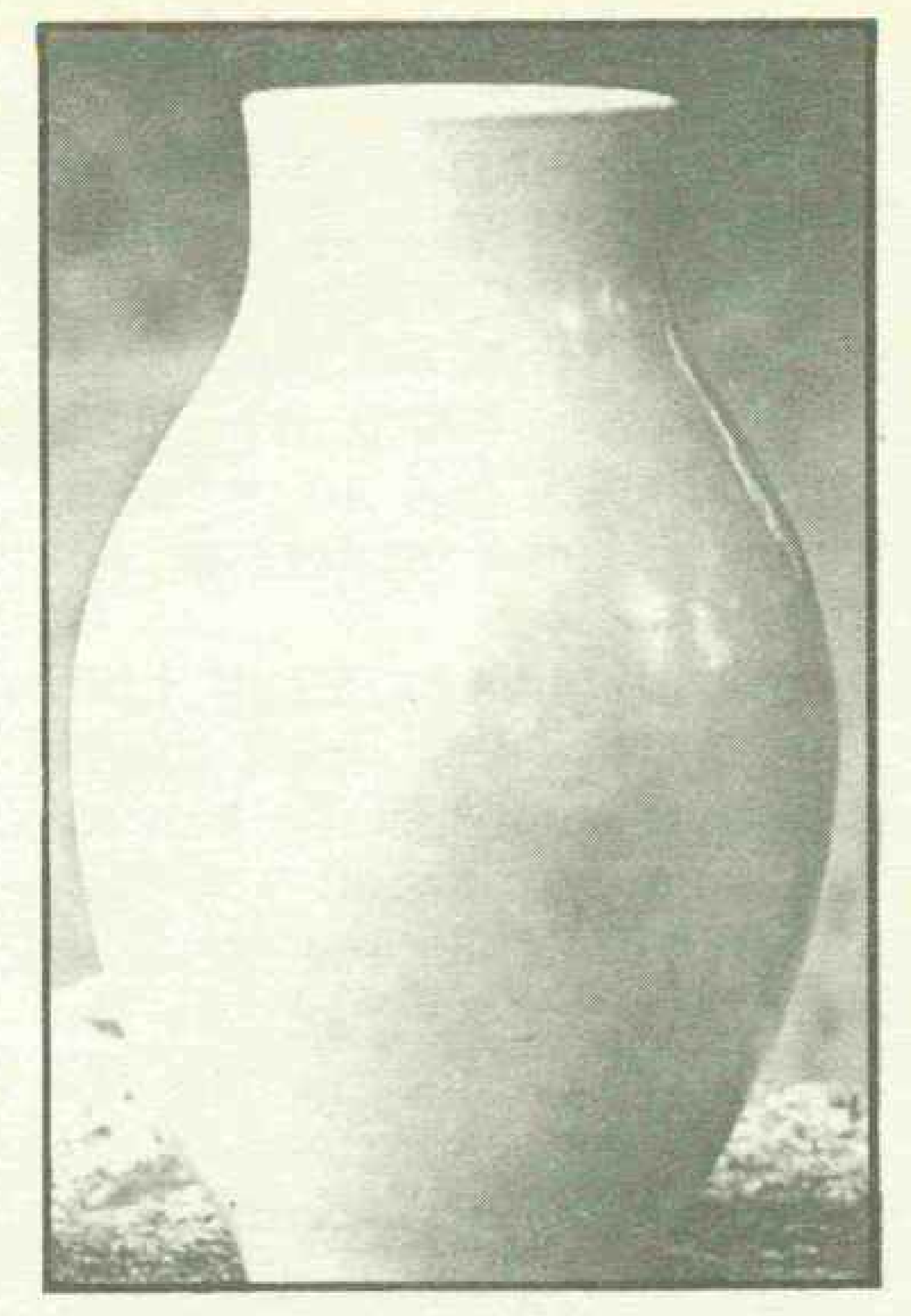
«He publicado algún libro con las fórmulas de la nueva cerámica. Estos libros han tenido mucha difusión y se han dispersado. Los que los han leído en una y otra parte del mundo, dicen que son mis discípulos. Me he encontrado con personas de esta creencia. Mis fórmulas son buenas, pero forman parte de lo que podríamos llamar la matemática de la cerámica. Después hay la realidad, la práctica, y esta es la actividad eficaz. Difícil y eficaz. Depende de la tierra, del aire, del fuego y de la experiencia personal. El ceramista debe tener una gran experiencia y buen gusto. La experiencia no es casi nunca corriente; el buen gusto es escaso.»

«La fórmula de un esmalte consiste en su constitución, en su composición. El resultado —positivo o negativo— depende de la manera de emplear el fuego. Es el mismo problema de un plato guisado en la cocina, que el fuego puede salvar o estropear. Exactamente igual. Es el fuego al que hay que vigilar. Un panadero hará un pan bueno o malo, según el fuego que tiene delante. Es exactamente igual.»



Acceso a la calle de San Rafael, donde nació Llorens.

Retazos de opiniones sobre Llorens



Jarrón con esmalte de óxido de cobre y de plomo.

«(...) Dentro del mundo del arte es un catalán universal, de un universalismo concentrado, sobre todo en el área de la civilización occidental. Ha llegado a esta situación sin haber hecho la más leve concesión al exhibicionismo, al pintoresquismo, a la propaganda o a la política.» *José Pla.*

«Sin duda Artigas ha observado que en el gesto del modelador hay un recuerdo latente del inconsciente colectivo, al cual se refería Carl Gustav Jung. El hombre que modela barro repite el gesto instintivo del niño que, para intentar manifestarse, se sirve de la materia más trivial. Así se siente transportado con el pensamiento a los primeros días de la creación (...).» *Pierre Courthion.*

«(...) Y exactamente este es el secreto de Llorens Artigas: redescubrir una riqueza perdida, volver a los orígenes, reinventar sin invenciones, defender de manera impecable todo aquello que se considera esencial en un arte tantas veces perdido en decorativismos demasiado fáciles.

La jugada más íntima comienza después. Cuando el fuego provoca sobre la pulida superficie la iridiscente fulgencia de los colores: blanco, negro, azules claros, verdes mortecinos, ocres mórbidos, amarillos pálidos. Como si no fuera otra cosa que la luz sobre el mundo.» *Joan Teixidor.*

«La principal aportación de Josep Llorens Artigas al desarrollo de la cerámica europea, juntamente con la alta calidad de sus obras, ha sido eliminar por completo la decoración.» *José Corredor-Matheos.*

«La maestría de *Pepitu,* Llorens Artigas, es reconocida en todo el mundo. La suavidad de las formas, la gama fina y rica de sus colores, el arte de esmaltar con brillantes y mates, el misterio un tanto mágico, un tanto exorcista de hermanar las tierras, el agua, el aire y el fuego en una sola pieza, es precisamente lo que domina como pocos en el mundo este ceramista universal.» *Daniel Giralt-Miracle.*

«Artigas, como los grandes ceramistas del pasado, conoce todas las jugadas que proporcionan la arcilla y el fuego; también sabe, sin embargo, que estos elementos no se manejan fácilmente: son tan independientes que contadas veces

Jarrones de diversa factura, obra del ceramista Llorens Artigas.



Llorens de Artigas y Violette Gardy, saliendo de la iglesia el día de su boda en Ginebra.

se adaptan a su gusto.» *Josep Pijoan.*

Testimonios de una personalidad

Empecemos por el propio Artigas, que cuenta:

«Por diciembre del año 1921, Ramón Xuriguera vino a verme a mi taller de Charenton-le-Pont, en el muelle de las Carrières, 22.

En aquel tiempo tenía un ayudante, Roger Prunet, que recibió a Xuriguera y le dijo que esperase porque yo estaba vistiéndome para ir a París. Desde arriba le conocí por la voz y le dije que subiera.

Por la escalera de caracol subió a mi habitación y me encontró gateando por el suelo en busca de un botón que se me había caído de la mano y rodando fue a parar debajo de mi cama y no lo encontraba. No sé cómo fue que se me ocurrió disociar mis apellidos y le pregunté a quién venía a ver, si a Llorens o bien a Artigas. Xuriguera rió y seguí la broma, y entre los dos criticamos el uno a Llorens y el otro a Artigas.

De esta visita Xuriguera hizo un artículo que envió a *Mirador,* revista que en aquellos tiempos dirigía el inolvidable Justo Cabot, pero Víctor Hurtado *(propietario del periódico),* que lo leyó, dijo que no se publicara sin mi consentimiento, que fue afirmativo, y ahora les voy a explicar cómo había nacido el artículo:

Esta separación de personalidad hacía de Llorens un trabajador inquieto, austero, sobrio y tímido a la vez; en cambio, Artigas resultaba un retazo de padre que todo se lo echaba a la espalda; charlatán pero espiritual, que todo lo hacía a medias.

De la vida íntima de Llorens se sabe bien poca cosa y lo mismo pasa con el Artigas. Perfectamente adaptados al ambiente y la vida artística de París, conservan más que nunca el acento catalán y presentan unos ligamentos muy estrechos debidos a su barcelonismo purísimo.

He aquí resumido el artículo que entre los dos hicimos riendo mientras me vestía.»

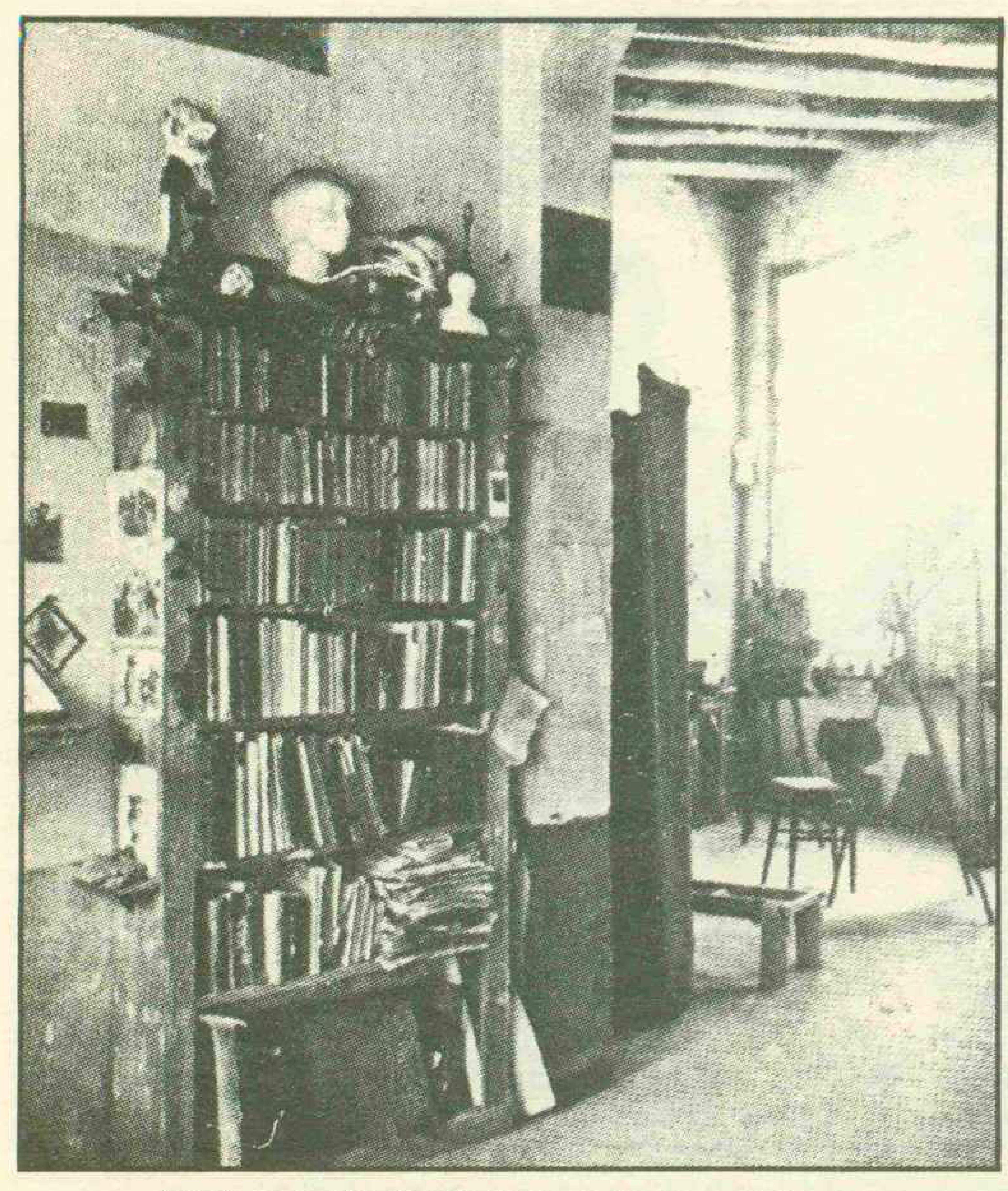
Pierre Courthion cuenta por su parte:

«Era en la época de *Un perro andaluz,* la película surrealista de Buñuel, en que aparecía un minúsculo Artigas mirando la altura de torre de una interminable Valentine Hugo.

Cuando llegamos a su taller, Artigas me dijo:

—Fíjate en esto.

Cogió un jarrón defectuoso



Estudio en la calle de Julio Verne, en Barcelona, de Llorens.

(resistente a todas las hornadas), lo colocó al pie de un árbol, cerró la puerta, la abrió nuevamente poco después, y el jarrón había desaparecido. Con una sonrisa maliciosa Artigas me explicó:

—Todo el barrio está lleno de mis piezas defectuosas. Por la calle las veo a través de las ventanas.»

Y asegura Lluis Permanyer: «Llorens Artigas, aunque era bajito, se hizo cortar el pelo al cero para eludir el servicio militar por corto de talla. La verdad es que de poco le sirvió: fue declarado inútil por... estrecho de pecho.»

Complemento biográfico

De 1909 a 1910, cuando era aprendiz de curtidor de pieles, por la tarde iba a la escuela de Llotja a aprender a dibujar. En 1912, después de cursar estudios de Bachiller y de Profesor Mercantil, entró en la Escuela Libre de Arte de Francesc Gali, donde conoció a Joan Miró. Cursó estudios de dibujo, como queda dicho, en la Escuela Superior de Bellas Artes de Sant Jordi (Llotja). Comenzó a hacer cerámica.

De 1914 a 1918 cursó los estudios de cerámica en la Escuela Superior de Bellos Oficios y las de dibujo y pintura en el Círculo Artístico de Sant Lluc. En el verano de 1917 fue por primera vez a París y a Golfe-Juan para trabajar en talleres de cerámica. Había ido con una beca de la Mancomunidad de Cataluña. Colaboró en diversas publicaciones, de las que cabe citar «Má trencada», «La Veu de Catalunya», etc. En 1918 volvió a Barcelona, donde tuvo un papel decisivo en la Agrupación Courbet. En 1920 es secretario y asistente del director de la Escuela Técnica de Oficios de Arte (sección nocturna de la Escuela Superior de Bellos Oficios).

En 1921 consigue otra beca de la Mancomunidad para volver a París. Instala su primer taller en Charenton-le-Pont (Seine) mientras continúa en la Escuela del Louvre los cursos de arqueología cerámica, dirigidos por el profesor E. Pattier. Al año siguiente publica como trabajo de fin de carrera «Las pastas cerámicas y los esmaltes azules del antiguo Egipto».

En 1923, después de haber trabajado durante algún tiempo con Durrio y Picasso, se instala definitivamente en París. Colabora con Raoul Dufy. Con éste y Nicolau Rubió Tuduri (arquitecto de jardines) trazan una serie de jardines de salón, entonces novedad absoluta, que exponen en julio de 1927 en la Galería Bernheim-Jeune de París y posteriormente en Londres, Bruselas y Nueva York.

En 1925 había obtenido la Medalla de Oro en la Exposición Internacional de Artes Decorativas celebrada en París. En el mismo año expuso por primera vez individualmente en la Exposición de Cerámicas de la Galería Bernheim-Jeune. Y la sección española de la Exposición Internacional de Artes Decorativas le nombró miembro del Jurado Internacional de Recompensas.

Asimismo, en 1926, abría una exposición de las cerámicas hechas en colaboración con Raoul Dufy, en las mismas Galerías Bernheim-Jeune. A partir del año 1927, y después de la Exposición de «Jardines de Salón», Artigas inicia su realización de cerámicas de gres, las cuales expone en la Galería «Le Centaure» de Bruselas y en las «Claridge Gallery» de Londres en 1928.

Más sobre las colaboraciones. Conquista de Madrid

Artigas es incansable. En los años treinta expone en diversas galerías y salones de París, Nueva York, Barcelona, Madrid, Estocolmo, Berna, Guadalajara (México) y Santander.

Y colabora también con Albert Marquet, Miró (la colaboración con éste es la más persistente y numerosa), Georges Braque, el escultor Eudaldo Serra.

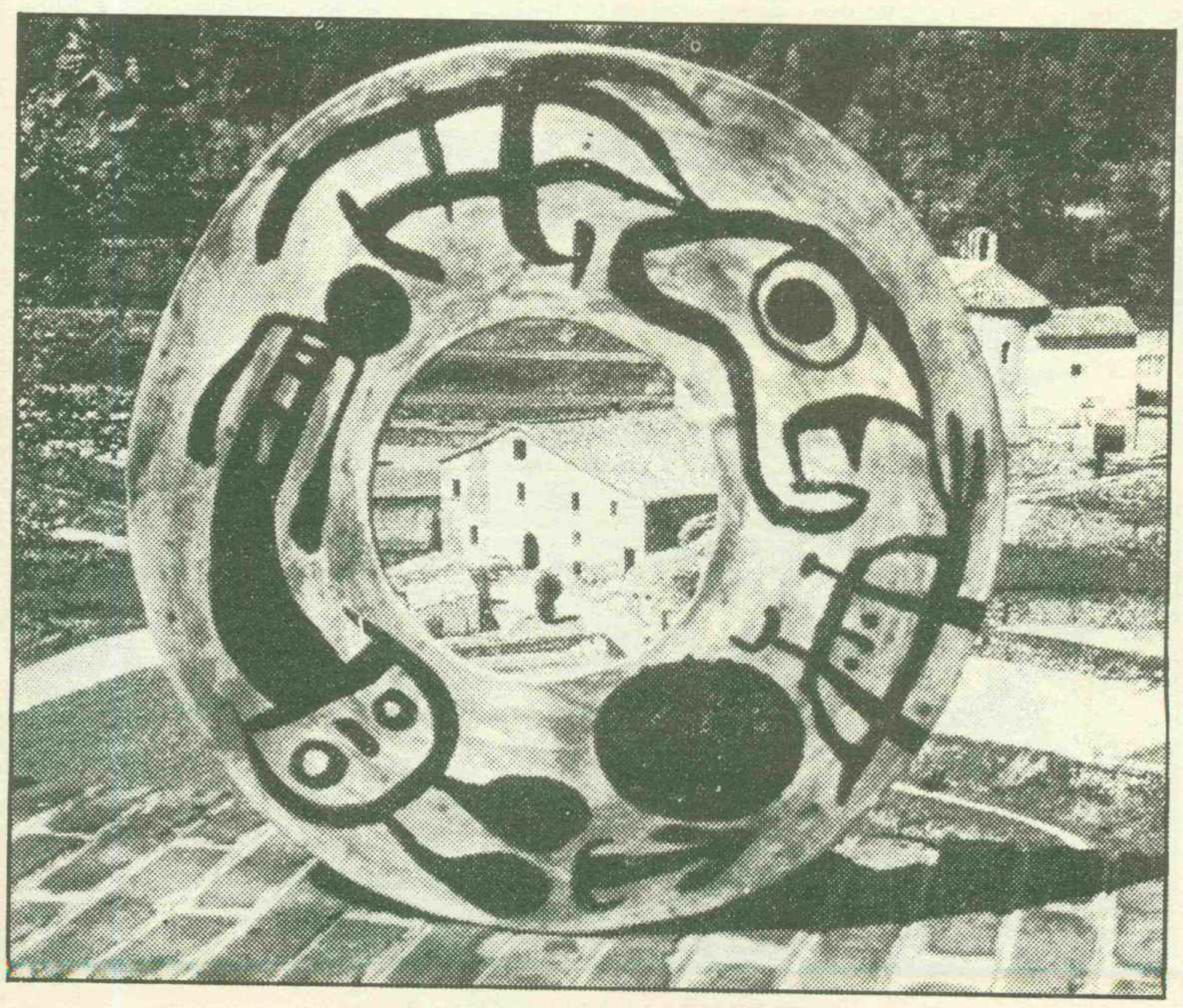
En Madrid *se le descubre* en 1944, donde efectúa una exposición en las galerías «Estilo», y el mismo año, también en la capital de España, figura en el «Salón de los Once», organizado por la «Academia Breve de Crítica de Arte». En el año 1946 expone nuevamente en las galerías «Estilo» y vuelve a ser invitado por el «Salón de los Once», que se celebra en las galerías «Biosca».

En 1947 figura, una vez más, en el «Salón de los Once», que esta vez tiene lugar en el Museo Nacional de Arte Moderno y es miembro del jurado de la I Exposición de Artes Decorativas madrileña. En 1950 expone en la Academia Breve y en 1955 realiza una exposición de cerámica utilitaria con el escultor Serra, en la mencionada galería «Biosca». Cinco años después, en 1960, expone en el Club Urbis de Madrid con su hijo Juan y su hija Mariette, la cual ha expuesto asimismo en diversas exposiciones individuales sus primeros esmaltes sobre metal.

En 1932, y exponiendo sus cerámicas en la «Brummer's Gallery» de Nueva York, el «Metropolitan Musseum» le adquiere una obra. Era la primera vez que este importante museo adquiría una pieza de cerámica. Al año siguiente, y para no ser menos, el Museo de Arte Moderno de Barcelona le adquiere la obra que había expuesto en el Salón de Primavera.

En 1937 consigue Diploma de Honor en la Trienal de Milán y Medalla de Oro en la Exposición Internacional de la Villa de París.

El tándem Artigas-Miró conlleva el trabajo conjunto propuesto por el pintor y ambos ejecutan grandes jarrones



Cerámica Miró-Artigas, con la casa de éste en Gallifa, al fondo.

y placas decorativas que fueron expuestos en Barcelona y Nueva York.

Otros premios, colaboraciones y honores

En 1950 consigue también Diploma de Honor en la IX Trienal de Milán y en 1954 el Gran Premio de la III Bienal Hispano-Americana de Arte de La Habana, mismo año en que es nombrado oficial de Academia por el Gobierno francés.

En 1955, Miró, a quien la UNESCO pide que participe en la decoración de los nuevos locales de la plaza Fontenoy (dos muros, uno de ellos de tres metros de alto y 15 de largo) decide hacerlos en cerámica con la colaboración de Artigas. Como preámbulo de su trabajo, y a manera de documentación, visitaron las pinturas rupestres de Altamira.

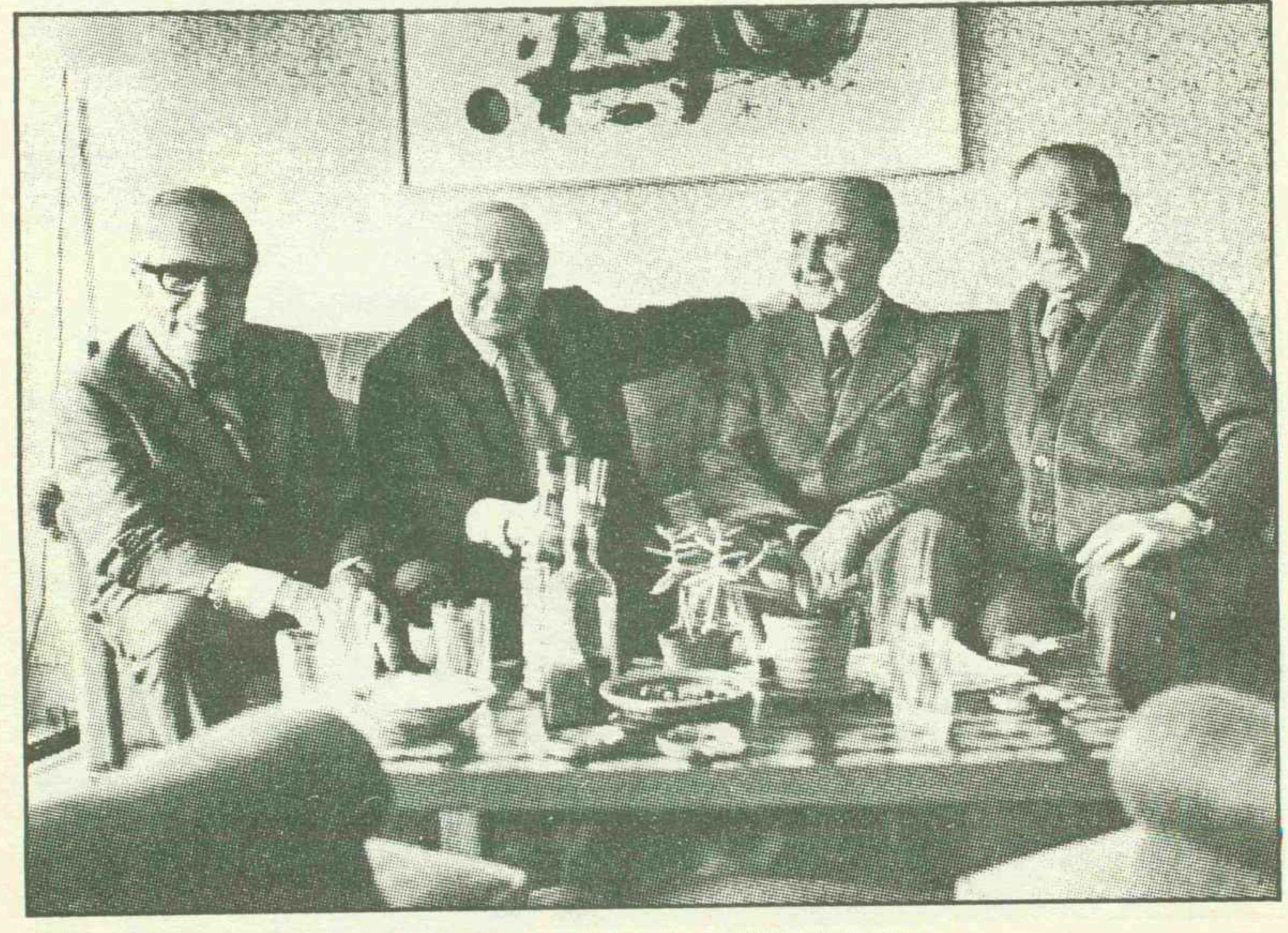
En 1956 el ceramista genial obtiene el Gran Premio Internacional Guggemheinm.

Otras dos exposiciones de homenaje se le hicieron en los últimos años de su vida: en 1977 en la Galería Maeght de Barcelona y una grande al año siguiente en el edificio de la plaza de San Jaime, sede central de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de su misma ciudad natal. La última, «post-morten», en el palacio de la Virreina, clausurada el 10 de enero pasado, ha colmado la expectación y curiosidad por el encuentro de un arte casi siempre mediatizado, pero en él lleno de una personalidad irrepetible.

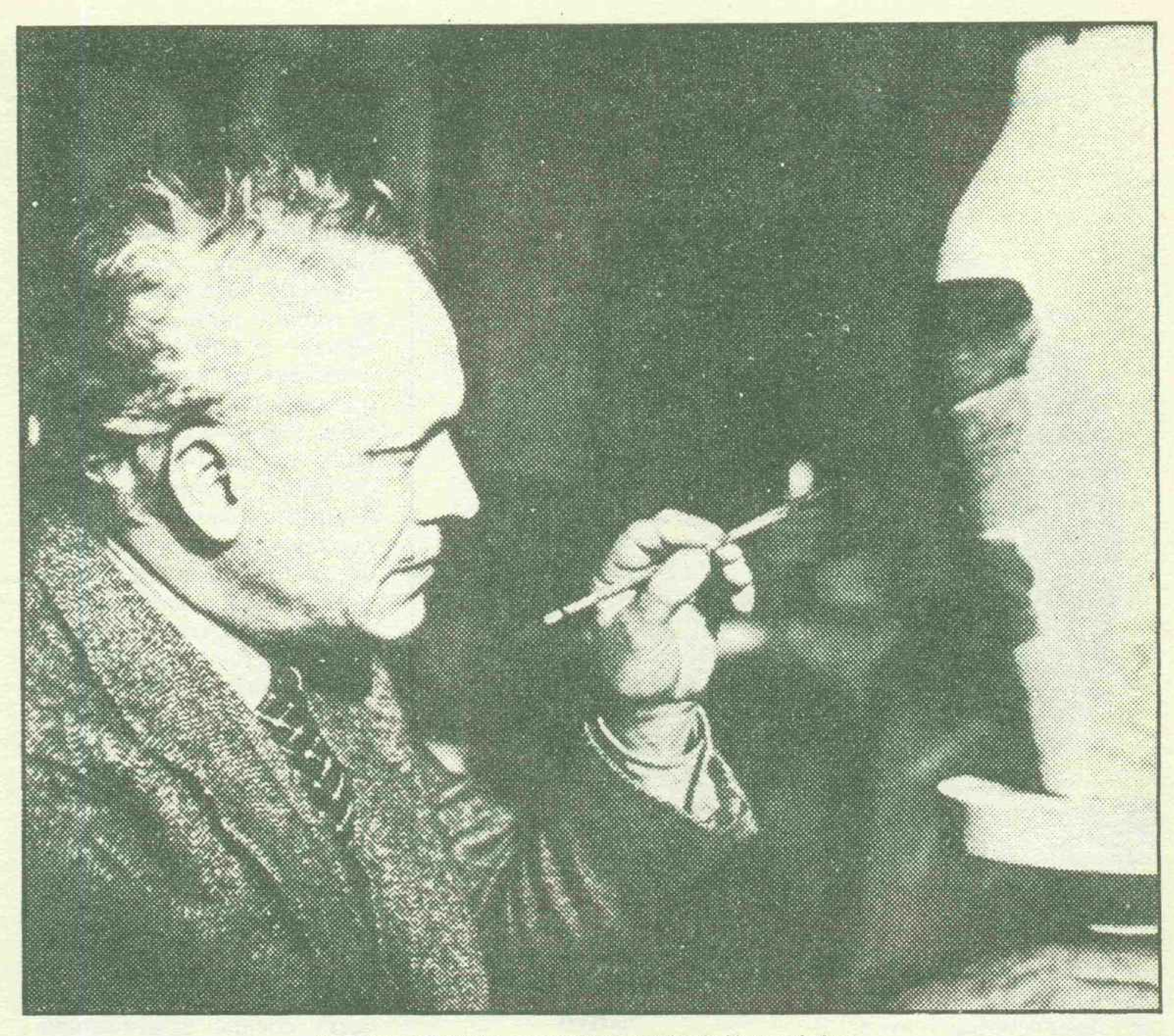
Se abrió justamente al año de su muerte, patrocinada por el Ayuntamiento. Narcis Serra, el alcalde, lo ha titulado como «uno de los más grandes artistas de nuestro tiempo».

Ha sido una exposición antológica que ha coincidido con la inauguración, en el Museo de Cerámica, de una nueva sala dedicada a la cerámica contemporánea y que lleva el nombre del gran maestro de los ceramistas catalanes.

A dicho Museo donó Mariette, la hija de Llorens, en el año 1979, los cuadernos del taller de su padre y últimamente once valiosas piezas, once jarrones, que unidos a los que ya poseía el Museo, y otros que se adquirieron luego, dieron a la institución la más amplia colección de obras del gran artista, que realizó toda su obra en silencio, sin alharacas, con la sola presencia de su trabajo bien hecho, reduciendo la cerámica a sus orígenes, a su condición utilitaria. Aprendió de los grandes ceramistas del Extremo Oriente, los maestros de las dinastias Song y Ming del Japón.



Llorens Artigas con J. L. Sert, Joan Miró y J. V. Foix.



El pintor Raoul Dufy, decorando un jarrón de Llorens Artigas.

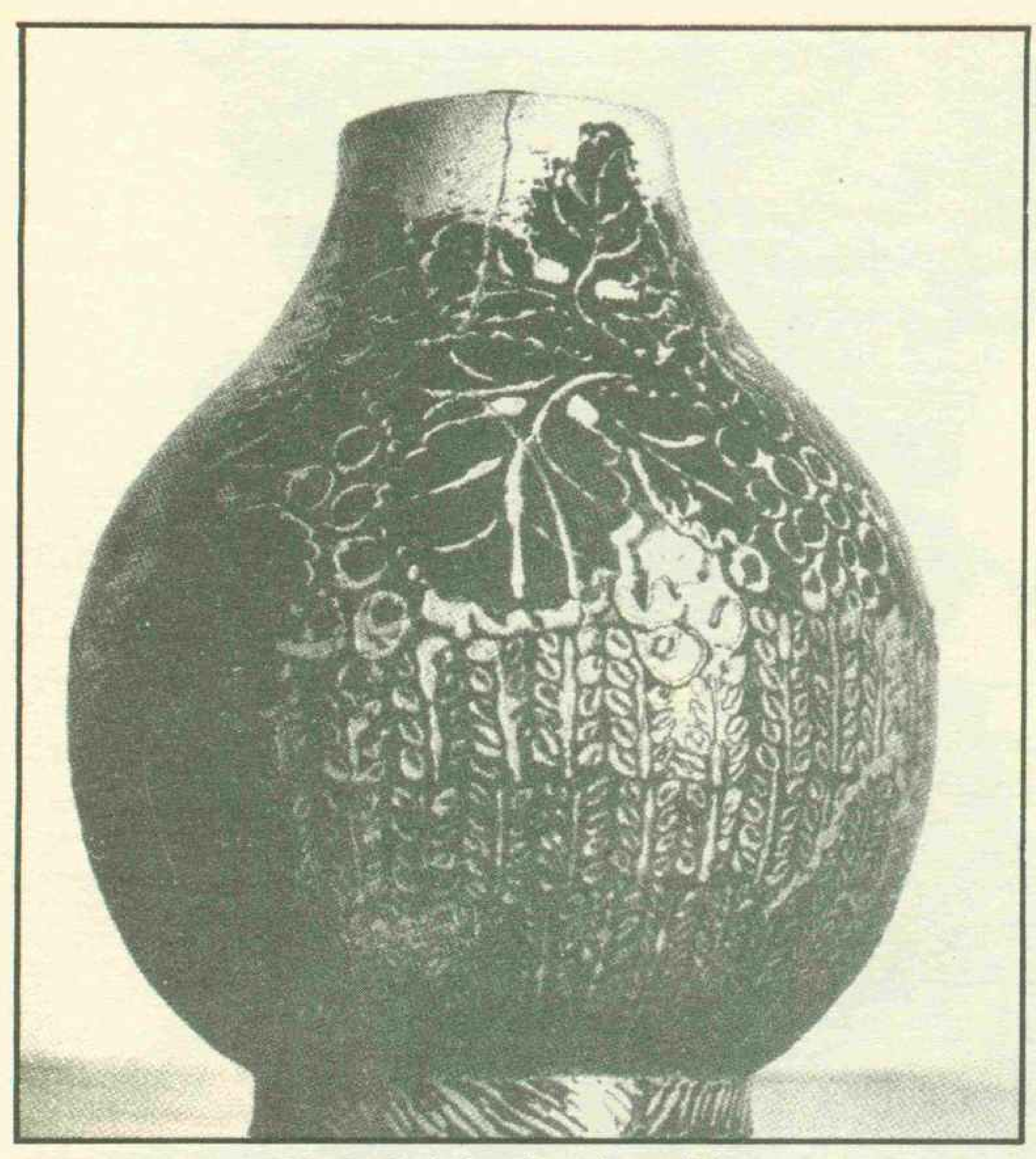
De sus críticas. La amistad de Picasso

Como hemos reflejado, uno de los aspectos de Llorens Artigas era su carácter de crítico de arte y de ensayista. Sus artículos en «La Veu de Catalunya» desde 1917 fueron publicados y celebrados hasta 1919, provocando varias polémicas con artistas y otros críticos. Esos artículos y algunos libros componen su obra didáctica. También publicó en «Vell i Nou», «La Revista», «Gaceta de les Arts», «La má trencada» —antes mencionada—, «Cerámica Industrial i Artística», «Mirador», «Art» y ya maduro en «Destino» y en las publicaciones francesas «Derriere le Miroir», «L'Effort Moderne» y «Rythme et Synthese» de París.

En 1947 publicó el libro *Formularios y prácticas de cerámica,* del que se hicieron varias ediciones, y en 1950 *Tratado de esmaltes y colores sobre vidrio, porcelana y metales.* Son las dos obras más explicativas de cuantas escribió. Decía que había hecho más de tres mil fórmulas de cerámica y que nunca había repetido ninguna. *Formularios...* constituye un libro de consulta con recetas imprescindibles para todos los que comienzan a intentar ese arte.

Su criticismo le lleva a ponerse al lado de los vanguardistas, aunque no trabajara con ellos, si exceptuamos a Miró, y entabla polémicas en defensa de ellos. Destaca Pla en su libro *Homenots* la crítica de Artigas en «La Veu de Catalunya», a una exposición de Feliú Elías, y la diatriba del pintor contra el ceramista y la contestación de éste, que dio lugar a una controversia de opiniones en las que resaltaba ironía y gracia en Llorens.

Artigas conoce a Picasso en 1921. «Yo iba a verle continuamente. Además de la amistad que nos unía, yo le interesaba porque hacía crítica de arte en diversas publicaciones de Barcelona y también de París. A su mujer casi no la traté, me daba el *bonjour* y desaparecía en seguida: era el *ama* de la casa, pero no contaba ni se la veía. No recuerdo haber salido



Jarrón de Artigas decorado por Dufy.

nunca junto con Picasso; o él visitaba la calle de la Boétie o bien nos encontrábamos en alguna reunión con amigos. Cuando estábamos solos hablábamos en catalán...»

Debe ser en 1925 cuando Picasso le propone hacer cosas juntos. Dos veces quedaron citados en el estudio del ceramista, pero Picasso no acudió. «Ahora me alegro de que no viniese, pues Picasso, con su genial personalidad, puede que me hubiera anulado y yo habría pasado como un ayudante suyo. No habría podido trabajar después con Dufy o con Miró de igual a igual.»

Picasso colaboró más tarde con otros ceramistas, con los que no llegó a cristalizar la obra que en tal oficio hubiera conseguido con Artigas, que en cambio se puso a colaborar con Dufy, más viejo que él, durante cuatro años, de 1924 a 1928, en que soldaron una gran amistad.

De la colaboración con Miró

Destaca sobre las demás por lo constante y lo cualitativa. Fue tan fraternal que hasta se ha publicado una monografía titulada *Cerámicas de Miró y Artigas*. Hay además tres artículos de Llorens que podían titularse en castellano *Mi colaboración con Miró*, *Ruta parecida* y *Joan Miró ceramista*, y uno de Miró, *Mi última obra es un muro*.

Miró y Llorens Artigas se habían conocido en su juventud y es posible que coincidieran en el Círculo Artístico de Sant Lluc, ya que participaron en la Agrupación Courbet. Posiblemente también coincidieron en las clases de Francesc A. Gali. Y cuando Miró expuso por primera vez, en febrero de 1918, quizá la primera crítica de su obra fue la de Llorens Artigas.

Después, cuando Miró estaba en París, le dejó el estudio que tenía en la rue Blomet. En París, pues, se relacionaron, aunque no con frecuencia. Dice Miró que en 1938 le entraron ganas de hacer cerámica, y cuando vio la exposición de Llorens Artigas en la Galería Argós de Barcelona, le propuso trabajar juntos. Antes de un año fue al taller del ceramista e incidió en su deseo, hasta que en 1944 hicieron una primera tentativa que no salió a gusto de ambos. Miró no se desanimó. Corredor Matheos describe esta etapa de la famosa colaboración: «Después de hacer los primeros jarrones —uno de ellos actualmente en el Museo de Arte Moderno de París— a fines de 1945 hicieron una serie de placas de arcilla, cerca de las doscientas. Posteriormente Miró decoró unos treinta fragmentos refractarios que había en algún rincón del estudio, restos de un viejo horno. Esta rusticidad e irregularidad se acercaban —si bien de manera aún lejana— a los deseos de Miró. También hicieron en esta época unas veinte pequeñas esculturas de tierra cocida, estilísticamente cercana a las esculturas primitivas, representando figuras humanas. Con todo este material organizaron una exposición en la Galería Pierre Matisse de Nueva York en 1945 y en la Galería Maeght de París en 1948.»

La conjunción total se produce en 1953, en Montroig, tomando como ayudante a Joan Gardy-Artigas, el hijo del ceramista, que tenía quince años y ya antepone el primer apellido de su madre, suprimiendo el primero de su padre, quizá por afirmar una personalidad independiente de la arrebatadora de éste.

En mayo de 1956 habían salido de los hornos 232 piezas a satisfacción de los colaboradores, que expusieron en la Galería Maeght de París con el título de «Terres de grand feu». Joan Teixidor dice que aquella

exposición es el hecho artístico más importante «de los últimos años en nuestro país».

Ya en 1955 le pidieron a Miró participar en la nueva sede de la UNESCO en París realizando dos murales exteriores. Fue cuando el pintor propuso que los dos murales fueran en cerámica y en colaboración con Llorens Artigas, y fue aprobada la idea.

Recuerdos del hijo

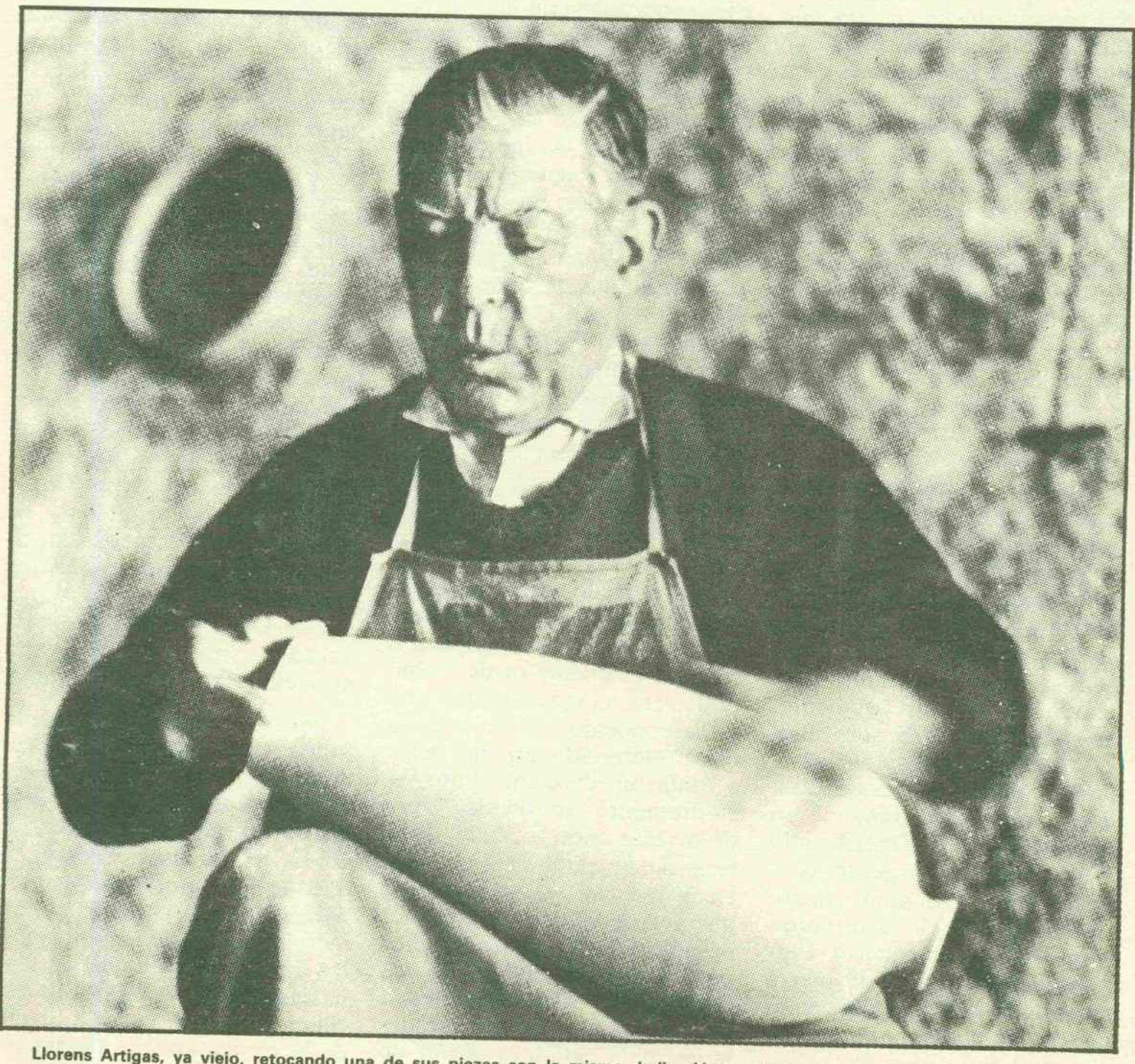
«Llorens Artigas era un hombre de ciudad. De Barcelona a París, su juventud y formación son ciudadanas. De la calle de San Rafael al distrito 5.° de Barcelona —donde se sentía muy orgulloso de haber nacido el 16 de junio de 1892—, al taller de Charenton, en París, donde frecuentaba el Dome y la Coupole de Montparnasse, su vida transcurría en medio del bullicio ciudadano.

Cuando en 1954 decide trasladarse a Gallifa no es por espíritu ecológico, como se podría pensar ahora, ni por ninguna necesidad de retorno a la naturaleza, sino simplemente por problemas de de orden práctico: su horno hacía humo y molestaba al vecindario.

Durante los días que vivió en Gallifa no hizo otra concesión a la naturaleza que ponerse unos pantalones de terciopelo para trabajar. Por otra parte, la vestimenta de *Pepitu* siempre fue el "traje", nunca demasiado elegante y siempre un poco viejo y arrugado; nunca supo la diferencia entre las coles y las patatas hasta que ya estaban en su plato.

Estas palabras son para situar bien la personalidad de *Pepitu*, que vivía en un mundo muy personal, cerrado y complejo; tan sólo él tenía la llave y muy pocas personas podían entrar en su intimidad.»

José Llorens Artigas, *Pepitu*, murió silenciosamente en la profunda sima mental de la arteriosclerosis.■**C.S.**



Llorens Artigas, ya viejo, retocando una de sus piezas con la misma dedicación y entusiasmo que en sus años juveniles.

"Los años del Pistolerismo" barcelonés

Eduardo de Guzmán

PARA nadie constituye un secreto que nada ignora tanto el español medio como su más reciente historia laboral y política. El hecho no puede sorprendernos sabiendo que hasta fecha muy reciente nuestros textos escolares concedían un máximo espacio a todo lo acontecido en España durante los siglos XVI y XVII, mientras resumían en pocas líneas, cuando no lo silenciaban por completo, todo lo sucedido durante la centuria pasada y muy especialmente la actual. Dentro de la ignorancia general de los aspectos esenciales de nuestro vivir ciudadano sobresalen algunos períodos sobre los que se han tenido tantos velos desfiguradores que incluso los interesados en el tema tropiezan con enormes dificultades para dar con la verdad pura y simple.

Entre esos períodos de silenciamiento y ocultación sistemática figuran en primer término, naturalmente, las repetidas y prolongadas etapas de dura, de inhumana represión contra las clases trabajadoras a lo largo de los últimos cien años. Hablando de ello precisamente, un historiador nada sospechoso de extremismos revolucionarios, Miguel Martínez Cuadrado, expresa claramente su opinión al respecto escribiendo en la obra «La burguesia conservadora»: «Un punto negro para la historia de la restauración: el abuso en recurrir a estados de excepción y de guerra para contener las reivindicaciones de las clases sociales discrepantes del orden burgués.» «El examen de las medidas de ese carácter y la contundencia con que fue aplicado resulta abrumador. Las fuerzas de Guardia Civil, Policía y Seguridad, junto con el ejército, intervienen en la defensa del orden público, recibiendo órdenes generalmente radicales y excepcionalmente moderadas. Ello explica la serie inacabable de muertes violentas, las severas instrucciones a la Guardia Civil por las que los máuseres oficiales disparan con sorprendente ligereza, las fuertes condenas y las frecuentes ejecuciones capitales: la represión sobre los discrepantes obreros. Desde la "Mano negra", en 1882, hasta las bárbaras luchas de 1917 a 1923, la historia gubernativa del Estado liberal no es precisamente una historia rosa. Represión agraria en los años ochenta en Andalucía; represión anarquista en Cataluña y Andalucía en los noventa; freno al sindicalismo socialista y anarquista entre 1907 y 1923.»

Del período que transcurre entre el final de la primera guerra mundial y la implantación de la dictadura de Primo de Rivera, el más espeluznante y desconocido de la historia del proletariado español trata a fondo un excelente libro recientemente aparecido, obra de investigación, trabajo y síntesis de un periodista catalán: León-Ignacio. «Los años del pistolerismo» es obra capital no sólo porque aclara muchos puntos oscuros de una de las etapas más tristes de nuestra vida nacional, sino porque demuestra la catadura moral de unas clases capitalistas capaces de hundir a todo un pueblo en un baño de sangre antes de acceder a los legítimos derechos y aspiraciones de quienes con su esfuerzo contribuyen a sus exorbitantes beneficios en una etapa singular de la vida europea.

Sabido es que las luchas sociales han sido ásperas y en ocasiones sangrientas en no importa qué país y que la simple conquista de la jornada legal de ocho horas exigió cerca de un siglo de esfuerzos y sacrificios. Las clases capitalistas dominantes han defendido siempre con uñas y dientes la integridad de sus beneficios, aun sabiendo que con su actitud causaban la miseria y depauperación de las masa laborales, muchas veces constituidas por mujeres y niños menores de diez años. No ignoramos ni las injusticias ni las tropelías padecidas por los trabajadores ingleses en los comienzos de su revolución industrial ni tampoco la suerte que corrieron en épocas semejantes los proletarios alemanes, austríacos, belgas y franceses. Nadie ignora los procedimientos del capitalismo americano utilizando grupos de matones para romper las huelgas u organizando siniestros complots de los que los mártires de Chicago o los casos de Sacco y Vanzetti constituyen la más elocuente muestra.

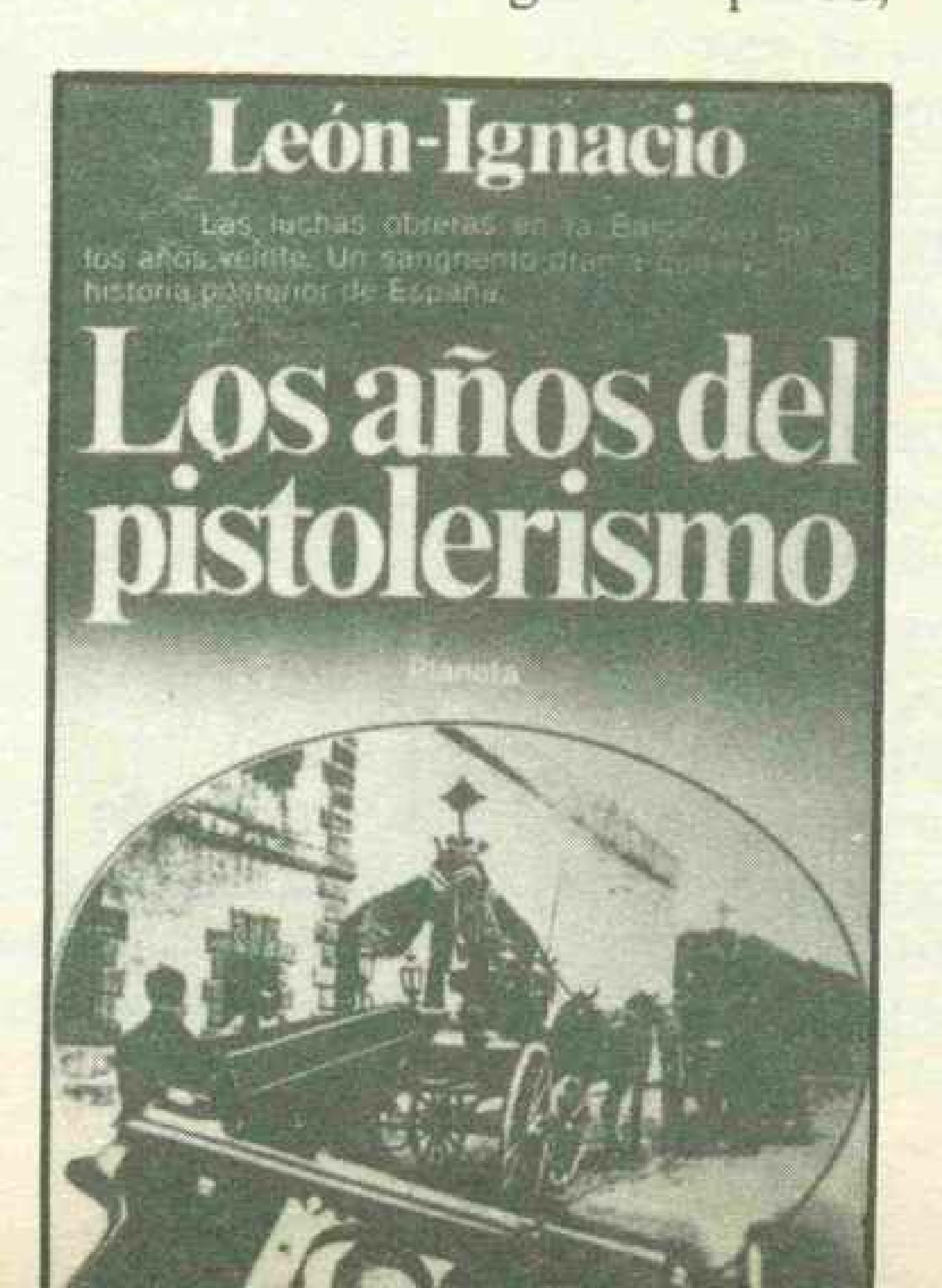
Pero aun teniendo en cuenta todos esos dolorosos antecedentes, preciso es reconocer que en ningún tiempo ni país las organizaciones patronales, con la colaboración y complicidad de las autoridades gubernativas, llegan a extremos tan increíbles y vergonzosos como los que se suceden en Barcelona entre 1915 y 1924. Que las clases dirigentes, con la ayuda de la propia Policía, organicen unos llamados sindicatos libres

integrados por maleantes y esquiroles para enfrentarlos a las organizaciones proletarias, armándoles con pistolas y proveyéndoles de patentes de inmunidad para asesinar a los trabajadores organizados, resulta tan increíble como las deportaciones en marcha, las conducciones por carreteras de un extremo a otro de la geografía peninsular con la muerte de una mayoría de los forzados caminantes y muy especialmente que sean las propias autoridades quienes ideen, preparen y pongan en práctica la siniestra ley de fugas, supera nuestra capacidad de comprensión y caemos fácilmente en la tentación de creerlo simplemente fruto de una dantesca pesadilla. Basta y sobra con recordar que víctimas de este terrorismo, iniciado por el propio Estado, perecen más de quinientas personas, cuyos nombres y apellidos aparecieron en la prensa de la época para convencerse de que este horror fue, aunque hayan desaparecido ya la inmensa mayoría de sus contemporáneos.

En los más de sesenta año transcurridos desde que esta barbarie tuvo lugar se ha procurado echar sobre los hechos toneladas y toneladas de olvido. De vez en cuando se recuerda y menciona los nombres de algunos que cayeron víctimas de la reacción desesperada de los trabajadores; de estos, que constituyen más de las tres cuartas partes de los muertos, se procura pasar en silencio aunque sean figuras tan capitales en el movimiento obrero español, como Salvador Seguí y Evelio Boal, o políticos de la talla del desgraciado Francisco Layret. Aunque sólo fuera por recordar esta etapa y hacer un ligero balance de sus víctimas ya merecería la pena leer con detenimiento y atención «Los años del pistolerismo».

Con admirable tesón y buena voluntad, León-Ignacio ha dedicado años enteros a reconstruir esta etapa. Se ha valido, fundamentalmente, de una labor escrutadora de la prensa que se publica durante este tiempo, esencialmente en Barcelona, recurriendo, cuando le es posible, al recuerdo y testimonio de los pocos supervivientes. Su labor no puede, en modo alguno, tacharse de parcial en favor de las organizaciones obreras, la CNT esencialmente, que es quien lleva el peso de la contienda y la que cuenta con una mayoría abrumadora de muertes. Sí, acaso, podría ponerle la tacha, dentro de su indudable deseo de objetivar, de inclinarse ligeramente del lado contrario y ello por razones fácilmente comprensibles. La prensa obrera de esta época, como en todas, es muy inferior en publicación y difusión de la que defiende los intereses de las clases privilegiadas; por otro lado, sometidos todos los periódicos a la previa censura durante gran parte del período, las informaciones que se publican tienen casi siempre un cariz gubernamental, cuando las autoridades son tan calificadas como los tristemente famosos generales Martínez Anido y Arlegui. Por muchas que sean las reservas con que un informador moderno se enfrenta con aquella prensa, fatalmente se sentirá influido por el tono y la abundancia de las noticias y comentarios contrarios a los elementos trabajadores.

Pese a estos ligeros reparos, no por completo imputables al autor, repitamos que «Los años del pistolerismo» es una obra valiosa merecedora de ser ampliamente conocida y divulgada. En ella señala con precisión los orígenes de la gran tragedia: los fabulosos beneficios de la industria catalana durante la primera guerra mundial y su brutal negativa a que los trabajadores pudieran mejorar sus miserables condiciones de vida. Hace especial hincapié en la huelga de la Canadiense —hecho de capital importancia en las luchas sociales barcelonesas— y del recurso de la patronal a las bandas de maleantes —utilizados durante la guerra por las embajadas de los países beligerantes para sabotear los envíos al adversario—, convirtiéndoles en rompehuelgas y asesinos de trabajadores. Luego, cuando los obreros no se doblegan y continúan su lucha, utilizando a veces procedimientos iguales a los empleados por las bandas de Bravo Portillo y el falso barón de Koening, se solicita y encuentra el auxilio de las autoridades gubernativas para que participen activamente en la contienda entablada. En ese aspecto adquieren pronto la más triste celebridad un gobernador civil de Barcelona —Severiano Martínez Anido— y un jefe de policía —el general Arlegui—. Lo que entonces sucede en Barcelona a lo largo de unos años supera con creces todo lo que en esa misma época ponían en práctica los *gangsters* de Chicago, o, posteriormente, los escuadristas del fascismo italiano o los «camisas pardas» del nazismo alemán.



«Los años del pistolerismo» es una historia por igual increíble y espeluznante. Pero es una historia veraz, que antecede y explica muchos de los horrores de nuestra guerra civil y debe servir a todos de lección y escarmiento para que tales barbaries no puedan volver a repetirse en la vida pública española. ■ E. G.

"Ludwig"

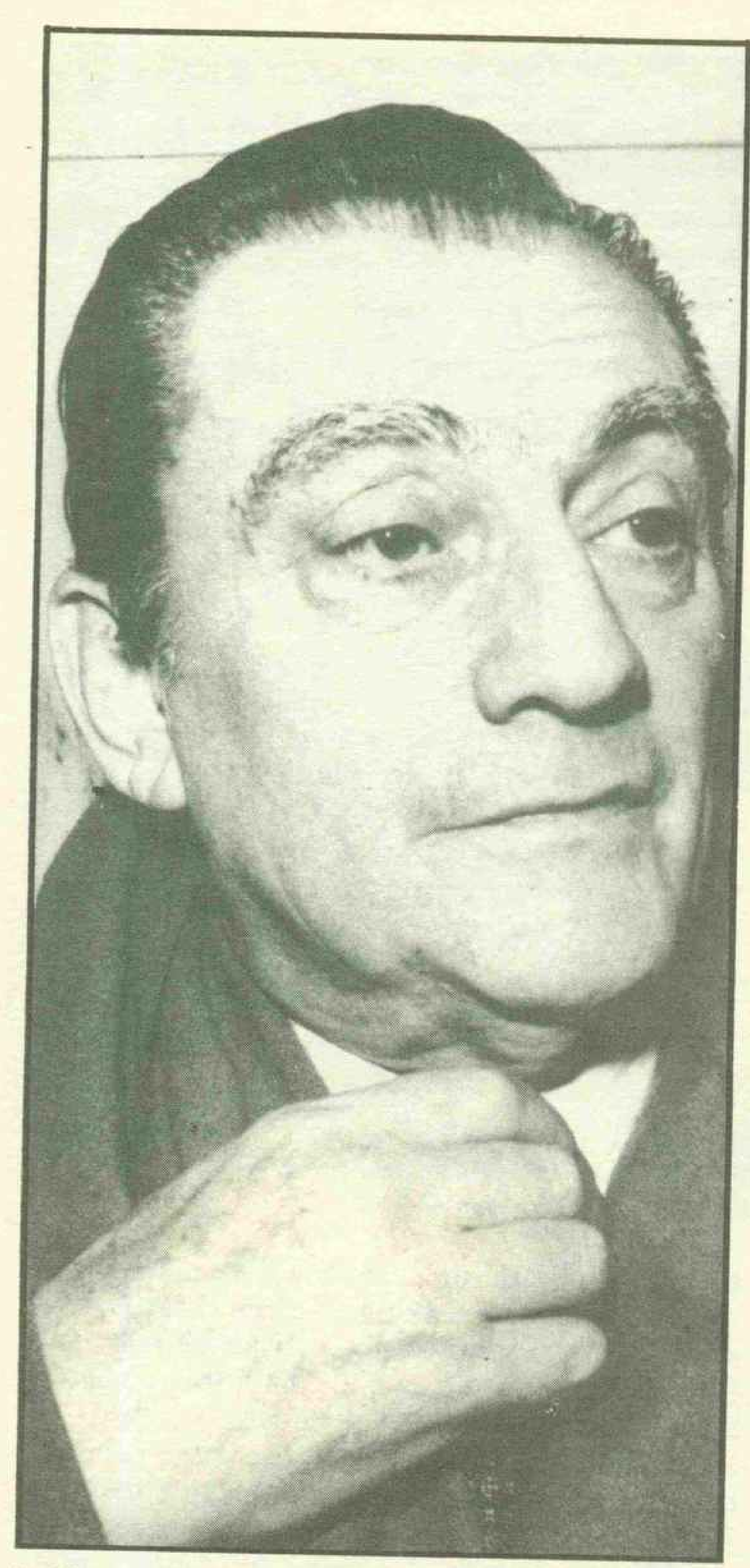
Alberto García Ferrer

UN día de marzo de 1976, hace ahora seis años, la muerte —última y detestable improvisación— llegó como un sorpresivo final de acto y la memoria, esa vieja cortesana, perdió a uno de sus pocos y privilegiados huéspedes: Luchino Visconti, un realizador cuya implacable memoria histórica nos devolvió algunas entrañables imágenes del siglo XIX, murió cuando la primavera despuntaba en las calles de Roma. Su obra, a caballo entre dos siglos, quedó encerrada en latas de aluminio, degradándose sin pausa hacia una rosa violáceó, como el viejo retrato pintado por un fotógrafo de plazas. Aquellos cuidadosos colores se disuelven como las estatuas milenarias se escurren en pusilánime arenisca por la enfermedad de la piedra. Sulfatos y bromuros, pequeños cristales inmemoriales, inquietos y cambiantes, son depositarios de la obra del artista.

VISTO desde esta perspectiva, «Ludwig» es una amarga reflexión sobre la muerte. Pero no la muerte de los epitafios, los sepulcros y los monumentos de piedra, ni la muerte resignada que convive en el lecho del anciano. No es ninguno de los mil rostros violentos de la muerte. Es aquella sigilosa, incesante destrucción que va haciendo de la vida una pura agonía. Ese irreversible movimiento que trazo a trazo va transformando el rostro de un hombre en el retrato de su propia muerte.

Un día de marzo de 1976, hace ahora seis años, la muerte —última y detestable improvisación— llegó como un sorpresivo final de acto y la memoria, esa vieja cortesana, perdió a uno de sus pocos y privilegiados huéspedes: Luchino Visconti, un realizador cuya implacable memoria histórica nos devolvió algunas entrañables imágenes del siglo XIX, murió cuando la primavera despuntaba en las calles de Roma. Su obra, a caballo entre dos siglos, quedó encerrada en latas de aluminio, degradándose sin pausa hacia una rosa violáceo, como el viejo retrato pintado por un fotógrafo de plazas. Aquellos cuidadosos colores se disuelven como las estatuas milenarias se escurren en pusilánime arenisca por la enfermedad de la piedra. Sulfatos y bromuros, pequeños cristales inmemoriales, inquietos y cambiantes, son depositarios de la obra del artista.

Visto desde esta perspectiva, «Ludwig» es una amarga reflexión sobre la muerte. Pero no la muerte de los epitafios, los sepulcros y los monumentos de piedra, ni la muerte resignada que convive en el lecho del anciano. No es ninguno de los mil rostros violentos de la muerte. Es aquella sigilosa, incesante destrucción que va haciendo de la vida una pura agonía. Ese irreversible movimiento que trazo a trazo va transformando el rostro de un hombre en el retrato de su propia muerte.



Luchino Visconti, duque de Modrone (Milán, 1906-Roma, 1976).

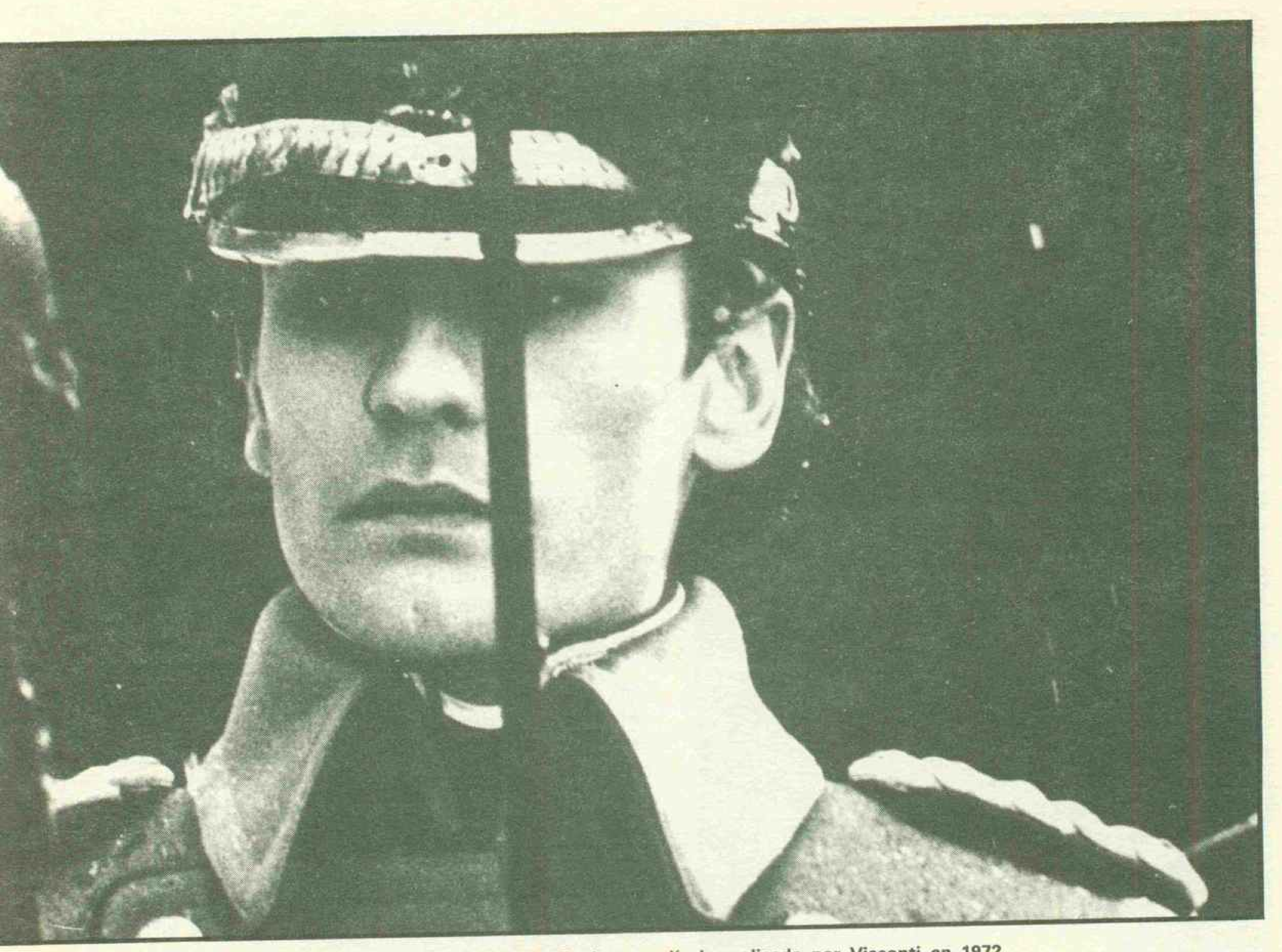
El cristal más frágil

Las traiciones, las impotencias, las desilusiones, los miedos, el autodesprecio físico, la soledad, van tejiendo sobre Luis II de Baviera una implacable red de cicatrices. Prisionero de su condición de hombre, de hijo, de hermano, de primo, de gobernante; heredero de un país sobre el que no ejerce su poder, de una vida ceremoniosamente planificada, de unas leyes y unas normas que son anteriores a él y superiores a su voluntad, de un estado de cosas que debe administrar pero no puede cambiar, Luis II elige crear una relidad a la medida de sus sueños, que ofrezca una imagen de su grandeza. Acosado por un mundo que le disgusta, decide negarlo y cerrar los ojos ante él. Construye sus propias, inmensas prisiones: mitológicas grutas en Linderhof, extrañas y sombrías salas en Neuschwanstein, implacables galerías de espejos en Herrendiemsee. Salta de una a otra, huyendo como un rey prófugo de mezquindades, codicias e intrigas. Pero la piedra, el mármol, el vidrio, la madera, los tapices, el estuco o la oscuridad no son suficientes para crearle un mundo nuevo, diferente al que se extiende amenazador más allá de los bosques que rodean los castillos. Por el contrario, como sórdidas cajas de resonancias le devuelven amplificados sus propios temores. Finalmente, la realidad —esa conspiración perpetua— lo asedia, lo asalta y lo arrincona, porque ni aun el monarca puede ser libre en un mundo de esclavos del hambre y de la guerra, de las normas y de las convenciones. Sólo le queda la posibilidad de consumar, contra la voluntad de todos, el último acto de la tragedia: acabar con su propia vida.

Visconti construye el filme en dos tiempos: en uno desarrolla una encuesta que enjuicia el comportamiento y la capacidad mental de Luis II, según el testimonio de sus ministros y hombres de confianza; en otro narra el período de su vida que arranca con la fastuosa coronación (estupenda puesta en escena, donde los espacios, los movimientos y las entradas en cuadro constituyen un análisis de las relaciones de poder) y culmina con su suicidio (sombrío desfile de antorchas en medio de la lluvia y de la noche). Los sucesos históricos permanecen ajenos a la narración y sólo penetran en ella por medio de mensajeros, portavoces y diplomáticos. La historia, como fruto de las luchas y las tensiones sociales, como fuerza transformada por la vida de los hombres, transcurre lejana, como una acción fuera del cuadro, una tensión externa y paralela que descarga su peso sobre el rey ausente. Los acontecimientos se imponen sobre Luis II: no quiere la guerra, pero ésta consume las vidas de su pueblo y el tenue equilibrio de su hermano Otto; no quiere ver a Baviera sujeta a la voluntad de Prusia, pero Bismarck ya lo ha decidido en Berlín. La consolidación de la «Gran Alemania», bajo la autoridad del Kaiser, es mostrada por Visconti al trasluz del cristal más frágil. La pieza que ya no encaja en el rompecabezas que emerge de la reorganización europea.

El viaje a la semilla

«Ludwig» es la última parte de un sombrío «viaje a la semilla», que Visconti realiza a lo largo de tres filmes, agrupados posteriormente bajo la denominación de «trilogía germánica». Esta reflexión despiadada y amarga la inicia en 1968 con «La caída de los dioses», cuya acción



Fotograma de «Luis II de Baviera», película realizada por Visconti en 1972.

transcurre en la Alemania nazi. En 1971 se remonta a principios de siglo, adaptando la novela de Thomas Mann «Muerte en Venecia», para finalizar su recorrido de la mano de Luis II de Baviera en el momento en que finaliza una época y se inicia la inevitable carrera hacia la primera guerra mundial.

Atormentado por sus instintos que la sociedad condena doblemente como hombre y como rey, Luis II encuentra en la persecución de una belleza inalcanzable un modo de sublimar su sexualidad. El arte, esa forma de belleza intangible, que a veces habita en los sonidos, las palabras, los trazos o en los colores, es para él un refugio a cuya sombra puede realizarse el ideal humano, alejado de la despreciable inmediatez de la carne. La ópera, concebida por Wagner como el arte total: unión de la poesía, las artes escénicas, el drama y la música, es para Luis II el amparo que la vida le niega.

En el barón Martín von Essenbeck («La caída de los dioses»), la sublimación de la sexualidad se expresa de una forma más brutal: el ideal de la raza y el culto a la muerte.

Para Visconti el drama europeo inicia su acto más sangriento con el sueño imperial de la Gran Alemania. Luis II y Martín von Essenbeck son los dos extremos de este drama. Entre uno y otro la búsqueda de la belleza inmaterial, despojada de carnalidad, se metamorfosea en la belleza mitológica de la raza. Luis II se niega a pactar con «los conspiradores»; von Essenbeck se entrega a ellos. El primero elige el suicidio, el segundo el asesinato.

Visconti realiza «Ludwig» en 1973, un año después del ataque de hemiplejia que marcará profundamente los cuatro años finales de su vida. Mientras rueda «Ludwig», Visconti mantiene una dura lucha interior. Le pesa profundamente encontrarse recluido en un cuerpo cuyos mecanismos no puede controlar totalmente. Quiere disponer de su tiempo, imponer su voluntad sobre su propio cuerpo. Padece el abismo que comienza a abrirse entre su capacidad física y su lucidez mental. En diciembre de 1975, unos meses antes de morir, expresaba en un reportaje, de una manera directa, el corazón de esa sombra que lo perseguía: «No quiero estar a merced de algo que no controlo. Quiero decidir yo cuándo se acabará. Cuando no pueda más, acabaré yo mismo conmigo... Soy yo quien he de decidir cuándo me toca pararme. Ni los demás ni la enfermedad.» En «Ludwig», finalmente, la muerte física es un acto liberador, un ejercicio de la voluntad, de reafirmación individual. Es, sin embargo, también el fin del particular «viaje a la semilla» de Luis II de Baviera: el regreso al seno materno. Se lo dice

al profesor Gudden al iniciar su última caminata nocturna: «Siempre he preferido la noche al día. La noche y la Luna son el símbolo de lo femenino, de lo maternal, como la luz y el día son el símbolo de lo masculino, del padre.» Cierra el último acto de su vida con un rechazo al rol paterno, autoritario, guerrero, que nunca quiso asumir. En el otro extremo de la «trilogía germánica», Martín von Essenbeck, por el contrario, aspira a asumir el sitial de su abuelo y ejercer los atributos del poder.

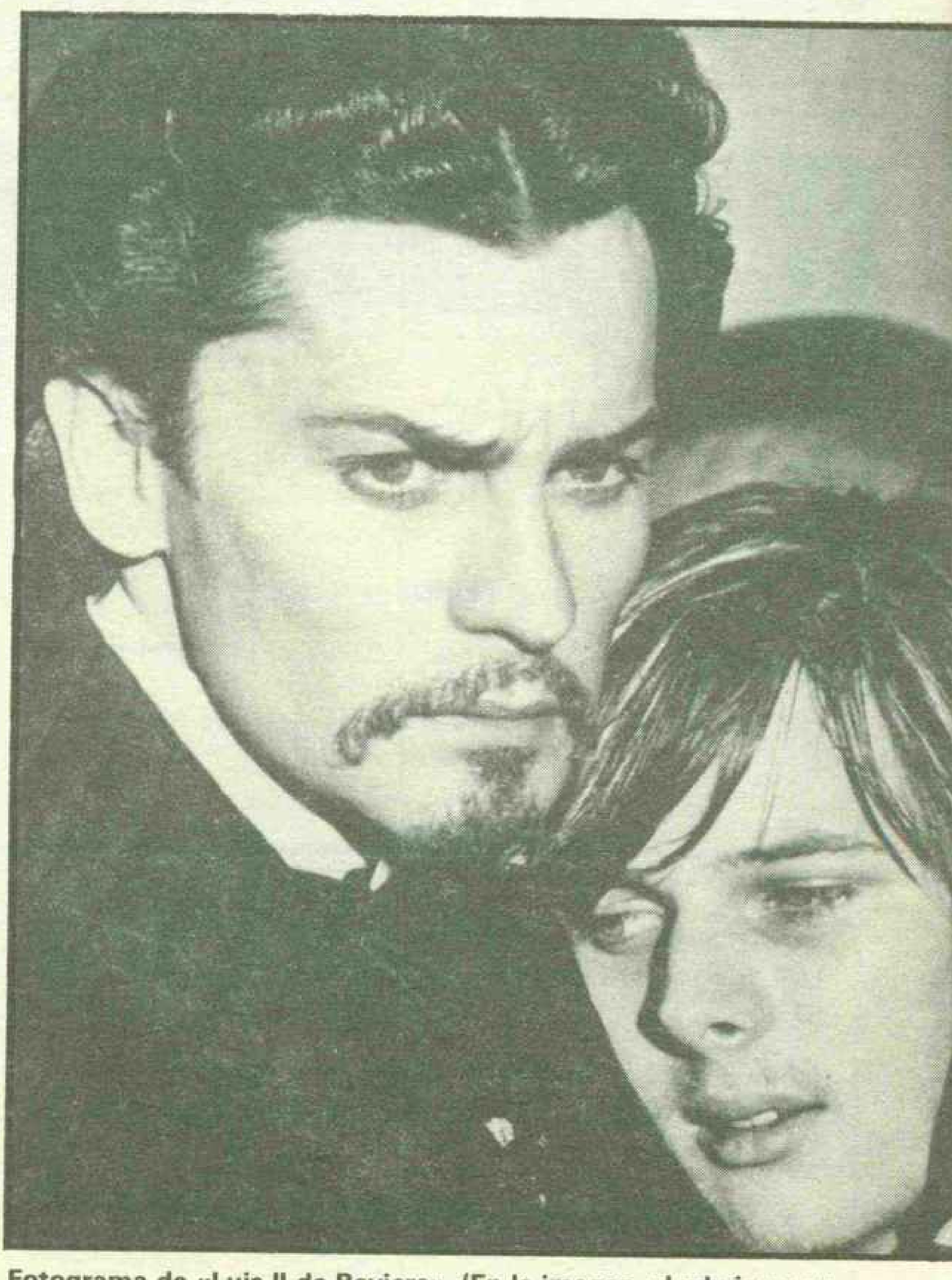
Un cine de dimensiones humanas

Helmut Berger, como Luis II, no logra soportar el peso de un filme que se articula sobre su trabajo. Aun así, Visconti, un exigente y riguroso director de actores, logra arrancarle los mejores momentos de su mediocre carrera de actor. El meticuloso y frecuentemente despiadado trabajo de Visconti con los actores consistía en desnudarlos de sus tics, de sus vicios, de sus recursos fáciles, para salvar las situaciones a que se enfrentaban. Débiles y desprovistos de corazas los sumergía en el mundo que él les creaba. Los sometía a un entorno donde colgaduras, tapizados, texturas y volúmenes tenían una existencia tan real como sus propios cuerpos. Como contrapartida, una vez logrado ese estado de fragilidad y de tensión necesarios para que, a la manera de un diapasón, el actor ofreciera el número de vibraciones necesarias para cada nota, Visconti ponía la cámara a su servicio. La cámara, como instrumento de escritura visual, se movía y deslizaba según el «tiempo» de los personajes y nunca a la inversa. Contemplaba a sus criaturas sin romper las proporciones humanas en el cuadro. El mismo Visconti decía: «El más humilde gesto del hombre, sus pasos, sus dudas y sus impulsos, dan por sí solos poesía y vibración a las cosas que lo rodean y en las que se encuentra encuadrado. El peso del ser humano, su presencia, es la única cosa que verdaderamente llena el fotograma, el ambiente se crea por él, por su viva presencia, y es por la pasión que lo agita por lo que adquiere verdadero relieve; mientras que su momentánea ausencia del rectángulo luminoso devolverá a todas las cosas su aspecto de naturaleza inanimada.»

Visconti era, ciertamente, un realizador obsesionado por la veracidad y la fidelidad a sus recreaciones. Más de un crítico veía en esta actitud rigurosa poco más que el amaneramiento de un cineasta envejecido. Sin embargo, para aquel Visconti que repasaba una y otra vez la inmensa biblioteca del príncipe Salina, expurgando los volúmenes que por su fecha de impresión no se correspondían con la época en que transcurría la historia, esta actitud severa era no solamente un acto de fidelidad con su obra y su concepción del realismo, sino principalmente un gesto de respeto hacia el trabajo de sus actores. Al fin y al cabo hasta el último objeto de sus decorados, el más olvidado, aunque permaneciera fuera del cuadro, «vibraba» en algún gesto o en alguna expresión de sus criaturas.

Visconti despreciaba la improvisación como método de trabajo por lo que en ella hay de azar: la improvisación es desorden y también búsqueda de lo desconocido. El, a modo de un filme interior, poseía las imágenes de sus películas antes que el celuloide fuera impresionado. A diferencia de aquellos artistas cuyo aliento creador estriba en desconocer el resultado final de su esfuerzo, Visconti encontraba el placer y el desafío en el hecho de crear imágenes a la medida de sus imágenes.

Sólo resta decir que esta versión reconstruida de «Ludwig», en la que se ha echado mano a algunos planos —en la segunda parte— que seguramente él no los hubiera incluido, pese a la arbitraria fragmentación en dos partes, viene a arrojar luz sobre el verdadero sentido de una de sus obras más ambiciosas —aunque ciertamente no la más lograda— que, en su momento, productores y distribuidores cercenaron miserablemente, transformándola en un filme confuso y balbuciente.■**A.G.F.**



Fotograma de «Luis II de Baviera». (En la imagen, «Ludwig» y su hermano «Otto».)

Libros recibidos

El Príncipe. Maquiavelo. Alianza Editorial. Madrid, 1981, 134 págs.

Los siglos decisivos, la experiencia medieval. Francis Oakley. Alianza Editorial. Madrid, 1981, 252 págs.

Los griegos. Isaac Asimov. Alianza Editorial. Madrid, 1981, 308 págs.

En pos del milenio. Norman Cohn. Alianza Universidad. Madrid, 1981, 398 págs.

Los bufones de Dios. Morris West. Javier Vergara Editor, 1981, 552 págs.

El primero y el último. Adolf Galland. Javier Vergara Editor, 1981, 288 págs.

Historia económica, nuevos enfoques y nuevos problemas. Topolski, Cipolla, Bairich, Hobsbawm y Kindleberger. Grijalbo, Crítica. Barcelona, 1981, 250 págs.

Un diálogo sobre el poder. Michel Foucault. Alianza Editorial. Madrid, 1981, 164 págs.

La república romana. Isaac Asimov. Alianza Editorial. Madrid, 1981, 256 págs.

El surrealismo español. Francisco Aranda. Editorial Lumen, Barcelona, 1981, 230 págs.

Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923). Tortella Casares, Casimiro Martí, Jover Zamora, jJ. L. García Delgado y David Ruiz. Labor, Barcelona, 1981 (VII, **Historia de España,** dirigida por Manuel Tuñón de Lara), 574 págs.

La industria subterránea. Andrea Saba. Institució «Alfons el Magnanim». Diputació Provincial de Valencia. Valencia, 1981, 175 págs.

Cara y cruz de la sedería valenciana (siglos XVIII-XIX). Vicente M. Santos Isern. Institució «Alfons el Magnanim». Diputació Provincial de Valencia. Valencia, 1981, 263 págs.

Els origens del País Valenciá. E. A. Llobregat. Institució «Alfons el Magnanim». Diputació Provincial de Valencia. Valencia, 1981, 95 págs.

Els moviments socials al País Valenciá. Manuel Cerdá. Institució «Alfons el Magnanim». Diputació Provincial de Valencia. Valencia, 1981, 134 págs.

La revolta de les Germanies. R. García Carcel. Institució «Alfons el Magnanim». Diputació Provincial de Valencia. Valencia, 1981, 111 págs.

Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia. Tulio Halperin Donghi. Institució «Alfons el Magnanim». Diputació Provincial de Valencia. Valencia, 1981, 326 págs.

Revuelta popular y conciencia de clase. George Rudé. Grijalbo, Barcelona, 1981, 242 págs.

El futuro y la nación. Ramón Tamames. Grijalbo, Barcelona, 1981, 212 págs.

Sobrevivir. El holocausto una generación después. Bruno Bettelheim. Grijalbo, Barcelona, 1981, 256 págs.

El esquinazau. Ramón Ferrerons y Antonio Gascón. Unali, ensayo, 234 págs.

Nacionalismo y regionalismo en Aragón (1868-1942). Antonio Peiró y Bizen Pinilla. Unali, ensayo, 294 págs.

De anteayer y de hoy. Ramón Serrano Súñer. Plaza & Janés, Barcelona, 1981, 310 págs.

El trascacho. Carlos Muñoz. Plaza & Janés, Barcelona, 1981, 308 págs.



Estatua erigida al ilustre naturalista y fisiólogo inglés Carlos Darwin, en Shrewsbury, su ciudad natal.

EN ESTE NUMERO DE

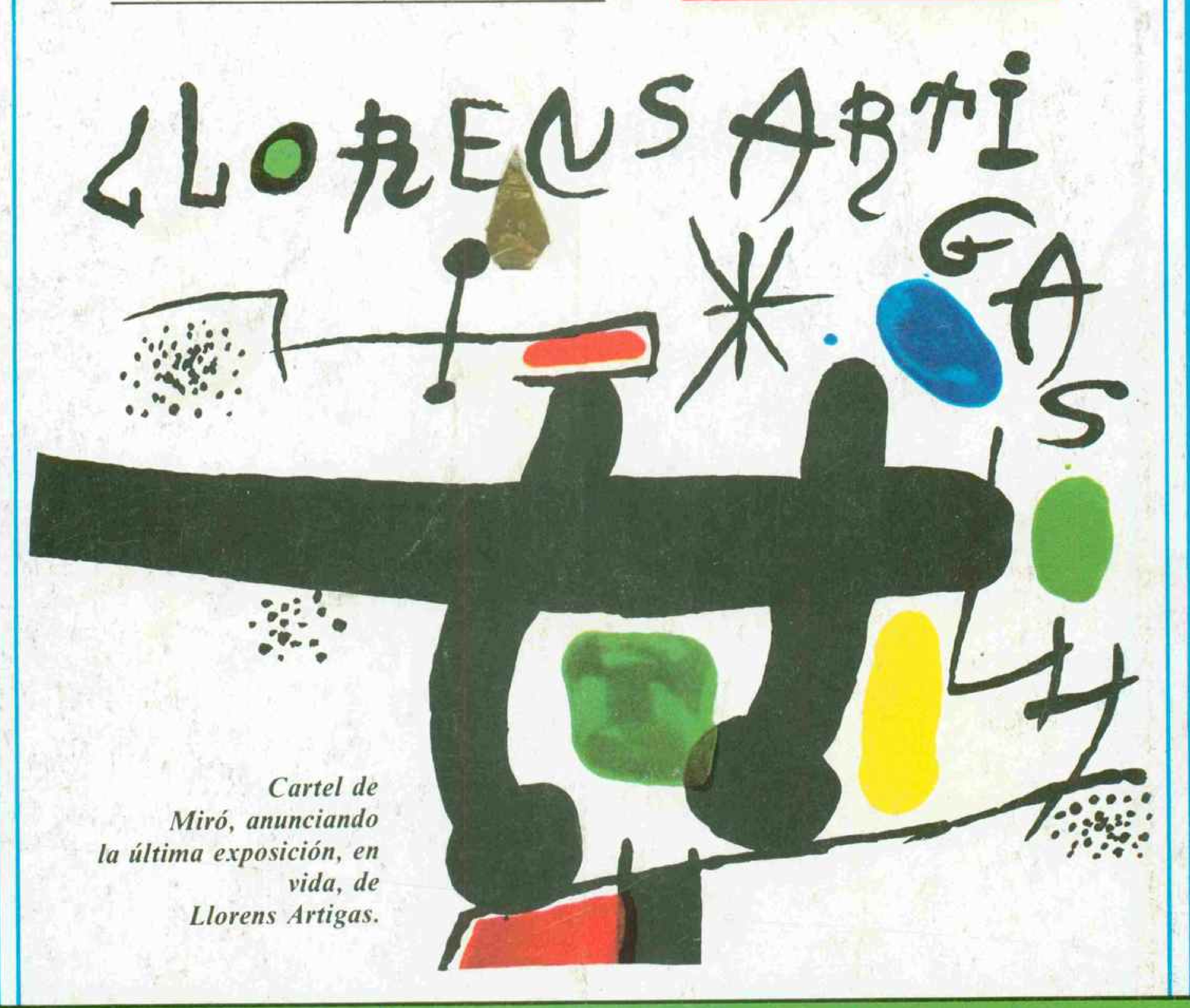
TIEMPO DE HISTORIA

Diego Núñez

La muerte de Darwin en la Prensa Española de la época

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Carlos Sampelayo



Cartel de Miró, anunciando la última exposición, en vida, de Llorens Artigas.

Llorens Artigas, artista universal de la cerámica